

DOLORES GUERRA LÓPEZ (La Habana, 1952). Licenciada en Historia y Ciencias Sociales en el I.S.P. "Enrique José Varona". Dra. en Ciencias Históricas, se desempeña como investigadora en el Instituto de Historia de Cuba; es jefa del equipo que estudia el Pensamiento del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz; profesora adjunta de la Universidad de La Habana, es miembro de la ADHILAC, UNHIC, UNEAC, Sociedad Cubana de Historia de la Ciencia y la Sociedad Cultural José Martí.

Diversos artículos suyos aparecen en publicaciones del extranjero. Entre sus trabajos publicados se cuentan: La Quinta Canaria de La Habana. Legado de los inmigrantes canarios a Cuba; fue coordinadora de El Che en Fidel Castro... y Fidel Castro: El movimiento sindical y los trabajadores...

Tiene en proceso de edición, entre otros títulos: El Partido una revolución en la Revolución; Fidel Pueblo y Democracia; Fidel: Mujer, Niñez y Familia y Jesús del Monte. Población y localidad.

MARGARITA CONCEPCIÓN LLANO (La Habana, 1944). Licenciada en Historia en la Universidad de La Habana. Actualmente es investigadora del Equipo de Pensamiento de Fidel Castro en el Instituto de Historia de Cuba. Ha realizado investigaciones sobre temas de los partidos políticos y organizaciones revolucionarias de la etapa de la neocolonia. Tiene varios libros en proceso de publicación. Es miembro de la UNHIC.

AMPARO HERNÁNDEZ DENIS (La Habana, 1948). Licenciada en Ciencias Políticas en la Universidad de La Habana. Actualmente es la directora de Información Científica del Instituto de Historia de Cuba y colabora en el Equipo de Pensamiento de Fidel Castro. Tiene publicados los libros: La Revolución de Octubre y la Revolución Cubana. Selección temática 1977-1986 (1986); El Che en Fidel Castro. Selección temática 1959-1997 (1998); Fidel Castro, el movimiento sindical y los trabajadores. Selección temática 1959-1999 (1999) y otros en proceso de publicación. Es miembro de la UNHIC y de la Sociedad Cultural José Martí.

Edición/ Francisco Cepero Tejera
Corrección/ Silvia Águila Fonseca
y Regina Arango Echevarría
Diseño y cubierta/ Ernesto Joan
Realización/ Eduardo A. González Hernández
Composición/ Alina Fuente Hernández

© Instituto de Historia de Cuba, 2004
© Sobre la presente edición:
Centro de Estudios Martianos, 2004

ISBN 959-271-012-0

CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS
Calzada No. 807 esquina a 4,
El Vedado, La Habana 10400, Cuba
Fax: (537) 333721
E.mail: amarti@cubarte.cult.cu

Prólogo

Nunca han sido inútiles —aunque a veces se hayan perdido transitoriamente— las batallas libradas por los pueblos en aras de una causa justa. Tampoco podrá nadie borrar de la memoria del pueblo las ideas y el ejemplo de aquellas personalidades que han encarnado los grandes anhelos y necesidades de una nación o de una época. Esos hombres mueren físicamente, pero su legado pasa a enriquecer el acervo de las generaciones sucesivas, y nuevas personalidades se hacen portadoras de esa herencia histórica, vinculándola a las ideas más avanzadas de los nuevos tiempos. Sólo con ese constante relevo puede explicarse el curso siempre ascendente del progreso social.

Esa verdad irrefutable se prueba una vez más con este libro que prologamos, en que el Instituto de Historia de Cuba muestra, a través de unos 150 pronunciamientos históricos de Fidel Castro, la influencia decisiva que la vida ejemplar y el pensamiento patriótico, antimperialista, democrático y socialmente avanzado de José Martí ejercieron en la formación moral, humana y revolucionaria del máximo líder de la Revolución Cubana.

A lo largo de esta recopilación se observa cómo la prédica martiana ganó desde temprano la adhesión de Fidel, cosa que el gran líder dejó sentada en 1985 en sus conversaciones con Frei Betto: “Yo, antes de ser comunista utópico o marxista, soy martiano; lo voy siendo desde el bachillerato: no debo olvidar la atracción enorme del pensamiento de Martí sobre todos nosotros, la admiración por Martí.”¹

Efectivamente, ya en los actos públicos durante su época estudiantil sustentaba sus criterios apelando frecuentemente al ideario martiano. Recuérdese, a modo de ejemplo, el acto convocado por la Federación Estudiantil Universitaria el 27 de noviembre de 1948. Y, ya graduado, combatiendo al corrompido gobierno de Carlos Prío Socarrás, expresó en una carta de diciembre de 1951 a sus “compañeros de ideales”, que para ellos no había más que un modo de esperar el Año Nuevo, y era trayendo a la memoria estas palabras de Martí en la Navidad de 1894: “Para un pueblo sufrido no hay más Año Nuevo que el que el que se abra con la fuerza de su brazo entre las filas de sus enemigos”.²

Si este era su criterio aun antes del cuartelazo, la implantación de la dictadura desembozada hizo que se desbordara su rebeldía. En su primera respuesta al golpe militar vemos los mismos sentimientos de rechazo al despotismo que caracterizaron a Martí desde que, a los 16 años, escribiera su poema “Abdala”. Más de una vez repetiría Fidel este conocido pensamiento martiano: “La libertad cuesta muy cara, y es necesario, o resignarse a vivir sin ella, o decidirse a comprarla por su precio.”³

Y de igual modo que José Martí desenmascaró en su época al reformismo y al anexionismo como enemigos de la independencia de Cuba, proclamó la inevitabilidad de la guerra contra el colonialismo español y se dio a la tarea de prepararla, así Fidel llegó a la conclusión de que sólo quedaba un camino al pueblo de Cuba para conquistar su libertad: el de la lucha armada.

El mismo Fidel explicaría esa coincidencia en 1971, ante los estudiantes de la Universidad de Concepción, en Chile. “Una profunda tradición nos venía desde Martí. Cuando hablaba de la guerra explicaba: la guerra inevitable, la guerra necesaria. Fue toda una filosofía para justificar por qué y explicar por qué en nuestro país se acudía a la forma extrema de lucha puesto que a la patria no le quedaba otra alternativa de obtener la libertad. Nuestra Revolución siguió siempre esa técnica, esa prédica y ese estilo martiano”.⁴

Así, todos los pasos de Fidel están presididos por la irrevocable decisión martiana de pelear hasta la conquista de la libertad o entregar la vida en el combate. Este es, quizás, el primer legado de Martí a las generaciones que le siguieron: el de la lucha a muerte contra la opresión extranjera y el despotismo.

Una de las más altas expresiones de ese influjo martiano en Fidel, es el juicio por los sucesos del Moncada y, en particular, *La historia me absolverá*.

Ese juicio nos recuerda el consejo de guerra seguido contra el joven Martí en marzo de 1870. Vemos en los dos jóvenes la misma justeza de ideas, idéntica firmeza, igual respuesta demoledora que desarma al Fiscal. En ambos casos, los acusados se convierten en acusadores. Martí sustenta ante los jueces la legitimidad de la lucha por la independencia de Cuba. Los moncadistas responden al tribunal con impresionante valentía: “Sí, vinimos a combatir por la libertad de Cuba, y no nos arrepentimos de haberlo hecho”.⁵ Y Fidel augura con acierto: “El haber concurrido a aquella cita el 26 de julio, constituirá en no lejanos días el mayor timbre de gloria de un cubano”⁶

En relación con el juicio, queremos señalar una curiosa coincidencia. Si Fidel terminó su alegato con la conocida frase que le da título (*la historia me absolverá*), Martí había hecho desde 1892 un pronóstico similar: “la historia no nos habrá de declarar culpables”.⁷

En cada línea de *La historia me absolverá* respiramos un aliento martiano. Allí nos tropezamos continuamente con Céspedes, Agramonte, Martí, Maceo y Gómez; con Yara y Baire, con recuerdos trascendentes de la epopeya independentista. Y allí encontramos por lo menos 17 citas textuales del Apóstol o alusiones directas a él, utilizadas generalmente para mostrar los antecedentes y objetivos patrióticos de las acciones del 26 de julio, su validez jurídico-legal y los elevados principios ético-morales que las sustentaron; para condenar arbitrariedades, atropellos, injusticias y crímenes de la tiranía; para fundamentar las medidas que se proponía llevar a cabo la Revolución si lograba la victoria.

En *La historia me absolverá* —que nos recuerda en cada denuncia el primer alegato martiano publicado, *El presidio político en Cuba*—, se conjugan la más valerosa y aplastante denuncia de los crímenes de Batista, con la fundamentación irrefutable del derecho de los pueblos a la insurrección contra la tiranía. Y en la base de esa fundamentación sitúa Fidel junto a los criterios de estadistas, juristas, filósofos y pensadores de muchas naciones, el mandato de nuestros mambises, y en primer término, el pensamiento del Maestro. Por eso asegura: “Nacimos en un país libre que nos legaron nuestros padres, y primero se hundirá la isla en el mar antes que consintamos en ser esclavos de nadie”.⁸

Es la misma decisión que Martí había expresado con estas palabras: “Antes que cejar en nuestro empeño de ver libre y próspera a la patria, se unirá el mar del Sur al mar del Norte, y nacerá una serpiente de un huevo de águila”.⁹

Se refleja igualmente en *La historia me absolverá* la táctica martiana en relación con el imperialismo yanqui. Si en los documentos oficiales del Partido Revolucionario Cubano no encontramos una denuncia directa de la amenaza imperialista —que tantas veces había hecho ya Martí—, tampoco la hallaremos abiertamente en el alegato de Fidel. La razón es la misma en ambos casos. Como le aclara el Apóstol a su entrañable amigo mexicano Manuel Mercado, hay cosas que deben hacerse en silencio, porque su proclamación puede levantar dificultades insalvables para lograr el justo fin que se persigue.

Ese fue el espíritu que guió a Fidel. En varias ocasiones anteriores había expuesto su posición antimperialista. Pero, al elaborar el programa del Movimiento, tuvo en cuenta, como explicó más tarde, las condiciones objetivas y subjetivas de entonces, la situación de nuestra pequeña isla a sólo 80 millas de la potencia imperialista más grande y agresiva del mundo, y el nivel aún insuficiente de la conciencia política de las masas.

No obstante, el joven líder planteó en su programa una serie de objetivos dirigidos a satisfacer verdaderos anhelos populares, los cuales, de cumplirse, afectarían necesariamente —como se demostró en 1959—, los intereses de los monopolios imperialistas. Pero presentaba esas futuras medidas en la forma más cuidadosa posible, tratando de evitar la hostilidad prematura del gobierno norteamericano.

Esa discreción se mantendría siempre, aunque en ocasiones era difícil el silencio. Recuérdese aquella carta que le dirigió a Celia Sánchez en junio de 1958, con motivo de “los cohetes que tiraron en casa de Mario”, en la que afirmaba que después de terminada la guerra contra Batista comenzaría para él otra mucho más larga y grande: la que iba a sostener contra “los americanos”.

Toda la historia posterior de la Revolución Cubana ha probado cuánta razón encerraba aquel pronóstico, y con cuánta decisión martiana fue asumida por nuestro líder esa responsabilidad histórica.

Se inspira igualmente Fidel en el ideario latinoamericanista e internacionalista del primero de los cubanos. Afirma que José Martí “nos enseñó ese espíritu internacionalista que Marx, Engels y Lenin confirmaron en la conciencia de nuestro pueblo”, y que el Apóstol “nos trazó la imagen de una América Latina unida frente a la América imperialista y soberbia, revuelta y brutal, que nos despreciaba”.¹⁰

Fidel asimila esos sentimientos y actúa consecuentemente. Siendo estudiante, integra comités por la independencia de Puerto Rico, participa en múltiples acciones contra los regímenes dictatoriales que ensangrientan a varios países latinoamericanos, y lucha denodadamente por la unidad del estudiantado y de los pueblos del Continente en la batalla contra sus opresores nacionales y extranjeros. Conocido es su papel en la expedición que se organizó en 1947 para derrocar al sátrapa dominicano Rafael Leónidas Trujillo, así como su participación —accidental, pero valiente y decidida— en los sucesos del “bogotazo”, contra las fuerzas reaccionarias que asesinaron al líder popular colombiano Jorge Eliécer Gaitán en abril de 1948.

Y en La historia me absolverá plantea que “la política cubana en América sería de estrecha solidaridad con los pueblos democráticos del continente”, y que los perseguidos políticos por las sangrientas tiranías de la región, encontrarían en la patria de Martí, no como en la República mediatizada persecución, hambre y traición, sino asilo generoso, hermandad y pan.¹¹ Y Fidel ha llevado a su nivel más alto el combate reclamado por Martí en pos de la unidad de “nuestra América” contra sus seculares enemigos, por el logro de su segunda y definitiva independencia.

No menor que en los puntos antes señalados, es la afinidad que hallamos en aspectos medulares del PRC de Martí y del Movimiento organizado por Fidel. Aunque la lucha del siglo pasado contra el colonialismo español, como la de los años 50 contra la tiranía de Batista, exigen la unidad más amplia de todas las clases y sectores interesados en el logro de los objetivos nacional-liberadores y democráticos de cada etapa, la confianza de los dos dirigentes revolucionarios se deposita en los humildes, en los trabajadores, en la población explotada y oprimida.

En la organización de la “guerra necesaria”, Martí advirtió que los cubanos acaudalados, temerosos de una revolución popular, engrosaban el Partido Autonomista o buscaban la anexión a EE.UU. Consideró que el baluarte fundamental de la independencia radicaba, pues, en la población humilde principalmente, en el proletariado, al que proclamó como “el arca de nuestra alianza”.¹² Y definió la república a que aspiraba como “un pueblo que tiene a su derecha la chaveta del trabajador, y a la izquierda el rifle de la libertad”.¹³

Es que nuestro patriota mayor comenzaba a entender la esencial contradicción que corroía los cimientos de la sociedad cubana: la que enfrentaba a la minoría oligárquica con el pueblo humilde y trabajador. Por eso entendía que independencia era una cosa y revolución otra; que la primera se iba a ganar en la manigua pero la segunda se desarrollaría en la República.

Plenamente conocedor de esa contradicción básica, que a mediados del siglo XX ya había pasado en Cuba al primer plano, Fidel comprendió que no bastaba con derrocar al tirano y moralizar la Administración Pública, sino que era indispensable la transformación radical del sistema social imperante, y que para realizar ese profundo cambio había que basarse esencialmente en los trabajadores.

Cuenta la compañera Melba Hernández que, de acuerdo con la orientación dada por Fidel, para nuclear aquel colectivo de hombres y mujeres dispuestos a la acción

armada se requería buscar principalmente en las filas “de los trabajadores, de los hambreados, de los explotados”, ya que “solamente esos hombres serían capaces de entender hasta donde tendríamos que llevar el proceso revolucionario”.¹⁴

Consecuente con estas ideas, al dar su definición de “pueblo”, el joven combatiente excluye a los sectores acomodados y conservadores de la nación. Integran el pueblo —según lo explica en *La historia me absolverá*—, los obreros de la ciudad y del campo, pequeños agricultores, profesores y maestros, profesionales jóvenes, desempleados: la gran masa “que sufre todas las desdichas y es por tanto capaz de pelear con todo el coraje”.¹⁵ (Recuérdese que, para el Apóstol, también el pueblo era “la masa sufridora”, “la masa adolorida”).

En ese pueblo depositó Fidel, como antes Martí, su absoluta confianza. Toda la estrategia de la Revolución se basó en el pueblo, en sus ilimitadas energías morales, en la enorme fuerza revolucionaria que se encerraba en él. Y en ese pueblo buscó no sólo a los integrantes del destacamento inicial, sino también los medios indispensables para comenzar la lucha.

La imagen de nuestro Héroe Nacional estuvo presente en la gigantesca tarea, plétórica de sacrificios, de allegar los recursos humanos y materiales indispensables para el combate. Esa imagen inspiradora sería esbozada años después por Fidel con palabras como estas: “Todo el mundo conoce la historia de Martí, de aquel Martí con las ropas raídas, de aquel Martí que no recibió sus fondos de la Tesorería yanqui, de aquel Martí que apelaba a la emigración humilde, de proletarios, de tabaqueros, reuniendo centavo a centavo los fondos para comprar las armas”.¹⁶

Es comprensible, pues, que los escasos recursos reunidos para comprar las armas y preparar el asalto al Moncada, salieran del sacrificio de sus humildes organizadores, y no de la contribución de politiqueros corrompidos y reaccionarios.

Ahora bien, la idea básica de que los trabajadores debían ser los protagonistas del Movimiento no significó el rechazo a otras clases, capas y sectores interesados en el derrocamiento de la tiranía y en el restablecimiento de las libertades y derechos democráticos. Precisamente, uno de los aspectos en que presentan mayor identificación estos dos genios revolucionarios, es el de la estrategia y la táctica políticas, y en primer lugar, en el problema de la unidad de acción contra la tiranía. Así, una de las razones por las cuales el Programa del Moncada no incluía determinados planteamientos, como la nacionalización de las grandes empresas, fue el interés de dotar al Movimiento de una base social lo más amplia posible, sin que esa amplitud pusiera en peligro sus fines revolucionarios.

En el centro de esos esfuerzos unitarios se hallaban, desde luego, los sectores democráticos y progresistas. Al igual que Martí en su tiempo, Fidel enfrentó situaciones caracterizadas por hondas discrepancias entre las fuerzas populares, comprendió que superar esas diferencias constituía el primer y decisivo peldaño para conquistar la victoria, y se dio a la tarea de cohesionar en un sólido bloque a todos los revolucionarios cubanos.

Fidel ha evocado en numerosas ocasiones los ingentes esfuerzos hechos en más de cien años para el logro de esa unidad; ha valorado la genialidad de Martí al agrupar a todos los patriotas en un solo partido revolucionario; ha explicado cómo batallaron infructuosamente por la unidad los revolucionarios cubanos a lo largo del siglo XX y ha exclamado: “nuestra generación de revolucionarios luchó y conquistó la unión, que es pilar de nuestra Revolución y conquista que nos enorgullece”.¹⁷

De la misma forma que sentimos la presencia de Martí en los objetivos y en la organización del Movimiento encabezado por Fidel, la encontramos en cada uno de los pasos de su acción insurreccional, incluso en la ineludible actitud asumida ante los reveses. Analizando los hechos del Moncada, por ejemplo, ha dicho Fidel que “el revés no importó, que el Moncada no fue una victoria de las armas, pero fue una victoria de la moral y de la dignidad”.¹⁸ Por eso en su “Manifiesto a la nación” —escrito en presidio dos meses después de ser condenado—, reitera su fe en el futuro y cita aquel pensamiento de Martí: “ningún mártir muere en vano, ninguna idea se pierde en

el ondular y el revolverse de los vientos”.¹⁹ Es la misma entereza, la misma confianza en el pueblo y la misma fe en la victoria con que enfrentó el desastre de Alegría de Pío y todas las situaciones difíciles que han puesto a prueba la grandeza de la Revolución.

Inevitablemente se piensa en la idéntica reacción de Martí ante el fracaso de la Fernandina, en enero de 1895, cuando al ver perdidos tantos esfuerzos y sacrificios, lejos de lamentos y vacilaciones, subrayó lo fundamental en ese momento: que se habían salvado la disciplina y el respeto de la isla, y el cariño de las emigraciones, y exclamó: “Ahora, a otras formas. Se nos espera, y será. Yo no miro a lo deshecho, sino a lo que hay que hacer”.²⁰ Y apenas 20 días más tarde, firmaba la orden de alzamiento que daría inicio a la nueva epopeya libertadora.

Igualmente se identifica Fidel con Martí en otras muchas manifestaciones de su actitud ante la vida; la subordinación de su conducta a los principios revolucionarios, a los más altos valores morales; el rechazo a cuanto signifique eludir el cumplimiento del deber; la conjugación del más grande heroísmo con la más natural sencillez, y su entrega total —sin ambiciones personales de ningún tipo—, a la causa de la redención de su pueblo, y de todos los pueblos. Nuestro máximo líder ha aludido reiteradamente y ha sido siempre fiel a este mandato del Apóstol: “Yo quiero que la ley primera de la república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre.”²¹ Fidel tuvo, pues, las más profundas e irrefutables razones para proclamar ante sus jueces que Martí había sido el autor intelectual del asalto al Moncada, así como para afirmar: “Traigo en el corazón las doctrinas del Maestro, y en el pensamiento las nobles ideas de todos los hombres que han defendido la libertad de los pueblos”.²²

Esa identificación de ideales, aspiraciones y sentimientos, hace que el primer objetivo, expresado una y otra vez por los revolucionarios del Moncada, sea el de dar cumplimiento a los sueños nunca realizados de Martí. En la memorable madrugada del 26 de julio de 1953, cuando llega la hora suprema y los jóvenes combatientes esperan las últimas instrucciones, se alzan las notas de nuestro Himno Nacional, y en la breve alocución de Fidel se destacan estas palabras: “Si vencen mañana, se hará más pronto lo que aspiró Martí”.²³ Y en diciembre de ese mismo año, desde el presidio de Isla de Pinos, al denunciar una vez más los bestiales asesinatos de tantos de sus compañeros, vuelve a expresar que el único delito cometido por ellos fue el de cumplir las prédicas de Martí.

En la prisión, dolorosa pero aleccionadora, la identidad entre ambos genios revolucionarios se manifiesta nuevamente, lo que se observa tanto en la viril conducta asumida por el jefe del Movimiento, como en las ideas que atesora su rico epistolario. Y así ocurre en el exilio mexicano, en la borrascosa y heroica epopeya del Granma, en los reveses iniciales, en el reagrupamiento esperanzador, en la guerra y en la victoria, como puede corroborarse a través de este libro indispensable.

Esa identidad alcanzaría su máxima expresión después del triunfo revolucionario de 1959, cuando comenzaron a realizarse al fin los sueños de nuestro Héroe Nacional. Conducida sabiamente por Fidel, la Revolución hizo de Cuba la patria plenamente independiente, soberana democrática, justa y solidaria por la que entregó su vida el Apóstol. Fue esta la Revolución de los humildes y para los humildes, que cumplió aquel anhelo martiano: “con los pobres de la tierra, quiero yo mi suerte echar”. Emprendió una gigantesca obra creadora en todos los campos; alcanzó niveles de educación, de salud, de cultura, de seguridad social, de conciencia política y solidaridad que han hecho de nuestro país un luminoso ejemplo para el resto del mundo. Y todo ello, bajo el asedio brutal y permanente de la potencia más fuerte y agresiva del mundo: el monstruo imperialista que Martí denunció y combatió hasta su muerte.

A lo largo de estos 45 años de resistencia y lucha heroicas, Fidel nos ha educado e inspirado siempre en los principios éticos y morales del Mártir de Dos Ríos, en su intransigencia revolucionaria y en sus geniales enseñanzas. Con él hemos asumido aquellas convicciones que Martí expresará con estas palabras: “pueblo que se somete, perece”,²⁴ y “cada hombre se mide con la inmensidad que se le opone”.²⁵

Esa continuidad ejemplar, que engarza el genio de Martí con los grandes revolucionarios que le sucedieron (Mella, Villena, Guiteras, Frank, Camilo, Che...), y en particular con la talla intelectual, humana y revolucionaria de Fidel, se palpa a lo largo de estas bien seleccionadas páginas. Lo que hace de esta obra que prologamos una lección viva de patriotismo, de valores morales, de fusión natural entre las mejores tradiciones nacionales —simbolizadas en la vida de José Martí—, y la más avanzada y justa ideología de nuestro tiempo, el socialismo. Fusión que tiene su expresión más firme y consecuente en Fidel Castro.

“José Martí en el ideario de Fidel Castro” es, en fin, una valiosa contribución de sus autoras, del Instituto de Historia de Cuba y del Centro de Estudios Martianos a la cultura política de nuestro pueblo y a la colosal batalla de ideas que libra victoriosamente la nación cubana.

José Cantón Navarro

En homenaje al Sesquicentenario del Natalicio de José Martí

Presentación

El Instituto de Historia de Cuba, con motivo de conmemorarse el 150 aniversario del nacimiento de nuestro Héroe Nacional, brinda al pueblo cubano la obra José Martí en el ideario de Fidel Castro, la cual recoge una selección de los principales textos e intervenciones públicas del Comandante en Jefe, sobre el Maestro.

No creemos que para nadie sea difícil encontrar la presencia de José Martí en su pensamiento y acción. La lealtad absoluta del máximo líder a la doctrina del Apóstol se encuentra con sólo disponernos a recorrer, con el detenimiento necesario, los días del asalto al cuartel “Moncada” hasta la fecha, pues el conductor de la Revolución Cubana, no sólo lleva en el corazón las doctrinas del Maestro, como expresó en su alegato de autodefensa, sino que las pone en práctica con su ejemplo y acción revolucionaria.

Este es un libro cuantitativamente incompleto, y ello se debe a que tanto la vastedad de los textos del Comandante en Jefe Fidel Castro como el deseo de entregar a los lectores sus más relevantes pronunciamientos acerca de José Martí, han imposibilitado aspirar a una compilación exhaustiva.

De cualquier forma la investigación profunda y extensa de su pensamiento antes de 1959 reclamada por el tema, permitirá en el futuro esclarecer los orígenes que se remontan a sus tempranas luchas juveniles. Por ahora valga recordar —a manera de ejemplo— algunos materiales que no se incluyen en la obra, como el de 1946, al hablar en nombre de la Federación Estudiantil Universitaria en el acto de homenaje a los Mártires del 27 de Noviembre, en el cual Fidel Castro inició sus palabras rememorando a Martí.¹

También meses antes del asalto al Cuartel Moncada y al de Bayamo, ya había señalado que —de acuerdo con los intereses y procedimientos del régimen cubano de aquellos años— “...la obra entera de Martí habrá que suprimirla, arrancarla de las librerías y bibliotecas. Porque toda ella pletórica de amor a la patria y al decoro humano, es una perenne acusación de los hombres que hoy gobiernan contra su voluntad soberana al pueblo de Cuba.”²

En el Manifiesto no. 1 que en 1953 dirigió al pueblo cubano, en representación del Movimiento 26 de Julio, que lleva el título Para Cuba que sufre se percibe la asimilación del pensamiento martiano en las palabras finales donde dice “...al hacer nuestra profesión de fe en un mundo más feliz para el pueblo cubano, pensamos como Martí que el verdadero hombre no mira de qué lado se vive mejor, sino de qué lado está el deber y que ese es el único hombre práctico cuyo sueño de hoy será ley de mañana”.³

Esta muestra mínima explica algunas características de la compilación. Por muchas razones que van más allá de la ordenación cronológica, el primer texto recogido es La Historia me Absolverá, 1953, donde se aprecia una profunda influencia martiana. Ello habla de una necesidad que hoy se nos hace virtualmente imposible, una selección de fragmentos antes de esta fecha ajustados al tema.

La dimensión de esas fuentes se reafirmó en la prisión a que fue confinado Fidel a raíz del asalto al cuartel Moncada. De entonces data una importante etapa de lecturas de las Obras completas de Martí que fueron arma de combate para el guía del 26 de Julio.

Es obvio que, por muy claras razones de espacio temporal y contexto histórico, tenía que superar algunas de las grandes postulaciones martianas. No podía ser de otra manera. Pero rebasar una idea no es apartarse de ella, sino por el contrario cumplirla mejor. Sin dudas que el propio Martí hubiera hecho lo mismo si tenemos en cuenta que fue él quien nos dijo que en cada momento debía hacerse lo que en cada momento era necesario.

En esta obra encontraremos, como el máximo dirigente cubano caracteriza la Revolución iniciada en 1959, puntualizando en la necesidad de una fase revolucionaria

como etapa inicial para estabilizar el país, y un período posterior con una profunda radicalización inspirados en el ideal socialista, con una constitución para todos y en un ambiente de justicia social.

Por consiguiente, no había otro camino que el escogido para conducirla. Era la única manera de que los grandes sueños de José Martí se realizaran en la Patria.

En el discurso que pronunció el Primer Ministro en la terraza del Palacio Presidencial en ocasión de la “Operación Verdad”, así como en otras comparecencias públicas, hizo declaraciones muy precisas en contra de la discriminación racial y el propósito del gobierno revolucionario de luchar contra este mal social.

Fidel derribó los cuarteles para erigir sobre ellos escuelas, que se convirtieran, de un extremo a otro de la isla, en la siembra más poderosa del saber humano.

Por otra parte, en el texto se refleja la importancia que el estadista cubano otorga al trabajo agrícola, así como la reforma que propugna de la enseñanza primaria, para que a los niños se les instruya en materias propias de medios rurales y agrícolas, sobre los que descansa nuestra economía.

Sería bueno que nos detuviéramos a mirar en torno a nosotros. Es posible que algunos no lo hagan con el detenimiento necesario para abarcar, de una manera totalizadora, el poderoso conjunto de victorias que ha podido alcanzar la Revolución en estos 45 años, merced a la eficacia de su líder. Si lo hicieran, veríamos cómo se levanta nuestro pueblo, porque aquí se ha matado la ignorancia; apreciaríamos cómo la cultura está haciendo felices a los obreros; cómo es el bien de muchos y la opulencia de nadie, cómo el atentado monstruoso de divorciar al hombre de la tierra desapareció en Cuba, al ser liquidados los latifundios y los privilegios de los ricos; y cómo nuestro pueblo se siente cada vez más libre porque está recibiendo instrucción, educación y cultura. Y esto se debe a que un hombre llamado Fidel Castro, en quien convergen el heroísmo y la genialidad —dos cualidades tan difíciles de juntarse— discípulo de José Martí, y muy metido en las entrañas de este, quiso realizar los grandes sueños de su Maestro. Y para lograrlo, desencadenó la Revolución en su tierra para construir la sociedad socialista.

Esto demuestra que Fidel —de profunda estirpe martiana—, realizó la más completa interpretación del ideario del fundador del Partido Revolucionario Cubano, de acuerdo con las exigencias contemporáneas.

Por nuestra parte, tratamos de ofrecer una compilación que permita demostrar cómo se manifiesta esa influencia en la formación de su personalidad política, a partir de sus propias valoraciones acerca de lo que significa José Martí para nuestro pueblo.

La obra abarca un espacio temporal que transcurre desde 1953 hasta el 2003, con una ordenación cronológica, donde se incluyen notas aclaratorias e índice onomástico.

El Instituto de Historia de Cuba espera contribuir con este libro, a la mejor comprensión de lo que para el ideario del Presidente Cubano significó el pensamiento de José Martí, y coadyuvar con su publicación a la formación política e ideológica, a partir de nuestras tradiciones patrias y es precisamente en este contexto que adquiere una mayor connotación el pensamiento de ambos líderes.

INSTITUTO DE HISTORIA DE CUBA.

Traigo en el corazón las doctrinas del maestro

La Historia Me Absolverá. Alegato de defensa en el juicio después del asalto al Cuartel Moncada. Santiago de Cuba, Oriente, 16 de octubre.

Señores magistrados:

Nunca un abogado ha tenido que ejercer su oficio en tan difíciles condiciones; nunca contra un acusado se había cometido tal cúmulo de abrumadoras irregularidades. Uno y otro, son en este caso la misma. Como abogado, no ha podido ni tan siquiera ver el sumario y, como acusado, hace hoy setenta y seis días que está encerrado en una celda solitaria, total y absolutamente incomunicado, por encima de todas las prescripciones humanas y legales.

Quien está hablando aborrece con toda su alma la vanidad pueril y no están ni su ánimo ni su temperamento para poses de tributo ni sensacionalismos de ninguna índole. Si he tenido que asumir mi propia defensa ante este tribunal se debe a dos motivos. Uno: porque prácticamente se me privó de ella por completo; otro: porque sólo quien haya sido herido tan hondo, y haya visto tan desamparada la patria y envilecida la justicia, puede hablar en una ocasión como ésta con palabras que sean sangre del corazón y entrañas de la verdad.

No faltaron compañeros generosos que quisieran defenderme, y el Código de Abogados de La Habana designó para que me representara en esta causa a un competente y valeroso letrado: el doctor Jorge Pagliery, decano del Colegio de esta ciudad. No lo dejaron, sin embargo, desempeñar su misión: las puertas de la prisión estaban cerradas para él cuantas veces intentaba verme; sólo al cabo de mes y medio, debido a que intervino la Audiencia, se le concedieron diez minutos para entrevistarse conmigo en presencia de un sargento del Servicio de Inteligencia Militar. Se supone que un abogado deba conversar privadamente con su defendido, y este derecho se respeta en cualquier lugar del mundo, salvo que se trate de un prisionero de guerra cubano en manos de un implacable despotismo que no reconozca reglas legales ni humanas. Ni el doctor Pagliery ni yo estuvimos dispuestos a tolerar esta sucia fiscalización de nuestras armas para el juicio oral. ¿Querían acaso saber de antemano con qué medios iban a ser reducidas a polvo las fabulosas mentiras que habían elaborado en torno a los hechos del cuartel Moncada y sacarse a relucir las terribles verdades que deseaban ocultar a toda costa? Fue entonces cuando se decidió que, haciendo uso de mi condición de abogado, asumiese yo mismo mi propia defensa.

Esta decisión, oída y transmitida por el sargento del SIM, provocó inusitados temores; parece que algún duendecillo burlón se complacía diciéndoles que por culpa mía los planes iban a salir muy mal; y vosotros sabéis de sobre, señores magistrados, cuántas presiones se han ejercido para que se me despojase también de este derecho consagrado en Cuba por una larga tradición. El tribunal no pudo acceder a tales pretensiones porque era ya dejar a un acusado en el colmo de la indefensión. Ese acusado, que está ejerciendo ahora ese derecho, por ninguna razón del mundo callará lo que debe decir. Y estimo que hay que explicar, primero que nada, a qué se debió la feroz incomunicación a que fui sometido, cuál es el propósito al reducirme al silencio; por qué se fraguaron planes, que el tribunal conoce, para asesinarme; qué hechos gravísimos se le quieren ocultar al pueblo; cuál es el secreto de todas las cosas extrañas que han ocurrido en este proceso. Es lo que me propongo hacer con entera claridad.

Vosotros habéis calificado este juicio públicamente como el más trascendental de la historia republicana, y si así lo habéis creído sinceramente, no debísteis permitir que os lo mancharan con un fardo de burlas a vuestra autoridad. La primera sesión del juicio fue el 21 de septiembre. Entre un centenar de ametralladoras y bayonetas que invadían escandalosamente la sala de justicia, más de cien personas se sentaron en el banquillo de los acusados. Una gran mayoría era ajena a los hechos y guardaba prisión preventiva hacía muchos días, después de sufrir toda clase de vejámenes y maltratos en los calabozos de los cuerpos represivos; pero el resto de los acuerdos, que era el menor número, estaban gallardamente firmes, dispuestos a confirmar con orgullo su participación en la batalla por la libertad, dar un ejemplo de abnegación sin precedentes y librar de las garras de la cárcel a aquel grupo de personas que con toda mala fe habían sido incluidas en el proceso. Los que habían combatido una vez volvían a enfrentarse. Otra vez la causa justa del lado nuestro; iba a librarse contra la infamia el combate terrible de la verdad. ¡Y ciertamente que no esperaba el régimen la catástrofe moral que se avecinaba!

¿Cómo mantener todas sus falsas acusaciones? ¿Cómo impedir que se supiera lo que en realidad había ocurrido, cuando tal número de jóvenes estaban dispuestos a correr todos los riesgos: cárcel, tortura y muerte, si era preciso por denunciarlo ante el tribunal?

Ante aquella primera sesión se me llamó a declarar y fui sometido a interrogatorio durante dos horas, contestando las preguntas del señor fiscal y los veinte abogados de la defensa. Pude probar con cifras exactas y datos irrefutables las cantidades de dinero invertido, la forma en que se habían obtenido y las armas que logramos reunir. No tenía nada que ocultar, porque en realidad todo había sido logrado con sacrificios sin precedentes en nuestras contiendas republicanas. Hablé de los propósitos que nos inspiraban en la lucha y del comportamiento humano y generoso que en todo momento mantuvimos con nuestros adversarios. Si pude cumplir mi cometido demostrando la no participación, ni directa ni indirecta, de todos los acusados falsamente comprometidos en la causa, se lo debo a la total adhesión y respaldo de mis heroicos compañeros, pues dije que ellos no se avergonzarían ni de arrepentirse de su condición de revolucionarios y de patriotas por el hecho de tener que sufrir las consecuencias. No se me permitió nunca hablar con ellos en la prisión y, sin embargo, pensábamos hacer exactamente lo mismo. Es que, cuando los hombres llevan en la mente un mismo ideal, nada puede incomunicarlos, ni las paredes de una cárcel, ni la tierra de los cementerios, porque un mismo recuerdo, una misma alma, una misma idea, una misma conciencia y dignidad los alienta a todos.

Desde aquel momento comenzó a desmoronarse como castillo de naipes el edificio de mentiras infames que había llevado el gobierno en torno a los hechos, resultando de ello que el señor fiscal comprendió cuán absurdo era mantener en prisión a todas las personas a quienes se acusaba de autores intelectuales, solicitando de inmediato para ellas la libertad provisional.

Terminadas mis declaraciones en aquella primera sesión, yo había solicitado permiso del tribunal para abandonar el banco de los acusados y ocupar el puesto entre los abogados defensores, lo que en efecto me fue concedido. Comenzaba para mí entonces la misión que consideraba más importante en este juicio: destruir totalmente las cobardes cuanto alevosas y miserables, cuanto impúdicas calumnias que se lanzaron contra nuestros combatientes, y poner en evidencia irrefutable los crímenes espantosos y repugnantes que se habían cometido con los prisioneros, mostrando ante la faz de la nación y del mundo la infinita desgracia de este pueblo, que está sufriendo la opresión más cruel e inhumana de toda su historia.

La segunda sesión fue el martes 22 de septiembre. Acababan de prestar declaración apenas diez personas y ya había logrado poner en claro los asesinatos cometidos en la zona de Manzanillo, estableciendo específicamente y haciéndola constar en acta, la responsabilidad directa del capitán jefe de aquel puesto militar. Faltaban por declarar todavía trescientas personas. ¿Qué sería cuando, con una

cantidad abrumadora de datos y pruebas reunidos, procediera a interrogar, delante del tribunal, a los propios militares responsables de aquellos hechos? ¿Podía permitir el gobierno que yo realizara tal cosa en presencia del público numeroso que asistía a las sesiones, los reporteros de prensa, letrados de toda la Isla y los líderes de los partidos, de oposición a quienes estúpidamente habían sentado en el banco de los acusados para que ahora pudieran escuchar bien de cerca todo cuanto allí se ventilara? ¡Primero dinamitaban la Audiencia, con todos sus magistrados, que permitirlo!

Idearon sustraerme del juicio y procedieron a ello manu militari. El viernes 25 de septiembre por la noche, víspera de la tercera sesión, se presentaron en mi celda dos médicos del penal; estaban visiblemente apenados: “Venimos a hacerte un reconocimiento” —me dijeron. “¿Y quién se preocupa tanto por mi salud?” —les pregunté. Realmente, desde que los vi había comprendido el propósito. Ellos no pudieron ser más caballeros y me explicaron la verdad: esa misma tarde había estado en la prisión el coronel Chaviano y les dijo que yo “le estaba haciendo en el juicio un daño terrible al gobierno”, que tenían que firmar un certificado donde se hiciera constar que estaba enfermo y no podía, por tanto, seguir asistiendo a las sesiones. Me expresaron además los médicos que ellos, por su parte, estaban dispuestos a renunciar a sus cargos y exponerse a las persecuciones, que ponían el asunto en mis manos para que yo decidiera. Para mí era duro pedirles a aquellos hombres que se inmolaran sin consideraciones, pero tampoco podía consentir, por ningún concepto, que se llevaran a cabo tales propósitos. Para dejarlo a sus propias conciencias, me limité a contestarles: “Ustedes sabrán cuál es su deber; yo sé cuál es el mío.”

Ellos, después que se retiraron, firmaron el certificado; sé que lo hicieron porque creían de buena fe que era el único modo de salvarme la vida, que veían en sumo peligro. No me comprometí a guardar silencio sobre este diálogo; sólo estoy comprometido con la verdad, y si decirla en este caso pudiera lesionar el interés material de esos buenos profesionales, dejó limpio de toda duda su honor, que vale mucho más. Aquella misma noche, [...] redacté una carta para este tribunal, denunciando el plan que se tramaba, solicitando la visita de dos médicos forenses para que certificaran mi perfecto estado de salud y expresándoles que si, para salvar mi vida, tenía que permitir semejante artimaña, prefería perderla mil veces. Para dar a entender que estaba resuelto a luchar solo contra tanta bajeza, añadí a mi escrito aquel pensamiento del Maestro: “Un principio justo desde el fondo de una cueva puede más que un ejército.” Esa fue la carta que, como sabe el tribunal, presentó la doctora Melba Hernández, en la sesión tercera del juicio oral el 26 de septiembre. Pude hacerla llegar a ella, a pesar de la implacable vigilancia que sobre mí pesaba. Con motivo de dicha carta, por supuesto, se tomaron inmediatas represalias: incomunicaron a la doctora Hernández, y a mí, como ya lo estaba, me confinaron al más apartado lugar de la cárcel. A partir de entonces, todos los acusados eran registrados minuciosamente, de pies a cabeza, antes de salir para el juicio.

[...] debo decir que no se dejó pasar a mi celda en la prisión ningún tratado de derecho penal. Sólo puedo disponer de este minúsculo código¹ que me acaba de prestar un letrado, el valiente defensor de mis compañeros: doctor Baudilio Castellanos. De igual modo se prohibió que llegaran a mis manos los libros de Martí; parece que la censura de la prisión los considero demasiado subversivos. ¿O será porque yo dije que Martí era el autor intelectual del 26 de julio?² Se impidió, además, que trajese a este juicio ninguna obra de consulta sobre cualquier otra materia. ¡No importa en absoluto! Traigo en el corazón las doctrinas del Maestro y en el pensamiento las nobles ideas de todos los hombres que han defendido la libertad de los pueblos.

[...] En el sumario de esta causa han de constar las cinco leyes revolucionarias que serían proclamadas inmediatamente después de tomar el cuartel Moncada y divulgadas por radio a la nación. Es posible que el coronel Chaviano haya destruido con toda intención esos documentos, pero si él los destruyó, yo los conservo en la memoria.

La primera ley revolucionaria devolvía al pueblo la soberanía y proclamaba la Constitución de 1940 como la verdadera ley suprema del Estado, en tanto el pueblo decidiese modificarla o cambiarla, y a los efectos de su implantación y castigo ejemplar a todos los que la habían traicionado, no existiendo órganos de elección popular para llevarlo a cabo, el movimiento revolucionario, como consecuencia momentánea de esa soberanía, única fuente de poder legítimo, asumía todas las facultades que le son inherentes a ella, excepto la de modificar la propia Constitución: facultad de legislar, facultad de ejecutar y facultad de juzgar.

Esta actitud no podía ser más diáfana y despojada de chocherías y charlatanismos estériles: un gobierno aclamado por la masa de combatientes, recibiría todas las atribuciones necesarias para proceder a la implantación efectiva de la voluntad popular y de la verdadera justicia. A partir de ese instante, el Poder Judicial, que se ha colocado desde el 10 de marzo frente a la Constitución y fuera de la Constitución, recesaría como tal Poder y se procedería a su inmediata y total depuración, antes de asumir nuevamente las facultades que le concede la Ley Suprema de la República. Sin estas medidas previas, la vuelta a la legalidad, poniendo su custodia en manos que claudicaron deshonrosamente, sería una estafa, un engaño y una traición más.

La segunda ley revolucionaria concedía la propiedad inembargable e intransferible de la tierra a todos los colonos, subcolonos, arrendatarios, aparceros y precaristas que ocupasen parcelas de cinco o menos caballerías de tierra, indemnizando el Estado a sus anteriores propietarios a base de la renta que devengarían por dichas parcelas en un promedio de diez años.

La tercera ley revolucionaria otorgaba a los obreros y empleados el derecho de participar del treinta por ciento de las utilidades en todas las grandes empresas industriales, mercantiles y mineras, incluyendo centrales azucareros. Se exceptuaban las empresas meramente agrícolas en consideración a otras leyes de orden agrario que debían implantarse.

La cuarta ley revolucionaria concedía a todos los colonos el derecho a participar del cincuenta y cinco por ciento del rendimiento de la caña y cuota mínima de cuarenta mil arrobas a todos los pequeños colonos que llevasen tres años o más de establecidos.

La quinta ley revolucionaria ordenaba la confiscación de todos los bienes a todos los malversadores de todos los gobiernos y a sus causahabientes y herederos en cuanto a bienes percibidos por testamento o ab intestato de procedencia mal habida, mediante tribunales especiales con facultades plenas de acceso a todas las fuentes de investigación, de intervenir a tales efectos las compañías anónimas inscriptas en el país o que operen en él donde puedan ocultarse bienes malversados y de solicitar de los gobiernos extranjeros extradición de personas y embargo de bienes. La mitad de los bienes recobrados pasarían a engrosar las cajas de los retiros obreros y la otra mitad a los hospitales, asilos y casas de beneficencia.

Se declaraba, además, que la política cubana en América sería de estrecha solidaridad con los pueblos democráticos del Continente y que los perseguidos políticos de las sangrientas tiranías que oprimen a naciones hermanas, encontrarían en la patria de Martí, no como hoy, persecución, hambre y traición, sino asilo generoso, hermandad y pan. Cuba debía ser baluarte de libertad y no eslabón vergonzoso de despotismo.

Estas leyes serían proclamadas en el acto y a ellas seguirían, una vez terminada las contiendas y previo estudio minucioso de su contenido y alcance, otra serie de leyes y medidas también fundamentales como la reforma agraria, la reforma integral de la enseñanza y la nacionalización del trust eléctrico y el trust telefónico, devolución al pueblo del exceso ilegal que han estado cobrando en sus tarifas y pago al fisco de todas las cantidades que han burlado a la hacienda pública.

[...] un gobierno revolucionario procedería a la reforma integral de nuestra enseñanza, poniéndola a tono con las iniciativas anteriores, para preparar debidamente a las generaciones que están llamadas a vivir en una patria más feliz. No se olviden las palabras del Apóstol. Se está cometiendo en [...] América Latina un error

gravísimo: en pueblos que viven casi por completo de los productos del campo, se educa exclusivamente para la vida urbana y no se les prepara para la vida campesina.” “El pueblo más feliz es el que tenga mejor educados a sus hijos, en la instrucción del pensamiento y en la dirección de los sentimientos” “Un pueblo instruido será siempre fuerte y libre”.³

Pero el alma de la enseñanza es el maestro, y a los educadores en Cuba se les paga miserablemente; no hay, sin embargo, ser más enamorado de su vocación que el maestro cubano. ¿Quién no aprendió sus primeras letras en una escuelita pública? Basta ya de estar pagando con limosnas a los hombres y mujeres que tienen en sus manos la misión más sagrada del mundo de hoy y del mañana, que es enseñar. Ningún maestro debe ganar menos de doscientos pesos, como ningún profesor de segunda enseñanza debe ganar menos de trescientos cincuenta, si queremos que se dediquen enteramente a su elevada misión, sin tener que vivir asediados por toda clase de mezquinas privaciones. Debe concedérseles además a los maestros que desempeñan su función en el campo, el uso gratuito de los medios de transporte; y a todos, cada cinco años por lo menos, un receso en sus tareas de seis meses con sueldo, para que puedan asistir a cursos especiales en el país o en el extranjero, poniéndose al día en los últimos conocimientos pedagógicos y mejorando constantemente sus programas y sistemas.

[...] A los que me llaman por esto soñador, les digo como Martí: “El verdadero hombre no mira de qué lado se vive mejor, sino de qué lado esta el deber; y ese es [...] el único hombre práctico cuyo sueño de hoy será la ley de mañana, porque el que haya puesto los ojos en las entrañas universales y visto hervir los pueblos, llameantes y ensangrentados, en la artesa de los siglos, sabe que el porvenir, sin una sola excepción, está del lado del deber”.⁴

Únicamente inspirados en tan elevados propósitos, es posible concebir el heroísmo de los que cayeron en Santiago de Cuba.

[...] Sépase que por cada uno que vino a combatir, se quedaron veinte perfectamente entrenados que no vinieron porque no había armas. Esos hombres desfilaron por las calles de La Habana con la manifestación estudiantil en el centenario de Martí⁵ y llenaban seis cuerdas en masa compacta. Doscientos más que hubieran podido venir o veinte granadas de mano en nuestro poder, y tal vez le habríamos ahorrados a este honorable tribunal tantas molestias.

[...] Los políticos se gastan en sus campañas millones de pesos sobornando conciencias, y un puñado de cubanos que quisieron salvar el honor de la patria tuvo que venir a afrontar la muerte con las manos vacías por falta de recursos [...].

[...] Sólo un hombre en todos esos siglos ha manchado de sangre dos épocas distintas de nuestra existencia histórica y ha clavado sus garras en la carne de dos generaciones de cubanos. Y para derramar este río de sangre sin precedentes esperó que estuviésemos en el Centenario del Apóstol y acabada de cumplir cincuenta años la república que tantas vidas costó para la libertad, el respeto y la felicidad de todos los cubanos. Más grande todavía es el crimen y más condenable, porque pesa sobre un hombre que había gobernado ya como amo durante once largos años este pueblo que por tradición y sentimiento ama la libertad y repudia el crimen con toda su alma, un hombre que no ha sido, además, ni leal, sincero, ni honrado, ni caballero un solo minuto de su vida pública.

No fue suficiente la traición de enero de 1934, los crímenes de marzo de 1935, y los cuarenta millones de fortuna que coronaron la primera etapa; era necesaria la traición de marzo de 1952, los crímenes de julio de 1953 y los millones que sólo el tiempo dirá, [...]

[...] Muchos lugares solitarios sirven de cementerio a los valientes. Solamente en el campo de tiro del Ejército hay cinco enterrados. Algún día serán desenterrados y llevados en hombros del pueblo hasta el monumento que, junto a la tumba de Martí, la patria libre habrá de levantarles a los “Mártires del Centenario”.

[...] Para mis compañeros muertos no clamo venganza. Como sus vidas no tenían precio, no podrían pagarlas con las tuyas todos los criminales juntos. No es con sangre como pueden pagarse las vidas de los jóvenes que mueren por el bien de un pueblo; la felicidad de ese pueblo es el único precio digno que puede pagarse por ellas.

Mis compañeros, además, no están ni olvidados ni muertos; viven hoy más que nunca y sus matadores han de ver aterrorizados como surge de sus cadáveres heroicos el espectro victorioso de sus ideas. Que hable por mí el Apóstol: "Hay un límite al llanto sobre las sepulturas de los muertos, y es el amor infinito a la patria y a la gloria que se jura sobre sus cuerpos, y que no teme ni se abate ni se debilita jamás; porque los cuerpos de los mártires son el altar más hermoso de la honra".⁶

[...] Vivimos orgullosos de la historia de nuestra patria; la aprendimos en la escuela y hemos crecido oyendo hablar de libertad, de justicia y de derechos. Se nos enseñó a venerar desde temprano el ejemplo glorioso de nuestros héroes y de nuestros mártires. Céspedes, Agramonte, Maceo, Gómez y Martí fueron los primeros nombres que se grabaron en nuestro cerebro; se nos enseñó que el Titán había dicho que la libertad no se mendiga, sino que se conquista con el filo del machete; se nos enseñó que para la educación de los ciudadanos en la patria libre, escribió el Apóstol en su libro La Edad de Oro:⁷ "Un hombre que se conforma con obedecer a leyes injustas, y permite que pisen el país en que nació los hombres que se lo maltratan, no es un hombre honrado."

[...] En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Esos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que les roban a los pueblos su libertad, que es robarles a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana... "Se nos enseñó que el 10 de octubre y el 24 de febrero son efemérides gloriosas y de regocijo patrio porque marcan los días en que los cubanos se rebelaron contra el yugo de la infame tiranía; se nos enseñó a querer y defender la hermosa bandera de la estrella solitaria y a cantar todas las tardes un himno cuyos versos dicen que vivir en cadenas es vivir en afrenta y oprobio sumidos, y que morir por la patria es vivir. Todo eso aprendimos y no lo olvidaremos aunque hoy en nuestra patria se está asesinando y encarcelando a los hombres por practicar las ideas que les enseñaron desde la cuna. Nacimos en un país libre que nos legaron nuestros padres, y primero se hundirá la isla en el mar antes que consistamos en ser esclavos de nadie.

Parecía que el Apóstol iba a morir en el año de su centenario, que su memoria se extinguiría para siempre, ¡tanta era la afrenta! Pero vive, no ha muerto, su pueblo es rebelde, su pueblo es digno, su pueblo es fiel a su recuerdo; hay cubanos que han caído defendiendo sus doctrinas, hay jóvenes que en magnífico desagravio vinieron a morir junto a su tumba, a darle su sangre y su vida para que él siga viviendo en el alma de la patria. ¡Cuba, qué sería de ti si hubieras dejado morir a tu Apóstol!

Termino mi defensa, pero no lo haré como hacen siempre todos los letrados, pidiendo la libertad del defendido; no puedo pedirla cuando mis compañeros están sufriendo ya en Isla de Pinos ignominiosa prisión. Enviadme junto a ellos a compartir su suerte, es inconcebible que los hombres honrados estén muertos o presos en una república donde está de Presidente un criminal y un ladrón.

A los señores magistrados mi sincera gratitud por haberme permitido expresarme libremente, sin mezquinas coacciones; no os guardo rencor, reconozco que en ciertos aspectos habéis sido humanos y sé que el Presidente de este Tribunal, hombre de limpia vida, no puede disimular su repugnancia por el estado de cosas reinantes que lo obligan a dictar un fallo injusto. Queda todavía a la Audiencia un problema, más grave: ahí están las causas iniciadas por los setenta asesinatos, es decir, la mayor masacre que hemos conocido; los culpables siguen libres con un arma en la mano que es amenaza perenne para la vida de los ciudadanos; si no cae sobre ellos todo el peso de la ley, por cobardía o porque se lo impidan, y no renuncian en pleno todos los

magistrados, me apiado de vuestras honras y compadezco la marcha sin precedentes que caerá sobre el Poder Judicial.

En cuanto a mí, sé que la cárcel será dura como no lo ha sido nunca para nadie, preñada de amenazas, de ruina y cobarde ensañamiento, pero no la temo, como no temo la furia del tirano miserable que arrancó la vida a setenta hermanos míos. Condenadme, no importa, la historia me absolverá.

La Historia me Absolverá. Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1993, pp. 25, 30-31, 34-35, 55-57, 64-65, 66, 66-67, 73, 77, 86, 107-109.

Del Mensaje a Cuba que sufre

Manifiesto a la nación. Diciembre

Con la sangre de mis hermanos muertos, escribo este documento. Ellos son el único motivo que lo inspira. Más que la libertad y la vida misma para nosotros, pedimos justicia para ellos. Justicia no es en este instante un momento para los héroes y mártires que cayeron en el combate; ni siquiera una tumba para que descansen en paz y juntos los restos que yacen esparcidos en los campos de Oriente, por lugares que en muchos casos sólo conocen sus asesinos; ni de paz es posible hablar para los muertos en la tierra oprimida. La posteridad, que es siempre más generosa con los buenos, levantará esos símbolos a su memoria y las generaciones del mañana rendirán, en su oportunidad, el debido tributo a los que salvaron el honor de la Patria en esta época de infinita vergüenza.

[...] Días atrás se conmemoró el 27 de Noviembre.⁸ Todos los que escribieron o hablaron con relación al tema, volvieron sus palabras iracundas y fieras, tan pletóricas de epítetos altisonantes como de fingida indignación, contra los voluntarios que fusilaron aquellos ocho estudiantes. Sin embargo, no dijeron siquiera una sola sílaba para condenar el asesinato de setenta jóvenes, limpios como aquellos de pies a cabeza, honrados, idealistas...

Inocentes... Y aún está su sangre caliente sobre el corazón de Cuba. Caiga sobre los hipócritas el anatema de la Historia. Los estudiantes del 71 no fueron torturados, se les sometió a un juicio aparente, fueron enterrados en lugares conocidos y los que tal horror cometieron se creían en posición de un derecho de cuatro siglos recibido de mano divina y consagrado por el tiempo, legítimo, inviolable, eterno según creencias abolidas ya por el hombre. Nueve veces ocho fueron los jóvenes que cayeron en Santiago de Cuba bajo la tortura y el plomo, sin juicio de ninguna especie, en nombre de una usurpación ilegítima y aborrecida de 16 meses, sin Dios, ni Ley, violadora de las más nobles tradiciones cubanas y los más sagrados principios humanos, que después esparció los restos de sus víctimas por lugares desconocidos, en la República que nuestros libertadores fundaron para la dignidad y el decoro del hombre, el mismísimo año del Centenario del Apóstol. ¿Cuál era el delito? Cumplir sus prédicas: "Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres, éstos son los que se rebelan con fuerza contra los que le roban a los pueblos su libertad, que es robarle a los hombres su decoro". ¿Cuál es el interés lesionado? La ambición desmedida de un Grupo de caínes que explotan y esclavizan nuestro pueblo en provecho exclusivo de su egoísmo personal.

Si el odio que inspiró la matanza del 27 de Noviembre "nacía babeante del vientre del hombre", según expresión de Martí, ¿qué entrañas engendraron la masacre del 26, 27, 28 y 29 de julio? Mas no sé de ningún oficial del ejército cubano que haya quebrado su espada renunciando al uniforme; la única honra de ese ejército consistía en "matar diez jóvenes por cada soldado muerto en combate". [...]

[...] esa fue la que quiso para él su Estado Mayor. No debieron haber caído jamás teorías estériles e inoportunas sobre putsch o revolución, cuando era hora de denunciar los crímenes monstruosos que había cometido el gobierno, asesinando más

cubanos en cuatro días que en once años anteriores. Además, ¿quiénes han dado en Cuba prueba de mayor fe en las masas del pueblo, en su amor a la libertad, en su repudio a la dictadura en su desesperada miseria y en su conciencia madura? ¿Hubiera podido llamarse putsch a los intentos del pueblo de levantar el Regimiento Maceo la mañana del 10 de marzo, aun cuando ya todos los demás mandos se habían entregado? ¿Habrá menos conciencia hoy de libertad que la que había la madrugada del 10 de octubre de 1868? Lo que se mide en la hora de empeñar el combate por la liber-tad no es el número de las armas enemigas, sino el número de virtudes en el pueblo. Si en Santiago de Cuba cayeron cien jóvenes valerosos, ello no significa sino que hay en nuestra patria cien mil jóvenes dispuestos también a caer. Bús-quenseles y se les encontrará, oriénteseles y marcharán adelante por duro que sea el camino, las masas están listas, sólo necesitan que se les señale la ruta verdadera.

Denunciar los crímenes, he ahí un deber, he ahí un arma terrible, he ahí un paso al frente formidable y revolucionario. Las causas correspondientes están ya radicadas todas. Pídase el castigo de los asesinos. Exíjase su encarcelamiento. Nómbrase, si es necesario, un acusador privado. Impídase por todos los medios que pasen arbitrariamente a la Jurisdicción Militar. Antecedentes recientísimos favorecen esa campaña. La simple publicación de lo denunciado será de tremendas consecuencias para el gobierno. Repito que no hacer esto es mancha imborrable. Espero que un día, en la patria libre, se recorran los campos del indómito Oriente recogiendo los huesos de nuestros heroicos compañeros, para juntarlos todos en una gran tumba, junto a la del Apóstol, como mártires que son del Centenario y cuyo epitafio son un pensamiento de Martí: "Ningún mártir muere en vano, ni ninguna idea en el ondular y en el revolverse de los vientos. La alejan o la acercan, pero siempre queda la memoria de haberla visto pasar".

¡Veintisiete cubanos todavía tenemos fuerzas para morir y puños para pelear!

¡Adelante, a conquistar la libertad!

Fidel Castro.

Copia mecanográfica de la edición original en el Departamento del Pensamiento de Fidel Castro. Instituto de Historia de Cuba, pp. 6-9, 10.

1955

Con todos y para el bien de todos

Manifiesto al pueblo de Cuba.

Isla de Pinos, 16 de mayo

Cuando el régimen quiso convertir la Amnistía¹ en instrumento de humillación para sus adversarios, con exigencias deshonrosas, dijimos terminantemente que los presos políticos no aceptábamos la libertad a base de condiciones previas. Planteada en esos términos la cuestión, la disyuntiva era negar tajantemente la amnistía, o concederla sin condiciones de ninguna clase. La asombrosa presión de la Opinión Pública y de la prensa cubana, nos abrió al fin las puertas de las prisiones sin condiciones vergonzosas. Ha sido esta la gran victoria del pueblo en los últimos tres años y el único aporte de paz en el horizonte nacional.

El fundador de nuestra patria definió que o la república tenía por base el cadáver entero de cada uno de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propio, el ejército íntegro de sí y el respeto como de honor de familia al ejercicio íntegro de los demás, la pasión en fin por el decoro del hombre, o la República no valía una lágrima de nuestras mujeres, ni una sola gota de sangre de nuestros bravos.

No debe olvidarse nunca que los cubanos amamos la paz; pero amamos más aún la libertad. Que la paz no se convierta en una tregua para que el régimen consolide la opresión y el privilegio con apaciguamiento que permita gozar en calma de los jugos del poder usurpado.

Para que haya una paz verdadera en la que triunfe la República es indispensable que cesen los atropellos brutales contra el estudiantado heroico y contra la ciudadanía en general, que se respeten como cosa sagrada la persona y los derechos del cubano, que se abran al pueblo de par en par las vías democráticas para el rescate de su soberanía y la realización plena de sus grandes anhelos de justicia y libertad. Los que se opongan a tan legítimas y humanas demandas, a tan irrenunciables derechos del pueblo cubano, pretendiendo convertir la isla en feudo privado de camarilla opresora y rapaz, que no quita sus ojos ni sus manos del tesoro público, principal afán y meta de su odioso trotar político, estarán perturbando criminalmente la paz de la República.

Lo que no tolerará la nación cubana es que el interés bastardo, el privilegio y los caprichos de una insignificante minoría se impongan por la fuerza sobre los derechos del pueblo. El país no tendrá jamás paz con quienes pretendan oprimirla y esquilmarla como a manso rebaño. La patria no es la celda del esclavo, sino el solar del hombre libre. Nuestra República no se fundó para soportar yugos “ni para erigir a la boca del continente americano la mayordomía espantada de Veintimilla, o la hacienda sangrienta de Rosas, o el Paraguay lúgubre de Francia”² sino para la libertad, el progreso y la felicidad de todos los cubanos, bajo aquella fórmula del amor triunfante que Martí bordó alrededor de la estrella solitaria en la bandera nueva: “Con todos y para el bien de todos”.

Al salir de las prisiones donde nos sumió durante veintidós meses la injusticia, proclamamos que esos son los ideales por los cuales hemos luchado y continuaremos luchando sin desmayos, aún al precio de la existencia.

Cuando todavía estábamos presos, dije en mi carta a Conte Agüero, publicada en Bohemia que si un cambio de circunstancias y un régimen de positivas garantías exigiesen un cambio de táctica en la lucha, lo haríamos en acatamiento a los supremos intereses de la nación, aunque nunca en virtud de un compromiso que no de la voluntad soberana del pueblo. Ya en libertad, ratificamos esas palabras sin reticencias de ninguna clase porque no somos perturbadores de oficio y sabemos hacer en cada momento lo que conviene al país. Corresponde ahora a los hombres del régimen demostrar que esas garantías son ciertas, y no como hasta hoy: promesas mentirosas.

Nosotros sabremos cumplir con el deber que demanda la Patria. Nuestra libertad no será de fiesta o descanso, sino de lucha y deber, de batallar sin tregua desde el primer día, de quehacer ardoroso por una Patria sin despotismo ni miseria, cuyo mejor destino nada ni nadie podrá cambiar. El país se yergue formidablemente contra los que lo maltratan, se ve surgir una fe nueva, un despertar inusitado en la conciencia nacional. Pretender ahogarla es provocar una catástrofe sin precedentes cuyos funestos resultados caerán sobre las cabezas de los culpables. Los déspotas pasan, los pueblos perduran.

Si en nosotros está puesta una parte de esa fe, no defraudaremos a la nación. De las prisiones, donde se ensañaron hasta lo indecible, salimos sin prejuicios en la mente, ni veneno en el alma que puedan enturbiar nuestro pensamiento respecto al camino a seguir, y como el Apóstol podemos proclamar con orgullo que ni a la voz del insulto ni al rumor de las cadenas hemos aprendido aún a odiar. Por tanto, el pueblo puede esperar de nosotros que en todo momento, sin odio, pero sin miedo al sacrificio, sabremos actuar digna y serenamente a la altura de las circunstancias.

Prensa Libre, 17 de mayo, La Habana, 1955, pp. 1-13.

Eduqué mi mente en el pensamiento martiano que predica el amor y no el odio

¡Mientes Chaviano! 29 de mayo

[...] ¿Qué quiere pues Chaviano? ¿que narre los crímenes espeluznantes que se cometieron con los prisioneros? ¿que hable de los ojos arrancados y de los hombres enterrados vivos? ¿que señale por su nombre a cada uno de los asesinos y de cada uno de los responsables grandes o pequeños? Si así lo desea, estoy dispuesto a discutir con él por la prensa, la radio, la televisión, por donde quiera, aquellos hechos en todos sus detalles. Que caiga sobre él la responsabilidad por toda la pasión que ello puede desatar, porque ha querido provocarnos cobardemente, cuando he tenido palabras generosas, como las tuve desde el primer día, para los soldados que cayeron valientemente frente a nosotros y para sus familiares igual que para los de mis compañeros. Porque soy cubano que desea el bien de todos y no el de un grupo, porque queremos una Patria con todos y para el bien de todos. Eduqué mi mente en el pensamiento martiano que predica el amor y no el odio, y es el Apóstol el guía de mi vida y como él me he visto en la amarga necesidad de empuñar las armas para luchar contra la opresión que cierra todos los caminos de paz, y como él antes de saludar al adversario en la muerte hubiéramos deseado abrazarle en la libertad, y como él sabremos caer de cara al sol luchando por el bien de los mismos que nos combaten.

Los soldados caídos en combate tendrán siempre nuestro respeto de adversarios sin miedo y sin odio, y sus familiares tendrán ayuda generosa cuando la revolución pensadora y magnánima sea poder, como la tendrán también los que hoy no la tienen, los familiares de los compañeros nuestros que cayeron víctimas del asesinato, la represión y el odio.

Bohemia, 29 de mayo, La Habana, 1955, pp. 57, 94.

Como dijera nuestro Apóstol

Carta. 7 de julio

El valor no está en oprimir al pueblo por la fuerza; más lo estaría en devolverle los derechos que se le arrebataron en una madrugada artera. No es valiente la fiera que en la oscuridad de la noche se lanza sobre la presa de una nación indefensa; brava y decorosa como dijera nuestro Apóstol, es en cambio la llama que cuando “el indio” le pone más carga de la que puede soportar, se echa a tierra y se muere.

¡Sea valiente, Batista!; tenga el valor de sobreponerse a los oscuros intereses que lo rodean, a su propia soberbia y devuelva a la nación lo que le han arrebatado. No ofenda ni humille más al pueblo con palabras, discursos y hechos que hieren la sensibilidad cubana. Recuerde que “la tiranía fomenta las virtudes que tarde o temprano la destruye”. Esta, mi respuesta de adversario leal que no tiene que rebajar no ofender a nadie para combatirlo.

De “Manos asesinas”, La Calle, 8 de julio, La Habana, 1955, p. 6.

Ha llegado la hora de tomar derechos y no pedirlos, de arrancarlos en vez de mendigarlos

Carta. 7 de julio

Me marché de Cuba porque me han cerrado todas las puertas de la lucha cívica.

Después de seis semanas en la calle estoy convencido más que nunca de que la dictadura tiene la intención de permanecer veinte años en el poder disfrazada de

distintas formas, gobernando como hasta ahora, sobre el terror y sobre el crimen, ignorando que la paciencia del pueblo cubano tiene límites.

Como martiano pienso que ha llegado la hora de tomar derechos y no pedirlos, de arrancarlos en vez de mendigarlos.³

Residiré en un lugar del Caribe. De viajes como éste no se regresa, o se regresa con la tiranía descabezada a los pies.

Fidel Castro Ruz

La sierra y el llano, Editorial Casa de las Américas, La Habana, 1969, p. 60.

**Cuando hay hombres sin decoro,
hay siempre otros que tienen en sí
el decoro de muchos hombres**

Opiniones. 10 de julio

[...] Como dije ante el Tribunal de Urgencia de Santiago de Cuba cuando fui juzgado por los hechos del 26 de julio, somos cubanos, y ser cubano implica un deber: no cumplirlo es crimen y es traición. Vivimos orgullosos de la historia de nuestra Patria; la aprendimos en la escuela y hemos crecido oyendo hablar de libertad, de justicia y de derechos. Se nos enseñó a venerar, desde temprano, el ejemplo glorioso de nuestros héroes y mártires. Céspedes, Agramonte, Maceo, Gómez y Martí fueron los primeros hombres que se grabaron en nuestro cerebro; se nos enseñó que el Titán había dicho que la libertad no se mendiga, sino que se conquista con el filo del machete; se nos enseñó que para la educación de los ciudadanos en la Patria libre escribió el Apóstol en su libro de Oro: "Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres, y esos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que le roban a los pueblos su "libertad." Se nos enseñó que el 10 de octubre y el 24 de febrero son efemérides gloriosas y de regocijo patrio, porque marcan los días en que los cubanos se rebelaron contra el yugo criminal de la infame tiranía; se nos enseñó a querer y defender la hermosa bandera de la estrella solitaria y a cantar todas las tardes un himno cuyos versos dicen que "vivir en cadenas es vivir en oprobios y afrenta sumidos" y que "morir por la patria es vivir".

**Al adoptar de nuevo la línea del sacrificio asumimos ante la
historia
la responsabilidad de nuestros actos**

Manifiesto No. 1 del 26 de julio.

Al pueblo de Cuba. 8 de agosto

Vivo por mi patria y por su libertad real, aunque sé que la vida no me ha de alcanzar para gozar del fruto de mis labores, y que este servicio se ha de hacer con la seguridad y el ánimo de no esperar por él recompensa"

JOSÉ MARTÍ.

Mis deberes para con la Patria y para con mis convicciones están por encima de todo esfuerzo humano, por ello llegaré a pedestal de los libres o sucumbiré por la redención de mi pueblo"

ANTONIO MACEO.

Bajo este nombre de combate, que evoca una fecha de rebeldía nacional, se organiza hoy y prepara su gran tarea de redención y de justicia el movimiento revolucionario cubano.

Por acuerdo expreso de sus dirigentes se me confió la redacción de este primer manifiesto al país y los que en lo sucesivos verán la luz en forma clandestina.

Al cumplir esta misión que me impone el deber, no vacilo en asumir la responsabilidad que implica calzar con nuestra firma estas proclamas que serán una constante arenga al pueblo, un llamado sin ambages a la revolución y un ataque frontal a la camarilla de criminales que pisotea el honor de la Nación y rige sus destinos a contrapelo de su historia y de la voluntad soberana del pueblo. Y aunque en estos instantes me encuentre ausente del territorio nacional y por tanto fuera de la órbita de los tribunales que en él imparten las sentencias que les dicta el amo, no vacilé tampoco en hacerlo cuando delante del tribunal que me juzgaba desenmascaré a los verdugos en pleno rostro. O desde las propias prisiones acusé con sus nombres al dictador y a sus generales sanguinarios de los crímenes del Moncada en manifiesto de fecha de 6 de enero de 1954, o rechacé la amnistía bajo condiciones previas, o ya en libertad puse en evidencia ante todo el pueblo la entraña cruel e inhumana del régimen de Batista. “¡Qué me importan todas las acusaciones que puedan hacerme ante los tribunales de excepción!” Cuba es mi patria y a ella no volveré nunca o volveré dignamente como me lo tengo prometido. Las naves están quemadas: o conquistamos patria a cualquier precio, donde pueda vivirse con decoro y con honor, o nos quedamos sin ella.

“Patria es algo más que opresión, algo más que un pedazo de tierra sin libertad y sin vida”.

Apenas es necesario justificar la utilización de este medio para exponer nuestras ideas. La clausura del periódico La Calle, cuya valiente postura le ganó las simpatías del pueblo, aumentando su circulación a más de veinte mil ejemplares en sólo unas cuantas semanas, rubricó la mordaza más o menos disimulada que desde hace más de tres años mantiene la dictadura sobre la prensa legal de Cuba. [...]

En Cuba sólo tienen derecho a escribir cuanto se les antoja los seis libelos que sostiene la dictadura con el dinero que le esquilma a los maestros y empleados públicos; en Cuba sólo pueden reunirse libremente los incondicionales del régimen o los que les hacen el juego desde una oposición dócil e inofensiva; en Cuba sólo tienen derecho a vivir los que se ponen de rodillas.

La mala fe del régimen, el espíritu mezquino con que concedió la amnistía que le arrebató al pueblo, quedó evidenciado desde los primeros instantes. A los tres días de estar en la calle se lanzó ya contra nosotros la primera falsa acusación de actividades subversivas, cuando apenas nuestros familiares habían tenido tiempo de saludarnos y expresar su júbilo en la ingenua creencia de que se iniciaba una etapa distinta de sosiego y de respeto ciudadano, y de que sus hijos no se verían de nuevo envueltos en la vorágine de la contienda revolucionaria, agonía y martirio, que lleva ya tres años y medio, donde la pena más honda no es del combatiente que lucha resuelto sin importarle el riesgo, sino de las madres que son, como expresó Martí, “amor y no razón” y lloran con dolor inconsolables.⁴

Habríamos cambiado de cárcel. Un espectáculo de hambre y de injusticia por doquier. Y la dura lucha que el ideal impone, que la dignidad impone, que el deber manda, se iniciaba de nuevo, para cesar sólo cuando no queden opresores en Cuba o caiga sobre la tierra martirizada y triste el último revolucionario.

Los que dudan de la firmeza con que llevaremos adelante nuestra promesa, los que nos creen reducidos a la impotencia porque no tenemos fortuna privada que poner a disposición de nuestra causa, ni millones robados al pueblo, recuerden que un puñado de hombres con quienes no se contaba para nada, sin recursos económicos de ninguna clase, y sin más armas apenas que su dignidad y sus ideales, enfrentándose a la segunda fortaleza militar de Cuba, hicieron ya una vez lo que otros con inmensos

recursos no han hecho todavía; recuerden que hay un pueblo con la fe puesta en sus honrados defensores, dispuesto a reunir centavo a centavo los fondos necesarios, para que no vayan de nuevo desarmados los brazos que conquistarán la libertad con sangre limpia y dinero limpio; recuerden en fin, que por cada uno de los jóvenes que cayó en Santiago de Cuba hay miles más esperando el santo y seña para entrar en combate, que cien mil idealistas forman hoy la reserva revolucionaria del pueblo. Y por cada uno de los que escriben su prédica cobarde, de envilecimiento, entreguismo y transacción con los opresores, aconsejando a nuestro pueblo la sumisión pacífica a la tiranía, renunciando a su tradición de pueblo rebelde y decoroso, como si en Cuba no hubiera pasado nada el 10 de marzo, hay un millón de voces maldiciéndolos.

Las voces de los que están pasando hambre en los campos y ciudades, las voces desesperadas de los que no tienen trabajo ni esperanza de encontrarlo, las voces indignadas de nuestros trabajadores para quienes en hora maldita asaltó Batista el poder, las voces de todo un pueblo pisoteado y burlado que ha visto a sus hijos asesinados en las sombras que no se resigna a vivir sin derecho y libertad.

¡Tercos los que creen que un movimiento revolucionario vale por la cantidad de millones a su alcance y no por la cantidad de razón, idealismo, decisión y decoro de sus combatientes! “Lo que importa, —como dijo Martí— no es el número de armas en la mano, sino el número de estrellas en la frente” A los que nos piden que abandonemos la lucha revolucionaria para acogernos a las limosnas de legalidad que ofrece el régimen, les respondemos: ¿Por qué no le piden primero a Batista que renuncie al poder?

Él es el único obstáculo; él fue quien recurrió a la violencia cuando todas las vías legales estaban abiertas; él apaña y protege a los esbirros que asesinan y matan; él, exclusivamente él, es quien ha provocado esta situación de incertidumbre, de intranquilidad y de ruina.

¿Por qué pedirle a un pueblo que renuncia a sus derechos y no pedirle a un aventurero con suerte que abandone el poder que no le corresponde? A los que aconsejan impudicamente la asistencia a unas elecciones parciales como solución nacional, les respondemos: ¿A quién le importan esas elecciones? La inconformidad no está en los políticos que ambicionan cargos, sino en el pueblo que ambiciona justicia. Piensan muy mal de los cubanos los que creen que sus graves problemas políticos, sociales y económicos se reducen a satisfacer las apetencias de un centenar de menguados aspirantes a unas cuantas alcaldías y actas de representantes. ¿Qué ha dado la politiquería al país en los últimos cincuenta años? Discursos, chambelonas, congas, mentiras, componendas, engaños, traiciones, enriquecimiento indebido de una caterva de pillos, palabrería hueca, corrupción, infamia. Nosotros no vemos la política como la ven los políticos al uso. No nos importan los beneficios personales sino los beneficios del pueblo al que servimos desinteresadamente como misioneros de un ideal de redención. La gloria vale más que el triunfo, y “no hay más que una gloria cierta y es la del alma que está contenta de sí”. Si queremos el poder es como medio y no como un fin en sí mismo. Nadie nos ofrezca esas migajas electorales con que Batista compra a sus enemigos de poca monta; el orgullo con que sabemos despreciarlos vale más que todos los cargos electorales juntos.

[...] Los voceros de la dictadura hacen hoy más énfasis que nunca en la contienda cívica y las vías legales como el camino que deben seguir sus adversarios. No pensaron igual cuando el 10 de marzo perpetraron contra la Nación el más injustificable crimen que pudo concebirse. ¡Y entonces sí estaban abiertas todas las vías cívicas y legales para la lucha política! Ahora, cuando han cerrado todos los caminos de la paz, hablan de paz; ahora cuando llevan casi cuatro años instalados en un poder que no tienen derecho a ejercer, lucrando y aprovechándose a la vista de toda la Nación, repartiendo prebendas y gajes entre los amigos, incondicionales y parientes de toda la camarilla, y han estado utilizando constantemente el abuso y la imposición para mantener sus privilegios, gritan a los cuatros vientos que el único modo justo y decente de combatirlos a ellos es la política. La política, como concebía

Martí y la entendemos nosotros, es el arte de conservar en paz y grandeza la Patria, más no el vil arte de elaborar una fortuna a sus expensas. “La Patria no es comodín que se abre y cierra a vuestra voluntad; ni la República es un modo de mantener sobre el país, a buena cama y mesa, a los perezosos y soberbios, que en la ruindad de su egoísmo se creen carga natural y señores ineludibles en su pueblo inferior”.

A los que entonan sus cantos de beatas a favor de la paz, como si pudiera haber paz sin libertad, paz sin derecho, paz sin justicia, no han encontrado todavía en cambio la palabra adecuada para condenar los CIEN CRÍMENES que se han cometido desde el 10 de marzo, ni los atropellos diarios, los asaltos a los hogares a media noche, las detenciones arbitrarias, las acusaciones falsas, las condenas injustas. ¿Qué han dicho de ese joven guantanamero, humilde agente del periódico La Calle, torturado atrocemente, sobre cuyos testículos estrangulados arrojaron sus verdugos un ácido corrosivo? ¡Nada! ¡Absolutamente nada!

¡Alertas pues cubanos! Contra los que te aconsejan sumisión cobarde ante la tiranía, venga de donde venga el consejo, porque esos les cobran a Batista el precio de sus hipócritas sermones.

La paz que quiere Batista es la que quería España; la paz que queremos nosotros, es la paz que quería Martí.

Hablar de paz bajo la tiranía es ultrajar la memoria de todos los que han caído por la libertad y la felicidad de Cuba. También entonces hubo reformistas y autonomistas que combatieron con saña cobarde la digna actitud de nuestros libertadores y aceptaban como solución las migajas electorales que les ofrecían los amos de aquella época.

Las calles y los parques de nuestras ciudades y pueblos llevan los nombres y ostentan con orgullo las estatuas de Maceo, Martí, Máximo Gómez, Calixto García, Céspedes, Agramonte, Flor Crombet, Bartolomé Masó y otros próceres ilustres que supieron rebelarse; en la escuela se enseña nuestra historia gloriosa y se venera con unción el 10 de octubre y el 24 de febrero. Estas no fueron fechas de sumisión ni de acatamiento resignado y cobarde al despotismo imperante; ni fueron aquellos los que extendieron la mano limosnera para recibir de España un cargo de diputado en la Corte o el Senado de la Metrópoli.

Puede hablar así a la Nación un movimiento revolucionario que ha dado ya a la patria una legión de mártires heroicos que nunca medraron a costa de ella ni tuvieron otra ambición que servirle sin interés ni cansancio.

[...] Al adoptar de nuevo la línea del sacrificio asumimos ante la historia la responsabilidad de nuestros actos.

Y al hacer nuestra profesión de fe en un mundo más feliz para el pueblo cubano, pensamos como Martí que el verdadero hombre no mira de qué lado se vive mejor, sino de que lado está el deber y que ese es el único hombre práctico cuyo sueño de hoy será la ley de mañana.

Copia mecanográfica de la edición original en el Departamento del Pensamiento de Fidel Castro. Instituto de Historia de Cuba, pp. 1-2, 5-8, 11-12, 18.

Los niños héroes pertenecen a México y pertenecen también a América

Discurso ante el monumento José Martí,
Ciudad México. México, 10 de octubre

Compañeros de la Tribuna de la Juventud Mexicana:
Señoras y señores:

Al venir para dirigirles la palabra, viene a mi mente una frase de Martí en ocasión de conmemorarse también el 10 de Octubre, vísperas de la Independencia de Cuba. Dijo

Martí que había algo de vergüenza en la oratoria en esos tiempos de sobra de palabras y falta de hechos; que la palabra había caído en descrédito, porque los débiles, los vanos y los ambiciosos habían abusado de ella.

Por eso, al venir aquí a este acto sencillo, pero emotivo y solemne siente uno la necesidad de despojarse de todas las retóricas para verter nuestro corazón sobre los que nos escuchan.

Y no hablo hoy para los compañeros de exilio, para los exiliados de Guatemala, de Puerto Rico, de Venezuela y de otros países de nuestro Continente. Hablo principalmente para los mexicanos que nos escuchan, para los mexicanos que tienen en este instante el raro privilegio, privilegio rarísimo en América y cada vez más raro, de vivir bajo una Constitución y bajo una democracia, de un pueblo que está rigiendo soberanamente sus propios destinos.

Y cuando se disfruta de esos privilegios, cuando se disfruta de todas las ventajas de la libertad, es poco más difícil comprender la tragedia de los que carecen de ella. Y para saber la significación que tiene para nosotros el 10 de Octubre, nadie mejor que los mexicanos podrían comprenderlo con una simple comparación: ahí está reciente el 16 de septiembre. Nosotros estábamos aquí en México el 16 de septiembre; nosotros, faltos de la dicha de estar en nuestra patria, conmemoramos aquí también el 16 de septiembre; nos regocijamos con los mexicanos el 16 de septiembre.

Y vimos al pueblo mexicano alegre desde quince días antes del 16 de septiembre. Y fuimos al Zócalo y vimos más de cien mil mexicanos gritando ¡Viva México! Y gritamos nosotros también, porque no podíamos gritar ¡Viva Cuba Libre!, gritamos también ¡Viva México!

Pues allá, en nuestra Patria, no había alegría; allá en nuestra Patria, no se reunieron cien mil cubanos delante del Palacio Presidencial; allá en nuestra Patria no desfiló un ejército aplaudido por el pueblo; allá en nuestra Patria estaba solitaria la plaza; allá en nuestra Patria, cuando los soldados al servicio de la dictadura desfilaban no había un solo cubano que los aplaudiese.

Y aquí, en México, pude presenciar algo que a los cubanos nos hubiese llamado mucho, la atención, porque hace mucho tiempo que el pueblo de Cuba no aplaude al ejército cubano. Y sin embargo, presenciamos en las calles de México cómo aquel ejército, orgullo de este país, ejército al servicio de la Revolución y del pueblo, era aclamado, era aplaudido, era vitoreado y sobre ellos arrojaban flores un millón de mexicanos.

Fue para nosotros un ejemplo alentador y magnífico. Comprendimos que era México uno de los países que más estaba necesitado de una defensa, de una defensa como la que representaba aquel ejército, porque a México se le arrebató ignominiosa y alevosamente la mitad de un territorio, ¡y si en México no hubiera un ejército como ese, estoy seguro que no se vacilaría en intentarse arrebatarse la mitad del territorio que le queda!

Ustedes, que con tanto patriotismo conmemoran la fecha patria, podrían comprender perfectamente bien la tristeza que significa para los cubanos estar un día semejante, un día como el de la fecha que hoy se conmemora, allí pisoteados por una dictadura sanguinaria.

De ahí, como dijera el compañero que me precedió en el uso de la palabra, el gran significado y el aliento que para nosotros significa este honor que nos hace la Tribuna de la Juventud Mexicana, porque acá en la tierra mexicana no solamente hemos recibido calor de libertad, calor de patria, calor de hogar, sino que también se nos llena de regocijo y se nos alienta al tomarse el interés de decirnos que los mexicanos están conscientes de Cuba, de sus fechas patrióticas, y que aquí a este acto del 10 de Octubre no invitan a los representantes oficiales que no representan a ningún pueblo, ¡sino que invitan a los revolucionarios que están luchando y que lucharán, y que lo juran aquí, que lucharán hasta la muerte por la libertad de sus pueblos!

Y para nosotros este acto tiene el valor de un alto simbolismo. Tiene el valor que para todo hombre puede tener, por ejemplo, la bandera de su patria. La bandera —un

pedazo de lienzo en colores— simboliza para el hombre su patria, simboliza todo el amor que los hijos de un país puedan sentir por ella.

Así nosotros, aquí reunidos, vemos en la concurrencia un símbolo de América. América tiene que esperar todo de su juventud; América —dígase de una vez— no puede decir nada ni tiene nada que esperar de las oligarquías políticas en decadencia.

¿Cuál ha sido el papel de la última generación republicana de América? Dejarse arrebatar el poder por las camarillas dictatoriales. Las democracias en América están en plena bancarrota.

Había, como decía antes Juarbe y como decía Martí sobra de palabras y falta de hechos. Las democracias americanas han perdido Guatemala, y sobran los dedos de la mano para contar las democracias que quedan en nuestro Continente.

La presente generación americana está en la obligación de encender de nuevo el espíritu democrático, está en la obligación de disminuir las palabras y aumentar los hechos.

Y en lo que a la juventud cubana se refiere, puedo decirles con satisfacción que está cumpliendo su deber. Que quien les habla aquí, no viene como un romántico o un iluso sin historia a proclamar su fe en una idea. Quien les habla aquí, ha visto caer en combate setenta compañeros luchando contra la dictadura de Batista. Quien les habla aquí, puede decirles que la juventud cubana, la generación presente a tomado ya en sus manos la bandera de la Revolución. Quien les habla aquí, puede asegurarles que no viene como una Magdalena a llorar impotente la desgracia de su patria; sino, que en nombre del pueblo cubano saluda a los mexicanos como saludaban los gladiadores al César cuando iban a morir en la arena. El que les habla aquí, puede asegurarles que el pueblo cubano se prepara para librar la batalla decisiva, y no son palabras. Algún día volveremos aquí para hablar de Bolívar, para hablar de Juárez, para hablar de Sucre, para hablar de Hidalgo, de Morelos, de Martí, de Cárdenas, de Madero, de Sandino, de todos los próceres. Vendremos aquí, con un pueblo libre, con el pueblo libre de Cuba en la mano, y les diremos a los exiliados de los demás países: allá también tienen, como México, una patria donde puedan vivir; una patria donde puedan prepararse para la batalla final.

Quien les habla aquí, quiere aprovechar la oportunidad, para expresarles quizás uno de los sentimientos más fervorosos de veneración, de admiración y de respeto, que ha albergado. Nuestra admiración y nuestro respeto, por los niños héroes de México. Esos niños héroes, cuyo espíritu, como dijera el compañero Juan,⁵ va reencarnando en la juventud mexicana. Es decir, ustedes jóvenes de México, pueden sentirse orgullosos, pueden sentirse convencidos de poseer una de las fortunas espirituales que haya poseído ninguna juventud en el mundo: este ejemplo extraordinario de los Niños Héroes.⁶

Allí donde cayeron; allí donde están esculpidos para siempre en piedra sus nombres; allí, es un lugar donde muchas veces los exiliados cubanos, vamos a tomar aliento, vamos a tomar fe, y vamos a inspirarnos en su ejemplo.

Cuantas veces me detengo allí, junto a la torre majestuosa que se alza en lo alto del templo, me parece verlos caer envueltos en la bandera mexicana y subir de nuevo luego, hacia el cielo, para convertirse en estrella que guíe para siempre, el decoro y la dignidad del pueblo mexicano.

Yo no envidio a los niños héroes de México, porque los admiro también, y creo que los Niños Héroes pertenecen a México, y pertenecen también a América, ¡porque cayeron luchando contra un imperialismo que ha puesto sobre toda la América sus garras!

Y cuando veo aquel monumento en piedra; y cuando veo aquellas columnas que en forma de antorchas se levantan, cuando veo a la madre patria, con aquellos niños mártires en sus manos, cuando veo aquellas águilas, con el pico mirando hacia el cielo y el pecho erguido en actitud desafiante, porque jamás había visto nada tan imponente que esas águilas mexicanas; cuando veo todo eso, comprendo que aquellos que una vez osaron pisar con sus plantas la tierra mexicana; cuando se detienen frente a todos

esos símbolos vivientes de la dignidad del pueblo mexicano, digo, que esos que pisotearon y profanaron una vez la tierra azteca, éstos tienen que comprender que aquella guerra no fue una guerra perdida, ¡sino que fue una guerra ganada para la dignidad de México!

Y esos Niños Héroe que cayeron me recuerdan también a aquellos que siguieron su ejemplo, me recuerda a aquellos compañeros que hace apenas dos años asesinados en el Cuartel Moncada, después del combate. Jóvenes idealistas que fueron ignominiosamente asesinados, previa tortura; asesinados, después de arrancarle los ojos, cosa que asombra, cosa que da vergüenza que no lo sepa el mundo. Porque al mundo se habló mucho de la barbarie de los nazis y de la barbarie de los fascistas. Y millones de hombres fueron llevados a los frentes de batalla para defender el derecho de los pueblos a vivir decorosamente para defender los derechos humanos, y en cada revista y periódico del mundo, se hablaba de los crímenes de los nazis, y sin embargo, de los crímenes monstruosos que se cometieron allá en la tierra de Oriente, no se habla.

¡Pero juramos que algún día hablará la historia, hablará el mundo! ¡Y que allá también, por la disposición firmísima de seguir en esta lucha a los que quedamos, por la disposición del pueblo cubano, un pueblo que luchó solo durante treinta años por su independencia; allá también se levantará un monumento como este de las columnas, y el mundo también conocerá el heroísmo de los niños héroes de Cuba!

Y para concluir, sólo nos resta hacer nuestra profesión de fe en el destino de América; bellas palabras decía Juarbe, nos expresaba que no nos debemos a nosotros, que no nos debemos a nuestra generación. Quienes sienten un ideal, la vida no le importa, la muerte la toma como medio y no como meta. Quien siente un ideal, no le importa consumirse como un aerolito cuando atraviesa la resistencia de la atmósfera. Quien siente un ideal, no le importa siquiera que muchos no lo comprendan, y precisamente, por lo mucho que quieren unos pocos, es que disfrutan algo todos.

Quien siente un ideal, no le importa el obstáculo que tenga por delante, hay algo que está por encima de todas las razones; es la razón del corazón, es la razón de la fe, es la convicción de que el derecho y la justicia están con uno. Y son esos ideales, los que logran prender la llama de los pueblos, de la rebeldía de los pueblos.

¡Hago aquí la profesión de fe en América. Y lo hago con la fe que sentimos en nosotros mismos; lo hago con la seguridad de que América se va a terminar cansando, que América se está cansando, que América se está hastiando de tanta casta de politiqueros y de traidores y de opresores como está padeciendo!

¡Que el pensamiento de Martí y la espada de Bolívar van a volver a centellar en América! ¡Tengo fe en América!

¡Mexicanos y cubanos, reafirmamos la fe, reafirmémosla ahora, cuando la Banda de la Secretaría de Defensa que tan brillantemente nos ha inspirado en el día de hoy, entone los himnos cubano y mexicano! Y se hermanen esos versos de nuestro himno que dicen: “Que vivir en cadenas, es vivir en oprobio y afrenta sumidos. Que morir por la patria es vivir” y esos versos que dicen:

“Mexicanos, al grito de guerra, el acero aprestad y el bri-dón, y retiemble en su centro la tierra al sonoro rugir del ca-ñón. Y si osare un extraño enemigo profanar con sus plantas tu suelo, piensa patria querida que el cielo, un soldado en cada hijo te dio”. Y cuente México también con un hijo en cada cubano. ¡“Viva México”! ¡“Viva Cuba”! ¡“Viva América”!

Hoy, 29 de noviembre de 1964, pp. 2,3.

Discurso de Palm Garden

Discurso ante emigrados cubanos, en el hotel neoyorquino Palm Garden. 30 de octubre

Pocas veces la palabra humana podrá parecer tan limitada y tan deficiente como en el día de hoy, para expresar el cúmulo de sentimientos, de emociones, de ideas, que han surgido al calor de esta montaña de patriotismo que hemos presenciado en la mañana. Momentos de emoción semejantes los he experimentado en otras ocasiones, en que hemos tenido oportunidad de reunirnos delante de una gran multitud.

Hay instantes de mi vida que no podré olvidar jamás, como aquella madrugada, aquel día 26 de Julio, a las 4:00 antes meridiano, cuando dirigía por última vez la palabra a muchos de los que cayeron, cuando dirigía la palabra a los que íbamos a combatir, cuando exhortaba a mis compañeros en la última arenga, la arenga más hermosa, la arenga que es el resumen de todos los discursos que se hayan pronunciado hasta este instante, la arenga que precede unos minutos el combate. Recuerdo aquel instante, como recuerdo aquel otro en que delante de tres jueces, que decían representar la justicia, denunciaba esos crímenes que leyó el compañero Marcos.

El público era precisamente el enemigo. Allí estaban delante los soldados del ejército; nuestro auditorio estaba integrado por más de cien soldados y oficiales que fueron por curiosidad, o Dios sabe por qué fueron, a aquel juicio. Y a aquellos soldados, nuestros presuntos enemigos, a aquellos soldados, más que a los jueces, les estaba dirigiendo la palabra; a aquellos soldados les estaba diciendo qué clase de hombres los estaban mandando, les estaba diciendo qué clase de mancha habían lanzado sobre el uniforme, les estaba diciendo cuán ignominiosa y cuán cobarde había sido la actitud de aquellos que escribieron esa página sin nombre, de vergüenza, en la historia de Cuba.

Y a aquellos soldados les hablaba con la seguridad de que ante la razón, la razón que es nuestro escudo, se inclinarían también reverentes, porque yo sé que basta que sea cubano, aunque equivocado, basta que sea cubano para tener fe en la posibilidad de que comprendan la razón, en la posibilidad de que se arrepientan y en la posibilidad de que se sumen también a las banderas de la justicia.

Pero ninguna ocasión fue como la de hoy, ningún instante me ha parecido semejante a este, ni el instante en que arengaba a mis compañeros para el combate, o el instante en que denunciaba a los asesinos de mis compañeros.

Este día de hoy, estos cubanos que se han reunido escuchando el llamado de la Patria, estos cubanos que a mil leguas de ella no la apartan un instante del pensamiento, estos cubanos que llegaron desde Connecticut, desde Newark, desde Union City, que han venido desde más de cien kilómetros de distancia; este acto de hoy, por lo que significa para Cuba, por lo que significa para su prestigio, por lo que dice de las virtudes de nuestro pueblo es, lo juro, el acto más emocionante que he presenciado en mi vida.

Y cuando me preguntan los escépticos, los que no tienen fe en su patria, cómo vamos a derrocar nosotros al régimen de Batista, cómo vamos a devolverle la libertad a nuestro pueblo, cuando los que no tienen fe hacen esa pregunta, ¡aquí está para ellos la respuesta!

Este acto de hoy, organizado en cinco días, sin auxilio de ninguna propaganda, sin periódicos que lo anunciaran —como no fuese una noticia pequeñísima—, sin recursos monetarios con qué pagar un anuncio, con la lluvia que amaneció inundando las calles de New York, a Unión City, a Newark; contra la naturaleza, sin recursos, en cinco días, se ha organizado un acto que, según cuentan los bien informados, es el acto de cubanos más grande que se ha dado en New York desde 1895. Y he aquí la respuesta, cubanas y cubanos, a los escépticos.

Los que conocen la historia de este acto, los que han trabajado incesantemente para este éxito, saben que el martes, hace cinco días andábamos a la búsqueda de un local donde reunirnos; y fuimos a distintos puntos: aquí se dio tal acto, aquí se dio tal

otro acto, aquí vinieron cientos, aquí vinieron quinientos, doscientos, doscientos cincuenta; y en esa búsqueda no nos sentíamos satisfechos de que el acto que iba a reunir a los cubanos este domingo se diese en ninguno de aquellos locales.

Buscando locales llegamos al Palm Garden, y vimos este local que es amplio. Y cualesquiera se hubiera desalentado ante el temor al fracaso, ante el temor al ridículo, ante el temor de que las sillas estuviesen vacías. Pero nosotros, que tenemos esa fe tan grande en nuestro pueblo; nosotros que pensamos, como Martí, que el que no tiene fe en su pueblo es un hombre de siete meses, nosotros no vacilamos un instante en decir: ¡no!, aquí en este local, aquí en este local que se llenará de cubanos, que se llenará de cubanos en cinco días, que se llenará de cubanos aunque no tengamos recursos para propaganda; que se llenará de cubanos aunque llueva, aunque haya un terremoto, aunque haya un cataclismo en la ciudad de Nueva York.

Y esa es la respuesta para los que nos preguntan cómo vamos a derrocar a Batista. Esa es la respuesta para los que no creen. Nosotros estamos tan seguros de que el régimen caerá, como estábamos seguros, aunque nadie lo creyera, que el local del Palm Garden se iba a llenar esta noche.

Consideramos este acto de hoy como una victoria de Cuba, como una victoria de los cubanos. Y la fama de las virtudes y del patriotismo de nuestro pueblo crecerá por New York y el prestigio de Cuba crecerá; y los que han tratado de sabotear este acto, el puñado de infelices, de mercenarios, que contaban seguramente con que hubiese unas cuantas sillas vacías —aunque no estarían nunca vacías porque allí estaría sentado el espíritu de los muertos, de los que habían caído—, los que contaban con que lanzando rumores de que la emigración iba a visitar este local, como si un Estado poderoso —como si los cubanos estuviesen fuera de la ley y no estuviesen todos, como están, dentro de la ley—, como si un Estado poderoso fuera a servirle de instrumento a sus mezquinos designios, pensaban atemorizar a los cubanos. Y a nuestros oídos llegaron las noticias de que un señor que dice ser cónsul —de Cuba no será— se había dedicado a frustrar este acto. Y no quiero decir, por discreción, algunos de los pasos de ese señor con relación al acto, para no pecar de indiscreto, pero sí les digo que se había propuesto sabotear el acto. Y tengo entendido que hasta un acto por su cuenta preparó, no sé qué acto: un acto de glotonería, creo que un almuerzo, una comida, o algo parecido; y que estaba muy preocupado por el acto y que había lanzado a sus agentes a regar versiones contra el acto.

Pero hay algo más. Llegamos ayer al pueblo de Unión City para reunirnos con un grupo de cubanos, de Placetas, de Cienfuegos y de otros lugares de Cuba, que nos estaban esperando. Y resultó muy curioso que a nuestra llegada, al minuto y medio de estar allí, se presentase un capitán, cuatro perseguidoras, unos cuantos detectives toda una movilización policíaca en aquel pueblo.

Es el caso que nosotros estamos dentro de la ley, es el caso que nosotros respetamos las leyes del país donde nos encontramos, así como queremos que respeten las nuestras. E interpretamos que aquella movilización sólo podía ser consecuencia y producto de intenciones aviesas de los que hubiesen tratado de sabotear aquel acto; de que algún cónsul —no se sabe de dónde— había presentado denuncia contra nosotros; de que estaban tratando de perseguirnos... Y tuve que experimentar una vez más en esta vida la persecución, aunque hubiese sido involuntaria por parte de los que la efectuaban, y no les hubiese quedado otro deber que el de investigar cualquier denuncia que se hubiese hecho. Pero aquello resultaba muy raro.

Y es realmente triste que los que están lanzando a los cubanos de su tierra; es realmente triste que los que los han lanzado a este país, para ganarse aquí con el duro trabajo y el sudor de su frente el pan que allí les arrebatan; es muy triste que, no conformes con eso, se dediquen a perseguir acá a los cubanos, se dediquen a amenazarlos de lanzarles las autoridades del país contra ellos, porque si aquí, señoras y señores, hubiese un solo cubano, un solo cubano que la necesidad lo haya arrojado,

sin cubrir todos los trámites necesarios, a este país, sólo una explicación podría haber para ello, que es el exceso de miseria, de hambre, que hay en Cuba.

Pero además lo persiguen, además lo utilizan, además le quieren ya agriar la vida. Y realmente me ha parecido un poco tonta la actividad de ese señor cónsul.

[¡Del público le dice!: ¿De qué país?]

Del país de los contrabandistas, compañero. Porque sería como querer tapar el sol con un dedo, sería como creer que este milagro de resurrección de cubanos pudiese ser detenido con intrigas, cuando no ya las intrigas, ¡las bayonetas no podrán detenerlo!

Y a quien deben perseguir la Inmigración de ese país no es a los cubanos que vienen aquí a trabajar honradamente, no es a los cubanos que aquí dan manifestación y prueba de su fe democrática, de su amor a la libertad y al decoro de los pueblos, del derecho de los pueblos a gobernarse, por lo cual derramaron su sangre millones de hombres en la última guerra.

A quien debe perseguir la Inmigración es a los que con la capota de diplomáticos esconden su figura delincuente. Porque ese cónsul, dígame bien alto, es una vergüenza para Cuba, ese cónsul es un señor contrabandista de seda, que lo sabe todo el mundo; y ese cónsul no podrá detener con su mano mezquina y traidora el movimiento de un pueblo. Y como Martí, le digo a ese señor cónsul —para quien siento un poco de desprecio, un tanto de lástima y ningún odio— que nosotros respondemos a la amistad con la amistad y al acero con el acero, que si se nos respeta, respetaremos, que si se nos ataca, atacaremos.

Y por último, que muy pronto, quizás más pronto de lo que él piensa, aunque no tan pronto como lo pudieran desear algunos impacientes, enviaremos a Estados Unidos un cónsul que no sea una desvergüenza, sino que sea un prestigio, un cónsul que ayude a los cubanos en vez de perseguirlos; un cónsul que pueda venir a los actos patrióticos donde se reúna el pueblo cubano, y no un cónsul —¡Oh, vergüenza para la nación nuestra, oprimida y humillada!—, no un cónsul que un día de gloria para Cuba tenga que estar avergonzado, como Porras en su guarida.

Y basta ya, basta, porque he querido solo no ensañarme con ese infeliz, he querido simbolizar en él toda la sinvergüencería que representa, que eso es lo que representa el Cónsul aquí de Cuba, la sinvergüencería que gobierna en Cuba.

Y dichas estas palabras de saludable aclaración, quiero ser más concreto. Los aplausos nos alientan, nos dan ánimo y vemos en ello el tributo a la Patria, el tributo a los caídos y la expresión de fe de nuestro pueblo. Pero algo nos importa más que los aplausos; nos importa la obra que está por realizar; no vinimos a buscar aplausos, venimos a trabajar con los cubanos, venimos a organizar a los cubanos, venimos a realizar la obra que nos enseñó el Apóstol en el 95, venimos para hacer entre muchos la obra aquella que solo pudo hacer un gigante, venimos a hablarles a la emigración cubana de New York y de Estados Unidos.

Porque está ocurriendo en Cuba exactamente igual —y habría que estar ciego para no verlo—, está ocurriendo exactamente igual que en el 68 y en el 95. Las razones por las cuales se encuentran ustedes aquí —y yo sé que si pudieran estar en Cuba estarían en Cuba, o no estarían aplaudiendo a Cuba—; si se les preguntase a cada uno las razones que los tiene en esta tierra, sería la respuesta exactamente igual que la hubiese dado cualquiera de aquellos emigrados que, en el 68 y en el 95, se reunían a escuchar la palabra de los libertadores. Exactamente igual que entonces, los cubanos tienen que emigrar de su tierra, porque allí, honradamente, no se puede ganar el pan; y los cubanos antes de ganarlo vilmente, antes de ganarlo deshonorosamente, prefieren abandonar la tierra e irse a otra parte del mundo a ganarlo con decoro, con vergüenza y con honradez.

Allá viven muchos que no han tenido que emigrar, yo sé —porque conozco el valor de los hombres— que a todos los que están aquí, que a todos los que incansablemente han organizado este acto, a todos, a cualquiera de ellos, no le faltaría cacique político, o político corrompido que le ofreciese doscientos o trescientos

pesos para que le haga allí una maquinaria política. Sé que con su capacidad de trabajo, y su entusiasmo, y sus energías, podrían resolver el problema, como lo resuelven un puñado de mercenarios en Cuba.

¿Falta riqueza a Cuba? ¿Falta a Cuba la tierra prodigiosa y las riquezas extraordinarias para albergarlos a ustedes, para albergarlos no a ustedes, para albergar no seis millones de cubanos, para albergar veinte millones de cubanos? No, no faltan, Bélgica, Holanda, cualquier país de Europa tiene la tercera parte de la tierra cubana, la cubre la nieve durante parte extensa del año, viven tres veces más habitantes que en Cuba, le roban al mar pulgada a pulgada la tierra, construyen diques, y allí viven y compiten inclusive con nuestra riqueza; y la leche condensada, y la mantequilla y una serie de productos compiten con los productos cubanos, aunque el cubano tenga tierra de sobra, tierras inmensas que están sin cultivar, posibilidades extraordinarias para ser uno de los pueblos más prósperos del mundo. ¡Ahí, en Cuba no falta la riqueza, y la mejor prueba son los millones que se roban todos los años. Si faltara la riqueza, ¿cómo se explica que hayan salido gobernantes con cincuenta y setenta millones de Cuba? ¿Cómo se explica que Batista haya repartido bienes gananciales por veinte millones de pesos? ¿Cómo se explican los viajes que dan sus familiares allegados todos los meses, según dicen, a depositar ciertas cantidades que le extraen a la República en los bancos norteamericanos? Si en Cuba no hubiera riquezas, ¿cómo se han invertido tantos cientos de millones de dinero cubano en los Estados Unidos? ¿Cómo se han comprado tantos edificios de apartamentos en New York? ¿Cómo se hacen tantos negocios por esos pillos, que se están oliendo que el mejor día el pueblo se va a cansar, que se está cansando. Y no les va a dar tiempo a sacar las maletas. ¡Se lo están oliendo! Deben de escuchar un ruido subterráneo, que ya hoy es lava en la superficie. Porque señores, ¿cómo disimular esto que está ocurriendo aquí en Nueva York?, ¿cómo disimular el estado de ánimo del pueblo?, ¿cómo negarse a ver? Aunque metiesen la cabeza, como el avestruz, tres metros bajo la tierra, ¿cómo negarse a comprender lo que está ocurriendo en el pueblo de Cuba?, ¿cómo negarse a comprender que el fin está próximo?

¿El fin de la dictadura? ¡Sí!, el fin de la dictadura, pero no solamente de la dictadura. ¿El fin de los ladrones de hoy? ¡Sí!, pero no solamente el fin de los ladrones de hoy. ¡El fin de la dictadura, de los ladrones de hoy, y de los ladrones de ayer! El fin de la opresión, pero el fin también de la politiquería; el fin de la traición de los que asaltaron el poder el 10 de marzo, el fin de los que lo han estado traicionando desde 1902.

Porque ellos son los culpables de este espectáculo triste que estamos contemplando, de este espectáculo de centenares y millares de cubanos obligados a abandonar su patria. Si hubiese necesidad de un argumento, de un hecho que fuese decisivo para demostrar lo que está ocurriendo en Cuba, ustedes, la presencia de ustedes aquí, la presencia de este pueblo aquí, es el más irrefutable de los argumentos. Porque unos llevan dos años, otros seis meses, otros tres años, otros diez, otros quince, otros veinte; pero todos han salido por la misma razón, todos han salido porque no podían ganarse allí la vida, todos han salido, y en el pecho trajeron los veinte puñales de la tristeza y de la nostalgia de la patria. Han salido todos y todos desean volver.

Porque lo he escuchado de los labios de muchos cubanos, he escuchado palabras que desgarran el alma, he escuchado cubanos que me han dicho, elevando las manos hacia el cielo: ¡Pero si yo no soy un vago! ¡Pero si yo soy un hombre trabajador! ¡Pero si yo allá hubiera podido ganarme la vida! ¡Pero qué triste tocar de puerta en puerta, de casa en casa, querer trabajar para no robar, querer el pan para los hijos, querer, si no ya él, que su esposa, o su madre, o su hermano, o sus hijos, vivan y que nadie le dé trabajo, que nadie le dé trabajo!

Y ocurra, lo que también decía ya en este discurso, lo que le dije a los jueces —y que el compañero Márquez no pudo leer porque solamente leyó una parte—, lo que le dije allí al Tribunal en Santiago de Cuba: “Cuándo ante vosotros acuda alguien

acusado de robo, lo enviáis a la cárcel sin la mayor consideración. No preguntáis cuántos días lleva sin trabajo, cuántos días hace que su familia no come. ¡No! Lo enviáis a la cárcel! ¡Ah!, pero cualquiera de los que han robado millones y millones al Estado, no ha dormido una sola noche tras la reja. Cenáis con ellos en algún lugar aristocrático a fin de año y tienen todo vuestro respeto. Cuando algún acaudalado avaro quema su negocio para cobrar la póliza de seguro, aunque se quemen unos cuantos infelices trabajadores, no van a la cárcel porque tienen dinero de sobra para sobornar magistrados, abogados y jueces.”

Y esa es la verdad, la verdad que nadie quiere decir, la verdad que venimos nosotros diciéndole al pueblo. La necesidad de una cura a la República, una cura a tiempo, una cura de tumor, antes de que el tumor sea maligno se convierta en cáncer, aunque haya que cortar bien hondo, una cura radical. Para que, señoras y señores, no se me acerque un cubano, como se me acercó ayer —y que seguramente estará entre ustedes— y me diga que lleva aquí tantos meses y que desde entonces no ha podido ver a su esposa, ni conoce siquiera el último hijo que le nació en la tierra cubana.

Para que esa vida dura, porque dura es la vida de ustedes, lo sé bien; sé cómo es la vida de cada uno de ustedes, sé lo solos que se sienten en medio de esta mole de cemento y acero, lo solos que se sienten en medio de tantos millones, sé lo solos que se sienten en estas casas, en esas viviendas, en esos apartamentos solitarios, donde ni siquiera se puede pensar en la ilusión de tener un hijo, en la ilusión de que nazca allí una criatura, porque no habría sol, porque le faltaría el sol de la tierra, les faltaría las “novias que esperan”; las palmas, a cuya altura quería poner Martí la justicia; les faltaría el cielo purísimo de la patria, les faltaría el aire donde crecer.

Porque ustedes, los que trabajan aquí, hombres y mujeres, desde las siete de la mañana hasta las siete de la noche, no pueden tener hijos porque no habría quien cuidara a los hijos; o tendrían que dejar el trabajo, y pasar hambre; o tendrían que dejar de tener hijos.

Y yo, que he presenciado esa tragedia, me pregunto muchas veces: ¿y será posible que cualquiera de estos cubanos tenga que vivir aquí diez, quince, veinte, treinta años, será posible resistir ese infierno vida, será posible resignarse? Y pensar, además, que allá están los hermanos y están los padres, y están aún peores que él. ¿Habrá resignación posible, habrá dicha posible? Porque bien lo dijo el Apóstol, que no hay dicha sin patria y sin honra. ¿Habrá dicha sin patria? Porque, cubanos, lo que nos han quitado a nosotros es algo más que la libertad; no sólo nos han quitado la libertad nos han quitado la Patria, nos han quitado la tierra en que nacimos.

Y en esta lucha lo que estamos tratando de recuperar es la Patria que nos han arrebatado, la patria aquella, que es nuestra también, tanto como la de ellos, más nuestra que de ellos, porque no la explotamos, porque la queremos; la queremos para vivir allí honestamente, no para oprimirla, no para envilecerla. Y la Patria, como dijo Martí, no de nadie; y si de alguien sería, sería de aquellos que la amasen con desinterés y estuviesen dispuestos a hacer por ella todos los sacrificios.

Y a los cubanos no nos duele solamente que nos hayan arrebatado la Patria, porque nos la han arrebatado, porque allá no podemos vivir, porque nos han separado de nuestros familiares, nos han separado de nuestros afectos y de nuestros sentimientos, nos la han quitado ignominiosamente, nos la han arrebatado por la fuerza, nos la han arrebatado y nos la han arrebatado del único modo que es doloroso, y encima nos han humillado. Triste e insoportable que le arrebaten algo al ser humano, nos la han arrebatado por la fuerza y no nos la quieren devolver. Y cada día son más —y ustedes lo saben—, cada día son más los cubanos que llegan, y las colas son interminables frente al Consulado americano; y cada día llegan amigos de tal pueblo. Y hay pueblos enteros, como La Esperanza, donde había una despalilladora, donde había dos fábricas de zapatos, donde todo se cerró después del 10 de marzo, y el pueblo entero está emigrando; como Placetas, como Fomento, como Cienfuegos; y, para decirlo más brevemente, como Cuba entera. Como Cuba entera, donde todo está en ruinas; Cuba, donde los traidores que asaltaron el poder aquella madrugada dijeron

que iban a instaurar un gobierno de paz, de respeto a la vida humana y de trabajo. ¡Sí!, Batista le da trabajo todos los años a diez mil cubanos: ¡En New York! Batista está resolviendo el problema del desempleo, gestionando con el Consulado de que den más visas todos los años; Batista está resolviendo el problema de Cuba, dejando a Cuba sin habitantes. Y hasta el sentido común más elemental comprende que la ruina de Cuba es progresiva; hasta el más lego en materia de economía sabe que el peso que se deja de ganar en una fábrica, el peso que deja de percibir un obrero arrojado de su taller, es un peso que deja de circular en la tienda, en el almacén, en la farmacia, es un peso menos que deja de circular el que fabrica zapatos, el que fabrica ropas, es un peso que se le resta a toda la economía del país.

Y yo quiero que me digan cómo se ha de resolver el problema de Cuba dejando cientos y miles y miles de hombres sin trabajo, hombres que dejan de producir y que dejan de ganar pesos, que servirán para que a la próxima vuelta sea mayor el número de los que tienen que salir. Porque no concibo, aunque haya muchos intereses creados que defiendan tan anacrónicas teorías, que si la Compañía de Ferrocarriles, por ejemplo, necesita dejar cesantes a quinientos o seiscientos obreros, esa pueda ser una solución saludable para el país. Puede ser que durante unos meses, y aún unos años, sea saludable para esa Compañía; pero aquellos seiscientos obreros, son seiscientos menos a comprar en todo el país, son seiscientos menos a beneficiar todas las industrias del país, son seiscientos menos a comprar en una tienda, a ir a un espectáculo deportivo, o a un cine, o a cualquier parte; son seiscientos menos, que al cabo de un año se notará su ausencia en las demás tiendas, en las demás fábricas, en los demás sectores del trabajo. Y la consecuencia será que los otros sectores tengan, al cabo de un año, de un año y medio, que despedir también quinientos, mil, mil quinientos, y entonces la caída es vertical. Verticalmente está cayendo hoy, por eso, la economía cubana.

Porque Batista no solamente es un traidor; Batista no es solamente un dictador, un miserable que oprime su pueblo, que arenga a los soldados para que asesinen a los cubanos con las armas que pagan los cubanos, ¡no!, Batista, además es un incapaz, es uno de los gobernantes más torpes que ha tenido la República. Dígase de una vez, Batista no sabe ni siquiera dónde está parado.

Porque no es lo mismo —como dijera Martí— “no es lo mismo gobernar una República, que mandar un campamento”. Estas palabras se las dijo Martí a Gómez: “General, una república no se funda como se manda un campamento.” Y se lo dijo a Gómez, que había peleado diez años, a Gómez que peleó treinta años; a Gómez, le dijo Martí, que una República no se gobierna como se manda un campamento. Y al cabo de cincuenta años, en el cincuentenario de la República, en el centenario del Apóstol, un sujeto, un sargento atrevido, pretende mandar la República como se manda un campamento. Y este señor no estuvo ni diez años, ni treinta años, ni diez meses, ni diez días, ni un día, ni un minuto, ni un segundo, haciendo nada por la independencia de Cuba. Este es un señor general, que se ganó los galones traicionando a Cuba, y asesinando cubanos; se ganó los galones como esos otros generales a quienes les hemos dicho —no desde aquí, que no tendría méritos—, allí delante de ellos, allí desde la cárcel, les hemos dicho que no servirían ni para arrear las mulas donde se cargaba la indumentaria del Ejército de Antonio Maceo.

Maceo, una de nuestras más gloriosas figuras militares, ganó sus galardones de general después de más de quinientos combates, después de jugarse la vida todos los días, después de luchar durante ocho años. Y estos señores, estos mequetrefes, con unas estrellitas sobre los hombros, que eran capitanes dedicados al juego ilícito y a explotar a todo el mundo —porque ya se sabe a qué se dedican esos señores en Cuba, a cogerle el dinero al central tal, a la finca tal, para defender siempre los intereses de aquellos señores, y acabar a planazos con infelices, que a eso se dedican—, esos señores, de la noche a la mañana, en cincuenta minutos, sin tirar un tiro, se hicieron generales, generales de la madrugada al amanecer, generales que nunca en su vida han corrido riesgos, generales que ya son millonarios.

¡Ah!, se explica esos crímenes. Porque hay odios —como dice Martí— que nacen babeantes del vientre del hombre. Solamente un odio bajo, el odio de los que ven amenazado el usufructo de esos millones, puede haberse ensañado tan cruelmente con jóvenes que nunca le robaron a nadie nada; con jóvenes limpios, con jóvenes que sin alardes, silenciosamente, discretamente, sin que nadie lo supiera, una madrugada encendieron aquella antorcha del cuartel Moncada.

Había que ensañarse, porque aquel era un ejemplo peligroso, había que dar un escarmiento terrible contra aquella juventud, había que dar una lección tal que a ningún otro joven cubano se le ocurriese levantar las armas contra la opresión y la tiranía.

Creían que exterminarían el espíritu de rebeldía del pueblo, porque ellos, que desde el 10 de marzo no habían encontrado resistencia, que desde el 10 de marzo se ufanaban de haber asaltado la República sin tirar un tiro y se ufanaban de que aquel espíritu tradicional de rebeldía del pueblo había muerto, no podían tolerar aquel brote; había que arrancarlo de raíz, y, torpes, creyeron que lo arrancaban asesinando, que lo arrancaban torturando, que lo arrancaban arrancando ojos y enterrando hombres vivos. Torpes, que no comprendieron que al cabo de unos años, dos años apenas, habría cien mil jóvenes dispuestos a morir, había un pueblo que se levantaría, un pueblo como este; porque en este pueblo veo cumplirse aquellas palabras que cuando llevaba sesenta y seis días incomunicado en una celda, que dije en la impotencia, en la impotencia física, pero en la omnipotencia moral. Les dije —a pesar de la calumnia, porque quisieron inundarnos, sepultarnos en la calumnia, creían que la verdad no se sabría, no calculaban que los hombres que estaban allí tenían energía y decisión suficientes y voluntad suficiente y fe suficiente para hacer triunfar la verdad; no calculaban que aquella masacre no podría ocultarse mucho tiempo—, les dije que verían cómo habría de surgir de aquellos cadáveres heroicos el espectro victorioso de sus ideas y lo que surge aquí es el espectro victorioso de los ideales de mis compañeros muertos —¡que no están muertos!—, es el espectro que aterra a la tiranía, es el espectro que tiene sin dormir a ese infeliz cónsul, es el espectro que tiene sin dormir a los generales que saben la derrota aplastante que se les avecina, es el espectro que tiene intranquila a la tiranía.

Porque esto no se puede ignorar, porque esto lo sabrá Cuba, lo sabrá porque habrá órganos que lo publiquen, habrá órganos que publiquen esta fotografía; pero si la censura y el terror impidieran que lo publicasen, esta foto, con este pueblo, circulará por toda la isla a través de doscientos mil manifiestos distribuidos por dos mil cubanos que integran el aparato clandestino de distribución de propaganda del Movimiento Revolucionario 26 de Julio.

Cubanas y cubanos, esos pesos que ahí se levantan, esos pesos, constituyen un espectro, constituyen un fantasma; esos pesos que ahí se han reunido, son pesos aterradores; esos pesos harán temblar a los tiranos, porque esos pesos que ustedes vieron ir colocando en el sombrero mambí, esos pesos no eran para mí —nadie lo pensó, por supuesto—, esos pesos se iban poniendo ahí para Cuba, esos pesos se iban poniendo ahí para decirle al régimen y para decirle a Cuba: ahí están los pesos ganados con el sudor de nuestra frente, ganados con nuestro trabajo diario, con que vamos a conquistar la libertad de Cuba.

Señoras y señores ahora no podrán decir como decían, ahora no podrán decir que le están haciendo un movimiento libertador con el dinero robado al pueblo, ahora no podrán tachar de inmoral, como no lo pudieron tachar antes. Porque este Movimiento desde que se inició, desde el primer día, se inició así, se inició con dinero limpio; no queremos dinero mal habido, porque la primera ley del Gobierno Revolucionario será confiscarles todos los bienes a todos los ladrones, no queremos agradecerles favores a ningún ladrón.

Y con esos bienes robados vamos a hacer las primeras grandes obras de la República y vamos a instalar las primeras fábricas y las primeras industrias que necesitamos, para que no haya más emigrados cubanos en el extranjero.

Y no queremos compromiso, ni lo tendremos, ni nadie vendrá aquí a comprarle favores a la Revolución, porque la Revolución no vende favores. Y en vez de tener que agradecerle a unos cuantos la libertad, se la queremos tener que agradecer al pueblo entero.

Ahora no podrán decir que vamos a derrocar al régimen... Sí, porque lo vamos a derrocar, y no lo oculto. Ejercemos el derecho que han tenido todos los pueblos para ser libres; ejercemos el derecho que ejercieron los revolucionarios franceses, ejercemos el derecho de Washington, y de todos los libertadores americanos, que hicieron aquella Declaración de Derechos, en Filadelfia, donde decían que consideraban como verdades evidentes que todos los hombres nacen libres e iguales y a todos les concede su creador ciertos derechos, y que para la salvaguardia de estos derechos se establecían gobiernos que cuando no cumplían los fines para los cuales habían sido creados, el pueblo tenía derecho a quitarlos y a poner otro.

En nombre de ese derecho a la libertad, de ese derecho a la lucha contra la opresión, se han libertado todos los pueblos de América, y se libertó este propio pueblo americano contra la opresión de un monarca extranjero. Por eso, confío en que aquí en este país habrá mucho pueblo que simpatice con la libertad de Cuba, que simpatice con los que ejercen el derecho que ellos ejercieron para ser libres.

Vamos a quitar a ese señor de allí, a quitarlo sin violar ninguna ley en ninguna parte. Aquí, predicando, recaudando fondos, y sabiendo lo que tenemos que hacer; aquí, predicando la idea, respetando las leyes de aquellos lugares donde nos den hospitalidad. Aquí estamos elaborando hoy la más terrible arma psicológica que se pueda esgrimir contra el régimen que oprime y envilece a Cuba, porque cuando en Cuba el régimen vea este montón de billetes, cuando el régimen presencie ese espectáculo, entonces sí que acabará de convencerse que su fin está cercano.

Y el pueblo que allí espera la guía, el pueblo que allí, aunque gana un peso —si acaso tiene trabajo— al día, y no diez pesos todos los días, el pueblo aquel extraerá también gustoso de su bolsillo el peso, porque ahora el Movimiento 26 de Julio lanzará el Manifiesto al pueblo recabando su ayuda, y queremos que este Manifiesto vaya precedido por la foto de la contribución que en el día de hoy han dado los emigrados de Nueva York. Para eso se han puesto aquí, sobre la mesa, para que se vea la contribución, para que se vea grande, y para que sirva de aliento a todos los cubanos.

Porque la esperanza que tiene el régimen, es de que nosotros... tenemos organización lo saben; tenemos decisión, lo saben, pero saben o creen que no podremos hacer nada. Porque saben que no somos millonarios, porque saben que no le hemos robado un centavo a la República. Ahora sabrán algo más; sabrán que tendremos la ayuda necesaria, sabrán de la disposición del pueblo de ayudar esta causa.

¡Ah!, y si admirable ha sido el ejemplo de los que han ido a depositar ahí su aporte, admirable es el ejemplo que allá están dando muchos cubanos, cubanos que ganan doce pesos al mes, cocinando, trabajando en cualquier lugar, y llevan un peso; obreros cubanos que en la primera reunión con nuestros compañeros de militancia han dado cien pesos de sus ahorros; cubanos que han impreso este folleto en mimeógrafo por su cuenta; cubanos que copian los manifiestos y venden los manifiestos.

Porque en Cuba, señoras y señores, se está produciendo un verdadero milagro de resurrección, porque comprende que esta es una lucha de hombres limpios, de hombres sinceros, de hombres honrados, en cuya alma no entrará la corrupción. Porque el pueblo tiene la intuición, al pueblo no se le engaña tan fácilmente como parece, el pueblo se deja engañar cuando quiere, el pueblo adivina a sus leales servidores, el pueblo sabe con cuánto amor nosotros servimos esta causa.

Y en ocasiones he puesto un ejemplo para explicarlo: el hombre que se enamora de una mujer bella y virtuosa, la quiere con toda su alma, sería incapaz de prostituirla, sería incapaz de alquilarla, sería incapaz de venderla y explotarla, no quiere siquiera

que la miren o la ofendan. ¡Así, incapaces de explotarla, de alquilarla, o de venderla, tenemos nosotros la santa idea de la Patria!

Estamos enamorados de ella, y por ella luchamos sin descanso, por ella luchamos sin dormir, por ella vamos de un pueblo a otro, por ella continuaremos esta peregrinación, hasta el día, cubanos, que llegue la hora de ajustar las cuentas con el régimen.

Porque esta vez no será como el 26 de Julio, esta vez no será un puñado, un puñado de jóvenes ignorados: esta vez será el pueblo; esta vez hemos venido a hacer lo que desdichadamente no pudimos hacer antes. Antes las esperanzas estaban puestas en otros hombres, antes se miraba a otra serie de cubanos, conocidos en su patria, de quienes esperaba la nación el milagro de que los libertara de la dictadura; esperaba de aquellos cubanos que en épocas normales se paran en una tribuna y allí se dan golpe de pecho y dicen que voten por ellos, porque ellos están dispuestos a dar por Cuba hasta la última gota de sangre, están dispuestos a hacerlo todo, están dispuestos a convertirse en unos espartanos en la defensa de los ideales del pueblo. Y cuando ocurre una situación como el 10 de marzo, cuando llega la hora de dar hasta la última gota de sangre, y hasta el último centavo, esos políticos que se gastan diez mil y veinte mil y cien mil pesos para salir ellos, e hipotecan las casas, hacen todo para salir ellos, esos ni se aparecen en una reunión, ni dan un centavo para la Patria, y tiene que ir a morir un grupo de jóvenes, con las manos vacías por falta de recursos.

Por esto decía —y lo leyó el compañero Márquez— que eso explica por qué a la República la ha gobernado el bajo mundo de la politiquería cubana, los hampones de la política, porque no merecen otro nombre porque yo soy de los que pienso que —los hampones que desafían la Ley y se baten cara a cara con la autoridad, son más valientes que los que roban allí impunemente, sin correr riesgo de ninguna clase— esos son los que han gobernado la República. Y aquí está promoviendo un cambio en todos los órdenes: es, antes que nada, una revolución moral, y, además, será la revolución creadora, la revolución que sabe lo que va a hacer, que tiene su programa contenido en este folleto y contenido en los manifiestos, un programa que llevará a Cuba, con hechos, y no con palabras, llevará a Cuba al lugar que le corresponde en América, por la riqueza extraordinaria de su suelo, por las virtudes de este pueblo, porque un pueblo que así se reúne, en cinco días, bajo la lluvia, que así se congrega solo, y con ese entusiasmo con que de pie escuchó durante diez minutos la palabra de un compañero, este pueblo merece algo más que el oprobio en que está viviendo.

Y si otros dudan de él, si otros lo ofenden, lo acobardan y lo amarran al yugo, nosotros —que lo vemos sufrir, que lo vemos luchar, que lo vemos esforzarse por su libertad—, decimos: Bendito sea el pueblo cubano. Sólo los escépticos, aquellos que jamás harán nada en el mundo, aquellos que jamás escribirían una página en la historia, pueden dudar de este pueblo. Con la duda no estarían reunidos ustedes ahí, con la duda nos habríamos quedado en el primer paso, cuando éramos tres los que empezábamos, después éramos cien, después éramos mil.

Y allá en la celda solitaria de Isla de Pinos, donde contra nosotros se ensañaron cobardemente, jamás perdí la fe. Hace un año allá estaba. Allá estábamos aparentemente impotentes y olvidados; hace un año estábamos muy lejos de esto de hoy. Nos ofrecieron la libertad con condiciones, y rechazamos la libertad con condiciones. Dijimos que la libertad nos pertenecía por derecho propio, que allí nos estábamos mil años antes que aceptar una libertad deshonrosa. ¡Y el pueblo nos sacó a la calle! Y hace un año allá estábamos; pero hoy, aquí estamos.

Estamos con el pueblo. Los veintidós meses no nos desalentaron, los veintidós meses no nos hicieron perder el ánimo, ni la fe ni un solo minuto. Aquí estamos, al pie de la bandera, aquí estamos al pie de la trinchera, que levantamos con ideas, porque —como decía la cubana que les habló— “trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra”.

Aquí estamos levantando las trincheras de ideas, pero levantando también las trincheras de piedras.

Y de este acto, cubanas y cubanos, sabrá Cuba, y de ese aporte generoso y admirable, de esos pesos que son pesos del 95, sabrá Cuba. Y de acá, de New York, lo digo con la fe que nos acompaña siempre, acá contamos con la seguridad de que los emigrados cubanos, como los emigrados del 95, ayudarán a llevar a la Patria la libertad de nuevo. Acá hemos de tener un apóstol en cada cubano, en cada cubano que aquí se puso de pie, en cada cubano que aquí juró, en cada cubano que saldrá de aquí con la idea de la Patria bien alto; en cada cubano un apóstol hemos de tener. Un apóstol que no se haya de conformar con los aplausos que aquí han tributado, apóstoles que irán a conquistar a los que aquí no están, que irán a conquistar a los que se fueron anoche de fiesta y hoy no están aquí; esos cubanos vacilantes o cansados, o que perezosos duermen olvidados de la Patria, los irán a despertar con voces de amor con voces de convicción.

Sólo los cubanos de New York, porque sabemos lo que necesitamos, sólo los cubanos de New York podrían ser capaces, si lo quieren, de derrocar a ese régimen cuyos crímenes horrorizaron a la concurrencia, y sólo New York —y no será New York solo, porque será Miami, Tampa, Cayo Hueso y ciento veintisiete lugares de Cuba—, sólo New York puede derrotar a Batista. ¿Con cuánto sacrificio? Con lo que se gasta en ir al cine durante seis meses. Sólo New York puede pagar la libertad de Cuba, New York solo, si logra reunir dos mil cubanos, dos mil cubanos que den dos pesos todas las semanas, que den dos horas de trabajo a la semana; el dinero de ir al cine, el dinero de tomarse un whisky. Seis meses de ayuda bien pagada por los cubanos de New York, les digo con toda responsabilidad, bastarían para conquistar la libertad de Cuba.

¡Y qué cruel venganza! La venganza de los que allá los lanzaron de la Patria, la venganza contra los que trajeron a ustedes aquí, a esta tierra, la más cruel de las venganzas. Un pueblo que derrocará a un tirano con el dinero de ir al cine durante seis meses.

Grábeseles en el alma esas palabras, porque es verdad. Fe muy grande tengo en que las comprenderán, en que medirán el valor de las virtudes de ustedes mismos por la constancia, por la fe y por la seriedad y disciplina con que ayudan. Les viene a pedir un cubano modesto y pobre, un cubano que no se divierte, que no lo verá nadie nunca tomar una copa, ni ir a un night club, ni gastar un centavo que no sea en lo más indispensable para subsistir, cuando lo gastamos en eso, porque donde quiera que llegamos nos encontramos cubanos generosos que nos dan su casa, que nos dan la comida, no necesitamos nada para nosotros, no lo necesitaremos jamás. El primer manifiesto se hizo, para honra nuestra, con el producto de un sobretodo empeñado; con el producto de un sobretodo empeñado se hizo el primer manifiesto, y ya en Cuba hay cuarenta mil jóvenes afiliados al Movimiento Revolucionario, comprometidos a una cuota mensual, y se levanta el dinero al paso nuestro por todos los pueblos. Porque necesitamos esos recursos para que no ocurra como ocurrió la otra vez, para que no vayan de nuevo desarmadas las manos que comprarán la libertad con sangre limpia y con dinero limpio. No pedimos sangre a los cubanos emigrados, aunque sé que la quieren dar; pedimos unas gotas de sudor todas las semanas, vamos a comprar la libertad con el sudor de la frente, vamos a comprarla con dinero limpio, para que no haya compromisos, para que el triunfo no sea manchado por el interés de aquellos que hayan querido ayudarla desinteresadamente, para que podamos cumplir con este pueblo para que nos sintamos más obligados. Para eso, cubanos les pedimos la ayuda.

Como Martí, decimos aquí hoy, y reafirmamos nuestra fe de que en todos los honrados corazones encontraremos magnánima ayuda, que tocaremos de puerta en puerta y pediremos limosnas para la Patria de pueblo en pueblo, y nos la darán, porque la pediremos con honor.

Ayuden —como dijo el Apóstol— a la mártir, a la mártir que demanda ayuda, que espera ayuda, que confía en la ayuda, que quiere redimirse con la ayuda. No hoy, sino

todos los días, no con el patriotismo de un día, sino con el patriotismo puro de toda la vida; no en un momento de entusiasmo pasajero.

Un encargo les dejamos a todos aquí, al marcharnos una cosa les pedimos a estos cubanos que tan emocionados se han sentido en este día de hoy, a esos cubanos que se pusieron de pie para aplaudir al compañero Márquez, les pedimos que nos guarden algo, que guarden el entusiasmo de hoy, que en la caja de sus corazones guarden...⁷

Versión taquigráfica. Archivo de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado de Cuba.

En mi retina tengo todavía las escenas inolvidables que he vivido entre la emigración cubana de Estados Unidos

Manifiesto No. 2 del 26 de julio
"Al pueblo de Cuba". 10 de diciembre

"En todos los honrados corazones hallaremos magnánima ayuda. Y tocaremos a todas las puertas. Y pediremos limosnas de pueblo en pueblo. Y nos la darán porque la pediremos con honor."

JOSÉ MARTÍ

A los hombres y mujeres de mi patria dirijo fundamentalmente estas líneas. En mi retina traigo todavía las escenas inolvidables que he vivido entre la emigración cubana de Estados Unidos. Puestos de pie, en todas partes, los cubanos, con la mano en alto, juraron no descansar hasta ver redimida su tierra y acudieron luego en masa a depositar en el sombrero mambí el producto de su sudor que aquí vierten en rudo trabajo. Pero aquella no debía de ser la única contribución. A los cubanos de la emigración no hay que buscarlos para que ayuden; después de cada reunión pública se les ve por las calles preguntando dónde está el local del Club Patriótico para solicitar su ingreso y ofrecer su aporte semanal; el 28 de enero entregarán el salario de ese día de trabajo; todos los domingos organizarán fiestas cubanas para entregar íntegro lo que se recaude a la Revolución; la primera de ellas efectuada hace breves días en New York dejó un saldo de centenares de pesos. Todo lo hermoso de nuestra tradición histórica ha revivido en la emigración cubana con indescriptible fervor. Ya están en marcha los Clubs Patrióticos de Bridgeport, Unión City, New York, Miami, Tampa y Cayo Hueso. Nuevos núcleos irán organizándose en Chicago, Filadelfia, Washington y otros lugares donde radican los cubanos que han tenido que abandonar el país para irse a ganar en tierra extraña el pan que no podían obtener en su tierra natal. Siete semanas de esfuerzo incansable dedicados a organizar a los cubanos desde la frontera del Canadá hasta el Cayo gloriosos, han rendido los mejores frutos.

El 26 de Julio, que reúne y organiza en estrecho y disciplinado Movimiento a todos los elementos revolucionarios del país, saliéndose de los marcos tradicionales en que ha girado hasta hoy la mezquina política cubana, ha llamado igualmente a luchar a nuestros hermanos de la emigración que también son cubanos que padecen las desdichas de Cuba, y la emigración ha respondido unánimemente junto al 26 de Julio. La emigración ofrece centenares de combatientes jóvenes, veteranos de los frentes de Europa y del Pacífico en la Segunda Guerra Mundial, muchos de ellos, que ahora quieren luchar por la causa de la libertad de su propia tierra, y ofrecen además abundantes recursos económicos para que no vayan desarmados los brazos generosos y viriles que se enfrentarán otra vez a la tiranía con el grito de libertad o muerte en los labios.

Algunos no acaban de comprender el sentido de la prédica de una idea revolucionaria y se preguntan si ello no pone en guardia la opresión. Olvidan muchas cosas; pero olvidan en primer término que nosotros no somos malversadores

millonarios con sus cuantiosas cuentas depositadas en los bancos; olvidan que nosotros no contamos con bienes privados para ponerlos a disposición de nuestra causa, que los ofreceríamos sin vacilar si los tuviésemos, lo mismo que ofrecemos lo único que poseemos: nuestra energía y nuestra vida; olvidan que una revolución, a diferencia del pusch militar, es obra del pueblo y hace falta que el pueblo esté sobre aviso para que sepa cuál habrá de ser su posición en la lucha. En la Revolución, como dijo Martí: “Los métodos son secretos y los fines son públicos”.⁸ ¿Acaso cree alguien que cuando nuestros libertadores solicitaban públicamente la ayuda de los tabaqueros de Tampa y Cayo Hueso, pretendían ocultar al poder español que la Revolución se estaba gestando en Cuba? Si no somos malversadores, si no somos ricos, ¿cómo vamos a obtener los recursos indispensables para la lucha si no es pidiéndoselos al pueblo? ¿Y cómo vamos a pedirle recursos al pueblo si no le hablamos al pueblo y le decimos? Para qué se quieren esos recursos? Si la Revolución asalta un banco para obtener fondos, el enemigo dirá que los revolucionarios son unos gangster; si la Revolución acepta ayuda de los malversadores que saquearon la República, la Revolución está traicionando sus principios; si la Revolución solicita ayuda de los intereses creados, la Revolución estará comprometida antes de llegar al poder.

[...] la respuesta de una acción digna, de un pueblo que tenga vergüenza debe ser: “pues bien: reunamos nosotros también las armas necesarias; entreguémosles a los combatientes los recursos económicos que les faltan; si con lo que la tiranía nos cobra por la fuerza en impuestos compra ella sus armas y paga sus esbirros, ayudemos voluntariamente con nuestros recursos a los que hace cuatro años vienen luchando y vienen muriendo por nuestra redención; ayudémoslos, porque el deber de sacrificarse por la Patria es de todos y no de unos cuantos; ayudémoslos con lo que nos gastamos en ir al cine, en ir al cabaret, en ir a divertirse; ayudémoslo porque la vida frívola, la vida indiferente en presencia del país que agoniza es un crimen, cuando otros padecen prisión, o padecen destierro o yacen bajo la tierra envilecida...”

Entregue cada ciudadano un peso; aporte cada obrero el producto de un día de salario como lo van hacer los emigrados cubanos el 28 de enero y verán cómo la tiranía se desploma estrepitosamente en menos tiempo de lo que muchos se imaginan.

Copia mecanográfica de la edición original en el Departamento del Pensamiento de Fidel Castro, Instituto de Historia de Cuba, pp. 1, 2, 3.

1956

La Patria es de quien la sirva con mayor desprendimiento

—¡Frente a todos! Respuesta al artículo
Cuba no es de Fidel. 8 de enero

Manejé cerca de veinte mil pesos, y ¡cuántas veces faltaba en mi casa la leche para mi hijo! ¡cuántas veces la Compañía Cubana de Electricidad, inexorable, me cortó la luz! Conservo todavía las fatídicas papeletas judiciales con que los propietarios echan a los inquilinos de sus casas. Yo no tenía entradas personales, vivía casi de la caridad de mis amigos, y sé lo que es el hambre de un hijo con dinero de la Patria en los bolsillos.

Jamás he creído que la Patria sea mía: “La patria no es de nadie”, dijo Martí, “y si es de alguien será, y esto sólo en espíritu, de quien la sirva con mayor desprendimiento.” Los que evidentemente han creído que la Patria era suya son los malversadores que a su paso por el poder la explotaron como si fuera una finca privada.

Tan injusta era esa afirmación de que se puede ser honesto cuando no se han manejado fondos públicos (cual si nuestro desdichado pueblo no fuera capaz de dar un solo hombre honrado) como la afirmación absurda e inconcebible de que los que me rodeaban “no eran humildes emigrados y sí felices propietarios de inmuebles miamenses”. Desearía saber cuál de esos sufridos cubanos que acudieron a nuestros actos e integran los clubs revolucionarios de Bridgeport, Unión City, New York, Miami, Tampa y Cayo Hueso, cuál de esos humildes compatriotas nuestros que se gana la vida trabajando rudamente fuera de su Patria, es feliz propietario de bienes inmuebles. Si alguno tuviese una casa particular sería por excepción, y con toda seguridad producto de su trabajo honrado de muchos años y no robado a la República. Yo los vi cómo vivían, en estrechos apartamentos, donde los matrimonios no pueden tener hijos, donde las mujeres al regresar cansadas de diez horas de fábrica tienen que lavar y cocinar; donde la vida es dura, fatigosa y triste, donde no se escucha más que una exclamación: “¡Yo viviría en Cuba gustosamente con la mitad de lo que gano aquí!” Antes se hablaba de los exiliados, eran poco más de un centenar; muchos estaban bien; sus hijos aparecían retratados en la prensa frecuentemente; añoraban sus amiguitos y sus casas en la tierra natal. Pero nadie se acordaba de los pobres hijos de los emigrados que en los estados del Norte tienen que vivir en un clima de muchos grados bajo cero, que no tienen escuela donde aprender el idioma de su Patria, ni médicos que entiendan el lenguaje de sus padres. Decir que son felices propietarios, demuestra todo el resentimiento de los políticos contra la emigración cubana, porque esas decenas de miles de familias fuera de la Patria constituyen una acusación viva y dolorosa de los malos gobiernos que ha padecido la República. Los políticos decían: “El problema cubano se resuelve cuando puedan regresar los exiliados.” Los revolucionarios decimos: “El problema de Cuba se resuelve cuando puedan regresar los emigrados.”

De igual modo cuando en ese mismo artículo se afirma caprichosamente que yo en la revista Bohemia “recomendaba a mis amigos que votasen por Grau, seguramente aspirando a una pronta libertad por la vía de su justicia...”, se está evidenciando una falta de seriedad y de capacidad que descalifican a cualquiera como polemista y hombre público. Jamás hice tal recomendación, porque no incurro en semejantes contradicciones de principio, y renunciaría a la vida pública si me muestran la Bohemia donde la misma aparezca. Mal podía estar deseando su libertad por esa vía indigna quien en el instante más álgido de la amnistía, cuando se discutía la inclusión o no de los del Moncada y se hablaba de condiciones previas declaró en carta que publicó Bohemia:

“Si se nos exige un compromiso para concedernos la libertad decimos rotundamente que no. No, no estamos cansados. Después de veinte meses nos sentimos firmes y enteros como el primer día. No queremos amnistía al precio de la deshonra. No pasaremos bajo las horcas caudinas de opresores innobles. ¡Mil años de cárcel antes que la humillación! ¡Mil años de cárcel que el sacrificio del decoro!”.

Bohemia, 8 de enero, La Habana, 1956, pp. 81-82.

Por la libertad del pueblo dominicano

Carta sobre Trujillo. 26 de agosto

La ratifico aquí serenamente, y con plena conciencia de lo que implica esta afirmación a los cuatro meses y seis días del 31 de diciembre. Ningún revés impedirá el cumplimiento de la palabra empeñada. A un pueblo escéptico por el engaño y la traición no se le puede hablar en otros términos. Cuando esa hora llegue, Cuba sabrá que los que estemos dando nuestra sangre y nuestras vidas somos sus hijos más leales y que las armas con que vamos a conquistar su libertad no las pagó Trujillo, sino el pueblo, centavo a centavo y peso a peso. Y si caemos, como le dijo Martí al

ilustre dominicano Federico Henríquez y Carvajal, caeremos también por la libertad del pueblo dominicano.

Bohemia, 2 de septiembre, La Habana, pp. 35, 82-83.

1958

El verdadero hombre no mira
de qué lado se vive mejor
sino de qué lado está el deber

Declaraciones a “Guayo” y Agustín Alles,
de Bohemia. Mayo

Cuando termine la lucha armada vendrá entonces una lucha más heroica, más anónima y más abnegada que la campaña militar. No será una lucha de soldados, sino de maestros, de médicos, de ingenieros, de honrados y activos abanderados de la civilidad, la cultura y el progreso.

Para ese trabajo, estamos solicitando, desde ahora, voluntarios: médicos, maestros, arquitectos, laboratoristas, ingenieros civiles, agrónomos, eléctricos, para una campaña revolucionaria mucho más hermosa y tentadora que la que hemos venido obligados a liberar contra la tiranía con las armas en la mano.

[...] Algunos pensarán que soy un poco soñador: eso pudo pensarse con más razón cuando comenzamos esta lucha contra la dictadura, sin un centavo, sin fusiles y sin la menor jerarquía pública. Aquello sí parecía difícil. Como decía Martí: “El verdadero hombre no mira de qué lado se vive mejor, sino de qué lado está el deber”. Y ese es el único hombre práctico, cuyo sueño de hoy será la ley de mañana.¹

Copia mecanográfica del Instituto de Historia de Cuba. Departamento del Pensamiento de Fidel Castro, pp. 2, 9.

Ahora podemos luchar
con la fuerza de la razón,
la justicia y las armas

Manifiesto del Movimiento 26 de julio.
Al pueblo. 12 de marzo

Al negar autorización a la prensa cubana para visitar el campo de operaciones y conocer la actitud del Movimiento 26 de Julio, el dictador Batista no sólo ha evidenciado su cobardía moral y su impotencia militar, sino que ha dicho la última palabra sobre el desenlace final de esta lucha.

[...] Nosotros estábamos seguros de la respuesta negativa porque conocíamos las razones profundas que había para ello, pero queríamos desenmascarar a la Dictadura, poner al desnudo su ruindad moral y su endeblez militar, demostrar al pueblo de Cuba que hay que tener fe en la victoria, esa fe que han adquirido nuestros hombres luchando en las más adversas circunstancias, esa fe que han tenido siempre los abanderados de las causas justas y que es invencible, porque “Lo que importa”, como dijo Martí, “no es el número de armas en la mano, sino el número de estrellas en la frente”. Ahora podemos luchar con la fuerza de la razón y la fuerza del número, con la fuerza de la justicia y la fuerza de las armas. La promesa que un día hicimos a la nación será pronto hermosa realidad.

La Dictadura acaba de suspender las garantías y restablecer la censura odiosa. Eso demuestra su tremenda debilidad.

1959

Lo que grava el dolor, no se olvida fácilmente

Discurso en el Cementerio de Colón,
en la tumba de Eduardo Chibás.
La Habana, 16 de enero

¡Cómo no recordar aquellos días en que veíamos a los hombres, y sobre todo a las mujeres que siempre fueron las más leales en el recuerdo de Eduardo Chibás, porque eran siempre las mismas, las mismas de la C. M. Q., las mismas del Cementerio, las mismas de Prado 109,¹ golpeadas, perseguidas, insultadas y vejadas por los esbirros de la tiranía! Frescos están todavía en nuestra memoria aquellos días, porque lo que grava el dolor, como decía el Apóstol, no se olvida fácilmente.

Versión taquigráfica. Biblioteca del Instituto de Historia de Cuba, Fidel Castro 16 de enero de 1959, pp. 2-3.

Toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz

Discurso en el Club de Leones.
La Habana, 14 de febrero

[...] Encontrará el pueblo en nosotros, muy especialmente en mí, por sentirme con bastante responsabilidad en esta situación, que estamos llenos de buena voluntad. Ya, por lo menos, hay algo. Buena voluntad significa ser honrado y no robar; buena voluntad significa no ser un caprichoso, no ser un vanidoso, no ser “cabeciduro.” Porque se puede ser muy honrado, y no oír a nadie, y saber, cuando se le critique, llenarse de amor propio y querer aplastar al que le hace una crítica. Además de buena voluntad, hay que tener una gran resignación, saber aquello que Martí le decía a Máximo Gómez: “A cambio de esto, le ofrezco el placer del sacrificio y la ingratitud probable de los hombres”. Hay que luchar por una vocación, por un deseo, sin esperar recompensas de ninguna clase, ni moral ni material. Claro que las recompensas morales son estimulantes, hasta cuando se lucha por la gloria. A mí me han dicho que yo lucho por la gloria. Pues, no señor, yo no lucho por la gloria, porque, al fin y al cabo, es una vanidad también.

Martí, que fue el más extraordinario de todos los cubanos, dijo que “toda la gloria del mundo cabía en un grano de maíz”. Dijo una gran verdad. Posiblemente nadie se acuerde de la gloria que adquirieron nuestros antepasados en los miles de años que tiene la humanidad [...]

Versión taquigráfica, Biblioteca del Instituto de Historia de Cuba, 14 de febrero de 1959, pp. 6-7.

Los sueños de hoy del idealista es la Ley de mañana

Toma de posesión como Primer Ministro del Gobierno. La Habana, 16 de febrero

[...] nos dedicaremos a invertir nuestros esfuerzos en crear riquezas para la Nación cubana respaldados por la mayoría del país, que es un país rico en el que se pueda sembrar todo el año, un pueblo inteligente, entusiasta y ansioso de alcanzar un destino mejor; lograremos un standard de vida mayor que en ningún otro país. Creo que lo lograremos, más si es un sueño, Martí dijo que los sueños de hoy del idealista es la Ley del mañana. También nos decían soñadores cuando iniciamos la lucha contra Batista y hoy somos los que hacemos las leyes revolucionarias de la República.

Versión taquigráfica del Departamento del Pensamiento de Fidel Castro, Instituto de Historia, pp. 20-21.

Ya veremos quién puede más, si el pueblo o los opresores de los pueblos

Asamblea de los telefónicos.
La Habana, 6 de marzo

[...] aquí le hablan a uno de Patria desde que nace, ¡Pero la Patria no ha sido más que de unos cuantos!; aquí le han enseñado a cantar un himno que dice que “morir por la Patria es vivir”, pero aquí se muere, y se ha muerto muchas veces, por una Patria que no es de uno, sino de unos cuantos. Y Martí dijo que la Patria era “de todos y para el bien de todos”, y aquí la Patria ha sido de unos cuantos y para el bien de unos cuantos.

[...] si algunos han llegado al poder con el máximo de simpatía con que pueden llegar los gobernantes, esos hemos sido nosotros. Si después de tener el aplauso de todo el pueblo nos hemos dedicado a trabajar con más ahínco que nunca, con más ahínco que nadie, eso es sencillamente la prueba más elocuente de nuestra devoción a esta causa, de nuestra sinceridad con el pueblo, porque no tenemos que trabajar para buscarnos el aplauso que ya teníamos; al contrario, sé que haciendo leyes revolucionarias nos vamos a ganar enemigos que no teníamos, nos vamos a ganar críticas que no teníamos; sé que mientras más leyes revolucionarias hagamos, más van a tratar de calumniarnos ante el mundo, más van a tratar de confundir al pobre mundo, a la pobre América la van a tratar de mantener en el oscurantismo y en la ignorancia. Van a tratar de desacreditarnos a los cubanos, ¿para qué? Para que la América no imite nuestro ejemplo, para que la América no despierte, para que las castas militares, servidoras de los intereses creados, no desaparezcan. Pero, ya veremos quién puede más: si los pueblos, o los opresores de los pueblos; si los pueblos, o los explotadores de los pueblos; si la mentira, o si la verdad.

“Un principio justo, como dijo Martí, desde el fondo de una cueva, puede más que un ejército”. Y con ese instinto que tienen los pueblos para conocer la verdad, con ese olfato que tienen los pueblos, los pueblos de nuestra América, a pesar de la calumnia, a pesar de los cables internacionales, a pesar de las mentiras, cada vez se sentirán más unidos al pueblo de Cuba, y mucho más en la misma medida en que la Revolución se haga. Y aquí la Revolución se hará, la Revolución se hará ¡porque nada ni nadie podrá detenerla!; la Revolución se hará, porque mientras haya un pueblo como este, y mientras haya gobernantes dignos, la Revolución seguirá adelante.

Versiones taquigráficas de la Oficina del Primer Ministro, Departamento del Pensamiento de Fidel Castro, Instituto de Historia de Cuba, pp. 43-44, 45-46.

Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra

Cena Martiana efectuada en la Plaza Cívica.

La Habana, 27 de enero

[...] Nuestro pensamiento se remonta a aquel día, afortunado para nuestra Patria, del año 1853 en que nació el Apóstol Martí. Ciento siete años han transcurrido. Toda la vida de aquel hombre extraordinario que cayó en Dos Ríos después de dedicar su pensamiento y su energía, casi desde niño, a la causa de la libertad de su Patria; toda una vida, no sólo de aquella generación, sino de varias generaciones; ciento siete años de sacrificios de nuestro pueblo, porque la importancia de aquella fecha es que nuestro pueblo, de nuestro pueblo surgió aquel hombre que hablaría algún día de señalar con claridad meridiana el camino a seguir. Junto con él lucharon los cubanos de su generación y las generaciones que vinieron después; ciento siete años de lucha se dice muy fácilmente, pero ciento siete años son largos años y lo que se inició a mediados del pasado siglo empieza, recién ahora, a culminar y aún puede decirse, estamos empezando.

Estamos empezando a cosechar los frutos y a defender los frutos, porque no quiere decir esta alegría, esta alegría tan sana y tan cubana, no quiere decir que vivamos en la ilusión de que los años de esfuerzos y de sacrificios han terminado. La alegría de hoy es la alegría de un pueblo que después de un siglo se siente por primera vez absolutamente dueño de su voluntad y de su destino, de su destino para comenzar a hacer la obra que soñaron nuestros fundadores, para comenzar a hacer realidad lo que en la mente de aquellos hombres fue un ideal, fue un hermoso sueño, porque lucharon para un fin, lucharon para conquistar la autodeterminación del pueblo, a fin de que ese pueblo libre pudiera realizar una obra. Y así, desde los primeros que cayeron a mediados de siglo, y los primeros que cayeron en el 68 o en el 95 o en cualquiera de las tantas batallas y escaramuzas que se libraron en la colonia y en el presente siglo, fueron batallas que se libraron por un gran objetivo, el cual aquellas generaciones que se sacrificaron no tuvieron la oportunidad de ver realizado.

Cayeron muchos en la lucha, otros tuvieron que afrontar, más de una vez, el amargo sabor de la adversidad. ¡Qué lejos estuvieron los que tal vez se alzaron en armas con la idea de que transcurrida la guerra, siempre dura y siempre amarga, algún día podrían ver realizados, en la Patria libre, los postulados que dieron fuerzas a los brazos de nuestros primeros mambises! ¡Cuántas ilusiones, nos preguntamos, bajaron a la tumba con aquellos que la albergaron, cuántos sueños, desde Céspedes, Agramonte, hasta los últimos que cayeron en las horas postreras de esta guerra que fue la última guerra de la independencia plena de la Nación cubana!

¡Cuántos bajaron a las tumbas y cuántos vieron transcurrir los años en impaciente espera, y cuántos incluso tal vez perdieron sus ilusiones en el camino! ¡Cuántos perdieron sus esperanzas, porque hay que pensar y meditar que un pueblo que luchó con tesón inigualado, tuvo que vivir en cada uno de sus hijos buenos la amargura de no ver convertidos en realidad aquellos sueños y sumando el dolor de cada uno de ellos, ha sido el dolor de millones de seres humanos durante un siglo! Ese terrible dolor y esa dura experiencia y esa dura tristeza en que se vive cuando tenemos que compartir la frustración de un ideal, como vivieron nuestros antepasados y como vivieron generaciones enteras, para que fuese esta generación actual, la generación que tuviese el privilegio de empezar a hacer lo que ellos ni siquiera tuvieron la oportunidad de empezar, porque empezaron varias guerras por alcanzar esa oportunidad y no la lograron. Ha sido esta generación, la generación que alcanzó la oportunidad, no por su esfuerzo, sino porque fue el esfuerzo de todos los anteriores, porque ningún sacrificio fue inútil, ya que desde el primer cubano que cayó, hasta el último, pusieron su "grano de arena" para que esta generación tuviera la oportunidad. Y esta generación, que es la generación del Centenario del Apóstol, porque fue en el

año del Centenario donde se inició la lucha, que después de varios años habría de concluir en esta oportunidad que tiene hoy, esta generación del Centenario puede decir al fin, que tiene en sus manos los destinos de la Patria, que no tuvieron las generaciones anteriores, porque fuerza más poderosas que la suma de todos los heroísmos y sacrificios de nuestro pueblo impidieron a las pasadas generaciones esa oportunidad.

Por primera vez es el pueblo dueño de sus destinos, y lo que hagamos ahora de nosotros depende; el triunfo definitivo de nosotros depende, porque en nosotros está la fuerza para llevarla adelante o la debilidad que la haga fracasar. En nosotros ha de estar la virtud que permita llevar felizmente adelante el propósito que nos hemos impuesto o estarían los vicios que nos hicieran fracasar; en nosotros ha de estar el valor que permita el triunfo definitivo o la cobardía que haga posible el fracaso definitivo. En nosotros pues, en esta generación que ha sido afortunada en la oportunidad, está también la tremenda responsabilidad, porque de las filas del pueblo salen los conductores, de las filas del pueblo salen los héroes, de las filas del pueblo salen los valientes, de las filas del pueblo surgen las fuerzas que puedan permitir el triunfo de un pueblo, como de esas filas surgen también —infortunadamente— los traidores o los desertores, y surgen los de poca fe, y surgen los cobardes. Y nosotros hoy sí podemos decir de una vez que en nuestras manos está nuestro destino; y de nuestro pueblo, sólo de nuestro pueblo dependerá que la oportunidad sea una oportunidad para el triunfo definitivo.

Con esto señalo la realidad, y la realidad de que a la larga sea mucho mayor la suma de valor, la suma de fe, la suma de sacrificios y de heroísmos, sobre la suma de cobardía, de deslealtad o de debilidad de otros, para que pensamos en esta tarea honrosa, pero difícil, porque a los débiles de adentro, a los traidores de adentro, a los cobardes de adentro, a los corrompidos de adentro, hay que sumar los corrompidos de afuera, hay que sumar el poderío de los de afuera..., hay que sumar el esfuerzo que contra la Revolución hacen los de afuera. A los de adentro los acompaña la solidaridad y la simpatía de todos los buenos de afuera.

¿Por qué tenemos fe? ¿Por qué tenemos confianza? Tenemos confianza porque los cubanos buenos son abrumadora mayoría sobre los cubanos malos, porque los valientes, los cubanos valientes, y los cubanos virtuosos, los cubanos generosos, los cubanos entusiastas, son, constituyen abrumadora mayoría sobre los cubanos egoístas o cobardes, o sietemesinos, como llamaba Martí a los hombres que no tenían fe en su pueblo.

Por eso, porque contamos con un pueblo semejante, en que hay una proporción de virtud tan extremadamente mayoritaria, es por lo que creo que esta generación aprovechará la oportunidad que le brinda el destino de la Nación para culminar en la victoria definitiva. Y es que la virtud ha crecido en nuestro pueblo, porque si estudiáramos el pasado, nos encontraríamos que los hombres que encendieron la chispa de la libertad, los hombres que encendieron la llama del patriotismo, eran entonces una exigua minoría; los pioneros de nuestra Patria fueron minoría y durante un tiempo considerable los hombres verdaderamente patriotas fueron minoría. Y gracias al ejemplo bueno, y a pesar del ejemplo malo; gracias a que el pensamiento y la luz a la larga se imponen; gracias a que la verdad siempre, más tarde o más temprano, la verdad que se escribe con sangre de pueblo, triunfa. Gracias al ejemplo de los buenos, gracias a la prédica de los fundadores, entre los cuales el primero fue aquel hombre cuyo nacimiento, hace ciento siete años, conmemoramos hoy. Gracias a esa prédica que era ignorada en un principio, porque los versos, como los pensamientos, como los escritos, como las proclamas, como los discursos de Martí, que hoy son familiares para todos nosotros, fueron al principio de conocimiento reducido de un círculo de amigos o de compañeros que tuvieron el privilegio de leerlos o escucharlos, porque en medio de la censura y de la opresión, aquellas ideas no podían divulgarse e incluso, en los inicios de la República el pensamiento y la prédica de Martí no se conocía sino por una minoría, y fue en el transcurso del presente siglo

cuando nuestro pueblo pudo ir, paso a paso, conociendo aquella filosofía política, aquel pensamiento profundamente humano de nuestro Apóstol y para que se vea el valor de las ideas y la verdad de aquel pensamiento que decía que trincheras de ideas valían más que trincheras de piedra, esas ideas influyendo sobre nuestro pueblo en la medida en que se iban divulgando, y a pesar de la frustración de nuestra República, a pesar de lo mucho que aquel pensamiento había sido prostituido en labios de hipócritas, en labios de malos cubanos, que miles, tal vez millones de veces evocado, en medio de la ignominia, y hasta del crimen, el pensamiento y el nombre del Apóstol, a pesar de esas adversas circunstancias, el conocimiento que en la historia falseada de nuestra Patria no pudieron ir sacando las generaciones presentes, el conocimiento que de los libros escasos fue extrayendo nuestro pueblo, de aquella fe que alimentó siempre a nuestra juventud y que surgió de la lectura de los libros de Martí, de los versos de Martí, algunos de los cuales nos hacían ya recitar desde niños, a los que tuvimos el privilegio de ir a las escuelas, la influencia de ese pensamiento fue tan definitiva que de otra manera no podría explicarse esta realidad que a pesar de la mentira de una historia, de una política falseada y corrompida, de una prédica diaria que era una prédica mercantilista, de aquellos escritos donde parecía que el propósito no era decir la verdad, sino ocultar la verdad, a pesar de todo el tóxico que se sembró en nuestra Nación, porque la gran realidad es que había un sistema por entero dedicado a dirigir la mente de nuestros ciudadanos en el sentido que más convenía a determinados intereses y que la influencia cultural que recibíamos era tan evidentemente antinacional y anticu-bana, que los cubanos hemos vivido bajo influencias extrañas que por todos los medios desde los libros de texto falseados por los farsantes, por los entreguistas y por los cobardes, hasta la mayor parte de la literatura y de los medios de divulgación llegaban a nosotros, eran de procedencia extraña, e iban contra lo nacional, contra lo cubano, porque era todo un sistema influyendo sobre la mentalidad y hay mentiras, hay mentiras que nos hicieron creer de muchachos, que de mayores nos avergüenzan y nos indignan; hay verdades que hoy nuestro pueblo ve con tal claridad, que pensar en aquel pasado fraudulento, hipócrita y mentiroso, nos avergüenza.

Y a pesar de esa influencia, sin embargo, nos encontramos que las virtudes de nuestro pueblo fueron creciendo, y nos encontramos que en nuestro pueblo había fuerzas suficientes para librarnos de las ataduras poderosas que realmente mantenían a nuestro pueblo sumido a una política y a unos procedimientos que eran los más opuestos a sus intereses.

Y así, ¿por qué se pudo llevar adelante la última guerra libertadora? ¿Por qué se pudo alcanzar la victoria? ¿Por qué avanza la Revolución? Se logró todo porque había virtudes en nuestro pueblo, y esas virtudes fueron el fruto de las semillas que sembraron los fundadores de nuestra República, de la semilla, de la semilla que sembró nuestro Apóstol José Martí. Porque ese amor acendrado a la libertad, esa prédica constante de dignidad, ese sentido humano del pensamiento martiano, ese odio a la tiranía, ese odio al vicio, ese odio a la esclavitud que le hizo decir: "sin Patria, pero sin amo", sin Patria, pero sin amo, es decir, preferir la muerte a tener amo... esa prédica fue la que nutrió el espíritu rebelde y heroico de nuestro pueblo, que allá en Santiago de Cuba, junto a la tumba de Martí, en el año del Centenario, ofrendó la vida de casi un centenar de jóvenes. Ese espíritu, que es la característica de nuestro pueblo, de un pueblo digno, de un pueblo heroico, de un pueblo esforzado, de un pueblo entusiasta, es lo que tenemos que agradecer al ejemplo de nuestros fundadores, y a la prédica de nuestro Apóstol; porque aunque invocaran falsamente su nombre muchas veces, aunque se le rindieron hipócritas tributos, el pueblo, por encima de toda aquella falsedad, le rindió siempre un profundo y sincero tributo a su memoria, porque el respeto y el recuerdo para los hombres que se dieron por entero a la causa de su pueblo no es un respeto o un recuerdo meramente formal. No se dice que los caídos siguen siendo útiles por mero consuelo; se recuerda a los caídos y se recuerda a los hombres que se dieron por entero a su Patria porque es útil a todo

pueblo, y porque es cierto aquello que los mártires, aún después de muertos, siguen siendo útiles; es cierto aquello de que aún después de muertos físicamente, siguen vivos en el fervor y en el cariño y en la fe del pueblo; es cierto aquello de que morir por la Patria es vivir, y que con nosotros... y que con nosotros vivieron y pelearon todos los que habían caído por los ideales que nosotros estábamos defendiendo; con nosotros vivieron y sin riesgo de volver a morir nunca más, los compañeros que habían caído en las primeras batallas de nuestra guerra, y los que habían caído en las batallas de todas las guerras libertadoras.

[...] Porque para que hayamos tenido la satisfacción de venir aquí esta noche, para que hayamos podido tener la satisfacción de esta fiesta tan cubana, para que hayamos podido escuchar esas canciones que reflejan toda la alegría y toda la esperanza de nuestro pueblo, para que hayamos podido presenciar ese drama de la Sierra, para que hayamos podido ver soldados con fusiles cantando junto a campesinos, para que hayamos podido ver esta identificación total, esta alegría incomparable, este orgullo de un pueblo que se siente dueño de sus destinos, para que hayamos podido entonar con orgullo nuestro Himno, para que hayamos podido rendirle este tributo al Apóstol, para que se hayan podido lanzar hojas como estas, que dicen: "Un pueblo libre y justo es el único homenaje propio de los que mueren por él", ha sido necesario el sacrificio de veinte mil hermanos, a los que hay que sumar las decenas de miles de cubanos que cayeron en las luchas anteriores, porque contrasta esta alegría patriótica, esta fiesta patriótica, con la presencia de madres vestidas de negros, en cuyos ojos asoman lágrimas ante cada palabra, ante cada recuerdo, que llevan consigo su dolor, que llevan consigo su pena y su martirio y que no tienen ni pueden tener otro consuelo que la satisfacción de que el sacrificio no fue en balde; la satisfacción de que, si ellas están vestidas de negro, por ellas y por el sacrificio de ellas hay millones de mujeres en nuestra Patria que no visten de negro; de que si ellas están vestidas de negro por su sacrificio, el pueblo se viste de alegría y de esperanza.

Y estos contrastes son, los que en momentos como este, nos hacen meditar y pensar en todo lo que ha costado ese anhelo de que fuese algún día nuestro pueblo dueño absoluto de nuestro destino y tuviese en sus manos la gran oportunidad; y como esa oportunidad hay que saberla utilizar, como esa oportunidad hay que defenderla, es por eso que tenemos que sembrar dignidad en nuestro pueblo, es por eso que tenemos que hacer realidad aquel apotegma martiano que él quería que fuese "la ley primera de la República": el culto a la dignidad plena del hombre. Hay que sembrar dignidad, porque los pueblos pequeños, los pueblos pequeños como el nuestro, sólo pueden sobrevivir y marchar adelante con mucha dignidad; los pueblos pequeños sólo se salvan de la sumisión cuando tienen mucha dignidad. Porque sólo la dignidad, que quiere decir heroísmo, salva a los pueblos e inspira respeto.

Y nosotros, que somos un pueblo pequeño, económicamente empezando el camino del desarrollo de nuestros recursos, nosotros lo que tenemos, sobre todo para defender esta oportunidad, es dignidad; y el arma más poderosa que pueda poseer nuestro pueblo es la dignidad, que quiere decir virtud, que quiere decir fe, que quiere decir seguridad en sí mismo.

Y ese debe ser el propósito fundamental en un acto como este: fomentar lo que más necesita un pueblo, lo único que salva a los pueblos pequeños: la dignidad. Y por eso, lo que nosotros tenemos que prometerle a nuestro Apóstol, lo que nosotros tenemos que jurar ante el recuerdo y ante la estatua de Martí, es ser un pueblo digno; lo que nosotros tenemos que jurar, ante la tumba de todos los caídos, es ser un pueblo digno; porque los pueblos luchan no por razones baladíes, los pueblos luchan por grandes aspiraciones, los pueblos luchan por grandes objetivos que le permitan el pleno desenvolvimiento y desarrollo como pueblo libre, los pueblos luchan por grandes afanes; y cuando se habla de soberanía, cuando se habla de autodeterminación, se habla del derecho a labrarse su propio porvenir, se habla del derecho a disfrutar sus recursos, se habla del derecho a disfrutar los frutos de su trabajo, se habla del derecho a progresar en el orden moral, en el orden espiritual y también en el orden material; se

defienden grandes intereses nacionales cuando se hablan de autodeterminación y de soberanía, y cuando se habla además de justicia, de justicia social, quiere decir que los pueblos, no sólo deben resignarse a vivir bajo el dominio de otros pueblos, sino que dentro de las naciones, los pueblos no deben resignarse a vivir bajo el dominio de los privilegios. Porque los pueblos deben aspirar a ser libres fuera y libres dentro. A veces hay independencia nacional, pero no hay libertad dentro de una nación porque no hay justicia; luego, hay que luchar por los dos principios, ya que de nada vale que los pueblos sean considerados teóricamente soberanos, teóricamente libres, si la esclavitud más espantosa, la explotación más despiadada, se está padeciendo dentro de los límites de ese pueblo llamado teóricamente libre, porque cuando no son intereses extranjeros, son intereses de exiguas minorías nacionales.

Y la autodeterminación o la independencia no la necesitamos para vivir esclavizados dentro, la necesitamos sobre todo para vivir libres dentro: libres de privilegios o intereses de dentro o de fuera. De ahí que la lucha revolucionaria por la justicia social tenga que ser necesariamente una lucha por la reafirmación de la soberanía nacional, puesto que no puede considerarse un pueblo libre, un pueblo que no tenga derecho a conquistar la libertad dentro de su propio territorio, no puede considerarse un pueblo libre un pueblo que no tenga libertad para implantar la justicia social, y los problemas que ha tenido que afrontar nuestra Revolución no han sido problemas gratuitos, no han sido problemas suscitados por afición de sus gobernantes, han sido problemas suscitados por nuestro propósito de hacer justicia social y para ello tener que reafirmar nuestra soberanía, ya que nosotros no hemos pretendido legislar en otros territorios y los problemas se han suscitado por legislar dentro de nuestro propio territorio, no por hacer leyes para otros pueblos, no por hacer leyes para otros pueblos, sino por hacer leyes para nuestro pueblo. Y es curioso, como lección de política, es curioso, como enseñanza esclarecedora, el que un pueblo por hacer leyes dentro de su propio territorio, por hacer leyes para su propio pueblo, tenga que buscarse dificultades de carácter internacional.

Eso quiere decir que la palabra "independencia", la palabra "soberanía", la palabra "República", ha sido muchas veces una ficción... La lucha revolucionaria es por eso una lucha por la afirmación plena de nuestra soberanía; y por eso, para llevar adelante nuestra obra, que no persigue otro propósito que el hacer feliz a nuestro pueblo, que librar a nuestro pueblo de todas las miserias y los males que lo agobian, lo cual hace que nuestra causa sea la más justa de las causas, porque es la lucha de un pueblo que aspira a vivir de sus recursos y de su trabajo, que aspira a vivir y a desarrollarse con lo suyo, por lo suyo y para los suyos sin quitarle nada a otros pueblos, porque es aquí donde se está desarrollando nuestra Revolución y por eso los dos factores: dignidad y justicia de la causa que se defiende son los factores suficientes para lograr para que un pueblo pequeño logre un propósito, un ideal grande. Y esos dos factores son los dos factores con que nosotros contamos.

Razón es decir justicia y dignidad. Y cuando se habla de razón no es una simple palabra, razón quiere decir los abusos que se cometían en nuestra Patria, razón quiere decir los cientos de miles de cubanos que no sabían leer ni escribir..., razón quiere decir los cientos de miles de cubanos que no tenían trabajo, razón quiere decir los cientos de miles de familias campesinas que no tenían ni un pedazo de tierra, razón quiere decir los enfermos sin hospitales, los niños sin escuelas. Razón quiere decir todo lo que se le robaba a nuestro pueblo, que cuando no robaban los políticos, le robaban los especuladores, le robaban los explotadores...

Razón quiere decir una larga cadena de injusticias y de abusos que hicieron necesaria esta Revolución, razón quiere decir que para ponerle fin a esos abusos es que se dictan leyes revolucionarias, razón quiere decir que el único motivo de la Revolución y el único objetivo de los gobernantes revolucionarios es ponerle fin de una vez y para siempre a todas esas injusticias contra las cuales ha luchado más de un siglo nuestro pueblo...

Razón que tenemos y dignidad que tenemos para alcanzar la victoria definitiva. Y eso, que lo comprendemos todos perfectamente bien, digo todos los que se sientan cubanos..., que cubanos no son los que por unos miserables pesos son capaces de renegar de su Patria y que son por fortuna exigua y precaria minoría. Eso que lo comprendemos todos y debemos comprenderlo cada día mejor, es esencial en esta hora en que se agrupa el pueblo, se junta el pueblo como nunca antes, con entusiasmo nunca antes visto, para realizar un gran ideal.

Fomentemos, pues, la virtud, fomentemos la dignidad reverenciemos cada vez más a nuestros fundadores, recordemos cada vez más a nuestro Apóstol, más cada año y no por un motivo sólo de gratitud sino por ser necesidad, porque los necesitamos, porque necesitamos que con nosotros libre las batallas que estamos librando; recordémosle y venerémoslo cada vez más y con más fervor, hoy en esta cena tan cubana y tan hermosa, mañana, es decir hoy por el día, desfilando las milicias frente a la estatua del Apóstol¹ en el Parque Central y allá en Oriente, mientras en todos los demás lugares de la Isla las instituciones patrióticas de un modo o de otro rinden tributo al Apóstol, allá el Gobierno revolucionario entregando a los niños de Santiago de Cuba convertido ya en hermoso centro escolar, el Cuartel Moncada..., donde cayeron aquellos compañeros nuestros el 26 de Julio de 1953, Año del Centenario del Apóstol, centenario que tuvo que conmemorar nuestro pueblo bajo feroz y sanguinaria tiranía; centenario que estamos conmemorando hoy, que vamos a conmemorar allí, en uno de los actos más emotivos, porque son como la definición de esta Revolución, que convierte fortalezas en escuelas...; que derriba muros llenos de aspilleras y convierte... en aulas, barracas de soldados, en la seguridad de la certeza de aquel pensamiento, de que “trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra”.

Y la historia demostrará que si al fin y al cabo, las fortalezas llenas de aspilleras y de soldados sucumbieron ante el empuje de nuestro pueblo que luchaba por una causa justa; en cambio, nuestras escuelas, representaciones del pensamiento y la cultura, jamás caerán bajo la fuerza, jamás caerán bajo la fuerza de los que nos la quieren quitar para convertirlas en cuarteles defensores de privilegios, porque esas escuelas las sabrá defender nuestro pueblo; porque esas escuelas las defenderá nuestro pueblo con trincheras de ideas y trincheras de piedra.

Y así, marcharemos adelante, reafirmando nuestra soberanía, haciendo leyes justas, dándole tierra a los campesinos, escuelas a los niños, hospitales a los enfermos, trabajo a los desempleados, horizontes prometedores a nuestra juventud y a nuestro pueblo todo. Así continuaremos derribando fortalezas, y haciendo escuelas, con optimismo y con seguridad, porque creo en nuestro pueblo, porque estoy seguro de que tiene temple y tiene virtudes suficientes para marchar por este camino, porque tiene sobrados ejemplos que lo alienten, suficientes prédicas martianas que lo animen y lo inspiren.

Por eso hoy, al conmemorarse este 107 aniversario del nacimiento de quien fue un símbolo en sacrificio y en pensamiento para la Patria, la satisfacción de poder mirar con orgullo la estatua del Apóstol y decirle: “¡Al fin, Maestro, tu Cuba que soñaste, está siendo convertida en realidad!”

Versión taquigráfica de la Oficina del Primer Ministro. Departamento del Pensamiento de Fidel Castro, Instituto de Historia de Cuba, pp. 1-11, 13-22.

**Se preocupó por los niños,
y fue el que más deseó convertir
las fortalezas en escuelas**

**Entrega del Cuartel Moncada al MINED.
Santiago de Cuba, Oriente, 28 de enero**

¿Quiénes fueron los primeros que lucharon para convertir las fortalezas en escuelas? Los mambises, Carlos Manuel de Céspedes, Agramonte, Máximo Gómez, Maceo... ¿Quién fue uno de los que con su pensamiento... (los niños responden: Martí...) ¡Ah!, ustedes saben que fue Martí. Martí fue el que más se preocupó por los niños, el que más se preocupó por la educación y el que más deseó convertir las fortalezas en escuelas. Las fortalezas, antes, eran el Castillo del Morro, El Viso; es decir, eran fortalezas que tenían varios siglos, y los mambises y los patriotas, Martí y todos los jefes de la Revolución luchaban por hacer desaparecer aquellas fortalezas que significaban... ¿Qué significaban aquellas fortalezas? La opresión. Pero cuando se acabó la Guerra de Independencia, entonces, en vez de desaparecer las fortalezas, construyeron más fortalezas, y entonces levantaron estas fortalezas en medio de las ciudades, para mantener al pueblo dominado por la fuerza.

[...] nosotros pudimos conocer muchas cosas buenas, nosotros pudimos conocer muchos ejemplos buenos, nosotros pudimos conocer el pensamiento de Martí, porque Martí, al principio cuando él comenzó, tenía muchos enemigos, y hoy todos reconocen lo que hizo Martí, todos reconocen su patriotismo, todos reconocen su obra; pero al principio lo que hicieron fue que lo encarcelaron, lo persiguieron, lo exiliaron, y muchos lo atacaban, lo calumniaban, lo insultaban, y muchos cubanos no sabían quién era Martí, no sabían todos sus pensamientos hermosos, no conocían sus prédicas. Hoy, al fin, después de muchos años, ya todos los cubanos conocen a Martí, inclusive los políticos hipócritas ya no hablaban mal de Martí, lo que hacían eran que venían a una tribuna e invocaban el nombre de Martí, invocaban el pensamiento de Martí. Los muy descarados, mientras estaban robando y enriqueciéndose por un lado y estaban haciendo todo lo contrario de lo que Martí decía, por otro lado hablaban de Martí e invocaban los pensamientos de Martí. Y así, poco a poco, a través del libro, por los maestros que aquí podían hablar de Martí y hablar de la historia del pasado, aunque no podían explicar bien las cosas presentes, así todo el pueblo fue conociendo el pensamiento de Martí y por eso se fue forjando un espíritu patriótico que hizo posible al fin la victoria de la Revolución.

¿Ustedes saben cómo nosotros aprendimos a hacer la guerra? No vayan a creer que nosotros aprendimos a hacer la guerra en la Sierra Maestra. Nosotros aprendimos a hacer la guerra cuando éramos muchachos igual que ustedes. ¿Saben cómo? ¿Quiere que les diga cómo? (Sí...) Bueno, nosotros aprendimos a hacer la guerra jugando pelota, jugando básquet, jugando fútbol, haciendo todos los deportes, nadando en el mar, nadando en los ríos y subiendo montañas. Nosotros aprendimos a hacer la guerra en esas montañas, porque también estudiábamos aquí en Santiago, y cada vez que nos llevaban de excursión siempre subíamos alguna loma. Así que nosotros aprendimos a hacer la guerra cuando teníamos la edad de ustedes; porque después fue lo mismo, después era cuestión de tiempo; hacía mejor las cosas, hacía las cosas con más práctica, con más inteligencia, porque las habíamos aprendido. Todos nosotros habíamos aprendido a hacer la guerra, a vencer al enemigo, cuando éramos muchachos igual que ustedes.

Así que todos ustedes deben practicar deportes. Ningún niño debe quedarse en el momento del recreo; ningún niño debe dejar de aprender a nadar, de aprender a subir las lomas, es decir, que nosotros queremos no solamente que ustedes estudien en los libros, nosotros queremos que ustedes estudien en las montañas, que ustedes estudien en los ríos; nosotros queremos que los maestros les expliquen también las cosas, no en el aula, que los lleven a las fortalezas para que les expliquen la Historia, que los lleven a los lugares donde, por ejemplo, se libraron las batallas de la Guerra de Independencia, donde murió Martí, en Dos Ríos donde hay una estatua, que es un lugar muy venerado por todos los cubanos, que es un lugar muy bonito y en el que además tenemos ya una cooperativa² de algodón, de maíz y otros productos agrícolas, para que ustedes vayan conociendo todas esas cosas.

Porque ustedes habrán oído hablar de las cooperativas, ¿verdad? (Sí...) Ustedes deben decirles a los maestros que los lleven a ver las cooperativas, para que les

expliquen lo que son las cooperativas, y deben decirles a los maestros que los lleven a los museos. En los museos están las cartas de Martí, de Maceo, las casas de campañas, las armas que usaban, y así hay muchas cosas interesantes, y ustedes pueden aprender todas estas cuestiones de la Historia. También cuando, por ejemplo, hay una película de Historia, ustedes le dicen al maestro que los lleve al cine o, si no, que les traigan la película de Historia para que aprendan Historia, y, además, a los mayorcitos, cuando hay un libro, una novela sobre cuestiones históricas, pues también que les compren esa novela. Y los libros que escribieron los griegos, los poemas sobre cuestiones de guerra y sobre cuestiones de Historia, que son muy interesantes, díganles a los maestros que también se los presten. Eso los mayorcitos que ya comprendan mejor las cosas, porque esta edad que tienen ustedes es la mejor edad para estudiar, porque en esa edad que ustedes tienen no se les olvida nada. [...]

[...] hay también algunos malos cubanos que no comprenden los sacrificios que se hicieron por hacer la Patria libre, que no comprenden la obra de la Revolución y hablan mal de la Revolución, pero eso no importa, el día de mañana todo el mundo hablará bien, el día de mañana, cuando estos egoístas de hoy hayan desaparecido, porque hayan envejecido y hayan muerto, como murieron ya los que hace setenta u ochenta años hablaban mal de Martí, y hablaban mal de Céspedes y de Agramonte y de Maceo; cuando los egoístas de hoy desaparezcan, cuando la semilla de hoy fructifique, cuando un pueblo nuevo resurja, cuando un pueblo culto progrese, cuando generaciones de hombres preparados, de ciudadanos mejores todavía que los que tenemos hoy, sean el fruto del trabajo que se está haciendo hoy, entonces todos hablarán bien de nosotros, todos hablarán bien de esta Revolución, como todo el mundo habla bien hoy de la Guerra del 68, la Revolución del 68 y la Revolución del 95, algún día todos reconocerán esta obra, algún día las generaciones venideras se sentarán también a leer y a estudiar, y todos los niños de hoy tienen el privilegio de ser testigos de lo que la Revolución está haciendo, tienen el privilegio de vivir estos momentos, que son momentos extraordinarios.

Hoy, hoy, aunque es cierto... aunque es cierto que nos entristece por un lado el recuerdo de los que cayeron; aunque es cierto que no es posible visitar esta ciudad y no evocar el nombre de tantos compañeros queridos que desaparecieron, también es cierto que hay en sus familiares, como en sus compañeros, como en todo el pueblo, la satisfacción de que ellos lucharon por algo útil, de que ellos fueron como la semilla que fructificó en esta obra, de que gracias a ellos el pueblo es feliz, gracias a ellos los niños son felices, y por eso, al ganar esta batalla de hoy, esta batalla sin muertos, esta batalla sin cadáveres y sin heridos, esta batalla hermosa, esta toma del Cuartel Moncada, sin sangre, hoy, tenemos que sentirnos verdaderamente emocionados y tenemos que sentirnos verdaderamente felices. Hoy Santiago está feliz; hoy toda Cuba está feliz; hoy los niños están felices; hoy el Apóstol, el Apóstol que nació el 28 de Enero, hoy que al conmemorarse el 107 aniversario se inaugura este Centro Escolar que se llama "26 de julio", hoy el Apóstol está contento; hoy nuestros muertos están contentos; hoy es un día feliz de la Patria.

Castro Ruz, Fidel. En julio como en enero, Editado por el Departamento de Relaciones Públicas del MINED, 1960, pp. 19, 21, 22-24, 30-32.

Hay que hacer lo que en cada momento corresponda hacer

Comparecencia ante las cámaras de "Televisión Revolución". La Habana, 8 de julio

Aquí nosotros tenemos que dejar que por sus propios hechos se vaya desenmascarando más y, cada vez más, ante el mundo esa política inhumana, esa

política que va aliada al hambre, que va aliada a la opresión, que va aliada a la explotación y la miseria, de la oligarquía que gobierna a los Estados Unidos. Es decir, que nosotros tenemos que hacer conciencia ante el mundo, conciencia sobre todo, en todos los pueblos subdesarrollados del mundo, conciencia en nuestros pueblos hermanos de América Latina, conciencia y opinión que ya empieza a abrirse paso ante la verdad de la injusticia que se comete contra Cuba, como lo ha demostrado la actitud del gobierno y el pueblo mexicano, que acaban de escribir una página digna del heroísmo y la grandeza de una nación y un pueblo que ha tenido que sufrir muy duramente en su carne la agresión, el arrebato de una parte considerable de su territorio, la pérdida de muchos de sus mejores hijos, incluso, en ocasiones como aquella vez en que se lanzaron, para morir antes que rendirse, los jóvenes de la Escuela Militar de México, constituyendo una de las tradiciones más hermosas en la historia de la lucha por la libertad y la dignidad de los pueblos.

Y así, valientemente, dignamente, el pueblo de México, a través de su Congreso, en la voz del presidente de la Comisión Bicameral, a la vez que en la voz de Lázaro Cárdenas, que es uno de los líderes más queridos, y en la voz de su propio presidente en ocasiones anteriores y, en todo momento, ha expresado su solidaridad con el pueblo cubano ante la agresión. Y ese hecho, pues, será motivo para nosotros de gratitud eterna hacia el pueblo y el gobierno de México.

También han expresado su solidaridad una serie de instituciones obreras, periodísticas, estudiantiles, en todo el Continente, el expresidente de Uruguay, Sr. Battle, y los sindicatos obreros de Argentina, de Venezuela, de Chile, de Brasil, en fin, sería innumerable mencionar aquí todas las adhesiones que está recibiendo el pueblo y la Revolución Cubana como consecuencia de que se abre paso la verdad de Cuba. Nosotros tenemos que ir hacia delante con ese propósito de que la verdad de Cuba se abra paso, y haciendo, como decía Martí, porque Martí dio un gran consejo cuando dijo que "hay que hacer lo que en cada momento corresponde hacer". Y nosotros iremos haciendo en cada momento lo que en cada momento corresponda hacer. Ahora, vamos a movilizar a todo el pueblo para que el mundo vea cómo el pueblo cubano se une ante la agresión, se moviliza ante la agresión, protesta ante la agresión, y expone ante todo el mundo su verdad, con la presencia de todo el pueblo allí, donde con seguridad no va a caber la inmensa multitud: frente al Palacio Presidencial, donde hemos efectuado siempre todos los actos históricos de protesta ante las agresiones que en distintas ocasiones hemos recibido; para que sepa el mundo cómo el pueblo de Cuba se dispone a luchar, en defensa de su soberanía y sus derechos, cómo el pueblo de Cuba frente a cada agresión acude a las armas de la verdad, de la razón, de la movilización de la ciudadanía, y del llamado a la opinión pública de todo el mundo, y para que vean también, los que se han estado dedicando a la tarea de agredir a nuestro país, cómo todas las agresiones se van a estrellar contra la dignidad y la entereza de nuestro pueblo.

Por lo tanto, lo que corresponde ahora es la movilización del pueblo, para proteger de la agresión, para denunciar al mundo la agresión, y seguiremos por ese camino de movilizar la opinión del mundo, e iremos adoptando las medidas pertinentes para llevar esa verdad a todos los pueblos del mundo, y haciendo uso, en cada circunstancia, de nuestra razón, de nuestro derecho, de nuestra legislación y de nuestras atribuciones; de las atribuciones que le corresponden al Gobierno Revolucionario de Cuba, oportunamente, en cada momento en que proceda; y ahora lo que procede es que nosotros nos movilizemos; que nosotros hagamos llegar al mundo la verdad de la agresión continua, sistemática, injustificable, de la oligarquía que gobierna a los Estados Unidos, y esa campaña de hostigamiento y acosamiento constante y diario, para lo cual debemos estar preparados, preparados los ánimos, siempre preparados los ánimos, para ir estudiando y analizando cada agresión, todo el pueblo, todo el pueblo digno, es decir, la inmensa mayoría del pueblo, pensando al unísono actuando al unísono, analizando al unísono, y resolviendo al unísono todos los problemas que se vayan presentando: batallando al unísono.

Primera Declaración de La Habana

Declaración de La Habana.

La Habana, 2 de septiembre

Junto a la imagen y el recuerdo de José Martí, en Cuba, Territorio Libre de América, el pueblo, en uso de las facultades inalienables que dimanar del efectivo ejercicio de la soberanía expresada en el sufragio directo, universal y público, se ha constituido en Asamblea General Nacional.

En nombre propio y recogiendo el sentir de los pueblos de nuestra América, la Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba:

PRIMERO: Condena en todos sus términos la denominada Declaración de San José de Costa Rica, documento dictado por el imperialismo norteamericano y atentatorio a la autodeterminación nacional, la soberanía y la dignidad de los pueblos hermanos del Continente.

SEGUNDO: La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba, condena enérgicamente la intervención abierta y criminal que durante más de un siglo ha ejercido el imperialismo norteamericano sobre todos los pueblos de la América Latina, pueblos que más de una vez han visto invadido su suelo en México, Nicaragua, Haití, Santo Domingo o Cuba, que han perdido ante la voracidad de los imperialistas yanquis extensas y ricas zonas como Texas, centros estratégicos vitales como el Canal de Panamá, países enteros como Puerto Rico, convertido en territorio de ocupación; que han sufrido, además, el trato vejaminoso de los infantes de marina, lo mismo contra nuestras mujeres e hijas que contra los símbolos más altos de la historia patria, como la efigie de José Martí.

Esa intervención, afianzada en la superioridad militar, en tratados desiguales y en la sumisión miserable de gobernantes traidores, ha convertido a lo largo de más de cien años a nuestra América, la América que Bolívar, Hidalgo, Juárez, San Martín, O'Higgins, Sucre y Martí quisieron libre, en zona de explotación, en traspaso del imperio financiero y político yanqui, en reserva de votos para los organismos internacionales en los cuales los países latinoamericanos hemos figurado arrias del "Norte revuelto y brutal que nos desprecia".

La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba declara que la aceptación por parte de gobiernos que asumen oficialmente la representación de los países de América Latina de esa intervención continuada e históricamente irrefutable, traiciona los ideales independentistas de sus pueblos, borra su soberanía e impide la verdadera solidaridad entre nuestros países, lo que obliga a esta Asamblea a repudiarla a nombre del pueblo de Cuba y con voz que recoge la esperanza y la decisión de los pueblos latinoamericanos y el acento liberador de los próceres inmortales de nuestra América.

TERCERO: La Asamblea General Nacional del Pueblo rechaza asimismo el intento de preservar la Doctrina de Monroe, utilizada hasta ahora, como lo previera José Martí, "para extender el dominio en América" de los imperialistas voraces, para inyectar mejor el veneno también denunciado a tiempo por José Martí, "el veneno de los empréstitos, de los canales, de los ferrocarriles".

"Por ello, frente al hipócrita panamericanismo que es sólo predominio de los monopolios yanquis sobre los intereses de nuestros pueblos y manejo yanqui de gobierno prosternados ante Washington; la Asamblea del Pueblo de Cuba proclama el latinoamericanismo libertador que late en Martí y Benito Juárez. Y, al extender la amistad hacia el pueblo norteamericano —el pueblo de los negros linchados, de los intelectuales perseguidos, de los obreros forzados a aceptar la dirección de

gangsters— reafirma la voluntad de marchar “con todo el mundo y no con una parte de él.”

CUARTO: La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba declara, que la ayuda espontáneamente ofrecida por la Unión Soviética a Cuba en caso de que nuestro país fuera atacado por fuerzas militares imperialistas, no podrá ser considerada, jamás como un acto de intromisión, sino que constituye un evidente acto de solidaridad, y que esa ayuda, brindada a Cuba ante un inminente ataque del Pentágono yanqui, honra tanto al gobierno de la Unión Soviética que la ofrece, como deshonra al gobierno los Estados Unidos, sus cobardes y criminales agresiones contra Cuba.

POR TANTO: La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba declara ante la América y el mundo que acepta y agradece el apoyo de los cohetes de la Unión Soviética si su territorio fuese invadido por fuerzas militares de los Estados Unidos.

QUINTO: La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba niega categóricamente que haya existido pretensión alguna por parte de la Unión Soviética y la República Popular China de “utilizar la posición económica, política y social de Cuba, para quebrantar la unidad continental y poner en peligro la unidad del hemisferio”.

Desde el primero hasta el último disparo, desde el primero hasta el último de los 20 000 mártires que costó la lucha para derrocar la tiranía y conquistar el poder revolucionario, desde la primera hasta la última ley revolucionaria, desde el primero hasta el último acto de la Revolución, el pueblo de Cuba ha actuado por libre y absoluta determinación propia, sin que, por tanto, se pueda culpar jamás a la Unión Soviética o a la República Popular China, de la existencia de una Revolución que es la respuesta cabal de Cuba a los crímenes y las injusticias instauradas por el imperialismo en América.

Por el contrario, la Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba entiende que la política de aislamiento y hostilidad hacia la Unión Soviética y la República Popular China, preconizada por el gobierno de los Estados Unidos e impuesta por este a los gobiernos de la América Latina, y la conducta guerrillera y agresiva del gobierno norteamericano y su negativa sistemática al ingreso de la República Popular China en las Naciones Unidas, pese a representar aquella la casi totalidad de un país de más de 600 millones de habitantes, sí ponen en peligro la paz y la seguridad del hemisferio y del mundo.

POR TANTO: La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba ratifica su política de amistad con todos los pueblos del mundo, reafirma su propósito de establecer relaciones diplomáticas también con todos los países socialistas y desde este instante, en uso de su soberanía y libre voluntad, expresa al gobierno de la República Popular China, que acuerda establecer relaciones diplomáticas entre ambos países y que, por tanto, quedan rescindidas las relaciones que hasta hoy Cuba había mantenido con el régimen títere que sostiene en Formosa los barcos de la Séptima Flota yanqui.

SEXTO: La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba reafirma —y está segura de hacerlo como expresión de un criterio común a los pueblos de la América Latina— que la democracia no es compatible con la oligarquía financiera, con la existencia de la discriminación del negro y los desmanes del Ku-Klux-Klan, con la persecución que privó de sus cargos a científicos como Oppenheimer; que impidió durante años que el mundo escuchara la voz maravillosa de Paul Roberson, preso en su propio país y que llevó a la muerte, ante la protesta y es espanto del mundo entero, y pese a la apelación de gobernantes de diversos países y del Papa Pío XII, a los esposos Rosenberg.

La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba expresa la convicción cubana de que la democracia no puede consistir solo en el ejercicio de un voto electoral que casi siempre es ficticio y está manejado por latifundistas y políticos profesionales, sino en el derecho de los ciudadanos a decidir, como ahora lo hace esta Asamblea General del Pueblo de Cuba, sus propios destinos. La democracia, además, solo existirá en

América Latina cuando los pueblos sean realmente libres para escoger, cuando los humildes no estén reducidos por el hambre, la desigualdad social, el analfabetismo y los sistemas jurídicos, a la más ominosa impotencia.

Por eso la Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba:

Condena el latifundio, fuente de miseria para el campesino y sistema de producción agrícola retrógrado e inhumano; condena los salarios de hambre y la explotación inicua del trabajo humano por bastardos y privilegiados intereses; condena el analfabetismo, la ausencia de maestros, de escuelas, de médicos y de hospitales; la falta de protección a la vejez que impera en los países de América, condena la discriminación del negro y del indio; condena la desigualdad y la explotación de la mujer; condena las oligarquías militares y políticas que mantienen a nuestros pueblos en la miseria, impiden su desarrollo democrático y el pleno ejercicio de su soberanía; condena las concesiones de los recursos naturales de nuestros países a los monopolios extranjeros como política entreguista y traidora al interés de los pueblos; condena a los gobiernos que desoyen el sentimiento de sus pueblos para acatar los mandatos de Washington; condena el engaño sistemático a los pueblos por órganos de divulgación que responden al interés de las oligarquías y a la política del imperialismo opresor; condena el monopolio de las noticias por agencias yanquis, instrumentos de los trusts norteamericanos y agentes de Washington; condena las leyes represivas que impiden a los obreros, a los campesinos, a los estudiantes y los intelectuales, a las grandes mayorías de cada país, organizarse y luchar por sus reivindicaciones sociales y patrióticas; condena a los monopolios y empresas imperialistas que saquean continuamente nuestras riquezas, explotan a nuestros obreros y campesinos, desangran y mantienen en retraso nuestras economías y someten la política de la América Latina a sus designios e intereses.

La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba condena, en fin, la explotación del hombre, y la explotación de los países subdesarrollados por el capital financiero imperialista.

En consecuencia, la Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba proclama ante América:

El derecho de los campesinos a la tierra; el derecho del obrero al fruto de su trabajo; el derecho de los niños a la educación; el derecho de los enfermos a la asistencia médica y hospitalaria; el derecho de los jóvenes al trabajo; el derecho de los estudiantes a la enseñanza libre, experimental y científica; el derecho de los negros y los indios a la dignidad plena del hombre; el derecho de la mujer a la igualdad civil, social y política; el derecho del anciano a una vejez segura; el derecho de los intelectuales, artistas y científicos a luchar con sus obras, por un mundo mejor; el derecho de los estados a la nacionalización de los monopolios imperialistas, rescatando así las riquezas y recursos nacionales; el derecho de los países al comercio libre con todos los pueblos del mundo; el derecho de las naciones a su plena soberanía; el derecho de los pueblos a convertir sus fortalezas militares en escuelas, y a armar a sus obreros, a sus campesinos, a sus estudiantes, a sus intelectuales, al negro, al indio, a la mujer, al joven, al anciano, a todos los oprimidos y explotados, para que defiendan, por sí mismos, sus derechos y sus destinos.

SÉPTIMO: La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba postula: El deber de los obreros, de los campesinos, de los estudiantes, de los intelectuales, de los negros, de los indios, de los jóvenes, de las mujeres, de los ancianos, a luchar por sus reivindicaciones económicas, políticas y sociales; el deber de las naciones oprimidas y explotadas a luchar por su liberación; el deber de cada pueblo a la solidaridad con todos los pueblos oprimidos, colonizados, explotados o agredidos, sea cual fuere el lugar del mundo en que estos se encuentren y la distancia geográfica que los separe. ¡Todos los pueblos del mundo son hermanos!

OCTAVO: La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba reafirma su fe en que la América Latina marchará pronto, unida y vencedora, libre de las ataduras que convierten sus economías en riqueza enajenada al imperialismo norteamericano, y

que le impiden hacer oír su verdadera voz en las reuniones donde Cancilleres domesticados hacen de coro infamante al amo despótico. Ratifica, por ello, su decisión de trabajar por ese común destino latinoamericano, que permitirá a nuestros países edificar una solidaridad verdadera, asentada en la libre voluntad de cada uno de ellos y en las aspiraciones conjuntas de todos. En la lucha por esa América Latina liberada, frente a las voces obedientes de quienes usurpan su representación oficial, surge ahora, con potencia invencible, la voz genuina de los pueblos, voz que se abre paso desde las entrañas de sus minas de carbón y de estaño, desde sus fábricas y centrales azucareros, desde sus tierras enfeudadas, donde rotos, cholos, gauchos, jíbaros, herederos de Zapata y de Sandino, empuñan las armas de su libertad, voz que resuena en sus poetas y en sus novelistas, en sus estudiantes, en sus mujeres y en sus niños, en sus ancianos desvalidos.

A esa voz hermana, la Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba le responde:

¡Presente! Cuba no fallará.

Aquí está hoy para ratificar, ante América Latina y ante el mundo, como un compromiso histórico, su dilema irrenunciable: ¡Patria o Muerte!

NOVENO: La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba resuelve: que esta Declaración sea conocida con el nombre de "Declaración de La Habana". La Habana, 2 de septiembre de 1960.

Leída por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz en la Plaza de la Revolución "José Martí", en la fecha referida. Obra Revolucionaria No. 22, Imprenta Nacional de Cuba, La Habana. 1960, pp. 36-39.

Los hechos han demostrado que los sueños de ayer podían ser realidades

Comparecencia por la Cadena del FIEL,
para explicar leyes revolucionarias.

La Habana, 17 de octubre

[...] En veinte meses de Gobierno Revolucionario se ha cumplido el programa del Moncada,³ y en muchos aspectos superado. Nosotros teníamos una serie de ideas entonces. Esas ideas hoy son más precisas, más claras. Los problemas que entonces veíamos a distancia los vemos hoy con más claridad y con más seguridad, porque tenemos más experiencia y porque además los hechos han demostrado que los sueños de ayer podían ser realidades.

Por eso Martí dijo en una ocasión cuando lo llamaban soñador, "que el verdadero hombre práctico era aquel que no mira de qué lado se vivía mejor, sino de qué lado estaba el deber, y ese era el único hombre práctico cuyo sueño de hoy serían las leyes del futuro".

Nuestros sueños de ayer han sido las leyes de hoy, y en lo que hemos podido mejorar algunas de esas ideas, mejor todavía, como en esta misma Ley de Reforma Urbana,⁴ que salió bastante completa, y en muchos otros aspectos, las ideas se fueron desarrollando y sobre todo se fueron cumpliendo.

Obra Revolucionaria. No. 27, Imprenta Nacional de Cuba, La Habana, 1960, pp. 38-39.

Cumplir ese apotegma martiano

Conmemoración del 27 de noviembre.

Escalinata de la Universidad de La Habana

Que después digan que la Revolución es mala. ¡Es tan mala que les dejó treinta caballerías, por lo menos, a los terratenientes! Tomaría cualquier vecino de los barrios pobres tener treinta caballerías de tierra. ¡es tan mala, que les dejó seiscientos pesos de renta a los dueños de las grandes edificaciones! Tomaría cualquier familia del barrio de Las Yaguas tener seiscientos pesos de ingresos mensuales.

¡Es tan mala que no le ha quitado la casa a ninguno! Pero ellos son “tan buenos”, que muchos de ellos oyeron decir que los americanos venían, creyeron en el cuento de la infantería de Marina, y nos dejaron las treinta caballerías, nos dejaron los seiscientos pesos. Y como todavía eran “más buenos”, “más buenos” todavía de lo que nos imaginábamos, nos dejaron la casa en el Country Club. Nadie los botó, pero ¿cómo era posible que ellos fueran a vivir con seiscientos pesos? Esta era una Revolución criminal que los mataba de hambre. ¿Cómo era posible que fueran a vivir con treinta caballerías? Esta era una Revolución criminal que no les dejaba ni donde sembrar una mata de plátanos.

¿Cómo era posible? Y además, si los americanos iban a venir, si los americanos les iban a devolver sus latifundios, sus negocios, iban a elevar otra vez los alquileres, iban a convertir otra vez las escuelas en fortalezas, iban a quitarles otra vez a los guajiros la tierra, lo de antes iba a volver y ellos no tendrían problemas.

¿Para qué vivir en este país infernal, que les hacía casas a las familias pobres? Porque los pobres no iban a seguir viviendo en los bohíos y en aquellos barrios miserables, y ellos poder seguir viviendo en esas residencias que nada tendrían que envidiarles a las residencias de las ya varias veces mencionadas familias patricias de Roma.

Es posible que en muy pocos lugares del mundo hayan residencias como estas; es posible que en los propios Estados Unidos, centro del imperialismo, no hayan muchas residencias tan lujosas como estas.

Y nosotros recomendamos, como un método de instrucción revolucionaria, pasar por allí, por el Country, dar tres vueltas y pasar por las casas pobres de Mariano que están al lado como una línea divisoria; donde se termina la última residencia empieza la primera casa miserable. Y ese era el mundo que ellos querían. Y ese es el mundo por el cual suspiran, el mundo donde cuatrocientos o quinientos vivían en esos palacetes y millones y millones de familias vivían, como vivían aquí las familias, que hasta por los míseros apartamentos de dos cuartos, tenían que pagar setenta y ochenta pesos en algunos casos.

¿Para que? ¿para qué pagaban los ochenta pesos? ¿para qué el guajiro trabajara como un esclavo? ¿para qué el obrero trabajara como un esclavo? ¿para qué? Para que la Patria, que Martí había dicho que era “de todos y para el bien de todos...” Y eso lo dijo Martí, y lo dijo bien claro: que la Patria era “de todos y para el bien de todos”.

Nunca Martí ni nadie dijo que la Patria era de unos cuantos nada más, y para el mal de casi todo el país. Y a lo que ha venido la Revolución es a cumplir ese apotegma martiano de que la Patria era de todos y para el bien de todos, y además, lo ha cumplido tan generosamente, como la historia no registra casos similares.

Obra Revolucionaria No. 31, Imprenta Nacional de Cuba, La Habana, 29 de noviembre de 1960, p. 15.

1961

Luchar por la independencia de Cuba,
la soberanía, la paz y la justicia
entre los hombres

Acto homenaje por haber obtenido el Premio Lenin de la Paz. La
Habana, 19 de mayo

[...] Premio honroso es un premio a la Revolución, es un premio a nuestro pueblo, y como tal lo hemos recibido, sintiendo nosotros la misma alegría que sienten ustedes y pensando que ha sido no la victoria de un hombre o de un grupo de hombres, sino la victoria de un pueblo entero, unido, firme y heroico.

La fecha nos trae el recuerdo de aquel gran luchador por la independencia de Cuba, por la soberanía de nuestro pueblo, por la paz y la justicia entre los hombres, que cayó un día como hoy. Nuestro inmortal José Martí. Para él también y para todos los que se sacrificaron y cayeron como él para edificar la nacionalidad y la soberanía enteramente libre, la soberanía sin mancha y sin menoscabo de la Patria. Para ellos y para los que cayeron después que ellos, para todos los cubanos que sucumbieron luchando por la justicia social, que lucharon contra el imperialismo, lucharon por la soberanía y lucharon contra la explotación del hombre por el hombre para ellos también, en primer lugar, este premio por la paz.¹

Obra Revolucionaria No. 22. Imprenta Nacional de Cuba, La Habana, 1961, pp. 12-13.

El régimen colonial, no podía continuar existiendo en el país

Primera Reunión Nacional de Médicos.

La Habana, 27 de octubre

No podemos pensar que todos los hombres y todas las mujeres han de tener necesariamente la misma actitud ante la vida. Hay muchos que ante la realidad se conforman, se resignan y se adaptan. Revolucionarios somos los que ante esas realidades ni nos resignamos ni nos adaptamos, luchamos contra ellas, y tratamos de cambiarlas. Los revolucionarios somos los que sabemos comprender el momento del cambio, la necesidad del cambio social, la imperiosidad de ese cambio. Si no, si nuestros sentimientos contra esa realidad no se ajustasen al minuto en que una sociedad puede cambiar, no seríamos revolucionarios. Seríamos soñadores, seríamos utopistas.

Martí, magnífico y gran revolucionario, fue revolucionario no sólo por su inconformidad ante el régimen colonial, sino además porque sus ideas estaban en función de la realidad histórica, de la inevitabilidad de la caída de aquel régimen podrido que no podía continuar existiendo en nuestro país.

Obra revolucionaria No. 44. Imprenta Nacional de Cuba, La Habana, 1961, p. 14.

Ya se preveía el desarrollo de los Estados Unidos como potencia imperialista

Conferencia sobre el Partido Unido de la Revolución Socialista. La Habana, diciembre

Nosotros nos lanzamos a aquella lucha partiendo de una serie de supuestos, supuestos que eran reales. Es decir: el supuesto del régimen social de explotación existente en nuestro país² y la convicción de que nuestro pueblo estaba deseoso de un cambio revolucionario. Que si no lo estaba de manera muy consciente, lo estaba desde luego. Lo manifestaba en su descontento general, en el hecho de que una bandera de rebeldía inmediatamente encontraba apoyo en amplios sectores del pueblo, el espíritu rebelde del pueblo, el grado de madurez de conciencia política de nuestro pueblo, a pesar de todo el confucionismo, de toda la propaganda y de todas las mentiras del imperialismo y de la reacción.

Nosotros partimos de ese supuesto. Ese supuesto era real, y por cuanto ese supuesto era real se cumplieron las esperanzas, las posibilidades que nosotros

habíamos entrevistado. Esto enseña la primera lección: que no puede haber revolución, en primer lugar, si no hay circunstancias objetivas que en un momento histórico dado faciliten y hagan posible la revolución. Es decir, que la revolución no puede nacer de la mente de los hombres. Podemos poner un ejemplo más claro y más evidente: vamos a suponer que Martí no hubiese nacido a mediados del siglo pasado, del siglo XIX, sino a mediados del siglo XVIII; entonces Martí no hubiera desempeñado el papel, con toda su extraordinaria inteligencia, que desarrolló en la época en que vive y se desarrolla su acción revolucionaria sobre condiciones realmente objetivas para iniciar una lucha que se habría podido empezar un siglo antes.

[...] y nosotros que nos acordamos de los hombres que han muerto por esta Revolución que nos acordamos de nuestros compañeros caídos en la lucha como de todos los revolucionarios que tenían que haber recordado los que cayeron desde Guitera, desde Martínez Villena —aunque Martínez Villena prácticamente no murió asesinado, pero murió como consecuencia del desastre de aquella lucha— de Mella, de todos aquellos revolucionarios. Los que pensaron no en los revolucionarios de ahora, los que pensaron en Martí; Martí, que tuvo también una visión general.

Porque ¿cuál es el mérito de Martí, lo que nos admira de Martí? ¿Martí era marxista-leninista?

No, Martí no era marxista-leninista. Martí dijo de Marx que, puesto que se puso del lado de los pobres, tenía todas sus simpatías.

Porque la Revolución de Cuba era una Revolución nacional, libertadora, frente al poder colonial español; no era una Revolución que fuera una lucha social, era una lucha que perseguía primero la independencia nacional. Y aún en aquella época, en aquella época, Martí dijo de Marx: “puesto que se puso del lado de los pobres merece mi respeto”.

Y ¿qué otra visión tuvo Martí? Una visión también genial en el año 1895. Tuvo la visión del imperialismo norteamericano, cuando el imperialismo norteamericano todavía no había empezado a ser imperialismo. Eso se llama tener visión política de largo alcance.

Porque el imperialismo norteamericano se comienza a desarrollar vigorosamente a partir de la intervención en Cuba, en que se apodera prácticamente de la riqueza del país, se apodera de Puerto Rico, se apodera de Filipinas y se inicia la etapa imperialista del capitalismo.

Martí prevé en el año 1895 el desarrollo de los Estados Unidos como potencia imperialista. Y escribe, y alerta al pueblo contra eso, y se pronuncia contra eso. Véase si Martí era realmente un revolucionario genial que se percató del desarrollo del imperialismo en el año 1895 cuando todavía este no había empezado a manifestarse como fuerza mundial.

Obra Revolucionaria No. 46. Imprenta Nacional de Cuba, La Habana, 1961, pp. 17, 43.

1962

Segunda Declaración de La Habana

Segunda Declaración de La Habana.

La Habana, 4 de febrero

Vísperas de su muerte, en carta inconclusa porque una bala española le atravesó el corazón, el 19 de mayo de 1895, José Martí, Apóstol de nuestra independencia, escribió a su amigo Manuel Mercado: “Ya puedo escribir... ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber... de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso.

Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas, el camino que se ha de cegar y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al norte revuelto y brutal que los desprecia, les había impedido la adhesión ostensible y patente a este sacrificio, que se hizo en bien inmediato y de ellos.

Viví en el monstruo y le conozco las entrañas; y mi honda es la de David”.

Ya Martí, en 1895, señaló el peligro que se cernía sobre América y llamó al imperialismo por su nombre: imperialismo. A los pueblos de América advirtió que ellos estaban más que nadie interesados en que Cuba no sucumbiera a la codicia yanqui, despreciadora de los pueblos latinoamericanos. Y con su propia sangre, vertida por Cuba y por América, rubricó las póstumas palabras que en homenaje a su recuerdo el pueblo de Cuba suscribe hoy a la cabeza de esta Declaración.

Han transcurrido 67 años. Puerto Rico fue convertida en colonia y es todavía colonia saturada de bases militares. Cuba cayó también en las garras del imperialismo. Sus tropas ocuparon nuestro territorio. La Enmienda Platt fue impuesta a nuestra primera Constitución, como cláusula humillante que consagraba el odioso derecho de intervención extranjera. Nuestras riquezas pasaron a sus manos, nuestra historia falseada, nuestra administración y nuestra política moldeada por entero a los intereses de los interventores; la nación sometida a 60 años de asfixia política, económica y cultural.

Desde el descubrimiento de América, que lanzó a los conquistadores europeos a través de los mares a ocupar y explotar las tierras y los habitantes de otros continentes, el afán de riqueza fue el móvil fundamental de su conducta. El propio descubrimiento de América se realizó en busca de rutas más cortas hacia el Oriente, cuyas mercaderías eran altamente pagadas en Europa.

Una nueva clase social, los comerciantes y los productores de artículos manufacturados para el comercio, surge del seno de la sociedad de señores y siervos en las postrimerías de la Edad Media.

La sed de oro fue el resorte que movió los esfuerzos de esa nueva clase. El afán de ganancia fue incentivo de su conducta a través de su historia. Con el desarrollo de la industria manufacturera y el comercio fue creciendo su influencia social. Las nuevas fuerzas productivas que se desarrollaban en el seno de la sociedad feudal chocaban cada vez más con las relaciones de servidumbre propia del feudalismo, sus leyes, sus instituciones, su filosofía, su moral, su arte y su ideología política.

Nuevas ideas filosóficas y políticas, nuevos conceptos del derecho y del Estado fueron proclamados por los representantes intelectuales de la clase burguesa, los que por responder a las nuevas necesidades de la vida social, poco a poco se hicieron conciencia en las masas explotadas. Eran entonces ideas revolucionarias frente a las ideas caducas de la sociedad feudal. Los campesinos, los artesanos y los obreros de las manufacturas, encabezados por la burguesía, echaron por tierra el orden feudal, su filosofía, sus ideas, sus instituciones, sus leyes y los privilegios de la clase dominante, es decir, la nobleza hereditaria.

Entonces la burguesía, consideraba justa y necesaria la revolución. No pensaba que el orden feudal podía y debía ser eterno, como piensa ahora de su origen social capitalista. Alentaba a los campesinos a librarse de la servidumbre feudal, alentaba a los artesanos contra las relaciones gremiales y reclamaba el derecho al poder político. Los monarcas absolutos, la nobleza y el alto clero defendían tenazmente sus privilegios de clase, proclamando el derecho divino de la corona y la intangibilidad del orden social, Ser liberal, proclamar las ideas de Voltaire, Diderot o Juan Jacobo Rousseau, portavoces de la filosofía burguesa, constituía entonces para las clases dominantes un delito tan grave como es hoy para la burguesía ser socialista y proclamar las ideas de Marx, Engels y Lenin.

Cuando la burguesía conquistó el poder político y estableció sobre las ruinas de la sociedad feudal su modo capitalista de producción, sobre ese modo de producción

erigió su Estado, sus leyes, sus ideas e instituciones. Esas instituciones consagraban en primer término la esencia de su dominación de clase; la propiedad privada. La nueva sociedad basada en la propiedad privada sobre los medios de producción y en la libre competencia quedó así dividida en dos clases fundamentales: una poseedora de los medios de producción, cada vez más modernos y eficientes, la otra desprovista de toda riqueza, poseedora sólo de su fuerza de trabajo, obligada a venderla en el mercado como una mercancía más para poder subsistir.

Rotas las trabas del feudalismo, las fuerzas productivas se desarrollaron extraordinariamente. Surgieron las grandes fábricas donde se acumulaba un número cada vez mayor de obreros.

Las fábricas más modernas y técnicamente eficientes iban desplazando del mercado a los competidores menos eficaces. El costo de los equipos industriales se hacía cada vez mayor; era necesario acumular cada vez sumas superiores de capital. Una parte importante de la producción se fue acumulando en número menor de manos. Surgieron así las grandes empresas capitalistas y más adelante las asociaciones de grandes empresas a través de carteles, sindicatos, trusts y consorcios, según el grado y el carácter de la asociación, controlados por los poseedores de la mayoría de las acciones, es decir, por los más poderosos caballeros de la industria. La libre competencia, característica del capitalismo en su primera fase dio paso a los monopolios que concertaban acuerdos entre sí y controlaban los mercados.

¿De dónde salieron las colosales sumas de recursos que permitieron a un puñado de monopolistas acumular miles de millones de dólares? Sencillamente, de la explotación del trabajo humano. Millones de hombres obligados a trabajar por un salario de subsistencia produjeron con su esfuerzo los gigantescos capitales de los monopolios. Los trabajadores acumularon las fortunas de las clases privilegiadas, cada vez más ricas, cada vez más poderosas. A través de las instituciones bancarias llegaron a disponer estas no sólo de su propio dinero, sino también del dinero de toda la sociedad. Así se produjo la fusión de los bancos con la gran industria y nació el capital financiero. ¿Qué hacer entonces con los grandes excedentes de capital que en cantidades mayores se iba acumulando? Invadir con ellos el mundo. Siempre en posesión de la ganancia, comenzaron a apoderarse de las riquezas naturales de todos los países económicamente débiles y a explotar el trabajo humano de sus pobladores con salarios mucho más míseros que los que se veían obligados a pagar a los obreros de la propia Metrópoli. Se inició así el reparto territorial y económico del mundo. En 1914, ocho o diez países imperialistas habían sometido a su dominio económico y político fuera de sus fronteras a territorios cuya extensión ascendía a 83 700 000 kilómetros cuadrados, con una población de 970 millones de habitantes. Sencillamente se habían repartido el mundo.

Pero como el mundo era limitado en extensión, repartido ya hasta el último rincón del globo, vino el choque entre los distintos países monopolistas y surgieron las pugnas por nuevos repartos originadas en la distribución no proporcional al poder industrial y económico que los distintos países monopolistas en desarrollo desigual habían alcanzado. Estallaron las guerras imperialistas que costarían a la humanidad 50 millones de muertos, decenas de millones de inválidos e incalculables riquezas materiales y culturales destruidas. Aún no había sucedido esto cuando ya Marx escribió que “el capital recién nacido rezumaba sangre y fango por todos los poros desde los pies a la cabeza”.

El sistema capitalista de producción, una vez que hubo dado de sí todo lo que era capaz, se convirtió en un abismal obstáculo al progreso de la humanidad. Pero la burguesía desde su origen llevaba en sí misma su contrario. En su seno se desarrollaron gigantescos instrumentos productivos, pero a su vez se desarrolló una nueva y vigorosa fuerza social: el proletariado, llamado a cambiar el sistema social ya viejo y caduco del capitalismo por una forma económico-social superior y acorde con las posibilidades históricas de la sociedad humana, convirtiendo en propiedad de toda la sociedad esos gigantescos medios de producción que los pueblos y nada más que

los pueblos con su trabajo habían creado y acumulado. A tal grado de desarrollo de las fuerzas productivas, resultaba absolutamente caduco y anacrónico un régimen que postulaba la posesión privada y con ello la subordinación de la economía de millones y millones de seres humanos a los dictados de una exigua minoría social.

Los intereses de la humanidad reclamaban el cese de la anarquía en la producción, el derroche, las crisis económicas y las guerras de rapiña propias del sistema capitalista. Las crecientes necesidades del género humano y la posibilidad de satisfacerlas, exigían el desarrollo planificado de la economía y la utilización racional de sus medios de producción y recursos naturales.

Era inevitable que el imperialismo y el colonialismo entraran en profunda e insalvable crisis. La crisis general se inició a raíz de la Primera Guerra Mundial con la revolución de los obreros y campesinos, que derrocó al imperio zarista de Rusia e implantó, en difícilísimas condiciones de cerco y agresión capitalista, el primer Estado socialista del mundo, iniciando una nueva era en la historia de la humanidad. Desde entonces hasta nuestros días, la crisis y la descomposición del sistema imperialista se han acentuado incesantemente.

La Segunda Guerra Mundial desatada por las potencias imperialistas, y que arrastró a la Unión Soviética y a otros pueblos de Europa y de Asia, criminalmente invadidos, a una sangrienta lucha de liberación, culminó en la derrota del fascismo, la formación del campo mundial del socialismo, y la lucha por su soberanía de los pueblos coloniales y dependientes. Entre 1945 y 1957 más de 1 200 millones de seres humanos conquistaron su independencia en Asia y en África. La sangre vertida por los pueblos no fue en vano.

El movimiento de los pueblos dependientes y colonizados es un fenómeno de carácter universal que agita al mundo y marca la crisis final del imperialismo.

Cuba y América Latina forman parte del mundo. Nuestros problemas forman parte de los problemas que se engendran de la crisis general del imperialismo y la lucha de los pueblos subyugados: el choque entre el mundo que nace y el mundo que muere. La odiosa y brutal campaña desatada contra nuestra patria expresa el esfuerzo desesperado de los pueblos. Cuba duele de manera especial a los imperialistas. ¿Qué es lo que se esconde tras el odio yanqui a la Revolución Cubana? ¿Qué explica racionalmente la conjura que reúne en el mismo propósito agresivo a la potencia imperialista más rica y poderosa del mundo contemporáneo y a las oligarquías de todo un continente, que juntos suponen representar una población de 350 millones de seres humanos, contra un pequeño pueblo de solo siete millones de habitantes, económicamente subdesarrollado, sin recursos financieros ni militares para amenazar ni la seguridad ni la economía de ningún país?

Los une y los concita el miedo. Lo explica el miedo. No el miedo a la Revolución Cubana, el miedo a la revolución latinoamericana. No el miedo a los obreros, campesinos, estudiantes, intelectuales y sectores progresistas de las capas medias que han tomado revolucionariamente el poder en Cuba, sino el miedo a que los obreros, campesinos, estudiantes, intelectuales y sectores progresistas de las capas medias tomen revolucionariamente el poder en los pueblos oprimidos, hambrientos y explotados por los monopolios yanquis y la oligarquía reaccionaria de América; el miedo a que los pueblos saqueados del Continente arrebaten las armas a sus opresores y se declaren, como Cuba, pueblos libres de América.

Aplastando la Revolución Cubana creen disipar el miedo que los atormenta, el fantasma de la revolución que los amenaza. Liquidando a la Revolución Cubana, creen liquidar el espíritu revolucionario de los pueblos. Pretenden en su delirio que Cuba es exportadora de revoluciones. En sus mentes de negociantes y usureros insomnes cabe la idea de que las revoluciones se pueden comprar o vender, alquilar o prestar, exportar o importar como una mercancía más. Ignorantes de las leyes objetivas que rigen el desarrollo de las sociedades humanas, creen que sus regímenes monopolistas capitalistas y semif feudales son eternos. Educados en su propia ideología reaccionaria, mezcla de superstición, ignorancia, subjetivismo, pragmatismo,

y otras, aberraciones del pensamiento, tienen una imagen del mundo y de la marcha de la historia acomodada a sus intereses de clases explotadoras. Suponen que las revoluciones nacen o mueren en el cerebro de los individuos o por efectos de las leyes divinas y que además los dioses están de su parte. Siempre han creído lo mismo, desde los devotos paganos patricios en la Roma esclavista, que lanzaban a los cristianos primitivos a los leones del circo y los inquisidores en la Edad Media que, como guardianes del feudalismo y la monarquía absoluta, inmolaban en la hoguera a los primeros representantes del pensamiento liberal de la naciente burguesía, hasta los obispos de hoy, en defensa del régimen burgués y monopolista, anatematizan las revoluciones proletarias. Todas las clases reaccionarias en todas las épocas históricas, cuando el antagonismo entre explotadores y explotados llega a su máxima tensión presagiando el advenimiento de un nuevo régimen social, han acudido a las peores armas de la represión y la calumnia contra sus adversarios. Acusados de incendiar a Roma y de sacrificar niños en sus altares, los cristianos primitivos fueron llevados al martirio. Acusados de herejes fueron llevados por los inquisidores a la hoguera filósofos como Giordano Bruno, reformadores como Hus y miles de inconformes más con el orden feudal. Sobre los luchadores proletarios se ensaña hoy la persecución y el crimen precedidos de las peores calumnias en la prensa monopolista y burguesa. Siempre en cada época histórica, las clases dominantes han asesinado invocando su sociedad de minorías privilegiadas, sobre mayorías explotadas, la defensa de la sociedad, del orden, de la patria: "su orden clasista" que mantienen a sangre y fuego sobre los desposeídos, "la patria" que disfrutaban ellos solos, privando de ese disfrute al resto del pueblo, para reprimir a los revolucionarios que aspiran a una sociedad nueva, un orden justo, una patria verdadera para todos.

Pero el desarrollo de la historia, la marcha ascendente de la humanidad no se detiene ni puede detenerse. Las fuerzas que impulsan a los pueblos, que son los verdaderos constructores de la historia, determinadas por las condiciones materiales de su existencia y la aspiración a metas superiores de bienestar y libertad, que surgen cuando el progreso del hombre en el campo de la ciencia, de la técnica y de la cultura lo hacen posible, son superiores a la voluntad y al terror que desatan las oligarquías dominantes.

Las condiciones subjetivas de cada país, es decir, el factor conciencia, organización, dirección, puede acelerar o retrasar la revolución según su mayor o menor grado de desarrollo, pero tarde o temprano en cada época histórica, cuando las condiciones objetivas maduran, la conciencia se adquiere, la organización se logra, la dirección surge y la revolución se produce.

Que esta tenga lugar por cauces pacíficos o nazca al mundo después de un parto doloroso, no depende de los revolucionarios, depende de las fuerzas reaccionarias de la vieja sociedad, que se resisten a dejar nacer la sociedad nueva, que es engendrada por las contradicciones que lleva en su seno la vieja sociedad. La revolución es en la historia como el médico que asiste al nacimiento de una nueva vida. No usa sin necesidad los aparatos de fuerza, pero lo usa sin vacilaciones cada vez que sea necesario para ayudar al parto. Parto que trae a las masas esclavizadas y explotadas la esperanza de una vida mejor.

En muchos países de América Latina la revolución es hoy inevitable. Ese hecho no lo determina la voluntad de nadie. Está determinado por las espantosas condiciones de explotación en que vive el hombre americano, el desarrollo de la conciencia revolucionaria de las masas, la crisis mundial del imperialismo y el movimiento universal de lucha de los pueblos subyugados.

La inquietud que hoy se registra es síntoma inequívoco de rebelión. Se agitan las entrañas de un continente que ha sido testigo de cuatro siglos de explotación esclava, semiesclava y feudal del hombre desde sus moradores aborígenes y los esclavos traídos de África, hasta los núcleos nacionales que surgieron después: blancos, negros, mulatos, mestizos e indios que hoy hermanan el desprecio, la humillación y el yugo yanqui, como hermana la esperanza de un mañana mejor.

Los pueblos de América se liberaron del coloniaje español a principios del siglo pasado, pero no se liberaron de la explotación. Los terratenientes feudales asumieron la autoridad de los gobernantes españoles, los indios continuaron en penosa servidumbre, el hombre latinoamericano en una u otra forma siguió esclavo, y las mínimas esperanzas de los pueblos sucumbieron bajo el poder de las oligarquías y la coyunda del capital extranjero. Esta ha sido la verdad de América, con uno u otro matiz, con alguna que otra variante. Hoy América Latina yace bajo un imperialismo más feroz, mucho más poderoso y más despiadado que el imperio colonial español.

Y ante la realidad objetiva e históricamente inexorable de la revolución latinoamericana, ¿cuál es la actitud del imperialismo yanqui? Disponer a librar una guerra colonial con los pueblos de América Latina; crear su aparato de fuerza, los pretextos políticos y los instrumentos seudolegales suscritos con los representantes de las oligarquías reaccionarias para reprimir a sangre y fuego la lucha de los pueblos latinoamericanos. La intervención del gobierno de los Estados Unidos en la política interna de los países de América Latina ha ido siendo cada vez más abierta y desenfrenada.

La Junta Interamericana de Defensa por ejemplo, ha sido y es el nido donde se incuban los oficiales más reaccionarios y proyanquis de los ejércitos latinoamericanos, utilizados después como instrumentos golpistas al servicio de los monopolios.

Las misiones militares norteamericanas en América Latina constituyen un aparato de espionaje permanente en cada nación, vinculado estrechamente a la Agencia Central de Inteligencia, inculcando a los oficiales los sentimientos más reaccionarios y tratando de convertir los ejércitos en instrumentos de sus intereses políticos y económicos.

Actualmente, en la zona del Canal de Panamá, el alto mando norteamericano ha organizado cursos especiales de entrenamiento para oficiales latinoamericanos de lucha contra guerrillas revolucionarias, dirigidos a reprimir la acción armada de las masas campesinas contra la explotación feudal a que están sometidas.

En los propios Estados Unidos la Agencia Central de Inteligencia ha organizado escuelas especiales para entrenar agentes latinoamericanos en las más sutiles formas de asesinato; y es política acordada por los servicios militares yanquis la liquidación física de los dirigentes antimperialistas.

Es notorio que las embajadas yanquis en distintos países de América Latina están organizando, instruyendo y equipando bandas fascistas para sembrar el terror y agredir las organizaciones obreras, estudiantiles e intelectuales. Esas bandas, donde reclutan a los hijos de la oligarquía, a lumpen y gente de la peor calaña moral, han perpetrado ya una serie de actos agresivos contra los movimientos de masas.

Nada más evidente e inequívoco de los propósitos del imperialismo que su conducta en los recientes sucesos de Santo Domingo. Sin ningún tipo de justificación, sin mediar siquiera relaciones diplomáticas con esa República, los Estados Unidos, después de situar sus barcos de guerra frente a la capital dominicana, declararon con su habitual insolencia, que si el gobierno de Balaguer solicitaba ayuda militar, desembarcarían sus tropas en Santo Domingo contra la insurgencia del pueblo dominicano. Que el poder de Balaguer fuera absolutamente espurio, que cada pueblo soberano de América deba tener derecho a resolver sus problemas internos sin intervención extranjera, que existan normas internacionales y una opinión mundial, que incluso existiera una OEA, no contaban para nada en las consideraciones de los Estados Unidos. Lo que sí contaban eran sus designios de impedir la revolución dominicana, la reimplantación de los odiosos desembarcos de su infantería de marina, sin más base ni requisito para fundamentar ese nuevo concepto filibustero del derecho, que la simple solicitud de un gobernante tiránico, ilegítimo, y en crisis. Lo que esto significa no debe escapar a los pueblos. En América Latina hay sobrados gobernantes de ese tipo, dispuestos a utilizar las tropas yanquis contra sus respectivos pueblos cuando se vean en crisis.

Esta política declarada del imperialismo norteamericano de enviar soldados a combatir el movimiento revolucionario en cualquier país de América Latina, es decir, a matar obreros, estudiantes, campesinos, a hombres y mujeres latinoamericanos, no tiene otro objetivo que el de seguir manteniendo sus intereses monopolistas y los privilegios de la oligarquía traidora que los apoya.

Ahora se puede ver eso con toda claridad que los pactos militares suscritos por el gobierno de Estados Unidos con gobiernos latinoamericanos, pactos secretos muchas veces y siempre a espaldas de los pueblos, invocando hipotéticos peligros exteriores que nadie vio nunca por ninguna parte, tenían el único y exclusivo objetivo de prevenir la lucha de los pueblos; eran pactos contra los pueblos, contra el único peligro, el peligro interior del movimiento de liberación que pusiera en riesgo los intereses yanquis. No sin razón los pueblos se preguntaban: ¿Por qué tantos convenios militares? ¿Para qué los envíos de armas que si técnicamente son inadecuadas para una guerra moderna, son en cambio eficaces para aplastar huelgas, reprimir manifestaciones populares y ensangrentar el país? ¿Para qué las misiones militares, el Pacto de Río de Janeiro y las mil y una conferencias internacionales?

Desde que culminó la Segunda Guerra Mundial las naciones de América Latina se han depauperado cada vez más, sus exportaciones tienen cada vez menor valor, sus importaciones precios más altos, el ingreso per cápita disminuye, los pavorosos porcentajes de mortandad infantil no decrecen, el número de analfabetos es superior, los pueblos carecen de trabajo, de tierras, de viviendas adecuadas, de escuelas, de hospitales, de vías de comunicación y de medios de vida. En cambio las inversiones norteamericanas sobrepasan, los 10 000 millones de dólares. América Latina es además abas-tecedora de materias primas baratas y compradora de artículos elaborados caros. Como los primeros conquistadores españoles, que cambiaban a los indios, espejos y baratijas por oro y plata, así comercian con América Latina los Estados Unidos. Conservar ese torrente de riqueza, apoderarse cada vez más de los recursos de América y explotar a sus pueblos sufridos: he ahí lo que se ocultaba tras los pactos militares, las misiones castrenses y los cabildos diplomáticos de Washington.

Esta política de paulatino estrangulamiento de la soberanía de las naciones latinoamericanas y de manos libres para intervenir en sus asuntos internos, tuvo su punto culminante en la última reunión de cancilleres.

En Punta del Este el imperialismo yanqui reunió a los cancilleres para arrancarles, mediante presión política y chantaje económico sin precedentes, con la complicidad de un grupo de los más desprestigiados gobernantes de este Continente, la renuncia a la soberanía nacional de nuestros pueblos y la consagración del odiado derecho de intervención yanqui en los asuntos internos de América; el sometimiento de los pueblos a la voluntad omnímoda de Estados Unidos de Norteamérica, contra la cual lucharon todos los próceres, desde Bolívar hasta Sandino.

Y no se ocultaron ni el gobierno de Estados Unidos ni los representantes de las oligarquías explotadoras ni la gran prensa reaccionaria vendida a los monopolios y a los señores feudales, para demandar abiertamente acuerdos que equivalen a la supresión formal del derecho de autodeterminación de nuestros pueblos; borrarlo de un plumazo en la conjura más infame que recuerda la historias de este Continente.

A puertas cerradas entre conciliábulos repugnantes, donde el ministro yanqui de colonias dedicó días enteros a vencer la resistencia y los escrúpulos de algunos cancilleres poniendo en juego los millones de la Tesorería yanqui en una disimulada compraventa de votos, un puñado de representantes de las oligarquías de países que, en conjunto, apenas suman un tercio de la población del Continente, impuso acuerdos que sirven en bandeja de plata al amo yanqui la cabeza de un principio que costó toda la sangre de nuestros pueblos desde las guerras de independencia. El carácter pírrico de tan tristes y fraudulentos logros del imperialismo, su fracaso moral, la unanimidad rota y el escándalo universal, no disminuyen la gravedad que entraña para los pueblos de América Latina los acuerdos que impusieron a ese precio. En aquel

cónclave inmoral la voz titánica de Cuba se elevó sin debilidad ni miedo para acusar ante todos los pueblos de América y del mundo, el monstruoso atentado y defender virilmente y con dignidad que constará en los anales de la historia, no sólo el derecho de Cuba, sino el derecho, desamparado de todas las naciones hermanas del continente americano.

La palabra de Cuba no podía tener eco en aquella mayoría amaestrada, pero tampoco podía tener respuesta; sólo cabía el silencio impotente ante sus demoleedores argumentos, la diafanidad y valentía de sus palabras. Pero Cuba no habló para los cancilleres, Cuba habló para los pueblos y para la historia, donde sus palabras tendrán eco y respuesta.

En Punta del Este se libró una gran batalla ideológica entre la Revolución Cubana y el imperialismo yanqui. ¿Qué representaban allí, por quién habló cada uno de ellos? Cuba representó los pueblos; los Estados Unidos representó los monopolios. Cuba habló por las masas explotadas de América; Estados Unidos por los intereses oligárquicos explotadores e imperialistas. Cuba por la soberanía; Estados Unidos por la intervención; Cuba por la nacionalización del capital foráneo. Cuba por la cultura; Estados Unidos por la ignorancia. Cuba por la Reforma Agraria; Estados Unidos por el latifundio. Cuba por la industrialización de América; Estados Unidos por el subdesarrollo. Cuba por el trabajo creador; Estados Unidos por el sabotaje y el terror contrarrevolucionario que practican sus agentes, la destrucción de cañaverales y fábricas, los bombardeos de sus aviones piratas contra el trabajo de un pueblo pacífico. Cuba por los alfabetizadores asesinados; Estados Unidos por los asesinos. Cuba por el pan; Estados Unidos por el hambre. Cuba por la dignidad; Estados Unidos por el privilegio y la discriminación. Cuba por la verdad; Estados Unidos por la mentira. Cuba por la liberación; Estados Unidos por la opresión. Cuba por el porvenir luminoso de la humanidad; Estados Unidos por el pasado sin esperanza. Cuba por los héroes que cayeron en Girón para salvar la Patria del dominio extranjero; Estados Unidos por los mercenarios y traidores que sirven al extranjero contra su Patria. Cuba por la paz entre los pueblos; Estados Unidos por la agresión y la guerra. Cuba por el socialismo; Estados Unidos por el capitalismo.

Los acuerdos obtenidos por Estados Unidos con métodos tan bochornosos que el mundo entero critica, no restan sino que acrecentan la moral y la razón de Cuba, demuestran el entreguismo y la traición de las oligarquías a los intereses nacionales y enseña a los pueblos el camino de la liberación. Revela la podredumbre de las clases explotadoras en cuyo nombre hablaron sus representantes en Punta del Este. La OEA quedó desenmascarada como lo que es: un ministerio de colonias yanquis, una alianza militar, un aparato de represión, contra el movimiento de liberación de los pueblos latinoamericanos.

Cuba ha vivido tres años de Revolución bajo incesantes hostigamiento de intervención yanqui en nuestros asuntos internos. Aviones piratas procedentes de Estados Unidos lanzando materias inflamables han quemado millones de arrobas de caña; actos de sabotaje internacional perpetrados por agentes yanquis, como la explosión del vapor La Coubre, ha costado decenas de vidas cubanas; miles de armas norteamericanas de todos tipos han sido lanzadas en paracaídas por los servicios militares de Estados Unidos sobre nuestro territorio para promover la subversión; cientos de toneladas de materiales explosivos y máquinas infernales han sido desembarcados subrepticamente en nuestras costas por lanchas norteamericanas para promover el sabotaje y el terrorismo; un obrero cubano fue torturado en la Base Naval de Guan-tánamo y privado de la vida sin proceso previo ni explicación posterior alguna; nuestra cuota azucarera fue suprimida abruptamente y proclamado el embargo de piezas y materias primas para fábricas y maquinarias de construcción norteamericana para arruinar nuestra economía; barcos artillados y aviones de bombardeo procedentes de bases preparadas por el gobierno de Estados Unidos han atacado sorpresivamente puestos e instalaciones de América Central por el propio gobierno, han invadido en son de guerra nuestro territorio, escoltados por barcos de la

flota yanqui, y con apoyo desde bases exteriores, provocando la pérdida de numerosas vidas y la destrucción de bienes materiales; contrarrevolucionarios cubanos son instruidos en el ejército de Estados Unidos y nuevos planes de agresión se realizan contra Cuba. Todo eso ha estado ocurriendo durante tres años, incesantemente, a la vista de todo el Continente, y la OEA no se entera. Los cancilleres se reúnen en Punta del Este y no amonestan siquiera al gobierno de Estados Unidos ni a los gobiernos que son cómplices materiales de esas agresiones. Expulsan a Cuba, el país latinoamericano víctima, el país agredido.

Estados Unidos tiene pactos militares con países de todos los continentes; bloques militares con cuanto gobierno fascista, militarista y reaccionario haya en el mundo, la OTAN, la SEATO y la CENTO, a las cuales hay que agregar ahora la OEA; interviene en Laos, en Viet Nam, en Corea, en Formosa, en Berlín; envía abiertamente barcos a Santo Domingo para imponer su ley, su voluntad y anuncia su propósito de usar sus aliados de la OTAN para bloquear el comercio con Cuba; y la OEA no se entera... Se reúnen los candidatos y expulsan a Cuba, que no tiene pactos militares con ningún país. Así el gobierno que organiza la subversión en todo el mundo y forja alianzas militares en cuatro continentes, hace expulsar a Cuba, acusándola nada menos que de subversión y de vinculaciones extracontinentales.

Cuba, el país latinoamericano que ha convertido en dueños de las tierras a más de 100 000 pequeños agricultores, asegurado empleo todo el año en granjas y cooperativas a todos los obreros agrícolas, transformado los cuarteles en escuelas, concedido 60 000 becas a estudiantes universitarios, secundarios y tecnológicos, creado aulas para la totalidad de la población infantil, liquidado totalmente el analfabetismo, cuadruplicado los servicios médicos, nacionalizado las empresas monopolistas, suprimido el abusivo sistema que convertía la vivienda en un medio de explotación para el pueblo por motivo de raza o sexo, barrido el juego, el vicio y la corrupción administrativa, armado el pueblo, hecho realidad viva el disfrute de los derechos humanos al librar al hombre y a la mujer de la explotación, la incultura y la desigualdad social, que se ha liberado de todo tutelaje extranjero, adquirido plena soberanía y establecido las bases para el desarrollo de su economía a fin de no ser más país monoprodutor y explotador de materias primas, es expulsada de la Organización de Estados Americanos por gobiernos que no han logrado para sus pueblos ni una sola de estas reivindicaciones. ¿Cómo podrán justificar su conducta ante los pueblos de América y del mundo? ¿Cómo podrán negar que en su concepto la política de tierra, de pan, de trabajo, de salud, de libertad, de igualdad y de cultura, de desarrollo acelerado de la economía, de dignidad nacional, de plena autodeterminación y soberanía, es incompatible con el hemisferio?

Los pueblos piensan muy distinto, los pueblos piensan que lo único compatible con el destino de América Latina es la miseria, la explotación feudal, el analfabetismo, los salarios de hambre, el desempleo, la política de represión contra las masas obreras, campesinas y estudiantiles, la discriminación de la mujer, del negro, del indio, del mestizo, la opresión de las oligarquías, el saqueo de sus riquezas por los monopolios yanquis, la asfixia moral de sus intelectuales y artistas, la ruina de sus pequeños productores por la competencias extranjera, el subdesarrollo económico, los pueblos sin caminos, sin hospitales, sin viviendas, sin escuelas, sin industrias, el sometimiento al imperialismo, la renuncia a la soberanía nacional y traición a la Patria.

¿Cómo podrán hacer entender su conducta, la actitud condenatoria para con Cuba, los imperialistas; con qué palabras les van a hablar y con qué sentimiento, a quienes han ignorado, aunque sí explotado, por tan largo tiempo?

Quienes estudian los problemas de América, suelen preguntar qué país, quiénes, han sofocado con corrección la situación de los indigentes, de los pobres, de los indios, de los negros, de la infancia desvalida, esa inmensa infancia de 30 millones en 1950 (que será de 50 millones dentro de 8 años más), sí ¿quiénes, qué país?

Treinta y dos millones de indios, vertebran tanto como la misma Cordillera de los Andes —el continente americano entero—. Claro que para quienes lo han considerado

casi como una cosa, más que como una persona, esa humanidad no cuenta, no contaba y creían que nunca contaría. Como suponía no obstante, una fuerza ciega de trabajo, debía ser utilizada, como se utiliza una yunta de bueyes o un tractor.

¿Cómo podrá creerse en ningún beneficio, en ninguna Alianza para el Progreso, con el imperialismo, bajo qué juramento, si bajo su santa protección, sus matanzas, sus persecuciones aún viven los indígenas del sur del Continente, como los de la Patagonia, en toldos, como vivían sus antepasados a la venida de los descubridores, casi 500 años atrás? ¿En dónde los que fueron grandes razas que poblaron el norte argentino, Paraguay y Bolivia, como los guaraníes, que han sido diezmados ferozmente, como quien caza animales y a quienes se les ha enterrado en los interiores de las selvas? ¿En dónde esa reserva autóctona, que pudo servir de base a una gran civilización americana —y cuya extinción se la apresura por instantes— y a la que se la ha empujado América adentro a través de los esteros paraguayos y altiplanos bolivianos, tristes, rudimentarios, razas melancólicas, embrutecidas por el alcohol y los narcóticos, a los que se acogen para por lo menos sobrevivir en las infrahumanas condiciones (no sólo de alimentación) en que viven? ¿En dónde una cadena de manos se estira —casi inútilmente, todavía se viene estirando por siglos inútilmente—, por sobre los lomos de la cordillera, sus faldas, a lo largo de los grandes ríos y por entre las sombras de los bosques para unir sus miserias con los demás que perecen lentamente, las tribus brasileñas y las del norte del Continente y sus costas, hasta alcanzar a los 100 000 motilones de Venezuela, en el más increíble atraso y salvajismo confinados en las selvas amazónicas o las Sierras de Perijá, a los solitarios vapichanas que en las tierras calientes de las Guayanas esperan sus final, ya casi perdidos definitivamente para la suerte de los humanos? Sí, a todos estos 32 millones de indios que se extienden desde la frontera con los Estados Unidos hasta los confines del Hemisferio Sur y 45 millones de mestizos, que en gran parte poco difieren de los indios, a todos estos indígenas, a ese formidable caudal de trabajo, de derechos pisoteados, sí, ¿qué les puede ofrecer el imperialismo? ¿Cómo podrán creer estos ignorados en ningún beneficio que venga de tan sangrientas manos? Tribus enteras que aún viven desnudas, otras que se las suponen antropófagas; otras que en el primer contacto con la civilización conquistadora mueren como insectos; otras que se las destierra, es decir, se las echa de sus tierras, se las empuja hasta volcarlas en los bosques o en las montañas o en las profundidades de los llanos en donde no llega ni el menor átomo de la cultura, de luz, de pan, ni de nada.

¿En qué “alianza” —como no sea una para su más rápida muerte— van a crear estas razas indígenas apaleadas por siglos, muertas a tiros para ocupar sus tierras, muertas a palos por miles por no trabajar más rápido en sus servicios de explotación por el imperialismo?

¿Y al negro? ¿Qué “alianza” les puede brindar el sistema de los linchamientos y la preterición brutal del negro de los Estados Unidos a los 15 millones de negros y 14 millones de mulatos latinoamericanos que saben con horror y cólera que sus hermanos del norte no pueden montar en los mismos vehículos que sus compatriotas blancos, ni asistir a las mismas escuelas, ni siquiera morir en los mismos hospitales?.

¿Cómo han de creer en este imperialismo, en sus beneficios, en sus “alianzas” (que no sean para lincharlos o explotarlos como esclavos) estos núcleos étnicos preteridos?

Esas masas, que no han podido gozar ni medianamente de ningún beneficio cultural, social o profesional, que aún en donde son mayoría, o forman millones, son maltratados por los imperialistas disfrazados de Ku-Klux-Klan; son arrojados a las barriadas más insalubres, a las casas colectivas menos confortables, hechas para ellos; empujados a los oficios más innobles, a los trabajos más duros y a las profesiones menos lucrativas, que no supongan contacto con las universidades, las altas academias o escuelas particulares.

¿Qué alianza para el Progreso puede servir de estímulo a esos 107 millones de hombres y mujeres de nuestra América, médula del trabajo en ciudades y campos, cuya piel oscura —negra, mestiza, mulata, india— inspira desprecio a los nuevos

colonizadores? ¿Cómo van a confiar en la supuesta Alianza los que en Panamá han visto con mal contenida impotencia que hay un salario para el yanqui y otro salario para el panameño que ellos consideran raza inferior?

¿Qué pueden esperar los obreros con sus jornales de hambre, los trabajos más duros, las condiciones más miserables, la desnutrición, las enfermedades y todos los males que incuba la miseria?

¿Qué les puede decir, qué palabras, qué beneficios podrán ofrecerles los imperialistas a los mineros del cobre, del estaño, del hierro, del carbón, que dejan sus pulmones a beneficio de dueños lejanos e inclementes; a los padres e hijos de los maderales, de los cauchales, de los yerbazales, de las plantaciones fruteras, de los ingenios de café y azúcar, de los peones en las pampas y en los llanos que producen las riquezas que crean los valores que ayudan a parir un nuevo mundo en todas partes, qué pueden esperar del imperialismo, esa boca insaciable, esa mano insaciable, sin otro horizonte inmediato que la miseria, el desamparo más absoluto, la muerte fría y sin historia al fin?

¿Qué puede esperar esta clase, que ha cambiado el curso de la historia en otras partes del mundo, que ha revolucionado el mundo, que es vanguardia de todos los humildes y explotados, qué puede esperar del imperialismo, su más irreconciliable enemigo?

¿Qué puede ofrecer el imperialismo, qué clase de beneficio, qué suerte de vida mejor y más justa, qué motivo, qué aliciente, qué interés para superarse, para lograr trascender sus sencillos y primarios escalones, a maestros, a profesores, a profesionales, a intelectuales, a los poetas y a los artistas, a los que cuidan celosamente las generaciones de niños y jóvenes para que el imperialismo se cebe luego en ellos; a quienes viven con sueldos humillantes en la mayoría de los países; a los que sufren las limitaciones de su expresión política y social en casi todas partes; que no propasan, en sus posibilidades económicas, más que la simple línea de sus precarios recursos y compensaciones, enterrados en una vida gris y sin horizontes que acaba en una jubilación que entonces ya no cubre ni la mitad de los gastos? ¿Qué “beneficios” o “alianzas” podrá ofrecerles el imperialismo que no sea la que redunden en su total provecho? Si les crea fuentes de ayuda a sus profesiones, a sus artes, a sus publicaciones, es siempre en el bien entendido de que sus producciones deberán reflejar sus intereses, sus objetivos, sus “nadas”. Las novelas que traten de reflejar la realidad del mudo de sus avasallamiento, por su injerencia en la vida, en la mente, en las vísceras de sus países y pueblos; las artes combativas que pretenden apresar en sus expresiones las formas y contenido de su agresión y constante presión sobre todo lo que vive y alienta progresivamente todo lo que es revolucionario; lo que enseña; lo que trata de guiar, lleno de luz y de conciencia, de claridad y de belleza, a los hombres y a los pueblos a mejores destinos, hacia más altas cumbres del pensamiento, de la vida y de la justicia, encuentra la reprobación más encarnizada del imperialismo; encuentra la valla, la condena, la persecución maccarthista. Sus prensas se les cierran; su nombre es borrado de las columnas y se le aplica la losa del silencio, más atroz que es, entonces —una contradicción más del imperialismo—, cuando el escritor, el poeta, el pintor, el escultor, el creador en cualquier material, el científico, empieza a vivir de verdad, a vivir en la lengua del pueblo, en el corazón de millones de hombres del mundo. El imperialismo todo lo trastrueca, lo deforma, lo canaliza por sus vertientes para su provecho, hacia la multiplicación de su dólar; comprando palabras o cuadros, o mudez, o transformando en silencio la expresión de los revolucionarios, de los hombres progresistas, de los que luchan por el pueblo y sus problemas.

No podíamos olvidar en este triste cuadro la infancia desvalida, desatendida; la infancia sin porvenir de América.

América, que es un continente de natalidad elevada, tiene también una mortalidad elevada. La mortalidad de niños de menos de un año, en once países ascendía hace pocos años a 125 por mil, y en otros, 17 a 90 niños. En 102 países del mundo, en cambio, esa tasa alcanza a 51. En América, pues, se mueren tristemente,

desatendidamente, 74 niños en cada mil, en el primer año de su nacimiento. Hay países latinoamericanos en los que esa tasa alcanza, en algunos lugares, a 300 por mil y miles de niños hasta los siete años mueren en América de enfermedades increíbles: diarreas, pulmonías; desnutrición, hambre; miles y miles, de otras enfermedades sin atención en los hospitales, sin medicinas; miles y miles ambulantes, heridos de cretinismo endémico, paludismo, tracoma y otros males producidos por las contaminaciones, la falta de agua y otras necesidades. Males de esta naturaleza son una cadena en los países americanos en donde agonizan millares y millares de niños, hijos de parias, hijos de pobres y de pequeños burgueses con vida dura y precarios medios. Los datos, que serán redundantes, son de escalofrío. Cualquier publicación oficial de los organismos internacionales los reúne por cientos.

En los aspectos educacionales, indigna pensar el nivel de incultura que padece esta América. Mientras que Estados Unidos logra un nivel de ocho y nueve años de escolaridad en la población de 15 años en adelante, América Latina, saqueada y esquilada por ellos, tiene menos de un año escolar aprobado como nivel, en esas mismas edades. E indigna más aún cuando sabemos que de los niños entre cinco y 14 años, solamente están vinculados en algunos países un 20%, y en los de más alto nivel el 60%. Es decir, que más de la mitad de la infancia de América Latina no concurre a la escuela. Pero el dolor sigue creciendo cuando comprobamos que la matrícula de los tres primeros grados comprende más del 80% de los matriculados; y que en el grado sexto, la matrícula fluctúa apenas entre seis y 22 alumnos de cada cien que comenzaron en el primero. Hasta en los países que creen haber atendido a su infancia, ese porcentaje de pérdida escolar entre el primero y el sexto grados es del 74%. En la Colombia de la "democracia representativa" es del 78%. Y si se fija la vista en el campo, solo el 1% de los niños llega, en el mejor de los casos, al quinto grado de enseñanza.

Cuando se investiga este desastre de ausentismo escolar, una causa es la que lo explica: la economía de miseria. Falta de escuelas, falta de maestros, falta de recursos familiares, trabajo infantil. En definitiva, el imperialismo y su obra de opresión y retraso.

El resumen de esta pesadilla que ha vivido América, de un extremo a otro, es que en este Continente de casi 200 millones de seres humanos, formado en sus dos terceras partes por los indios, los mestizos y los negros, por los "discriminados", en este Continente de semicolonias, mueren de hambre, de enfermedades curables o vejez prematura, alrededor de cuatro personas por minuto, de 5 500 al día, de 2 millones por año, de 10 millones cada cinco años. Esas muertes podrían ser evitadas fácilmente, pero sin embargo se producen. Las dos terceras partes de la población latinoamericana vive poco, y vive bajo la permanente amenaza de muerte. Holocausto de vidas que en 15 años ha ocasionado dos veces más muertes que la guerra de 1914, y continúa... Mientras tanto, de América Latina fluye hacia los Estados Unidos un torrente continuo de dinero: unos 4 000 dólares por minuto, 5 millones por día, 2 000 millones por año, 10 000 millones cada cinco años. Por cada 1 000 dólares que se nos van, nos queda, un muerto. ¡1 000 dólares por muerto: ese es el precio de lo que se llama imperialismo! ¡1 000 dólares por muerto, cuatro veces por minuto!

Mas a pesar de esta realidad americana, ¿para qué se reunieron en Punta del Este? ¿Acaso para llevar una sola gota de alivio a estos males? ¡No!

Los pueblos saben que en Punta del Este los cancilleres que expulsaron a Cuba se reunieron para renunciar a la soberanía nacional; que allí el gobierno de Estados Unidos fue a sentar las bases no solo para la agresión a Cuba sino para intervenir en cualquier país de América contra el movimiento liberador de los pueblos; que Estados Unidos prepara a la América Latina un drama sangriento, que las oligarquías explotadoras lo mismo que ahora renuncian al principio de la soberanía, no vacilarían en solicitar la intervención de las tropas yanquis contra sus propios pueblos y que con este fin la delegación norteamericana propuso un comité de vigilancia contra la subversión en la Junta Interamericana de Defensa, con facultades ejecutivas, y la adopción de medidas colectivas. Subversión para los imperialistas yanquis es la lucha

de los pueblos hambrientos por el pan, la lucha de los campesinos por la tierra, la lucha de los pueblos contra la explotación imperialista. Comité de vigilancia en la Junta Interamericana de Defensa con facultades ejecutivas, significa fuerza de represión continental contra los pueblos a las órdenes del Pentágono. Medidas colectivas significan desembarcos de infantes de marina yanqui en cualquier país de América.

Frente a la acusación de que Cuba quiere exportar su revolución, respondemos: Las revoluciones no se exportan, las hacen los pueblos.

Lo que Cuba puede dar a los pueblos y ha dado ya, es su ejemplo.

Y ¿qué enseña la Revolución Cubana? Que la revolución es posible, que los pueblos pueden hacerla, que en el mundo contemporáneo no hay fuerzas capaces de impedir el movimiento de liberación de los pueblos.

Nuestro triunfo no habría sido jamás factible si la revolución misma no hubiese estado inexorablemente destinada a surgir de las condiciones existentes en nuestra realidad económico-social, realidad que existe en grado mayor aún en un buen número de países de América Latina.

Ocurre inevitablemente que en las naciones donde es más fuerte el control de los monopolios yanquis, más despiadada la explotación de la oligarquía y más insoportable la situación de las masas obreras y campesinas, el poder político se muestra férreo, los estados de sitio se vuelven habituales, se reprime por la fuerza toda manifestación de descontento de las masas, y el cauce democrático se cierra por completo, revelándose con más evidencia que nunca el carácter de brutal dictadura que asume el poder de las clases dominantes. Es entonces cuando se hace inevitable el estallido revolucionario de los pueblos.

Y si bien es cierto que en los países subdesarrollados de América la clase obrera es en general relativamente pequeña, hay una clase social que por las condiciones subhumanas en que vive constituye una fuerza potencial que, dirigida por los obreros y los intelectuales revolucionarios, tiene una importancia decisiva en la lucha por la liberación nacional: los campesinos.

En nuestros países se juntan circunstancias de una industria subdesarrollada con un régimen agrario de carácter feudal. Es por eso que con todo lo duras que son las condiciones de vida de los obreros urbanos, la población rural vive aún en más horribles condiciones de opresión y explotación; pero es también, salvo excepciones el sector absolutamente mayoritario en proporciones que a veces sobrepasa el 70% de las poblaciones latinoamericanas.

Descontando los terratenientes que muchas veces residen en las ciudades, el resto de esa gran masa libra su sustento trabajando como peones en las haciendas por salarios misérrimos, o labran la tierra en condiciones de explotación que nada tiene que envidiar a la Edad Media. Estas circunstancias son las que determinan que en América Latina la población pobre del campo constituya una tremenda fuerza revolucionaria potencial.

Los ejércitos, estructurados y equipados para la guerra convencional, que son la fuerza en que se sustenta el poder de las clases explotadoras, cuando tienen que enfrentarse a la lucha irregular de los campesinos en el escenario natural de estos, resultan absolutamente impotentes; pierden diez hombres por cada combatiente revolucionario que cae, y la desmoralización cunde rápidamente en ellos al tener que enfrentarse a un enemigo invisible e invencible que no le ofrece ocasión de lucir sus tácticas de academia y sus fanfarrias de guerra, de las que tanto alarde hacen para reprimir a los obreros y a los estudiantes en las ciudades.

La lucha inicial de reducidos núcleos combatientes, se nutre incesantemente de nuevas fuerzas, el movimiento de masas comienza a desatarse, el viejo orden se resquebraja poco a poco en mil pedazos y es entonces el momento en que la clase obrera y las masas urbanas deciden la batalla.

¿Qué es lo que desde el comienzo mismo de la lucha de esos primeros núcleos los hace invencibles, independientemente del número el poder y los recursos de sus

enemigos? El apoyo del pueblo, y con ese apoyo de las masas contarán en grado cada vez mayor.

Pero el campesinado es una clase que, por el estado de incultura en que lo mantienen y el aislamiento en que vive, necesita la dirección revolucionaria y política de la clase obrera y los intelectuales revolucionarios, sin la cual no podría por sí lanzarse a la lucha y conquistar la victoria.

En las actuales condiciones históricas de América Latina, la burguesía nacional no puede encabezar la lucha antifeudal y antimperalista. La experiencia demuestra que en nuestras naciones esa clase, aún cuando sus intereses son contradictorios con los del imperialismo yanqui, ha sido incapaz de enfrentarse a este, paralizando por el miedo a la revolución social y asustada por el clamor de las masas explotadas.

Situadas ante el dilema imperialismo o revolución, solo sus capas más progresistas estarán con el pueblo.

La actual correlación mundial de fuerzas y el movimiento universal de liberación de los pueblos coloniales y dependientes señalan a la clase obrera y a los intelectuales revolucionarios de América Latina su verdadero papel, que es el de situarse resueltamente a la vanguardia de la lucha contra el imperialismo y el feudalismo.

El imperialismo, utilizando los grandes monopolios cinematográficos, sus agencias cablegráficas, sus revistas, libros y periódicos reaccionarios, acude a las mentiras más sutiles para sembrar el divisionismo e inculcar entre la gente más ignorante el miedo y la superstición a las ideas revolucionarias que solo a los intereses de los poderosos explotadores y a sus seculares privilegios pueden y deben asustar.

El divisionismo, producto de toda clase de prejuicios, ideas falsas y mentiras; el sectarismo, el dogmatismo, la falta de amplitud para analizar el papel que corresponde a cada capa social, a sus partidos, organizaciones y dirigentes, dificultan la unidad de acción imprescindible entre las fuerzas democráticas y progresistas de nuestros pueblos. Son vicios de crecimiento, enfermedades de la infancia del movimiento revolucionario que deben quedar atrás. En la lucha antimperalista y antifeudal es posible vertebrar la inmensa mayoría del pueblo tras metas de liberación que unan el esfuerzo de la clase obrera, los campesinos, los trabajadores intelectuales, la pequeña burguesía y las capas más progresistas de la burguesía nacional. Estos sectores comprenden la inmensa mayoría de la población y aglutinan grandes fuerzas sociales capaces de barrer el dominio imperialista y la reacción feudal. En ese amplio movimiento pueden y deben luchar juntos por el bien de sus naciones, por el bien de sus pueblos y por el bien de América, desde el viejo militante marxista hasta el católico sincero que no tenga nada que ver con los monopolios yanquis y los señores feudales de la tierra.

Ese movimiento podría arrastrar consigo a los elementos progresistas de las fuerzas armadas, humilladas también por las misiones militares yanquis, la traición a los intereses nacionales de las oligarquías feudales y la inmolación de la soberanía nacional a los dictados de Washington.

Allí donde están cerrados los caminos de los pueblos, donde la represión de los obreros y campesinos es feroz, donde es más fuerte el dominio de los monopolios yanquis, lo primero y más importante es comprender que no es justo ni es correcto entretener a los pueblos con la vana y acomodaticia ilusión de arrancar, por vías legales que ni existen ni existirán, a las clases dominantes, atrincheradas en todas las posiciones del Estado, monopolizadoras de la instrucción, dueñas de todos los vehículos de divulgación y poseedoras de infinitos recursos financieros, un poder que los monopolios y las oligarquías defenderán a sangre y fuego con la fuerza de sus policías y de sus ejércitos.

El deber de todo revolucionario es hacer la revolución. Se sabe que en América y en el mundo, la revolución vencerá, pero no es de revolucionarios sentarse en la puerta de su casa para ver pasar el cadáver del imperialismo. El papel de Job no cuadra con el de un revolucionario. Cada año que se acelere la liberación de América significará millones de niños que se salven para la vida, millones de inteligencias que

se salven para la cultura, infinitos caudales de dolor que se ahorrarían los pueblos. Aun cuando los imperialistas yanquis preparen para América un drama de sangre, no lograrán aplastar las luchas de los pueblos, concitarán contra ellos el odio universal y será también el drama que marque el ocaso de su voraz y cavernícola sistema.

Ningún pueblo de América Latina es débil, porque forma parte de una familia de 200 millones de hermanos que padecen las mismas miserias, albergan los mismos sentimientos, tienen el mismo enemigo, sueñan todos un mismo mejor destino y cuentan con la solidaridad de todos los hombres y mujeres honrados del mundo entero.

Con lo grande que fue la epopeya de la independencia de América Latina, con lo heroica que fue aquella lucha, a la generación de latinoamericanos de hoy les ha tocado una epopeya mayor y más decisiva todavía para la humanidad. Porque aquella lucha fue para librarse del poder colonial español, de una España decadente, invadida por los ejércitos de Napoleón. Hoy le toca la lucha de liberación frente a la metrópoli imperial más poderosa del mundo, frente a la fuerza más importante del sistema imperialista mundial y para prestarle a la humanidad un servicio todavía más grande del que le prestaron nuestros antepasados.

Pero esta lucha, más que aquella, la harán las masas, la harán los pueblos; los pueblos van a jugar un papel mucho más importante que entonces; los hombres, los dirigentes importan e importarán en esta lucha menos de lo que importaron en aquella.

Esta epopeya que tenemos delante la van a escribir las masas hambrientas de indios, de campesinos sin tierra, de obreros explotados, la van a escribir las masas progresistas; los intelectuales honestos y brillantes que tanto abundan en nuestras sufridas tierras de América Latina; lucha de masas y de ideas; epopeya que llevarán adelante nuestros pueblos maltratados y despreciados por el imperialismo, nuestros pueblos desconocidos hasta hoy, que ya empiezan a quitarle el sueño. Nos consideraba rebaño impotente y sumiso; y ya se empieza a asustar de ese rebaño; rebaño gigante de 200 millones de latinoamericanos en los que advierte ya a sus sepultureros el capital monopolista yanqui.

Con esta humanidad trabajadora, con estos explotados infrahumanos, paupérrimos, manejados por los métodos de foete y mayoral no se ha contado o se ha contado poco. Desde los albores de la independencia sus destinos han sido los mismos: indios, gauchos, mestizos, ambos, cuarterones, blancos sin bienes ni rentas, toda esa masa humana que se formó en las filas de la "patria" que nunca disfrutó, que cayó por millones, que fue despedazada, que ganó la independencia de sus metrópolis para la burguesía, esa que fue des-terrada de los repartos, siguió ocupando el último escalón de los beneficios sociales, siguió muriendo de hambre, de enfermedades curables, de desatención porque para ella nunca alcanzaron los bienes salvadores; el simple pan, la cama de un hospital, la medicina que salva, la mano que ayuda.

Pero la hora de su reivindicación, la hora que ella misma se ha elegido, la viene señalando, con precisión, ahora también de un extremo a otro del Continente. Ahora esta masa anónima, esta América de color, sombría, taciturna, que canta en todo el Continente con una misma tristeza y desengaño, ahora esta masa es la que empieza a entrar definitivamente en su propia historia, la empieza a escribir con su sangre, la empieza a sufrir y a morir. Porque ahora, por los campos y las montañas de América, por las faldas de sus sierras, por sus llanuras y sus selvas, entre la soledad o en el tráfico de las ciudades o en las costas de los grandes océanos y ríos, se empieza a estremecer este mundo lleno de razones, con los puños calientes de deseos de morir por lo suyo, de conquistar sus derechos casi 500 años burlados por unos y por otros. Ahora sí, la historia tendrá que contar con los pobres de América, con los explotados y vilipendiados de América Latina, que han decidido empezar a escribir ellos mismos, para siempre, su historia. Ya se les ve por los caminos, un día y otro, a pie, en marchas sin términos de cientos de kilómetros, para llegar hasta los "olimpós" gobernantes a recabar sus derechos. Ya se les ve, armados de piedras, de palos, de machete, de un lado y otro, cada día, ocupando las tierras, fincando sus garfios en la

tierra que les pertenece y defendiéndola con su vida; se les ve, llevando sus cartelones, sus banderas, sus consignas; haciéndola correr en el viento por entre las montañas a lo largo de los llanos. Y esa ola de estremecido rencor, de justicia reclamada, de derecho pisoteado que se empieza a levantar por entre las tierras de Latinoamérica, esa ola ya no parará más. Esa ola irá creciendo cada día que pase. Porque esa ola la forman los más, los mayoritarios en todos los aspectos, los que acumulan con su trabajo las riquezas, crean los valores, hacen andar las ruedas de la historia y que ahora despiertan del largo sueño embrutecedor a que los sometieron.

Porque esta gran humanidad ha dicho: “¡Basta!” y ha echado a andar. Y su marcha de gigantes, ya no se detendrá hasta conquistar la verdadera independencia, por la que ya han muerto más de una vez inútilmente. Ahora en todo caso, los que mueran, morirán como los de Cuba, los de Playa Girón, morirán por su única, verdadera, irrenunciable independencia.

¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!
El Pueblo de Cuba
La Habana, febrero 4 de 1962.

Leída por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz en la Plaza de la Revolución “José Martí”, en la fecha referida. Cinco documentos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1971, pp.127-173.

Todo el acervo del progreso humano,
debemos recogerlo en la historia
de la humanidad

Acto homenaje a los mártires del Asalto
al Palacio Presidencial. La Habana, 13 de marzo

[...] Vamos a hacer un análisis ¿Seremos nosotros, compañeros, seremos tan cobardes y tan mancos mentales que vengamos aquí a leer el testamento de José Antonio Echeverría y tengamos la cobardía, la miseria moral, de suprimir tres líneas? ¿Sencillamente porque esas líneas hayan sido expresión, bien formal de un modismo, o bien de una convicción que a nosotros no nos toca analizar, del compañero José Antonio Echeverría? ¿Vamos a truncar lo que escribió? ¿Vamos a truncar lo que creyó? ¿Y vamos a sentirnos aplastados por lo que se pensó, por lo que haya creído en cuanto a religión? ¿Qué clase de confianza es esa en las ideas propias? ¿Qué clase de concepto es ese de la Historia? Y ¿cómo concebir la Historia de manera tan miserable? ¿Cómo concebir la Historia como una cosa muerta, como una cosa putrefacta, como una piedra inmóvil? ¿Podría llamarse “concepción dialéctica de la historia” a semejante cobardía? ¿Podrá llamarse marxismo¹ semejante manera de pensar? ¿Podrá llamarse socialismo semejante fraude? ¿Podrá llamarse comunismo semejante engaño? ¡No! Quien conciba la Historia como debe, quien conciba el marxismo como debe y lo comprenda y lo interprete y lo aplique a la Historia, no comete semejante estupidez. Porque con ese criterio habría que comenzar por suprimir todos los escritos de Carlos Manuel de Céspedes, que expresó el pensamiento de su tiempo, que expresó el pensamiento de su clase, que expresó el pensamiento revolucionario que correspondía a un momento en que los criollos, los representantes de la riqueza nacional, se rebelaron contra el yugo y la explotación de España. ¿Y qué ideas influían en aquellos hombres? Las ideas de la Revolución Francesa. Es decir: la de la Revolución burguesa. Y ¿qué ideas influ-yeron a los próceres de América? ¿Qué ideas influyeron en Bolívar? ¡Aquellas mismas ideas! ¿Qué ideas influyeron en Martí? ¿Qué ideas influyeron en Maceo? ¿Qué ideas influyeron en Máximo Gómez y los demás hombres de aquella gloriosa estirpe? ¿Qué ideas

influyeron en nuestros poetas de aquel tiempo, representantes de la cultura cubana, raíz de nuestra historia, sino las ideas de aquel tiempo?

Entonces tendríamos que suprimir los libros de Martí porque Martí no fue marxista-leninista, porque Martí respondió al pensamiento revolucionario que cabía en nuestra Patria en aquella era. Si el marxismo-leninismo es la ideología de la clase obrera, cuando esa clase surge y toma conciencia de sí misma y se lanza a la lucha por su redención, ¿cómo podemos pedir que ese fuera el pensamiento, cuando la tarea que se le presentaba a un país, la tarea que se le presentaba a la América Latina en la hora de su independencia, y la tarea que se le presentaba a nuestra Patria eran tareas nacionales, tareas de otra índole, tareas de otro tipo, que correspondían al desarrollo de nuestra Patria en aquel momento dado?

Por ese camino habría que abolir el concepto de revolucionario desde Espartaco² hasta Martí. ¡Por esa concepción miope, sectaria, estúpida y manca, negadora de la Historia y negadora del marxismo, habría que caer en la negación de todos los valores, en la negación de toda la Historia, en la negación de nuestras propias raíces! ¡Cuando todo ese acervo de progreso humano, de esfuerzo humano, de sacrificio humano debemos recogerlo y acumularlo en la historia hermosa de la Patria y en la historia hermosa de una humanidad que progresa, que ha venido progresando desde el principio, y que sigue progresando, y que seguirá progresando cada vez más!

Obra Revolucionaria No 9. Imprenta Nacional de Cuba, La Habana, 1962, pp 10-11.

1963

**Se apeló a la emigración humilde,
de proletarios, de tabaqueros,
reuniendo centavo a centavo los fondos para la compra de
armas**

Acto por el IV aniversario del triunfo
de la Revolución. La Habana, 2 de enero

[...] Castigar a los que nos atacaron una mañana sorpresiva y cobardemente, castigar a los que vinieron escoltados por barcos de guerra extranjeros, castigar a los que se pusieron al servicio de una potencia extraña y cometieron un acto de flagrante traición para todos los códigos del mundo no es justicia. Ellos lo llaman rescate.

Pero a nosotros no nos importa cómo lo llamen. El hecho es que tuvieron que aceptar el pago de la indemnización¹ y que por primera vez en su historia el imperialismo paga una indemnización de guerra.

¿Por qué la pagó? Porque fue derrotado, porque en Playa Girón² sufrió su primera gran derrota en la América Latina.

¿Qué hizo el Presidente de los Estados Unidos? ¿Cómo ha actuado? Asumió primero la responsabilidad del ataque a nuestro país. Sin embargo, durante veinte meses eludieron el pago de esa indemnización.

Cuando al fin se decidieron hacerlo y el Gobierno Revolucionario puso en libertad a los invasores, ¿cuál fue la conducta del Presidente de Estados Unidos? ¿Fue la conducta de un estadista? ¿Fue la conducta de un hombre responsable? No. Fue la conducta de un pirata, fue la conducta de un jefe de filibusteros. En realidad nunca ningún Presidente de los Estados Unidos había degradado tanto la dignidad de su cargo como ese día, en que el señor Kennedy se reunió con los criminales invasores de nuestra Patria.

Aquí traigo el discursito que pronunció aquel día. Vale la pena que lo leamos, porque leer estas cosas nos enseña a comprender a los imperialistas.

Voy a leer las cosas más esenciales. Hay algunos párrafos que carecen de trascendencia.

[...] Pero hay cosas más interesantes. Dice aquí: “todos ustedes, miembros de la brigada y miembros de sus familias, están siguiendo un camino histórico, un camino que ha sido seguido por otros cubanos en otras épocas y también por otros patriotas de nuestro hemisferio en otros años: Martí, Bolívar, O’Higgins, todos los cuales pelearon por la libertad, muchos de los cuales fueron derrotados, muchos de los cuales fueron al exilio y todos los cuales volvieron a sus patrias”.

¡Comparar a estos mercenarios con Martí! ¡Comparar a estos mercenarios con los patriotas de la independencia!

Todo el mundo conoce la historia de Martí, de aquel Martí con las ropas raídas, de aquel Martí que no recibió sus fondos de la Tesorería yanqui, de aquel Martí que apelaba a la emigración humilde, de proletarios, de tabaqueros, reuniendo centavo a centavo los fondos para comprar armas. Y se recordará que cuando las tenías ya adquiridas le fueron arrebatadas por las autoridades yanquis. Aquel Martí que no vino escoltado por la escuadra yanqui, ni precedido en su desembarco por bombarderos yanquis. Aquel Martí que en una noche tempestuosa, en un botecito de remos, desembarcó, casi solo, en las playas orientales. Comparar a aquel hombre integro antiimperialista, comparar el esfuerzo de aquellos patriotas con estos miserables es una ofensa a la memoria de aquellos hombres.

Porque nuestros libertadores vinieron a libertar esclavos, a crear una nación que el imperialismo frustró, nación que el imperialismo yanqui pisoteó durante 50 años. Y estos ¿qué son? Esclavistas, latifundistas, explotadores del juego y del vicio, millonarios, criminales, lumpen...

Ladrones son todos los explotadores. Estos vinieron a esclavizar, a quitarle al pueblo sus riquezas, a devolverles a los monopolios yanquis nuestras fábricas y nuestras tierras.

Y este señor dice: “Hace 70 años José Martí, el espíritu guía de la primera lucha cubana por la independencia vivió en estas tierras. En aquella época, en 1889, se celebró la primera Conferencia Internacional Americana y Cuba no estaba presente. Entonces como ahora —dice este señor— Cuba era el único Estado en el hemisferio controlado todavía por un monarca extranjero. Entonces como ahora Cuba estaba excluida de la sociedad de Naciones Libres y entonces como ahora hombres valientes, en la Florida y en Nueva York, dedicaron sus vidas y sus energías a la liberación de su Patria”.

El “entonces como ahora” de Kennedy es para nosotros “ahora como nunca”. Ahora como nunca podemos ondear con orgullo esta bandera de la estrella solitaria. Ahora como nunca somos respetados, y la mejor prueba es el respeto que inspiramos a los propios imperialistas, el respeto que inspira un pueblo que no han podido doblegar con su poderío, que no han podido doblegar en cuatro años.

¡Ahora como nunca, señor Kennedy, somos libres y somos el Territorio Libre de América!

Obra Revolucionaria No. 1, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963, pp. 6-8.

1964

Más vale morir de pie que vivir de rodillas

Concentración en el XI Aniversario
del 26 de julio. Santiago de Cuba, 26 de julio

[...] ¿Qué hemos hecho? Continuar el esfuerzo ¿Qué hemos hecho? Continuar la lucha, cumplir el programa de la Patria, cumplir los destinos de la nación. Y nos sentimos optimistas, nos sentimos seguros, nos sentimos confiados, nos sentimos

satisfechos de esa formidable perspectiva que tiene la Patria ¡buena! No importan los riesgos, porque los riesgos no nos importan, sabemos que correr esos riesgos es el precio que tenemos que pagar por esto y, además, porque sabemos aquello que decía Martí: “Más vale morir de pie que vivir de rodillas”. Mientras vivamos de pie ¡bien! Y si morimos de pie, ¡bien! ¡pero de rodillas, no viviremos nunca!

Y esa es nuestra filosofía. Trabajamos confiados en el porvenir; pero si por ese porvenir tenemos que dar la vida, la damos tranquilos.

HOY, 28 de julio, La Habana, 1964, pp. 9-3.

1968

El más genial y el más universal de los políticos cubanos

Velada conmemorativa de los cien años de lucha.

La Demajagua, Oriente, 10 de octubre

Ninguna otra ocasión revistió la importancia de la conmemoración del día de hoy. Y al parecer la naturaleza nos someterá una vez más a una pequeñísima prueba, si se quiere, porque ella se suma a esta misma conmemoración, si recordamos que precisamente después de la proclamación de la independencia de Cuba, cuando los primeros mambises se dirigían hacia el pueblo de Yara, también aproximadamente a esta misma hora, un copioso aguacero realizó con ellos, simbólicamente, el primer precedente de sacrificio. Y que, por cierto, como nuestros primeros mambises en aquellos instantes no poseían más que unas cuantas escopetas de cartucho e iban a realizar su primer combate, el agua mojó los cartuchos y las armas no pudieron disparar aquella noche; aquella noche en que se derramó también la primera sangre cubana en la lucha de los cien años, que se empaparon por primera vez aquellos hombres, cuya vida a lo largo de 10 años fue una vida de increíbles privaciones.

Hoy —les decía— nuestro pueblo conmemora aquella fecha al cumplirse 100 años. Y este primer centenario del inicio de la lucha revolucionaria en nuestra Patria es para nosotros la más grande conmemoración que ha tenido lugar en la historia de nuestro país.

¿Qué significa para nuestro pueblo el 10 de octubre de 1868? ¿Qué significa para los revolucionarios de nuestra Patria esta gloriosa fecha? Significa sencillamente el comienzo de 100 años de lucha, el comienzo de la revolución en Cuba, porque en Cuba sólo ha habido una revolución: la que comenzó Carlos Manuel de Céspedes el 10 de octubre de 1868 y que nuestro pueblo lleva adelante en estos instantes.

No hay, desde luego, la menor duda de que Céspedes simbolizó el espíritu de los cubanos de aquella época, simbolizó la dignidad y la rebeldía de un pueblo —heterogéneo todavía— que comenzaba a nacer en la historia.

Es conocido históricamente que Céspedes conoció en este lugar de un telegrama cursado el ocho de ese mismo mes por el Gobernador General de Cuba dando instrucciones a las autoridades de la provincia de arrestar a Carlos Manuel de Céspedes.

Y Carlos Manuel de Céspedes no les dio tiempo a las autoridades, no les permitió a aquellas tomar la iniciativa e inmediatamente, adelantando la fecha, cursó las instrucciones correspondientes y el 10 de octubre, en este mismo sitio, proclamó la independencia de Cuba.

Es que la historia de muchos movimientos revolucionarios terminó en su inmensa mayoría, en la prisión o en el cadalso.

En la historia de estos 100 años de lucha no fue la única ocasión en que nuestro pueblo, igualmente desprovisto de armas, igualmente impreparado para la guerra, se vio en la necesidad de lanzarse a la lucha y abastecerse con las armas de los

enemigos. Y la historia de nuestro pueblo en estos 100 años confirma esa verdad axiomática: y es que si para luchar esperamos primero reunir las condiciones ideales, disponer de todas las armas, asegurar un abastecimiento, entonces la lucha no habría comenzado nunca; y que si un pueblo está decidido a luchar, las armas están en los cuarteles de los enemigos, en los cuarteles de los opresores.

Y esta realidad, este hecho se demostró en todas nuestras luchas, en todas nuestras guerras.

Y este es un ejemplo no solo para los revolucionarios cubanos, es un ejemplo formidable para los revolucionarios en cualquier parte del mundo.

Nuestra Revolución, con su estilo, con sus características esenciales, tiene raíces muy profundas en la historia de nuestra Patria. Por eso decíamos, y por eso es necesario que lo comprendamos con claridad todos los revolucionarios, que nuestra Revolución es una Revolución, y que esa Revolución comenzó el 10 de Octubre de 1868.

Este acto de hoy es como un encuentro del pueblo con su propia historia, es como un encuentro de la actual generación revolucionaria con sus propias raíces. Y nada nos enseñará mejor a comprender lo que es una revolución. Nada nos enseñará mejor a comprender el proceso que constituye una revolución, nada nos enseñará mejor a entender qué quiere decir revolución, que el análisis de la historia de nuestro país que el estudio de la historia de nuestro pueblo y de las raíces revolucionarias de nuestro pueblo.

Quizás para muchos la nación o la Patria ha sido algo así como un fenómeno natural, quizás para muchos la nación cubana y la conciencia de nacionalidad existieron siempre, quizás muchos pocas veces se han detenido a pensar cómo fue precisamente que se gestó la nación cubana, y cómo se gestó nuestra conciencia de pueblo, y cómo se gestó nuestra conciencia revolucionaria.

Hace 100 años no existía esa conciencia, hace 100 años no existía la nacionalidad cubana, hace 100 años no existía un pueblo con pleno sentido de un interés común y de un destino común. Nuestro pueblo hace 100 años era una masa abigarrada, constituida, en primer término, por los ciudadanos de la potencia colonial que nos dominaba; una masa enorme también de ciudadanos nacidos en este país, algunos descendientes directos de los españoles, otros descendientes más remotos, de los cuales algunos se inclinaban a favor del poder colonial y otros eran alérgicos a aquel poder; una masa considerable de esclavos, traídos de manera criminal a nuestra tierra para explotarlos despiadadamente cuando ya los explotadores habían aniquilado virtualmente la primitiva población aborigen de nuestro país.

Y desde luego, los dueños de las riquezas eran, en primer lugar, los españoles; los dueños de los negocios y los dueños de las tierras. Pero también centrales azucareros y que poseían grandes plantaciones. Y por supuesto que en un país en aquellas condiciones en que la ignorancia era enorme, el acceso a los libros, el acceso a la cultura lo tenían un número exiguo y reducido de criollos procedentes precisamente de esas familias acaudaladas.

En aquellas primeras décadas del siglo pasado, cuando ya el resto de la América Latina se había independizado de la colonia española, permanecía asentado sobre bases sólidas el poder de España en nuestra Patria, a la que llamaban la última joya y la más preciada joya de la Corona española.

Fue ciertamente escasa la influencia que tuvo en nuestra tierra la emancipación de América Latina.

Se sabe que en la mente de los libertadores de América Latina se albergó también la idea de enviar a Cuba un ejército a liberarnos. Pero ciertamente aquí todavía no había una nación que librar, sencillamente porque no había nación, no había un pueblo que liberar porque no existía pueblo con la conciencia de la necesidad de esa libertad.

Y en aquellos primeros años del siglo pasado, en la primera mitad del siglo pasado, las ideas que los sectores con más cultura de la población, los sectores capaces de

elaborar algunas formulaciones políticas, las ideas enarboladas por ellos no eran precisamente la idea de la independencia de Cuba.

Por aquellos tiempos se discutía fundamentalmente el problema de la esclavitud. Y los terratenientes, los ricos, la oligarquía que dominaba en nuestro país, bien española o bien cubana, estaba poseída de un enorme temor a la abolición de la esclavitud; es decir que sus intereses como propietarios, sus intereses como clase, y pensando exclusivamente en función de esos intereses, la conducta a pensar en la solución de la anexión a los Estados Unidos de Norteamérica.

Así surgió una de las primeras corrientes políticas, que se dio en llamar la corriente anexionista. Y esa corriente tenía un fundamento de carácter económico: era el pensamiento de una clase que consideraba el aseguramiento de esa institución oprobiosa de la esclavitud por la vía de anexionarse a Estados Unidos, donde un grupo numeroso de estados mantenía la misma institución. Y como ya se suscitaban las contradicciones entre los estados del Sur y del Norte por el problema de la esclavitud, los políticos esclavistas del sur de Estados Unidos alentaron también la idea de la anexión a Cuba, con el propósito de contar con un estado más que ayudase a garantizar su mayoría en el seno de los Estados Unidos, su mayoría parlamentaria.

Esa es la raíz de aquella expedición a mediados de siglo, dirigida por Narciso López.

Cuando nosotros estudiábamos en las escuelas, nos presentaban a Narciso López como un patriota, nos presentaban a Narciso López como un libertador. Tantas cosas nos presentaron de una manera increíblemente torcida, que se nos hizo creer en nuestros años de escolares —y ya supuestamente establecida la República de Cuba—, se nos hacía creer que Narciso López había venido a libertar a Cuba, cuando ciertamente Narciso López vino alentado por los políticos esclavistas de Estados Unidos a tratar de conquistar un estado más para precisamente servir de apoyo a la más inhumana y retrógrada institución, que era la institución de la esclavitud.

Martí en una ocasión calificó aquella expedición de infeliz, organizada precisamente por esos intereses. De manera que en aquel entonces las corrientes anexionistas adquirieron considerable fuerza en el seno de nuestro país.

Y es preciso que lo tengamos en cuenta porque esa corriente, por una u otra causa, con uno u otro matiz, resurgía periódicamente en el proceso de la historia de Cuba.

En determinados momentos las corrientes anexionistas fueron perdiendo fuerza, y surgieron entonces otras corrientes frente a la política española en nuestra Patria, que se dieron en llamar el reformismo, que propugnaban no la lucha por la independencia de Cuba, sino por las determinadas reformas dentro de la colonia española.

Todavía realmente no había surgido en la realidad una corriente independentista, una corriente verdaderamente independentista. Los engaños y las burlas reiteradas del régimen colonial español llevaron al ánimo y a la conciencia de un reducido grupo de cubanos, de criollos pertenecientes por cierto a sectores acomodados, poseedores de riquezas, poseedores a la vez de cultura, de amplia información acerca de los procesos que tenían lugar en el mundo, que concibieron por primera vez la idea de la obtención de sus derechos por la vía revolucionaria, por la vía de las armas, en lucha abierta contra el poder colonial.

Más nadie piense que aquel núcleo de cubanos estaba obligadamente llamado a contar con el apoyo mayoritario de la población, que podía contar con un respaldo grande a la hora de la lucha, porque —como dijimos anteriormente— en aquellos instantes la conciencia de la nacionalidad no existía.

Y entre los sectores que ostentaban la riqueza de origen criollo, había un factor que los dividía profundamente. Los españoles lógicamente estaban contra las reformas y aún más, contra la independencia. Pero muchos criollos ricos estaban también contra la idea de la independencia, puesto que los separaba de las ideas más radicales el problema de la esclavitud. Por lo que puede decirse que el problema de la esclavitud fue una cuestión fundamental, que dividía profundamente a los elementos más radicales, más progresista, de los criollos ricos, de aquellos elementos que

calificándose también de criollos, todavía no se hablaba propiamente de cubanos se preocupaban por encima de todo de sus intereses económicos, como es lógico; se preocupaban por encima de todo por mantener la institución de la esclavitud. Y de ahí que apoyaran el anexionismo primero, el reformismo luego, y cualquier cosa menos la idea de la independencia y la idea de la conquista de los derechos por la vía de la lucha armada.

Y esto constituye una cuestión muy importante, porque vemos cómo la historia se va a repetir periódicamente, esta contradicción, a lo largo de los 100 años de lucha.

De manera que el reducido núcleo —que bien podía comenzar a considerarse patriota— del sector acaudalado e ilustrado de los hombres nacidos en este país, ese núcleo decidido a lanzarse a la conquista de sus derechos por la vía de las armas, tenía que enfrentarse a esa compleja situación, a esas hondas contradicciones que necesariamente conducirían su causa a una lucha dura y larga. Y lo que vino a darles verdaderamente el título de revolucionarios fue su comprensión, en primer lugar de que solo había un solo camino para conquistar los derechos, su decisión de adoptar ese camino, su ruptura con las tradiciones, con las ideas reaccionarias y su decisión de abolir la esclavitud.

Y hoy tal vez pueda parecer fácil aquella decisión, pero aquella decisión de abolir la esclavitud constituía la medida más revolucionaria, la medida más radicalmente revolucionaria que se podía tomar en el seno de una sociedad que era genuinamente esclavista.

Por eso lo que engrandece a Céspedes es no solo la decisión adoptada, firme y resuelta de levantarse en armas, sino el acto con que acompañó aquella decisión — que fue el primer acto después de la proclamación de la independencia—, que fue concederles la libertad a sus esclavos, a la vez que proclamar su criterio sobre la esclavitud, su disposición a la abolición de la esclavitud en nuestro país, aunque si bien condicionando en los primeros momentos aquellos pronunciamientos a la esperanza de poder captar el mayor apoyo posible entre el resto de los terratenientes cubanos.

En Camagüey los revolucionarios desde el primer momento proclamaron la abolición de la esclavitud, y ya la Constitución de Guáimaro, el 10 de abril de 1869, consagró definitivamente el derecho a la libertad de todos los cubanos, aboliendo definitivamente la odiosa y secular institución de la esclavitud.

Esto, desde luego, dio lugar —como ocurre siempre en muchos de estos procesos— a que muchos de aquellos criollos ricos, que vacilaban entre apoyar o no apoyar a la Revolución, se abstuvieron de ayudar a la Revolución, se apartaron de la lucha, y de hecho comenzaron a cooperar con la colonia. Es decir, que en la medida en que la Revolución se radicalizó se quedó más aislado aquel grupo de cubanos, aquel grupo de criollos, que, desde luego, ya empezaron a contar con los únicos capaces de llevar adelante aquella revolución, que eran los hombres humildes del pueblo y los esclavos recién liberados.

En aquellos primeros momentos del inicio de la lucha revolucionaria en Cuba, empezaron a producirse las contradicciones y comenzó el proceso de profundización y radicalización de las ideas revolucionarias, que ha llegado hasta nuestros días.

En aquel tiempo, desde luego, no se discutía el derecho a la propiedad de los medios de producción. Se discutía el derecho a la propiedad de unos hombres sobre otros. Y al abolir aquel derecho, aquella revolución —revolución radical desde el instante en que suprime un privilegio de siglos, desde el momento en que suprime aquel supuesto derecho consagrado por los siglos de existencia— llevó a cabo un acto profundamente radical en la historia de nuestro país, y a partir de ese momento, por primera vez se empezó a crear el concepto y la conciencia de la nacionalidad, y comenzó a utilizarse por primera vez el calificativo de cubano para comprender a todos los que levantados en armas luchaban contra la colonia española.

Sabido es cómo se desarrolló aquella guerra, es que muy pocos pueblos en el mundo fueron capaces o tuvieron la posibilidad de afrontar sacrificios tan grandes, tan

increíblemente duros, como los sacrificios que soportó el pueblo cubano durante aquellos diez años de lucha. E ignorar esos sacrificios es un crimen contra la justicia, es un crimen contra la cultura, es un crimen para cualquier revolucionario.

Nuestro país, solo, absolutamente solo, mientras los demás pueblos hermanos de América Latina —que unas cuantas décadas con anterioridad se habían emancipado de la dominación española— yacían sumidos en la abyección, sumidos bajo las tiranías de los intereses sociales que sustituyeron en esos pueblos a la tiranía española; nuestro país solo, y no todo el país sino una pequeña parte del país, se enfrentó durante 10 años a una potencia europea todavía poderosa, que podía contar —y contó— con cientos de miles de hombres perfectamente armados para combatir a los revolucionarios cubanos.

Es conocida la falta casi total de auxilio desde el exterior. Es conocida la historia de las divisiones en el exterior, que dificultaron y por último imposibilitaron el apoyo de la emigración a los cubanos levantados en armas. Y sin embargo, nuestro pueblo, haciendo increíbles sacrificios, soportando heroicamente el peso de aquella guerra, rebasando los momentos difíciles, logró ir aprendiendo el arte de la guerra, fue constituyendo un pequeño pero enérgico ejército que se abastecía de las armas de sus enemigos.

Y empezaron a surgir del seno del pueblo más humilde, de entre los combatientes que venían del pueblo, de entre los campesinos y de entre los esclavos liberados, empezaron a surgir por primera vez del seno del pueblo oficiales y dirigentes del movimiento revolucionario. Empezaron a surgir los patriotas más virtuosos, los combatientes más destacados, y así surgieron los hermanos Maceo, para citar el ejemplo que simboliza a aquellos hombres extraordinarios.

Y al cabo de 10 años aquella lucha heroica fue vencida no por las armas españolas, sino vencida por uno de los peores enemigos que tuvo siempre el proceso revolucionario cubano, vencida por las divisiones de los mismos cubanos, vencida por las discordias, vencida por el regionalismo, vencida por el caudillismo; es decir, ese enemigo —que también fue un elemento constante en el proceso revolucionario— dio al traste con aquella lucha.

Sabido es que, por ejemplo, Máximo Gómez, después de invadir la provincia de Las Villas y obtener grandes éxitos militares, fue prácticamente expulsado de aquella provincia por el regionalismo y por el localismo. No es esta la oportunidad de analizar el papel de cada hombre en aquella lucha; interesa analizar el proceso y dejar constancia de que la discordia, el regionalismo, el localismo y el caudillismo dieron al traste con aquel heroico esfuerzo de diez años.

Pero también es forzoso reconocer que no se les podía pedir a aquellos cubanos — a aquellos primeros cubanos que comenzaron a fundar nuestra patria— el grado de conocimiento y experiencia política, el grado de conciencia política; más que conciencia —porque ellos tenían profunda conciencia patriótica— el grado de desarrollo de las ideas revolucionarias en la actualidad, porque nosotros no podemos analizar los hechos de aquella época a la luz de los conceptos de hoy, a la luz de las ideas de hoy. Porque cosas que hoy son absolutamente claras, verdades incuestionables, no lo eran ni lo podían ser todavía en aquella época. Las comunicaciones eran difíciles, los cubanos tenían que luchar en medio de una gran adversidad, incesantemente perseguidos y, desde luego no podía pedírseles que en aquel entonces no se suscitara estos problemas —problemas que se volvieron a suscitar en la lucha del 95, problemas que se volvieron a suscitar en la segunda mitad de este siglo a lo largo del proceso revolucionario.

Pero cuando debilitadas las fuerzas cubanas por la discordia arreció el enemigo su ofensiva, entonces también empezaron a evidenciarse las vacilaciones de aquellos elementos que habían tenido menos firmeza revolucionaria. Y es en esos instantes — en el instante de la Paz del Zanjón, que puso fin a aquella heroica guerra— cuando emerge con toda su fuerza y toda su extraordinaria talla, el personaje más

representativo el pueblo, el personaje más representativo de Cuba en aquella guerra, venido de las filas más humildes del pueblo, que fue Antonio Maceo.

Aquella década dio hombres extraordinarios, increíblemente meritorios, comenzando por Céspedes, continuando por Agramonte, Máximo Gómez, Calixto García e infinidad de figuras que sería interminable enumerar.

Y no se trata de medir ni mucho menos los méritos de cada cual —que fueron méritos extraordinarios—, sino simplemente de explicar cómo se fue desarrollando aquel proceso y cómo en el momento en que aquella lucha de diez años iba a terminar surge aquella figura, surge el espíritu y la conciencia revolucionaria radicalizada, simbolizada en ese instante en la persona de Antonio Maceo, que frente al hecho consumado del Zanjón —aquel pacto que más que un pacto fue realmente una rendición de las armas cubanas— expresa en la histórica Protesta de Baraguá su propósito de continuar la lucha, expresa el espíritu más sólido y más intransigente de nuestro pueblo declarando que no acepta el Pacto del Zanjón. Y efectivamente, continúa la guerra.

Ya incluso después de haberse llegado a los acuerdos, Maceo libra una serie de combates victoriosos y aplastantes contra las fuerzas españolas. Pero en aquel momento Maceo, reducido a su condición de jefe de una parte de las tropas de la provincia de Oriente, Maceo, negro —cuando todavía subsistía mucho el racismo y los prejuicios— no pudo contar naturalmente con el apoyo de todo el resto de los combatientes revolucionarios, porque desgraciadamente todavía entre muchos combatientes y muchos dirigentes de aquellos combatientes subsistía el prejuicio reaccionario e injusto. Por eso, aunque Maceo en aquel momento salva la bandera, salva la causa y sitúa el espíritu revolucionario del pueblo naciente de Cuba en su nivel más alto, no pudo, pese a su enorme capacidad y heroísmo, seguir manteniendo aquella guerra y se vio en la necesidad de hacer un receso en espera de las condiciones que le permitiesen reanudar otra vez el combate.

Pero la derrota de las fuerzas revolucionarias en 1878 trajo también sus secuelas políticas. A la sombra de la derrota, a la sombra del desengaño, otra vez de nuevo aquellos sectores, representantes décadas atrás de la corriente anexionista y de la corriente reformista, volvieron a la carga para propugnar una nueva corriente política, que era la corriente del autonomismo, para oponerse, naturalmente a las tesis radicales de la independencia y a las tesis radicales acerca del método y del único camino para obtener aquella independencia, que era la lucha armada.

De manera que después de la Guerra de los Diez Años, en el pensamiento político, o en la historia del pensamiento político cubano, surge de nuevo la corriente pacifista, la corriente conciliatoria, la corriente que se opone a las tesis radicales que habían representado los cubanos en armas. De la misma manera vuelven a surgir las corrientes anexionistas en un grado determinado, corrientes incluso en los primeros tiempos de la Guerra de los Diez Años, cuando todavía muchos cubanos ingenuamente veían en la nación norteamericana el prototipo del país libre, del país democrático, y recordaban sus luchas por la independencia, la Declaración de la Independencia de Washington, la política de Lincoln; todavía había cubanos a principios de la guerra de 1868 que tenían resabios o residuos de aquella corriente anexionista, que fue desapareciendo en ellos a lo largo de la lucha armada.

[...] Y todo sabemos cómo sucedieron los acontecimientos. Cómo cuando el poder de España estaba virtualmente agotado, movido por ansias puramente imperialistas, el gobierno de Estados Unidos participa en la guerra, después de 30 años de lucha. Con la ayuda de los soldados mambises desembarcan, toman la ciudad de Santiago de Cuba, hunden la escuadra del almirante Cervera, que no era más que una colección propia de museo, más que escuadra, y que por puro y tradicional quijotismo la enviaron a que la hundieran a cañonazos, sirviendo prácticamente de tiro al blanco a los acorazados americanos, a la salida de Santiago de Cuba. Y entonces a Calixto García ni siquiera lo dejaron entrar en Santiago de Cuba. Ignoraron por completo al Gobierno Revolucionario en Armas, ignoraron por completo a los líderes de la

Revolución; discutieron con España sin la participación de Cuba; deciden la intervención militar de sus ejércitos en nuestro país. Se produce la primera intervención, y de hecho se apoderaron militar y políticamente de nuestro país.

Al pueblo no se hizo verdadera conciencia de eso. Porque ¿quién podía estar interesado en hacerle conciencia de esa monstruosidad? ¿Quiénes? ¿Los antiguos autonomistas? ¿Los antiguos reformistas? ¿Los antiguos anexionistas? ¿Los antiguos esclavistas? ¿Quiénes? ¿Los que habían sido aliados de la Colonia durante las guerras? ¿Quiénes? ¿Los que no querían la independencia de Cuba, sino la anexión con Estados Unidos? Esos no podían tener ningún interés en enseñarles a nuestro pueblo estas verdades históricas, amarguísimas.

¿Qué nos dijeron en la escuela? ¿Qué nos decían aquellos inescrupulosos libros de historia sobre los hechos? Nos decían que la potencia imperialista no era la potencia imperialista, sino que, lleno de generosidad, el gobierno de Estados Unidos, deseoso de darnos la libertad, había intervenido en aquella guerra y que, como consecuencia de eso, éramos libres. Pero no éramos libres por los cientos de miles de cubanos que murieron durante 30 años en los combates, no éramos libres por el gesto heroico de Carlos Manuel de Céspedes, el Padre de la Patria, que inició aquella lucha, que incluso prefirió que le fusilaran al hijo antes de hacer una sola concesión; no éramos libres por el esfuerzo heroico de tantos cubanos, no éramos libres por la prédica de Martí, no éramos libres por el esfuerzo heroico de Máximo Gómez, Calixto García y todos aquellos próceres ilustres; no éramos libres por la sangre derramada por las veinte y tantas heridas de Antonio Maceo y su caída heroica en Punta Brava; éramos libres sencillamente porque Teodoro Roosevelt desembarcó con unos cuantos rangers en Santiago de Cuba para combatir contra un ejército agotado y prácticamente vencido, o porque los acorazados americanos hundieron a los “cacharros” de Cervera frente a la bahía de Santiago de Cuba.

Y esas monstruosas mentiras, esas increíbles falsedades eran las que se enseñaban en nuestras escuelas.

Y tal vez tan pocas cosas nos puedan ayudar a ser revolucionarios como recordar hasta qué grado de infamia se había llegado, hasta qué grado de falseamiento de la verdad, hasta qué grado de cinismo en el propósito de destruir la conciencia de un pueblo, su camino, su destino; hasta qué grado de ignorancia criminal de los méritos y las virtudes y la capacidad de este pueblo —pueblo que hizo sacrificios como muy pocos pueblos hicieron en el mundo— para arrebatarse la confianza en sí mismo, para arrebatarse la fe en su destino.

Y de esta manera los que cooperaron con España en los 30 años, los que lucharon por la colonia, los que hicieron derramar la sangre de los mambises, aliados ahora con los interventores yanquis, aliados con los imperialistas yanquis, pretendieron hacer lo que no habían podido hacer en 30 años, pretendieron incluso escribir la historia de nuestra Patria amañándola y ajustándola a sus intereses, que eran sus intereses anexionistas, sus intereses imperialistas, sus intereses anticubanos y contrarrevolucionarios.

¿Con quiénes se concertaron los imperialistas en la intervención? Se concertaron con los comerciantes españoles, con los autonomistas. Hay que decir que en aquel primer gobierno de la República había varios ministros procedentes de las filas autonomistas que habían condenado a la Revolución. Se aliaron con los terratenientes, se aliaron con los anexionistas, se aliaron con lo peor, y, al amparo de la intervención militar y al amparo de la Enmienda Platt empezaron, sin escrúpulos de ninguna índole, a amañar la República y a preparar las condiciones para apoderarse de nuestra Patria.

[...] Ellos tuvieron que vivir aquella amarguísima experiencia de ver cómo a este país lo gobernaba un embajador yanqui; o cómo un funcionario insolente, a bordo de un acorazado, se anclaba en la bahía de La Habana a dictarle instrucciones a todo el mundo: a los ministros, al jefe del ejército, al presidente, a la Cámara de Representantes, al Senado.

Y lo que decimos son hechos conocidos, son hechos históricamente probados. Es decir, no tanto conocidos como probados, porque realmente las masas durante mucho tiempo lo ignoraron, durante mucho tiempo las engañaron. Y es necesario revolver los archivos, exhumar los documentos para que nuestro pueblo, nuestra generación de hoy, tenga una clara idea de cómo gobernaban los imperialistas, qué tipo de memorándum, qué tipo de papeles y qué tipo de insolencias usaban para gobernar a este país, al que se pretendía llamar país “libre”, “independiente” y “soberano”; para que nuestro pueblo conozca qué clase de libertadores eran esos, los procedimientos burdos y repugnantes que usaban en sus relaciones con este país, que nuestra generación actual debe conocer. Y si no los conoce, su conciencia revolucionaria no estará suficientemente desarrollada. Si las raíces y la historia de este país no se conocen, la cultura política de nuestras masas no estará suficientemente desarrollada. Porque no podríamos siquiera entender el marxismo, no podríamos siquiera calificarnos de marxistas si no empezásemos por comprender el propio proceso de nuestra Revolución, y el proceso del desarrollo de la economía y del pensamiento político y revolucionario en nuestro país durante cien años. Si no entendemos eso, no sabremos nada de política.

Y desde luego, desgraciadamente, mucho tiempo hemos vivido ignorantes de muchos hechos de la historia.

Porque si el interés de los que se aliaron aquí con los imperialistas era ocultar la historia de Cuba, deformar la historia de Cuba, eclipsar el heroísmo, el mérito extraordinario, el pensamiento y el ejemplo de nuestros héroes, los que realmente están llamados y tienen que ser los más interesados en divulgar esa historia, en conocer esa historia, en conocer esas raíces, en divulgar esas verdades, somos los revolucionarios.

Ellos tenían tantas razones para ocultar esa historia e ignorarla, como razones tenemos nosotros para demandar que esa historia, desde el 10 de Octubre de 1868 hasta hoy, se conozca en todas sus etapas. Y esa historia tiene pasajes muy duros, muy dolorosos, muy amargos, muy humillantes, desde la Enmienda Platt hasta 1959.

Y debe también conocer nuestro pueblo cómo se apoderaron los imperialistas de nuestra economía. Y eso, desde luego, lo sabe nuestro pueblo encarnación propia. No saben cómo fue, pero fue.

Y saben los hombres y mujeres de este país, sobre todo los de esta provincia, donde se inició la lucha, donde siempre se combatió por la libertad del país, cómo fue aquello que de repente todo pasó de manos de los españoles a manos de los americanos. Cómo fue aquello y por qué los ferrocarriles, los servicios eléctricos, las mejores tierras, los centrales azucareros, las minas y todo fue a parar a manos de ellos. Y cómo se produjo aquel fenómeno. Y qué es aquel fenómeno en virtud del cual en este país donde por los años 1915 ó 1920 había que traer trabajadores de otras Antillas porque no alcanzaban los brazos, algunas décadas después —en los años ventitantos, treintitantos, cuarentitantos y cincuentitantos, cada vez peor— había más hombres sin empleo, había más familias abandonadas, había más ignorancia. Cómo y por qué en este país donde hoy los brazos no alcanzan —los brazos liberados— para desarrollar las riquezas infinitas de nuestro suelo, para desarrollar las capacidades ilimitadas de nuestro pueblo, sin embargo los hombres tenían que cruzarse de brazos meses enteros y mendigar un trabajo, no ya en tiempo muerto, sino en la zafra.

Y cómo era posible que en esas tierras que regaron con su sangre decenas de miles de nuestros antepasados, decenas de miles de nuestros mambises; cómo era posible que en esa tierra regada por su sangre, el cubano en la república mediatizada no tuviera el derecho, no digo ya de recoger el pan, no tenía siquiera el derecho a derramar su sudor. De manera que donde nuestros luchadores por la independencia derramaron su sangre por la felicidad de este país, sus hermanos, sus descendientes, sus hijos, no tenían siquiera el derecho de derramar el sudor para ganarse el pan.

¿Qué república era aquella que ni siquiera el derecho al trabajo del hombre estaba garantizado? ¿Qué república era aquella donde no ya el pan de la cultura, tan esencial

al hombre, sino el pan de la justicia, la posibilidad de la salud frente a la enfermedad, a la epidemia, no estaban garantizados? ¿Qué república era aquella que no brindaba a los hijos del pueblo —que dio cientos de miles de vidas, pero que dio cientos de miles de vidas a un millón; pueblo que se inmoló en singular holocausto— la menor oportunidad? ¿Qué república era aquella donde el hombre no tenía siquiera garantizado el derecho al trabajo, el derecho a ganarse el pan en aquella tierra tantas veces regada con sangre de patriotas?

Y nos pretendían vender aquello como república, nos pretendían brindar aquello como Estado justo. Y en pocas regiones del país como en Oriente estas cosas se vivieron, estas experiencias se vivieron en carne propia; desde las decenas de miles de campesinos que tuvieron que refugiarse allá en las montañas hasta las faldas del Pico Turquino para poder vivir, a los hombres, a los trabajadores azucareros que vivieron o cuyos padres vivieron años terribles. ¡y qué porvenir esperaba a este país!

Pero el hecho fue que los yanquis se apoderaron de nuestra economía. Y si en 1898 poseían inversiones en Cuba por valor de 50 millones, en 1906 unos 160 millones en inversiones, y en 1927, 1 450 millones de pesos en inversiones.

No creo que haya otro país donde se haya producido en forma tan increíblemente rápida semejante penetración económica, que condujo a que los imperialistas se apoderaran de nuestras mejores tierras, de todas nuestras minas, nuestros recursos naturales; que explotaran los servicios públicos, se apoderaran de la mayor parte de la industria azucarera, de las industrias más eficientes, de la industria eléctrica, de los teléfonos, de los ferrocarriles, de los negocios más importantes, y también de los bancos.

Al apoderarse de los bancos, prácticamente podían empezar a comprar el país con dinero de los cubanos, porque en los bancos se deposita el dinero de los que tienen algún dinero y lo guardan, poco o mucho. Y los dueños de los bancos manejaban aquel dinero.

De esta forma, en 1927, cuando no habían transcurrido 30 años, las inversiones imperialistas en Cuba se habían elevado a 1 450 millones de pesos. Se habían apoderado de todo con el apoyo de los anexionistas o neanexionistas, de los autonomistas, de los que combatieron la independencia de Cuba. Con el apoyo de los gobiernos interventores se hicieron concesiones increíbles.

Un tal Preston compró en 1901, 75 000 hectáreas de tierra en la zona de la bahía de Nipe por 400 000 dólares, es decir, a menos de seis dólares la hectárea de esas tierras. Y los bosques que cubrían todas esas hectáreas de maderas preciosas, que fueron consumidas en las calderas de los centrales, valían muchas veces, incomparables veces, esa suma de dinero.

Vinieron con sus bolsillos rebosantes a un pueblo empobrecido por treinta años de lucha, a comprar de las mejores tierras de este país a menos de seis dólares la hectárea.

Y un tal MacCan compró 32 000 hectáreas ese mismo año al sur de Pinar del Río. Y un tal Jemes —si mal no recuerdo— ese mismo año compró en Puerto Padre 27 000 hectáreas de tierra.

Es decir, que en un solo año adquirieron mucho más de 10 000 caballerías de las mejores tierras de este país, con sus bolsillos repletos de billetes, a un pueblo que padecía la miseria de 30 años de lucha. Y así, sin derramar sangre y gastando un mínimo de sus riquezas se fueron apoderando de este país.

Y esa historia debe conocerla nuestro pueblo.

No sé cómo es posible que habiendo tareas tan importantes, tan urgentes como la necesidad de la investigación en la historia de este país, en las raíces de este país, sin embargo, son tan pocos los que se han dedicado a esas tareas. Y antes prefieren dedicar sus talentos a otros problemas, muchos de ellos buscando éxitos baratos mediante lectura efectista, cuando tienen tan increíble caudal, tan increíble tesoro, tan increíble riqueza para ahondar primero que nada y para conocer primero que nada las raíces de este país. Nos interesa, más que corrientes que por snobismo puro se trata

de introducir en nuestra cultura, la tarea seria, la tarea necesaria, la tarea imprescindible, la tarea justa de ahondar y profundizar en las raíces de este país.

Y nosotros debemos saber, como revolucionarios, que cuando decimos de nuestro deber de defender esta tierra, de defender esta Patria, de defender esta Revolución, hemos de pensar que no estamos defendiendo la obra de 10 años, hemos de pensar que no estamos defendiendo la revolución de una generación: ¡hemos de pensar que estamos defendiendo la obra de 100 años! ¡Hemos de pensar que no estamos defendiendo aquello por lo cual cayeron miles de nuestros compañeros, sino aquello por lo cual cayeron cientos de miles de cubanos a lo largo de 100 años.

Con el advenimiento de la victoria de 1959, se planteó en nuestro país de nuevo — y en un plano más elevado aún— problemas fundamentales de la vida de nuestro pueblo. Porque si bien en 1868 se discutía la abolición o no de la esclavitud, se discutía la abolición o no de la propiedad del hombre sobre el hombre, ya en nuestra época, ya en nuestro siglo, ya al advenimiento de nuestra Revolución, la cuestión fundamental, la cuestión esencial, la que habría de definir el carácter revolucionario de esta época y de esta Revolución, ya no era la cuestión de la propiedad del hombre sobre el hombre, sino de la propiedad del hombre sobre los medios de sustento para el hombre.

Si entonces se discutía si un hombre podía tener 10 y 100 y 1000 esclavos, ahora se discutía si una empresa yanqui, si un monopolio imperialista tenía derecho a poseer 1 000, 5 000, 10 000 ó 15 000 caballerías de tierra; ahora se discutía el derecho que podían tener los esclavistas de ayer a ser dueños de las mejores tierras de nuestro país. Si entonces se discutía el derecho del hombre a poseer la propiedad sobre el hombre, ahora se discutía el derecho que podía tener un monopolio o quien fuera, aquel propietario de un banco donde se reunía el dinero de todos los que depositaban allí, si un monopolio o un oligarca tenía derecho a ser dueño de un central azucarero donde trabajaba un militar de obreros: si era justo que un monopolio o un oligarca fuera dueño de una central termoeléctrica, de una mina, de una industria cualquiera que valía decenas de miles o cientos de miles, o millones o decenas de millones de pesos; si era justo que una minoría explotadora poseyera cadenas de almacenes sin otro destino que enriquecerse encareciendo todos los bienes que este país importaba. Si en el siglo pasado se discutía el derecho del hombre a ser propietario de otros hombres, en este siglo —en dos palabras— se discutía el derecho de los hombres a ser propietarios de los medios de los que tiene que vivir el hombre.

Y ciertamente no era más que una libertad ficticia. Y no podía haber abolición de esclavitud si formalmente los hombres eran liberados de ser propiedad de otros hombres y, en cambio, la tierra y la industria —de la cual tendrían que vivir— eran y seguían siendo propiedad de otros hombres. Y los que ayer esclavizaron al hombre de manera directa, en esta época esclavizaban al hombre y lo explotaban de manera igualmente miserable a través del monopolio de las riquezas del país y de los medios de sustentación del hombre.

Por eso, si una revolución en 1868 para llamarse revolución tenía que comenzar por dar libertad a los esclavos, una revolución en 1959, si quería tener el derecho de llamarse re-volución, tenía como cuestión elemental la obligación de liberar las riquezas del monopolio de una minoría que las explotaba en beneficio de su provecho exclusivo, liberar a la sociedad del monopolio de una riqueza en virtud de la cual una minoría explotaba al hombre.

¿Y qué diferencia había entre el barracón del esclavo en 1868 y el barracón del obrero asalariado en 1958? ¿Qué diferencia, como no fuera que —supuestamente libre el hombre— los dueños de las plantaciones y de los centrales en 1958 no se preocupaban si aquel obrero se moría de hambre, porque si aquel se moría había otros 10 obreros esperando para realizar el trabajo? Si se moría, como ya no era una propiedad suya que compraba y vendía en el mercado, no le importaba siquiera si se moría o no un trabajador, su mujer o sus hijos. Estas son verdades que los orientales conocen demasiado bien

Y así fue suprimida la propiedad directa del hombre sobre el hombre, y perduró la propiedad del hombre sobre el hombre a través de la propiedad y el monopolio de las riquezas y de los medios de vida del hombre. Y suprimir y erradicar la explotación del hombre por el hombre era suprimir el derecho al monopolio sobre aquellos medios de vida que pertenecen y deben pertenecer a toda la sociedad.

Si la esclavitud era una institución salvaje y repugnante, explotadora directa del hombre, el capitalismo era también igualmente una institución salvaje y repugnante que debía ser abolida. Y si la abolición de la esclavitud era comprendida totalmente por las generaciones contemporáneas, también algún día las generaciones venideras, los niños de las escuelas, se asombrarán de que les digan que un monopolio extranjero, —administrándolo a través de un funcionario insolente— era dueño de 10 000 caballerías de tierra donde allí mandaba como amo y señor, era dueño de vidas y de haciendas, tanto como nosotros nos asombramos hoy de que un día un señor fuera propietario de decenas y cientos y aun de miles de esclavos.

Y tan racional como le parecía a la generación contemporánea un hombre amarrado a un grillo, igualmente monstruoso les parecerá a las generaciones venideras, mucho más que a nuestra propia generación. Porque los pueblos muchas veces se acostumbran a ver cosas monstruosas sin darse cuenta de su monstruosidad, y se acostumbran a ver algunos fenómenos sociales con la misma naturalidad con que se ve aparecer la luna por la noche o el sol por la mañana o la lluvia o la enfermedad, y acaban por adaptarse a ver instituciones monstruosas como plagas tan naturales como las enfermedades.

Y, claro está, no eran precisamente los privilegiados que monopolizaban las riquezas de este país, quienes iban a educar al pueblo en estas ideas, en estos conceptos, quienes iban a abrirle los ojos quienes iban a mandarle un alfabetizador, quienes iban a abrirle una escuela. No eran las minorías privilegiadas y explotadoras las que habrían de reivindicar la historia de nuestro país, las que habrían de reivindicar el proceso. Las que habrían de honrar dignamente a los que hicieron posible el destino ulterior de la Patria. Porque quienes no estuvieran interesados en la Revolución, sino en impedir las revoluciones, quienes no estuvieran interesados en la justicia, sino en medrar y enriquecerse de la injusticia, no podrían estar jamás interesados en enseñar a un pueblo su hermosa historia, su justiciera Revolución, su heroica lucha en pro de la dignidad y de la justicia.

Y por eso a esta generación le tocó vivir las experiencias de manera muy directa, y le tocó conocer también de expediciones organizadas en tierras extranjeras, precedidas de los bombardeos y de los ataques piratas, organizadas allí por los “prohombres” del imperialismo, organizadas acá por los que en solo 30 años se habían apoderado de la riqueza de este país para aplastar la Revolución y para establecer de nuevo el monopolio de las riquezas por minorías privilegiadas explotadoras del hombre.

Le correspondió a esta generación ver también los anexionistas de hoy, los débiles de todos los tiempos, los Voluntarios de hoy —es decir, no en el sentido que hoy tiene la palabra, o en el sentido que hoy tiene la palabra guerrillero, sino en el sentido de ayer—, Voluntarios de ayer, guerrilleros de ayer, que así se llamaba en aquella época a los que perseguían a los combatientes revolucionarios, a los que asesinaron a los estudiantes, a los que macheteaban a los mambises heridos cuando trataban de restablecerse en sus pobres y desvalidos e indefensos hospitales de sangre.

Esos los vemos en los que hoy tratan de destruir la riqueza del país, en los que hoy sirven a los imperialistas, en los que hoy —cobardes e incapaces del trabajo y del sacrificio— se mudan hacia allá. Cuando llegó aquí la hora del trabajo, cuando llegó la hora de edificar la Patria, cuando llegó la hora de liberar los recursos naturales y humanos para cumplir el destino de nuestro pueblo, lo abandonan y se ponen allá de parte de sus amos, al servicio de la causa infamante del imperialismo, enemigo no sólo de nuestro pueblo, sino enemigo de todos los países del mundo.

De manera que a esta generación le ha correspondido conocer las experiencias de la lucha, de las luchas en el campo de la ideología, la lucha contra los electoralistas defendiendo las legítimas tesis revolucionarias; le tocó conocer la lucha en sí, le tocó conocer las grandes batallas ideológicas después del triunfo de la Revolución, le tocó conocer las experiencias del proceso revolucionario, le tocó enfrentarse al imperialismo yanqui, le tocó enfrentarse a sus bloqueos, a su hostilidad, a sus campañas difamantes contra la Revolución, y le tocó enfrentarse al tremendo problema del subdesarrollo.

Debemos decir que la lucha se repite en diferente escala, pero también en diferentes condiciones. En 1868 y en 1895 y durante 60 años de república mediatizada —o casi 60 años— los revolucionarios eran una minoría, los instrumentos del poder estaban en manos de los reaccionarios; los colonialistas, los autonomistas, tenían la fuerza, tenían el poder, hacían las leyes contra los revolucionarios. Lo mismo ocurrió durante toda la lucha de 1895 y lo mismo ocurrió hasta 1959.

Hoy nuestro pueblo se enfrenta a corrientes similares a las mismas ideas reaccionarias revividas, a los nuevos intérpretes del autonomismo, del anexionismo, se enfrentan a los proimperialistas y a los imperialistas. Pero se enfrenta en condiciones muy distintas.

En 1868 los cubanos organizaron su gobierno en la manigua; había divisiones y discordias propias de todo proceso. También ocurrieron cosas similares a lo largo de estos cien años. Los heroicos luchadores proletarios en la mediatizada —Baliño, Mella, Guiteras, Jesús Menéndez— tenían que enfrentarse a los esbirros, a los explotadores asistidos de sus mayores y sus guardias rurales, y caían abatidos por las balas asesinas en el exilio o en la propia tierra, en México, o en Manzanillo, o desaparecían como tantos revolucionarios, como fue desaparecido Paquito Rosales, hijo de este pueblo.

De estos cien años, durante noventa años, la Revolución no había podido abarcar todo el país, la Revolución no había podido tomar el poder, la Revolución no había podido constituirse en gobierno, la Revolución no había podido desatar las fuerzas formidables del pueblo, la Revolución no había podido echar a andar el país. Y no es que no hubiese podido porque los revolucionarios de entonces fuesen menos capaces que los de hoy —¡no, de ninguna forma!— sino porque los revolucionarios de hoy tuvieron el privilegio de recoger los frutos de las luchas duras y amargas de los revolucionarios de ayer. Porque los revolucionarios de hoy encontramos un camino preparado, una nación formada, un pueblo realmente con conciencia ya de su comunidad de intereses; un pueblo mucho más homogéneo, un pueblo verdaderamente cubano, un pueblo con una historia, la historia que ellos escribieron; un pueblo con una tradición de lucha, de rebeldía, de heroísmo. Y a la actual generación le correspondió el privilegio de haber llegado a la etapa en que el pueblo al fin, al cabo de 90 años, se constituye en poder, establecer su poder. Ya no era el poder de los colonialistas y sus aliados, ya no era el poder de los imperialistas interventores yanquis y sus aliados, los autonomistas, los neoanexionistas, los enemigos de la Revolución.

Y por eso, en esta ocasión se constituye el poder del pueblo, el genuino poder del pueblo; no el poder frente al pueblo y contra el pueblo, que había sido el poder conocido durante más de cuatro siglos, desde la época de la colonia, desde que los españoles en las cercanías de este sitio quemaron vivo al indio Hatuey hasta que los esbirros de Batista, vísperas de su derrota, asesinaban, y quemaban vivos a los revolucionarios. Era por primera vez el poder frente a los monopolios, frente a los intereses, frente a los privilegios, frente a los poderosos sociales. Era el poder frente al privilegio y contra el privilegio, era el poder frente a la explotación y contra la explotación, era el poder frente al colonialismo y contra el colonialismo, el poder frente al imperialismo y contra el imperialismo. Era, por primera vez, el poder con la Patria y para la Patria, era por primera vez el poder con el pueblo y para el pueblo, Y no eran las armas de los mercenarios, no eran las armas de los imperialistas, sino las armas

que el pueblo arrebató a sus opresores, las armas que el pueblo arrebató a los gendarmes y a los guardianes de los intereses del imperialismo, que pasaron a ser sus armas; pueblo que pasó a ser un ejército. Tuvo esta generación por primera vez la oportunidad de comenzar a trabajar desde ese poder nuevo, desde ese poder revolucionario y extendido a todo el país.

Lógicamente, los enemigos de clase, los explotadores, los oligarcas, los imperialistas, que poseían 1 450 millones, no podían estar con ese poder; tenían que estar contra ese poder. Los politiqueros, los “botelleros”, los parásitos de toda índole, los especuladores, los explotadores del juego, del vicio, los propagadores de la prostitución, los ladrones, los que se robaban descaradamente el dinero de los hospitales, de las escuelas, de las carreteras, los dueños de decenas de miles de caballerías de las mejores tierras, de las mejores fábricas, los explotadores de nuestros campesinos y de nuestros obreros no podían estar con ese poder sino contra ese poder.

Y desde entonces el pueblo en el poder desarrolla su lucha, no menos difícil, no menos dura, frente al imperialismo yanqui y contra el imperialismo yanqui, el más poderoso país imperialista, el gendarme de la reacción en el mundo. Poder acostumbrado a destruir gobiernos, a destruir gobiernos que insinuaban un camino de liberación derrocarlos mediante golpes de Estado o invasiones mercenarias, destruir los movimientos políticos mediante represalias económicas, se ha estrellado toda su técnica, todos sus recursos, todo su poderío se ha estrellado contra la fortaleza de la Revolución.

Porque la Revolución es el resultado de 100 años de lucha, es el resultado del desarrollo del movimiento político, de la conciencia revolucionaria, armada del más moderno pensamiento político, armada de la más moderna y científica concepción de la sociedad, de la historia y de la economía, que es el marxismo-leninismo; arma que vino a completar el acervo, el arsenal de la experiencia revolucionaria y de la historia de nuestro país.

Y no solo armado de esa experiencia y de esa conciencia, sino pueblo que ha podido vencer los factores que lo dividían, las divisiones de grupo, los caudillos, los regionalismos, para ser una sola fuerza, para ser un solo pueblo revolucionario[...].

Y así también hoy, el pueblo, con su partido que es su vanguardia, armado de las más modernas concepciones, armado de la experiencia de 100 años, habiéndose desarrollado al máximo grado la conciencia revolucionaria, política y patriótica, ha logrado vencer sobre vicios seculares y constituir esta unidad y esta fuerza de la Revolución.

[...] Hechos como el del día 8, en que con motivo del Centenario y también como homenaje al Guerrillero Heroico —caído gloriosamente en fecha que casi coincidió con el 10 de Octubre—, decidido a realizar un esfuerzo digno de esta jornada, llegó a sembrar en un solo día 1 031 caballerías de caña.

Y sirva esto de idea acerca de lo que es capaz un pueblo cuya inteligencia, cuya energía, cuyas fuerzas potenciales se despliegan.

Debo decir que esta cifra realmente rebasa las cifras más optimistas, las cifras más altas que se hubieran podido concebir. Es necesario un pueblo de verdad trabajando para lograr esas cosas, y es necesario un pueblo realmente consciente e inspirado para realizar esas cosas.

Este homenaje, o este aniversario, tiene lugar en el momento de máximo auge de la Revolución en todos los campos. Pero esto no significa que 100 años de lucha signifique, ni mucho menos, la culminación de la lucha, el fin de la lucha. Pero nunca, jamás, hemos estado en mejores condiciones que hoy; nunca hemos estado más organizados, nunca hemos estado mejor armados, no solo armados con armas, armados con “hierros”, sino armados de pensamientos, armados de ideas. Nunca, jamás, hemos estado mejor armados de ideas y de “hierros”, nunca hemos estado mejor organizados. Y seguiremos armándonos en ambas direcciones, y seguiremos organizándonos, y seguiremos haciéndonos cada vez más fuertes.

El imperialismo está ahí enfrente, el plan y actitud insolentes, amenazantes; las fuerzas más reaccionarias levantan cabeza, los grupos más retrógrados y agresivos se insinúan como factores preponderantes en la política futura de ese país.

Conmemoramos este aniversario, este centenario, estos 100 años, no en beatífica paz, sino en medio de la lucha, de amenazas y de peligros. Pero nunca como hoy hemos estado conscientes, nunca como hoy para nosotros las cosas han sido tan claras.

Esta generación no solo se ha de concretar a haber culminado una etapa, haber llegado a objetivos determinados, a poder presentar hoy una meta cumplida, una tarea histórica realizada; una Patria libre, verdaderamente libre; una revolución victoriosa, un poder del pueblo y para el pueblo; sino que esta Revolución tiene que defender ese poder, porque los enemigos no se resignarán fácilmente, el imperialismo valiéndose de sus recursos no nos dejará en paz. Y el odio de los enemigos crece a medida que la Revolución se fortalece, a medida que sus esfuerzos han sido inútiles.

¿A qué grados llegan? A increíbles grados en todos los órdenes. Llegan, incluso, a extraordinarios ridículos.

Recientemente leíamos un cable en que hablaba de un cura español que organizaba en Miami rezos contra la Revolución; un cura español que, según decía, rezaba para que la Revolución se destruyera, incluso daba misas y rogativas para que los dirigentes revolucionarios nos muriéramos en un accidente o asesinados, como requisito para aplastar la Revolución.

¡Cuán equivocados están si creen que la Revolución puede ser aplastada por ningún camino! Es innecesario siquiera recalcarlo. ¡Ahora menos que nunca!

Pero llama la atención esta filosofía de los reaccionarios, esta filosofía de los imperialistas.

Y ellos mismos decían que organizaban un mitin contrarrevolucionario y, apenas iban doscientos, organizaban un rezo contra la Revolución e iban miles de gusanos. Eso, desde luego, denota que a la contrarrevolución le va quedando toda la gusanera beata y ridícula que se reúne a hacer misas. ¡Vaya espíritu religioso el de esos creyentes! ¡Vaya espíritu religioso el de ese cura que da misas para que asesinen o para que se muera la gente!

De verdad que si el cura nos dijera que hay una oración para destruir a los imperialistas, ciertamente nosotros nos negaríamos rotundamente a rezar semejantes oraciones; y si el cura nos dijera que hay una oración para rechazar a los imperialistas si invaden este país, nosotros le diríamos a ese cura: ¡váyase al diablo con su oración que nosotros nos vamos a encargar de aniquilar aquí a los invasores, a los imperialistas, a tiro limpio y a cañonazo limpio!

Los vietnamitas no rezan oraciones contra los imperialistas, ni el heroico pueblo de Corea rezó oraciones contra los imperialistas, ni nuestros milicianos rezaron oraciones contra los mercenarios que venían armados de calaveras, crucifijos y no sé cuantas cosas más; venían en nombre de Dios, con cura y todo, a asesinar mujeres campesinas, a asesinar niños y niñas, a destruir las riquezas de este país.

Y ya vemos hasta qué punto han degenerado los reaccionarios, hasta qué punto han prostituido sus propias concepciones y sus propias doctrinas, y a qué extremos llegan y qué clase de sentimientos son esos. Desde luego, cosas de los aliados de los imperialistas, cosas de la gusanera.

Pero, desde luego, no son los rezos del cura y su muchedumbre de beatos y beatas las cosas que le preocuparían a esta Revolución. Es el imperialismo con us recursos militares y técnicos. Y es contra ese imperialismo y contra esas amenazas que nosotros debemos siempre estar preparados y prepararnos cada vez más.

El estudio de la historia de nuestro país no solo ilustrará nuestras conciencias, no solo iluminará nuestro pensamiento, una fuente inagotable de heroísmo, una fuente inagotable de espíritu de sacrificio, de espíritu de lucha y de combate.

Lo que hicieron aquellos combatiente, casi desarmados, ha de ser siempre motivo de inspiración para los revolucionarios de hoy; ha de ser siempre motivo de confianza

en nuestro pueblo, en su fuerza, en su capacidad de lucha, en su destino; ha de darle seguridad a nuestro país de que nada ni nadie en este mundo podrá derrotarnos, nada ni nadie en este mundo podrá aplastarnos, ¡y que a esta Revolución nada podrá vencerla!

Porque este pueblo, igual que ha luchado 100 años por su destino es capaz de luchar otros 100 años por ese mismo destino. Este pueblo lo mismo que fue capaz de inmolarse más de una vez, será capaz de inmolarse cuantas veces sea necesario.

Esas banderas que ondearon en Yara, en la Demajagua, en Baire, en Baraguá, en Guáimaro; esas banderas que presidieron el acto sublime de libertar la esclavitud; esas banderas que han presidido la historias revolucionaria de nuestro país, no serán jamás arriadas. Esas banderas y lo que ellas representan serán defendidas por nuestro pueblo hasta la última gota de su sangre.

Bien: podían todavía en 1889 alegar esos insulsos contra la Patria, ignorando sus heroísmos, su desigual y solitaria lucha; podían decirnos que éramos los últimos. Y es cierto y no por culpa de esta nación. No podía culparse de algo a la nación que no existía, al pueblo que no existía como tal pueblo. Pero la nación que existe desde que surgió la vida con la sangre de los que aquí se alzaron el 10 de octubre de 1868, el pueblo que se fundó en aquella tradición, el pueblo que inicio su ascenso en la historia, que inició el desarrollo de su pensamiento político y su conciencia, que tuvo la fortuna de contar con aquellos hombres extraordinarios como pensadores y como combatientes, ya no podrá decir hoy nadie que es el último. Ya no somos solo el pueblo que hace 100 años abolió la esclavitud; ya no somos el último en abolir la esclavitud, es decir, la propiedad del hombre sobre el hombre: ¡somos hoy el primero en este Continente en abolir la explotación del hombre sobre el hombre!

Fuimos el último en comenzar, es cierto, pero hemos llegado tan lejos como nadie. Hemos erradicado el sistema capitalista de explotación; hemos convertido al pueblo en dueño verdadero de su destino y de sus riquezas. Fuimos el último en librarnos de la Colonia, pero hemos sido los primeros en librarnos del imperio. Fuimos los últimos en librarnos de un modo de producción esclavista; los primeros en librarnos del modo de producción capitalista, y con el modo de producción capitalista de su podrida estructura política e ideológica. Hemos echado abajo las mentiras con que pretendieron engañarnos durante tantos años. Estamos reivindicando y restableciendo la verdad de la historia. Hemos recuperado nuestras riquezas, nuestras minas, nuestras fábricas, nuestros bosques, nuestras montañas, nuestros ríos, nuestra tierra.

Y en esa tierra que se regó tantas veces con sangre de patriotas, se riega hoy el sudor honesto de un pueblo; que de esa tierra, con ese sudor de su frente, con esa tierra conquistada con la sangre de sus hijos, sabrá ganarse honradamente el pan que nos quitaban de la mano y de la boca.

Somos hoy la comunidad humana de este Continente que ha llegado al grado más alto de conciencia y de nivel político; ¡somos el primer Estado socialista! Los últimos ayer, ¡los primeros hoy en el avance hacia la sociedad comunista del futuro!, la verdadera sociedad del hombre para el hombre, del hombre hermano del hombre.

Y ya no solo luchamos por erradicar los vicios y las instituciones que tienen una relación negativa del hombre con los medios de producción, sino que tratamos de llevar la conciencia del hombre a su grado más alto. Ya no solo la lucha contra las instituciones que esclavizan al hombre, sino contra los egoísmos que esclavizan todavía a muchos hombres, contra los individualismos que apartan a algunos hombres de la fuerza de la colectividad. Es decir, ya no solo pretendemos librar al hombre de la tiranía que las cosas ejercían sobre el hombre, sino de ideas seculares que todavía tiranizan al hombre.

Por eso podemos afirmar que desde el 10 de octubre de 1868 hasta hoy, 1968, el camino de nuestro pueblo ha sido un camino ininterrumpido de avance, de grandes saltos, rápidos avances, nuevas etapas de avance y nuevas etapas de avance

Tenemos sobrados motivos para contemplar esta historia con orgullo. Tenemos sobrados motivos para comprender esa historia con profunda satisfacción. Nuestra

historia cumple 100 años. No la historia de la colonia, que tiene más; ¡la historia de la nación cubana, la historia de la patria cubana, la historia del pueblo cubano, de su pensamiento político, de su conciencia revolucionaria.

“Discurso pronunciado en la Velada Conmemorativa de los 100 años de lucha, 10 de octubre de 1868”. Discursos, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. I, p. 60-96.

1969

La libertad es un derecho, que se ha sabido conquistar por los pueblos

Acto de solidaridad con Viet Nam del Sur, en ocasión de la visita de Tran Buu Kien, Presidente del FNL. La Habana, 3 de junio

[...] Y nosotros nos hemos reunido esta noche para expresar en concreto nuestro apoyo total a las posiciones concretas y a los puntos¹ concretos del Frente Nacional de Liberación² en las conversaciones de París.

De manera que estos puntos contienen no sólo un derecho legítimo, sino un derecho que se ha sabido defender, un derecho que se ha sabido conquistar, un derecho al cual es acreedor el pueblo de Viet Nam del Sur tanto o más que cualquier otro pueblo del mundo, puesto que no son dos días ni tres días ni tres meses, sino que hace treinta años —¡treinta años!— que viene luchando el pueblo de Viet Nam contra poderosísimas fuerzas imperialistas y reaccionarias. ¡Treinta años! No es un derecho que se mendiga.

Martí decía que los derechos se tomaban, no se imploraban; se arrebataban, no se mendingaban. Y Maceo decía que los derechos se conquistaban con el filo del machete.

He aquí que estas posiciones conciernen no sólo al derecho, no sólo a la justicia, no solo a la moral sino también a los hechos.

Ediciones COR No. 10, Instituto Cubano del Libro, La Habana 1969, pp. 18, 21-22.

1971

Estar en disposición de dar todos los días la vida por la patria

Décimo aniversario de la Victoria de Playa Girón. La Habana, 19 de abril

La Revolución Cubana había comenzado hace más de cien años. Y representó en cada época, en cada momento, una línea, una meta, un objetivo, que fue en aquella primera fase la independencia.

Pero ya incluso nuestra Revolución era antiimperialista. Y nuestra Revolución se radicalizaba cada vez más. De entre las primeras ideas de los propios insurrectos¹ en 1868 a las ideas de Martí, ya había transcurrido un largo trecho. Incluso, en las primeras fases de aquella lucha, todavía los revolucionarios en aquellos tiempos veían en Estados Unidos el papel que durante ciertamente un largo periodo de la historia universal representó este país, a donde iban los peregrinos, donde se hizo una de las primeras revoluciones liberales contemporáneas, y que ciertamente durante mucho tiempo sirvió de modelo a otros países.

De modo tal que todavía en aquella época, 1868, había algunos cubanos insurrectos que hablaban de anexionismo, algunos.

Sin embargo, aquella revolución se fue radicalizando, aquellas ideas fueron siendo barridas, totalmente olvidadas, desechadas de manera absoluta. Y ya en 1895 ese proceso, radicalizado por la participación popular, por la participación de lo más humilde de nuestro pueblo, de los esclavos liberados, de una dirección que había surgido precisamente de los estratos humildes, se fue radicalizando. Y quien olvida aquella frase de Maceo cuando dijo: quien intente apoderarse de Cuba, recogerá el polvo de su suelo anegado en sangre, si es que no perece en la contienda.

Y ya Martí, cuando habló con más libertad que nunca, cuando sencillamente escribió todo lo que tenía dentro, en aquella carta a su amigo Manuel Mercado, dijo con una claridad incuestionable la felicidad que sentía de estar en disposición de dar todos los días la vida por su Patria y de cumplir aquel deber elemental de evitar con la independencia de Cuba que los Estados Unidos se extendieran por las Antillas y que con esa fuerza más cayeran sobre los pueblos de América.

Y añadió enseguida que todo cuanto había hecho hasta ese día y haría era para eso.

El mismo Martí que había dicho también que con los pobres de este mundo quería echar su suerte. Y el mismo Martí que admiraba a Carlos Marx porque se puso del lado de los pobres.

Ya era un pensamiento revolucionario en plena evolución y desarrollo.

Aquel adoctrinamiento que comenzaba desde niños, presentando a los yanquis como libertadores de la Patria, como los bondadosos libertadores de la Patria; aquel adoctrinamiento que pretendía reducir todos los valores de nuestra historia; aquel adoctrinamiento similar al que después realizaron en Puerto Rico, para aplastar la corriente independentista, para aplastar los valores nacionales de ese pueblo que, como se dijo, con relación a Cuba, eran algo así como “de un pájaro las dos alas”.²

Y nadie se olvide que Martí comenzó su lucha por la independencia. Y cuando la proclama de Martí, Maceo y los libertadores, fue una proclama por la independencia de Cuba y de Puerto Rico.

Los Estados Unidos prácticamente trataron de hacer algo similar con nuestro país.

Los primeros que lucharon por la independencia de nuestros pueblos no concibieron esto que tenemos hoy. Nada más lejos de sus aspiraciones y de sus objetivos. Bolívar, San Martín, Sucre, lucharon por otra América, por una América unida, por una América fuerte; no por una América balcanizada, impotente y débil.

Quién más que Martí y quién con más convicción que Martí desarrolló estos sentimientos latinoamericanistas.

Mas si en aquella época podía ser producto de un ideal, de una racionalización del pensamiento, en esta época aquellas aspiraciones constituyen una cuestión vital de la existencia de todos y cada uno de nuestros pueblos.

Ha tenido nuestro país el privilegio de ser el primero, el privilegio de poder profundizar en su conciencia política, en su conciencia revolucionaria. Corresponde a nuestro país una gran responsabilidad, corresponde a las generaciones venideras seguir el camino trazado en nuestras luchas por la independencia, seguir el camino trazado por Martí en Dos Ríos, sería el camino a seguir por los combatientes y los héroes de Girón, seguir el camino que nos trazan las realidades del mundo en que vivimos, seguir el camino que nos trazan las leyes de la historia.

Ediciones COR. No 1, Instituto Cubano del Libro, La Habana, pp. 7-8, 8-9, 18, 26-27.

**La escuela es el centro donde
se forma al joven para la vida**

Inauguración de la Secundaria Básica en el campo. “Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura”. Matanzas, 25 de abril

Esta escuela reúne dos ideas que son fundamentales, dos ideas que son similares, y las dos emanadas de dos grandes pensadores: de Marx y de Martí. Ambos concibieron la escuela vinculada al trabajo, es decir, concibieron la escuela como el centro donde se forma al joven para la vida y se forma en todo los órdenes, el centro donde se forma integralmente al hombre, donde se le da una formación completa.

Y como esa formación es completa en una sociedad sin explotadores ni explotados, en una sociedad colectivista, en la que los bienes materiales tienen que ser producidos por todos los miembros de esa sociedad, todos los bienes materiales y todos los servicios, es lógico que el trabajo, la formación para el trabajo, el concepto del trabajo y la preparación para el trabajo formen parte esencial de la educación.

Se forma un hombre integral.

Ediciones COR No 2, Instituto Cubano del Libro, La Habana 1971, pp. 32-33.

Conozco al monstruo porque viví en sus entrañas

Concentración en el Estadio de Rancagua.
Chile, 24 de noviembre

[...] Nosotros recordamos siempre las palabras de Martí, escrita desde los campos de batalla. Martí desembarca al inicio de la Guerra de Independencia en 1895, se une a las fuerzas libertadoras. Él había organizado el partido de la independencia, que lo llamó el Partido Revolucionario Cubano; él había sido elegido delegado de aquel Partido. Fue alma de la organización de aquella lucha. Reunió los hombres, reunió los combatientes veteranos de la guerra de 1968, reunió los recursos. Y cuando estaba próxima a iniciarse aquella lucha, tres barcos cargados de armas fueron capturados y confiscados en los puertos de Estados Unidos. Se vieron en la necesidad de desembarcar en Cuba prácticamente sin armas.

Por el sur de Oriente llegaba Martí en un bote, acompañado de Máximo Gómez y otros combatientes; por el norte de la provincia desembarcaba Maceo, pero al cabo de unos meses tenían ya miles de hombres unidos a ellos. Siguieron un camino difícil en los primeros días y las primeras semanas. Y Martí el 19 de mayo de 1895, en un lugar conocido por Dos Ríos; en un combate entre fuerzas cubanas y españolas, acompañado de su ayudante; él filósofo, poeta, intelectual de los más preclaros que ha dado este Continente, hombre de extraordinaria sensibilidad, de enorme cultura, de un patriotismo a toda prueba, de un pensamiento latinoamericanista, aquel patriota, aquel dirigente, cuando llegó la hora de la lucha, cuando presencia el primer combate, repito, junto a su ayudante, cargó contra las filas enemigas, avanzó hacia ellas, atacó y murió heroicamente aquel 19 de mayo.

Pero el día antes de su muerte había escrito una carta, y en ella expresaba un pensamiento que está en la introducción de la Segunda Declaración de la Habana.³

Él había dicho en esa carta: “Conozco al monstruo porque viví en sus entrañas”. Él dijo en esa carta, vísperas de su muerte: “Todo cuanto he hecho hasta hoy y haré es para impedir que Estados Unidos se apodere de Cuba y caiga con esa fuerza más sobre los pueblos hermanos de América”.

La guerra duró tres años, las fuerzas españolas estaban virtualmente agotadas. Y entonces se produce en ese momento, después de tantos y tantos años de lucha, la intervención de Estados Unidos, que se presentó, desde luego, como amigo de los cubanos, como amigo de los luchadores cubanos por la independencia.

Organizó la lucha por la independencia de Cuba en el siglo pasado

Palabras en la escuela “Che Guevara”
Varsovia, Polonia 7 de junio

Nosotros queremos darles las gracias. Queremos darles las gracias a los profesores y darles las gracias a ustedes. Estamos muy contentos de visitar esta escuela y reunirnos con los alumnos de las escuelas “José Martí” y “Che Guevara”. Son dos nombres, dos símbolos, que nosotros queremos mucho y recordamos mucho.

Martí fue el que organizó la lucha por la independencia de Cuba en el siglo pasado. Un gran pensador, un gran escritor, un gran poeta, un gran luchador, un gran revolucionario, que murió combatiendo por la independencia de Cuba.

Che Guevara es un joven de esta época que nació en Argentina, que recorrió la América Latina, que se reunió con los cubanos, que luchó por el triunfo de la Revolución contra el imperialismo yanqui, hasta que obtuvimos la victoria.

José Martí nos enseñó ese espíritu internacionalista

Sesión solemne del Comité Central del PCUS,
del Soviet Supremo de la Unión Soviética
y el Soviet Supremo de la Federación
Socialista Soviética Rusa, en homenaje
al cincuentenario de la Unión Soviética.
Moscú Unión Soviética 22 de diciembre

José Martí, guía y apóstol de nuestra guerra de independencia contra España, nos enseñó ese espíritu internacionalista que Marx, Engels y Lenin confirmaron en la conciencia de nuestro pueblo. Martí pensaba que “patria es humanidad”, y nos trazó la imagen de una América Latina unida frente a la otra América imperialista y soberbia, “revuelta y brutal” —como el decía—, que nos despreciaba.

Ese momento de la historia

Concentración popular por el Día Internacional de los Trabajadores. La Habana, 1ro. de mayo

Si hay una tierra en este Continente, si hay un pueblo que escapó a duras penas de caer en las garras de Estados Unidos, un pueblo que escapó —en muy difíciles circunstancias— de ser convertido en un Estado más, o en una colonia de Estados Unidos, esa tierra es Cuba y ese pueblo es el pueblo cubano.

Y hay hechos que no pueden ser negados, que son demasiado objetivo y demasiado elocuentes: la historia de los Estados Unidos de Norteamérica, desde que surgió como nación ha sido una historia expansionista y una historia de engrandecimiento de su poder y de sus recursos a costa de los pueblos de América Latina. Y en un mayor o menor grado, todos los pueblos de América Latina han sufrido las consecuencias de las agresiones de Estados Unidos. Y uno de los que más, fue precisamente México, al que le arrebataron primeramente la región de Texas, en 1836, y las regiones de Nuevo México y California en 1848, reduciendo en más de la mitad el territorio de ese país, a costa del cual se engrandeció Estados Unidos.

Con relación a Cuba, existieron desde principios de ese siglo intenciones de Estados Unidos de apoderarse de ella.

Ya desde 1808 se hablaba en Estados Unidos de la ocupación de Cuba. Y en esos propósitos se mantuvieron prácticamente durante un siglo; es decir, prácticamente hasta que casi lo consiguieron.

Ya hubo alguien en aquellos tiempos que dijo que Cuba, al igual que una manzana desprendida del árbol por el viento, aunque quisiera no podría dejar de caer al suelo, desprendida de España, inevitablemente tendría que caer en manos de Estados Unidos.

A mediados de siglo se fomentó un fuerte movimiento anexionista en Cuba y Estados Unidos, es decir, a favor de la anexión con ese país.

En aquella época y probando una vez más cómo las relaciones de producción determinan la política, fue precisamente la institución de la esclavitud y el deseo de los terratenientes de mantener la esclavitud en nuestro país lo que inspiró y dio aliento al movimiento anexionista y a la campaña de unir a Cuba a los Estados Unidos.

Vino después la Guerra de Secesión entre el norte y el sur de los Estados Unidos, entre los Estados Unidos esclavistas y los Estados industriales. Como consecuencia de ello, el movimiento anexionista pierde fuerza y fracasa. Y viene después el inicio de la Guerra de los Diez Años, que fue la primera gran lucha de nuestro pueblo por nuestra independencia.

Pero los Estados Unidos no habían abandonado ni un momento el propósito de apoderarse de Cuba [...].

A Cuba no pudieron tomarla con carácter definitivo, puesto que en Cuba había habido una lucha muy dura, y nuestro pueblo se había creado una gran conciencia nacional, y una conciencia revolucionaria muy fuerte, y contaba con amplio apoyo en la opinión internacional. Pero los Estados Unidos, antes de abandonar Cuba, se apoderaron de un pedazo de nuestro territorio en la zona de Guantánamo. Y después, nos impusieron la Enmienda Platt, que les daba derecho a intervenir en nuestro país cuantas veces quisieran. Y además nos impusieron el Tratado Comercial, para controlar totalmente nuestro comercio exterior. Y aprovecharon aquella intervención para establecer un dominio absoluto sobre nuestra economía, quedando en posesión no solo de las principales fuentes financieras, de los principales bancos, de los servicios públicos, de los ferrocarriles, de las minas, de las industrias fundamentales y de las mejores tierras de nuestro país.

Es decir, que al final de nuestra Guerra de Independencia nos habían impuesto la Base de Guantánamo y nos habían impuesto la Enmienda Platt y se habían apoderado de nuestra economía y nuestros recursos esenciales. Y esa situación se fue consolidando hasta el año 1959.

A lo largo de este siglo, ¿qué país no conoció las agresiones de Estados Unidos?

En México volvieron a intervenir y desembarcaron tranquilamente en Veracruz, con motivo de los sucesos revolucionarios en ese hermano país. Más de una vez intervinieron en Santo Domingo, intervinieron en Haití, intervinieron en Nicaragua, agredieron a Colombia; y además, se apoderaron del istmo de Panamá.

En Guatemala intervinieron en 1954 para derrocar al Gobierno de Arbenz y en 1965 ocuparon arbitraria y criminalmente a Santo Domingo con sus infantes de marina.

Y durante ese mismo período histórico sus capitales fueron penetrando en toda la América Latina, y se fueron apoderando de los recursos naturales de nuestros pueblos. Así fue como se apoderaron del cobre de Chile, de la plata y del cobre peruanos y del petróleo venezolano. Así se apoderaron de las principales fuentes de materias primas en toda la América Latina; así se apoderaron de los recursos de nuestras economías, así se hicieron dueños de los puntos estratégicos de nuestro desarrollo.

De modo que Estados Unidos llegó a establecer en este Continente una especie de soberanía casi absoluta, una hegemonía completa un dominio total. Y ese proceso tuvo lugar a lo largo de 150 años, que fue el período durante el cual los Estados Unidos desarrollaron su influencia y su poder a costa de los pueblos latinoamericanos.

Hay un punto, un momento de la historia, en que este proceso que dura 150 años comienza a cambiar. Y ese punto de la historia, ese momento de la historia, fue el Primero de Enero de 1959.

Cuba logra, por un conjunto de factores —y entre ellos el heroísmo de sus combatientes revolucionarios a lo largo de más de 100 años—, impedir ser absorbida por Estados Unidos. Gracias a las luchas de Céspedes, de Agramonte, de Maceo, de Máximo Gómez, y gracias a las luchas de José Martí y a la lucha de todo nuestro pueblo se libró del tristísimo destino de ser absorbida por Estados Unidos. Pero no solo eso. Sino que Cuba, el país que estuvo en el mayor peligro de correr esa suerte, es precisamente el lugar, el punto, donde todo ese proceso de 150 años de historia, de expansión y de desarrollo de la hegemonía de Estados Unidos sobre el resto de América Latina, se encuentra un límite, y se produce un gran cambio histórico. Porque pasó a ser Cuba precisamente el primer país que sacude ese yugo, que se libera de esa influencia, que se libera de esa hegemonía.

Bohemia, 4 de mayo, La Habana, 1973, pp. 9-10.

El precedente más honroso y más legítimo

Velada solemne en el cementerio por la caída
en combate del Mayor General Ignacio
Agramonte. Camagüey, 11 de mayo

[...] Fueron muchos los combates de Ignacio Agramonte al frente de sus tropas, y fueron sobre todo muchas las cargas de caballería. Se recuerda también aquella acción, de la cual habló Martí, frente al capitán Setién, aquel jefe español temible, al que llamaban “El Tigre”, y que sembró el terror y la represión en Camagüey, hasta que se encontró con la caballería camagüeyana al mando de Ignacio Agramonte, que en una carga al machete en la que, incluso, combatió personalmente contra “El Tigre”, destruyó aquella guerrilla y la liquidó totalmente, incluyendo sus jefes.

[...] los que hicieron la guerra de 1895, constituían otro sector de la población cubana. Ya no era el sector acaudalado de nuestro pueblo, puesto que ya no había siquiera sector acaudalado. Ya fueron los cuadros, fueron los oficiales, fueron los combatientes de la guerra de los diez años; fueron los jóvenes que surgieron en los años siguientes, los que habían nacido y habían crecido en aquellos años de guerra. Ya fueron los jefes, aquellos que se habían destacado en la contienda anterior. Y ya no surgieron aquellos problemas de los primeros años de guerra de 1868, porque ya la experiencia se había acumulado. Y los cubanos tuvieron la fortuna de contar con aquel genio extraordinario, aquel patriota que es imposible de medir, cuyos sentimientos y cuyo talento se salen tanto de lo común: José Martí.

Martí recogió todas aquellas experiencias, las sintetizó, y señaló el camino y señaló los métodos mediante los cuales debía llevarse adelante la guerra definitiva. Y con su

profunda y extraordinaria visión de largo alcance, supo prever los problemas que podían presentarse y supo prever los peligros que amenazaban a nuestra Patria.

¡Y qué gran diferencia! Ya en 1895 no había el menor resto de confusión. Ya no se hablaba, por nadie en absoluto, de anexionismo. Ya nadie tenía la menor esperanza en Estados Unidos. Y cuando Martí reveló lo más íntimo de su pensamiento, dijo que todo cuanto había hecho hasta ese día y hacía, era para evitar que Estados Unidos se apoderara de Cuba, y que con esa fuerza más cayera sobre los pueblos hermanos de América Latina.

[...] una de las cosas que hizo Martí en 1895, partiendo de la experiencia de 1868, partiendo de la realidad, fue organizar un partido. Y ya antes de 1895 organizó el Partido Revolucionario Cubano para hacer la guerra y para dirigir la Revolución. Y Martí fue elegido delegado de ese Partido, con las atribuciones pertinentes.

Martí hizo un partido —no dos partidos, ni tres partidos, ni diez partidos—, en lo cual podemos ver el precedente más honroso y más legítimo del glorioso Partido que hoy dirige nuestra Revolución: el Partido Comunista de Cuba, que es la unión de todos los revolucionarios, que es la unión de todos los patriotas para dirigir la Revolución y para hacer la Revolución, para cohesionar estrechamente al pueblo. Porque fue la desunión lo que mató la idea de la independencia en la guerra de 1868 a 1878, y fue precisamente la unión lo que le dio la victoria a nuestro pueblo; la unión, la que hizo posible la guerra de 1895; y la unión, la que hizo posible la consolidación de la Revolución en 1959.

[...] hoy nos sentimos seguros, nos sentimos fuertes, nos sentimos invencibles. Sabemos que aquellos males históricos no volverán a nuestra Patria. Sabemos que no habrá divisiones, sabemos que no habrá Zanjones, y que la bandera de Céspedes, de Agramonte, de Máximo Gómez, la bandera de Martí y de Maceo, la bandera de Baraguá, ¡esa bandera ondea firmemente en las manos de nuestro pueblo!

Ediciones OR No. 5, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1973, pp. 16, 20, 21.

Nos enseñó su amor apasionado a la libertad, la dignidad y el decoro del hombre

Acto central por el XX aniversario
del ataque al Cuartel Moncada.
Santiago de Cuba, 26 de julio

El 26 de Julio ha pasado a ser una fecha histórica en los anales de la larga y heroica lucha de nuestra Patria por su libertad. No era este alto honor, ciertamente, el propósito que guiaba ese día a los hombres que quisimos tomar esta fortaleza. Ningún revolucionario lucha con la vista puesta en el día en que los hechos que se deriven de su acción vayan a recibir los honores de la conmemoración. “El deber debe cumplirse sencillas y naturalmente” —dijo Martí—. El cumplimiento de un deber nos condujo a esta acción sin que nadie pensara en las glorias y los honores de esa lucha.

Sin la prédica luminosa de José Martí, sin el ejemplo vigoroso y la obra inmortal de Céspedes, Agramonte, Gómez, Maceo y tantos hombres legendarios de las luchas pasadas; sin los extraordinarios descubrimientos científicos de Marx y Engels; sin la genial interpretación de Lenin y su portentosa hazaña histórica, no se habría concebido un 26 de julio.

Martí nos enseñó su ardiente patriotismo, su amor apasionado a la libertad, la dignidad y el decoro del hombre, su repudio al despotismo y su fe ilimitada en el pueblo. En su prédica revolucionaria estaba el fundamento moral y la legitimidad de nuestra acción armada. Por eso dijimos que él fue el autor intelectual del 26 de julio.

[...] El Moncada nos enseñó a convertir los reveses en victorias. No fue la única amarga prueba de la adversidad, pero ya nada pudo detener la lucha victoriosa de

nuestro pueblo. Trincheras de ideas fueron más poderosas que trincheras de piedras. Nos mostró el valor de una doctrina, la fuerza de las ideas, y nos dejó la lección permanente de la perse-verancia y el tesón en los propósitos justos. Nuestros muertos heroicos no cayeron en vano. Ellos señalaron el deber de seguir adelante.

[...] Sobre la sangre generosa que comenzó a derramarse el 26 de Julio, Cuba se levanta para señalar un camino en este Continente y poner fin al dominio del “Norte revuelto y brutal” sobre los pueblos de nuestra América, marcando un punto de viraje histórico en el proceso de su ininterrumpido y arrogante avance sobre nuestras tierras, nuestras riquezas y nuestra soberanía, que duró 150 años.

[...] Si antes nuestro aparato político era un reducido contingente de cuadros y los hombres que militaban en nuestras filas eran unos cuantos cientos, hoy tenemos un Partido de más de 100 000 militantes y miles de cuadros abnegados y firmes. De la unión de todos los revolucionarios nació el Partido. Unión que se forjó en el desinterés y el renunciamiento más ejemplar, como símbolo de que una nueva era surgía en nuestra Patria.

[...] Así, de una forma admirable, comenzamos a recorrer el nuevo camino, sin personalismo, sin facciones, en un país donde históricamente la división y el conflicto de personalidades fue la causa de grandes derrotas políticas. Como el Partido Revolucionario Cubano de la independencia, hoy dirige nuestro Partido la Revolución. Militar en él no es fuente de privilegios sino de sacrificios y de consagración total a la causa revolucionaria. Por ello en él ingresan los mejores hijos de la clase obrera y del pueblo, velando siempre por la calidad y no por la cantidad. Sus raíces son las mejores tradiciones de la historia de nuestro pueblo, su ideología es la de la clase obrera: el marxismo-leninismo. Él es depositario del poder político y garantía presente y futura de la pureza, consolidación, continuidad y avance de la Revolución. Si en los tiempos inciertos del 26 de Julio y en los primeros años de la Revolución los hombres jugaron individualmente un rol decisivo, ese papel lo desempeña hoy el Partido. Los hombres mueren, el Partido es inmortal.

Discursos. “Santiago de Cuba, XX y XXV Aniversario del Asalto al Cuartel Moncada, 1973-1978”, Editora Política, La Habana, 1978, pp. 11-12, 17-18, 30, 31 y 42-43.

1974

No estaban muertas las heroicas tradiciones de lucha de nuestro pueblo

Concentración popular en honor a Leonid Ilich Brezhnev, Secretario General del Comité Central del PCUS, y la delegación que lo acompaña. 29 de enero

En Cuba, pese a que sobre nuestra Patria habían invertido los imperialistas más capital que en otros países de América Latina y ejercían un dominio en todos los órdenes mayor que en ninguna otra nación de este Continente, no estaban muertas las heroicas tradiciones de lucha de nuestro pueblo, ni olvidada la senda decorosa de Martí; ni las ideas revolucionarias de Marx, Engels y Lenin, perseguidas, calumniadas y proscriptas, dejaban de tener su irresistible fuerza de atracción y su extraordinario valor como armas ideológicas para interpretar la realidad e inspirar la acción de los revolucionarios.

Martí escribió apasionadas y hermosas palabras de reconocimiento y admiración al heroico pueblo vietnamita

Acto de solidaridad y amistad con el pueblo
Vietnamita con motivo de la visita
a Cuba de la delegación del partido y del
gobierno de la República Democrática
de Viet Nam. La Habana, 26 de marzo

En 1878 finalizó la primera guerra de independencia de Cuba —guerra que de una forma u otra se continuaría hasta finales de siglo—, mientras la lucha del pueblo vietnamita¹ proseguía adelante.

Ya por aquellos tiempos Martí escribió apasionadas y hermosas palabras de reconocimientos y admiración a aquel heroico pueblo vietnamita. Y por eso, podemos decir que entonces se sembraron las primeras semillas de la solidaridad del pueblo cubano con Viet Nam.

Ediciones COR, Editorial No. 6, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1974, p. 18.

Las campañas de los pueblos solo son débiles cuando en ellas no se alista el corazón de la mujer

Acto de clausura del II Congreso de la FMC.
La Habana, 29 de noviembre

Los grandes revolucionarios contemporáneos siempre comprendieron el papel de la mujer: Marx, Engels, Lenin.

Lenin dijo aquello que se ha repetido aquí bastante de que no se alcanzaría la victoria plena del pueblo si no se lograba la completa liberación de la mujer.

Y Martí, el Apóstol de nuestra independencia, tuvo conceptos muy elevados y expresó cosas muy bellas sobre la mujer; y no sólo bellas, sino profundas y revolucionarias. Como cuando dijo que las campañas de los pueblos sólo son débiles cuando en ellas no se alista el corazón de la mujer; pero cuando la mujer se estremece y ayuda, cuando la mujer anima y aplaude; cuando la mujer culta y virtuosa, unge la obra con la miel de su cariño, la obra es invencible. O cuando dijo que el alimento natural de la mujer es lo extraordinario. O cuando expresó que la mujer, de instinto, divisa la verdad y la precede. Cuando exclamó que la mujer vivirá a la par del hombre, como compañera, y no a sus pies como un juguete hermoso.

Ediciones COR, No. 22, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1974, p. 24.

1975

Su profundo y luminoso pensamiento

Inauguración del Campamento de Pioneros
“José Martí”. Tarará, La Habana, 20 de julio

Nuestro mayor deseo sería poder contar con los recursos materiales suficientes para que todos los niños de Cuba tuvieran sus programas de vacaciones, es decir, todos los pioneros de Cuba. Nuestros recursos no son muchos, pero cada año nuestra Revolución, con el trabajo abnegado del pueblo, cuenta con más recursos. No

podemos olvidarnos, por ejemplo, de los cientos de Escuelas Secundarias Básicas en el campo que ya tenemos y que algún día podrían constituir una excelente base para campamentos de vacaciones de los pioneros en el verano; porque ustedes saben que esas escuelas tienen instalaciones deportivas y tienen muchas facilidades. Además de los campamentos de pioneros que estamos haciendo, algún día tal vez pudiéramos incluir esas escuelas en los planes de vacaciones, porque ya ustedes saben que cuando llegan las vacaciones a unos les gusta ir al campo, a otros les gusta ir a la playa y a todos les gusta ir a jugar, por otro lado las madres trabajadoras necesitan lugares donde enviar a sus hijos y esas escuelas tienen una excelente base para campamento de vacaciones.

Pero para lograr eso, ¿saben lo que hace falta? [Exclamaciones de “¡Sí!”]. Hace falta convencer a mucha gente. Hay que convencer al sector de la Educación, hay que convencer al Ministro de Educación, habrá que convencer a los Poderes Populares, que serán los que administren esas escuelas, y habrá que convencer a mucha gente.

Pero ninguna idea triunfa así, fácilmente. Para que una idea triunfe hay que empezar a pensarla bien, hay que predicarla, hay que defenderla, hay que persuadir a mucha gente, y entonces al final la idea triunfa. De modo que si esta idea es buena, tal vez un día podamos utilizar esas instalaciones escolares para campamentos vacacionales.

Esta idea del campamento de Tarará no triunfó fácil. Claro, primero fue necesario hacer todas las construcciones escolares y liberar estas áreas, ¿pero después qué hacíamos con este lugar? Este lugar servía para muchas cosas, este lugar servía para campamento de recreación, servía para el turismo, servía para muchas cosas. Entonces también hubo que discutir y persuadir a muchos compañeros de que este lugar, lo ideal para aquí, era el campamento de pioneros.

La idea —a nuestro juicio— era una buena idea, y la idea triunfó. Y hoy vemos cómo todos los compañeros han podido disfrutar de un día de gran felicidad en la inauguración de este campamento.

Este campamento, en primer lugar, necesita un nombre. No es que Tarará sea un nombre feo; yo no sé de dónde salió realmente. ¿Tú lo sabes? [Alguien le contesta: “¡No!”]. Pero es un viejo nombre. Entonces había que ponerle un nuevo nombre a este campamento: Campamento de Pioneros...[Exclamaciones de: “José Martí”].

Ustedes lo están diciendo: Campamento de Pioneros “José Martí”.

No necesito hablarles de Martí. Ustedes lo conocen perfectamente bien, saben cuánto luchó por la independencia y la dignidad de nuestra Patria, saben cuánto hizo por la Revolución, y saben cuánto se preocupó por los niños, cuánto trabajó y cuánto escribió para los niños. Incuestionablemente, en su profundo y luminoso pensamiento ideaba y soñaba cosas como estas.

Creo que esta tarde feliz de hoy ha sido un dignísimo homenaje a José Martí. Y cuando decimos José Martí, a su nombre están unidos todos los que lucharon en las distintas épocas por la libertad, por el bienestar y la felicidad de nuestro pueblo.

Por eso, con el acuerdo unánime de todos ustedes, en adelante este campamento se llamará Campamento de Pioneros “José Martí”.

Había otra cosa que se discutía: si lo llamábamos campamento o lo llamábamos ciudad.

[Algunas exclamaciones de: “Campamento”, y otras de “Ciudad”].

Ciertamente este campamento es prácticamente una ciudad, pero no debemos olvidarnos de que todavía no está terminado, no debemos olvidarnos de que apenas acabamos de concluir la primera etapa. La cocina-comedor todavía no está funcionando, por eso la comida viene de la empresa que prepara los alimentos para los comedores escolares. Ya dentro de algunos días, cuando se resuelvan algunos problemas de agua y otras cosas, empezará a funcionar la cocina de ustedes. Hay que reparar todavía cientos de casas, habrá que hacer nuevas construcciones si queremos llegar a veinte mil. Necesitaremos por lo menos tres años más.

¿Por qué no somos más modestos ahora y hablamos de campamento, y cuando terminemos esta obra la llamamos Ciudad de los Pioneros “José Martí”? [Exclamaciones de: “¡Sí!”].

Si ustedes están de acuerdo, podemos esperar dos años, tres años [Algunas exclamaciones de: “¡Sí!” y otras de “¡No!”] y cuando este campamento esté terminado le cambiamos el nombre [Algunas exclamaciones de: “¡Sí!” y otras de: “¡No!”].

Bueno, entonces, ¿qué hacemos? ¿Que se llame como ahora? [Algunas exclamaciones de: “Campamento” y otras de: “Ciudad”]. ¿Campamento? [Algunas exclamaciones de: “¡Sí!” y otras de: “¡No!”]. ¿Y si después piensa la gente que ustedes los pioneros son muy presumidos y que no son modestos y que a un campamento que todavía no lo han terminado le llaman ciudad? ¿No les daría pena? [Algunas exclamaciones de: “¡Sí!” y otras de: “¡No!”].

Bueno, ¡yo salvo mi responsabilidad! ¡Yo voto en contra! ¡Allá ustedes! ¡Ustedes votan por lo que quieran, pero yo salvo mi responsabilidad! [La mayor parte de los pioneros exclaman: “Campamento, Campamento.”]

Bueno, parece que los partidarios del campamento son mayoría aquí.

Bueno, que se pongan de pie los que están a favor de que llame campamento. [La mayor parte de los pioneros se ponen de pie.]

Y ahora que se sienten todos, y que los que sean partidarios de que se llame ciudad desde ahora, se levanten. [Un grupo de pioneros se ponen de pie].

Como ustedes saben, esto es muy democrático. Ustedes han dado una excelente lección de democracia.

Cuando terminemos el campamento, entonces ya podemos, sin que nos dé pena, sin que nos pongamos colorados, y cuando tengamos realmente una ciudad, llamarle Ciudad de los Pioneros “José Martí”. ¿Estamos de acuerdo? [Exclamaciones de “¡Sí!”]. ¡Correcto!

Ediciones OR, julio-septiembre. Departamento de Orientación Revolucionaria del C.C del P.C.C., La Habana, 1975, pp. 24-25.

De las esencias del pensamiento martiano

Velada solemne por el 50 aniversario
de la Fundación del 1^{er} Partido
Marxista Leninista de Cuba.
La Habana, 22 de agosto

[...] por eso los hombres que luchan por la supervivencia de la nación y que aspiraban a la independencia, tuvieron que luchar contra las ideas anexionistas de aquellos que, por sus intereses esclavistas, querían convertir a Cuba en un estado más de Norteamérica.

Más adelante, Martí hubo de luchar muy duramente, defendiendo las ideas de la independencia frente al poder colonial español y frente a los autonomistas, que consideraban a nuestro país incapaz de adquirir la independencia o rechazaban la idea de la independencia.

[...] Carlos Baliño simboliza el enlace directo entre el Partido Revolucionario de José Martí, y el primer Partido Comunista de Cuba¹. Él fue cofundador de ambos partidos. Ya Martí en la época de la independencia había tenido la luminosa idea, idea que después en otro país y en otras circunstancias históricas había desarrollado también Lenin. Martí organiza un partido para dirigir la lucha por la independencia nacional.

Por eso un día dejó de existir el Movimiento “26 de Julio”,² dejó de existir el Partido Socialista Popular,³ y dejó de existir el Directorio Revolucionario “13 de Marzo”⁴, para constituir todos, bajo esas banderas revolucionarias, las bases de nuestro gran Partido Comunista de hoy. Un Partido; no tres o cuatro partidos. Un Partido con la única

ideología verdadera y científica. Un Partido como el Partido de la Independencia de José Martí.

Porque esta historia y sus episodios más sobresalientes están estrechamente vinculados. Entre el Partido Revolucionario de José Martí y el primer Partido Comunista había una estrecha vinculación. Y cuando los farsantes, los traidores y los agentes del imperialismo invocaban el nombre de Martí, ¿no había dos hombres más admiradores y más seguidores de José Martí, y más devotos de José Martí, que Calos Baliño y Julio Antonio Mella! Y Mella se proponía escribir un libro sobre Martí, para mostrar cómo en las esencias del pensamiento martiano estaban las raíces de la revolución social.

Y el pensamiento martiano y la heroica lucha de Martí y de los patriotas de 1895, estaban estrechamente vinculadas a la historia: a la historia de la heroica guerra de 1868, de la misma forma que nuestro Partido está indisolublemente unido a esa historia: a la historia de Céspedes, a la historia de Maceo y Agramonte, a la historia de Máximo Gómez, de José Martí, de Baliño, de Mella, de Villena, de Guiteras, de Pablo de la Torriente Brau, de Jesús Menéndez, de Abel Santamaría, de Frank País, de José Antonio Echeverría, de Camilo Cienfuegos, de Che Guevara, de Lázaro Peña y de tantos y tantos héroes y mártires gloriosos.

Ediciones OR, julio-septiembre, Departamento de Orientación Revolucionaria del C.C del P.C.C., La Habana, 1975, pp. 73, 74, 79.

La solidaridad de Cuba hacia Puerto Rico viene desde la época en que luchábamos juntos por nuestra independencia

Decimoquinto Aniversario de los Comités de Defensa de la Revolución.

La Habana, 28 de septiembre

[...] La solidaridad de Cuba hacia Puerto Rico viene desde el siglo pasado, desde la época en que éramos dos colonias españolas, las dos últimas colonias en este Continente; desde la época en que luchábamos juntos por nuestra independencia; desde la época en que Martí fundó su Partido Revolucionario para luchar por la independencia de Cuba y contribuir a la independencia de Puerto Rico. Nos viene de la historia, nos viene de Martí y nos viene de nuestros principios internacionalistas y del sentimiento de que Puerto Rico es una nación latinoamericana; una nación que ha resistido más de 75 años los intentos de disolverla, de absolverla, de destruirla, y que durante más de tres cuartos de siglo ha demostrado su potencia y su capacidad de defender su cultura, su lengua y sus características nacionales. [...]

Ediciones OR, julio-septiembre, Departamento de Orientación Revolucionaria del C.C del P.C.C., La Habana, 1975, p. 106.

Lo que Martí tanto había tratado de evitar

Informe del Comité Central del Partido

Comunista de Cuba al 1^{er} Congreso.

Ciudad de La Habana, 17 de Diciembre

De nuevo los cubanos en 1895 se levantaron en armas. Esta vez la lucha se había preparado políticamente durante largos años. Bajo la guía de Martí, cuyo genio político rebasó las fronteras de su tierra y de su época, se organizó un partido para dirigir la revolución. Esta idea, que paralelamente desarrolló también Lenin para llevar a cabo la

revolución socialista en el viejo imperio de los zares, es uno de los más admirables aportes de Martí al pensamiento político. Se organizó en nuestra Patria un solo partido revolucionario. Este partido unió a los gloriosos veteranos de la Guerra de los Diez Años, simbolizados por Gómez y Maceo, con las nuevas generaciones de campesinos, obreros, artesanos e intelectuales, para llevar a cabo la revolución en Cuba. Martí conoció al monstruo porque vivió en sus entrañas. Sabía de sus viejas pretensiones de apoderarse en virtud de la política expansionista del “destino manifiesto”, a la que se sumaba ahora la nueva tendencia imperial surgida del desarrollo capitalista de Estados Unidos, que él supo ver con claridad impresionante: “Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con qué realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin”, dijo en vísperas de su propia muerte, cuando ya combatía junto a los soldados del Ejército Libertador en los campos de Cuba. En este pensamiento y en la interpretación y calificación de Lenin de la guerra hispanoamericana como la primera guerra imperialista, se dan la mano dos hombres de dos escenarios históricos diferentes y dos pensamientos convergentes: José Martí y Vladimir Ilich Lenin. El uno símbolo de la liberación nacional contra la colonia y el imperialismo, el otro forjador de la primera revolución socialista en el eslabón más débil de la cadena imperialista: liberación nacional y socialismo, dos causas estrechamente hermandadas en el mundo moderno. Ambos con un partido sólido y disciplinado para llevar adelante los propósitos revolucionarios, fundados casi simultáneamente entre fines del pasado siglo y comienzos del actual.

[...]Las imágenes de Martí, Gómez y Maceo, al lado de Marx, Engels y Lenin, simbolizan los que lucharon por la patria cubana junto a los que quisieron hacer de toda la Humanidad una gran patria. La República ha de ser con todos y para el bien de todos, exclamó un día el héroe de nuestra independencia, y sus palabras resuenan en esta sala como un eco del formidable llamado con el que los fundadores del socialismo científico conmovieron al mundo: ¡Proletarios de todos los países, uníos! Aquí estamos al fin con todos y para el bien de todos, y con nosotros los representantes del movimiento revolucionario mundial expresando el aliento y la solidaridad de los comunistas y los hombres progresistas de toda la tierra a nuestro pequeño país, y con ello los lazos de unión entre todos los proletarios del mundo, como una prueba impresionante de que aquellos visionarios supieron escrutar el porvenir humano.[...]

Ediciones OR, octubre-diciembre, Departamento de Orientación Revolucionaria del C.C del P.C.C., La Habana, 1975, pp. 23-24, 170-171.

Nos sentimos profundamente conmovidos

Intervención en ocasión del Primer Congreso del Partido, Teatro “Carlos Marx”.

La Habana, 22 de diciembre

[...] compañeros, nosotros estamos, todos nosotros —hablo en nombre de todos los compañeros del Buró Político y del Comité Central con los cuales ustedes han sido tan efusivos, tan cariñosos, tan calurosos— nos sentimos profundamente conmovidos y jamás nos sentiremos envanecidos por eso. Tenemos muy presentes unas de las más grandes verdades que dijo Martí en su rica filosofía, y es que: “toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz”.

La confianza depositada por ustedes en nosotros, los honores conferidos a todos nosotros, servirán sólo para que nos sintamos todavía más comprometidos y todavía más obligados con nuestro Partido y con nuestro pueblo.

Ediciones OR, octubre-diciembre, Departamento de Orientación Revolucionaria del C.C. del P.C.C., La Habana, 1975, pp. 188-189.

Nuestra bandera y la bandera de Puerto Rico

Discurso pronunciado en el acto de masas con motivo de la clausura del Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba. Plaza de la Revolución. La Habana, 22 de diciembre

Es increíble que los yanquis, es decir, los imperialistas yanquis –porque nunca confundimos al pueblo norteamericano con los imperialistas, y cuando hablamos de yanquis, hablamos de los imperialistas yanquis-, pretendan pedirnos cuentas de nuestro apoyo solidario al pueblo de Angola, como hace unas semanas nos pedían cuentas del apoyo a Puerto Rico, si nuestra bandera y la bandera de Puerto Rico son prácticamente las mismas; si Martí fundó el Partido Revolucionario Cubano para la independencia de Cuba y para luchar por la independencia de Puerto Rico. Y ahora dicen que se cancelarán las posibilidades de las mejorías de relaciones. ¿A estas horas? Después que lo cancelaron todo y ya no les queda nada por cancelar.

Ediciones OR, octubre-diciembre, Departamento de Orientación Revolucionaria del C.C. del P.C.C., La Habana, 1975, p. 203.

1976

Forjadores de Patria

Vigésimosegundo Aniversario del Asalto al Cuartel Moncada. Pinar del Río, 26 de julio

[...] A veces la historia se desarrolla ante nuestros propios ojos y no la comprendemos en todo su significado. Los cubanos podemos comprenderla remitiéndonos sobre todo a nuestras propias experiencias. ¿Qué era Cuba en el siglo pasado sino una colonia española? ¿Qué ha sido Angola hasta muy recientemente sino una colonia portuguesa? Dos naciones de la misma península, y dos sistemas coloniales igualmente expoliadores y crueles. ¿Y cómo surge la independencia de Cuba? ¿Qué obstáculos no encontraron nuestros compatriotas en aquella época para alcanzar la independencia? ¿Con cuántos cientos de miles de soldados no tuvieron que luchar? Tampoco existía —puede decirse— la nación cubana. El sentimiento de nación se fue formando a lo largo de la lucha.

Admiramos infinitamente a Martí por su gigantesca tarea, formando una conciencia revolucionaria en el seno de nuestro pueblo. Admiramos a Martí porque era un intelectual brillante, un hombre de extraordinaria cultura, un poeta de exquisita sensibilidad, que consagró su talento a la lucha revolucionaria, que consagró su vida y su pluma a esa lucha, que fue hombre de palabra y de acción. Le agradecemos y le agradecemos eternamente lo que significó y lo que simbolizó.

Tenemos aquí a un hombre² que también consagró su vida al esfuerzo de liberar su patria, que se vio en la necesidad de enfrentarse a enormes dificultades, porque para

ser más parecidas las situaciones, Neto es también un hombre de extraordinaria cultura, de gran capacidad intelectual, y un extraordinario poeta que consagró su vida y su pluma a su pueblo, a sus hermanos discriminados y esclavizados, a forjar la conciencia política de los angolanos.

Y así como Martí escribió muchas de sus mejores obras y de sus mejores versos en el sufrimiento —en ese sufrimiento inextinguible de quien tiene conciencia de libertad y no soporta la esclavitud del hombre—, así también Neto escribió muchos de sus mejores versos en el sufrimiento de las prisiones, del exilio y de la esclavitud de sus hermanos. Martí y Neto han sido forjadores de patria.

Y no solo forjó Neto una conciencia, forjó también como Martí el instrumento de lucha, y trazó una línea, un camino —el único camino en Angola como ayer en Cuba— para alcanzar la independencia, que era la lucha heroica del pueblo, la lucha armada del pueblo.

Ediciones OR, julio-septiembre, Departamento de Orientación Revolucionaria del C.C. del P.C.C., La Habana, 1976, pp. 14-15.

Un respeto extraordinario por este lugar

Fragmentos de la entrevista realizada
por Santiago Álvarez para la película
La Guerra Necesaria. La Habana, 5 de noviembre

Santiago Álvarez: Comandante, en la mañana de hoy estamos en Playitas, y creo que este sería un buen lugar para que usted nos dijera algo sobre el Granma, ya que hay antecedentes históricos relacionados con el desembarco del Granma y el desembarco de Martí por Playitas. ¿Qué significado tienen para usted ambos hechos?

Comandante en Jefe Fidel Castro: Mira, Santiago, cuando uno llega aquí, siente mucho más el deseo de pensar en aquella etapa histórica, de pensar en Martí, que pensar en el Granma. Yo siento un respeto extraordinario por este lugar, y me resisto a aceptar comparaciones de ninguna índole entre Playitas y el Granma. Accedí a venir a este lugar para complacerte.

Por otro lado, no me gusta hablar de los hechos en que personalmente hemos participado, y mucho menos hacer la apología de los mismos; pero ya que tú quieres, te puedo decir algunas cosas. Pienso que cada generación tiene sus fechas históricas. Si los mambises tuvieron el 10 de Octubre, nosotros tuvimos nuestra fecha histórica el 26 de Julio; si ellos tuvieron el 24 de Febrero, el inicio de la segunda Guerra de Independencia, eso exactamente significó para nosotros el desembarco del Granma.

El Granma se concibió... Bueno, hoy se llama Granma, pero ya nosotros desde Isla de Pinos habíamos elaborado una estrategia de lucha. Incluía su parte política, para demostrar que no había ningún tipo de solución pacífica en las condiciones existentes en nuestro país bajo la dictadura de Batista; pero teníamos que demostrarlo ante la opinión pública, para dejar bien sentado que si se iba a producir una guerra no era por deseo de los revolucionarios, sino por una necesidad inevitable que imponían las condiciones políticas existentes en Cuba. Y en este sentido, había mucho de la influencia martiana. Tú sabes los enormes esfuerzos que él hizo para demostrar que la única salida que había para la independencia de Cuba era la lucha armada, frente a las corrientes reformistas y las corrientes autonomistas. Y nosotros nos propusimos, tan pronto salimos de la prisión, demostrar que no había ninguna posibilidad de solución pacífica.

Santiago Álvarez: Perdóneme usted que le vuelva a repetir eso, aunque a usted no le gusta por su modestia y demás, pero hay un antecedente en Martí, de la guerra necesaria, el lema de esa guerra necesaria de que hizo uso Martí en toda su propaganda para influir en los emigrados.

Comandante en Jefe Fidel Castro: Nosotros partíamos exactamente de la misma posición martiana, de que la guerra se hacía necesaria. Segundo, partíamos de la experiencia de nuestro Ejército Libertador, y cómo el Ejército Libertador también, con un puñado de hombres, se enfrentó a cientos de miles de soldados españoles.

Santiago Álvarez: Es una las premisas, o la premisa para cualquier movimiento en la América Latina, por ejemplo, el derrocamiento de un ejército de ese tipo, ¿no?

Comandante en Jefe Fidel Castro: Ellos han tratado de desarrollar las técnicas que llaman de "lucha contra la subversión", o la "lucha contra la revolución". Indiscutiblemente que ahora se cuenta con mejores técnicas. Pero no creo que esto sea un factor determinante. Desde luego, en cada país se ha producido de un modo diferente: nosotros la hicimos a nuestro modo, y en aquellas condiciones. De ahí no se puede sacar una receta general para todos los países. Los angolanos la hicieron de manera diferente; los vietnamitas la hicieron de manera diferente. Nosotros la hicimos a nuestro modo, tomando muy en cuenta el pensamiento político, las tradiciones de nuestro país, la experiencia de nuestra propia historia. En realidad, nuestra lucha fue una síntesis que recogía ese pensamiento político, recogía esa experiencia, y recogía el pensamiento político de Marx, de Engels y de Lenin.

Como yo expliqué en el Congreso, esos fueron los elementos. Porque las condiciones también en la época de Céspedes y de Marx eran diferentes: se luchaba por la liberación nacional. Ya en nuestra época se luchaba por la liberación nacional y la liberación social al mismo tiempo, y esta lucha era absolutamente inseparable. Los hechos lo han demostrado. No solo para derrocar a Batista, sino para resistir lo que vino después, porque lo que vino después ha sido una lucha que lleva ya dieciocho años.

Santiago Álvarez: Por eso la liberación nacional en estos momentos sin la liberación social es un...

Comandante en Jefe Fidel Castro: ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a liberar del imperialismo a un pueblo para ponerlo en manos de la oligarquía y en manos de los burgueses?. Eso no tiene sentido.

Santiago Álvarez: Usted dijo ahorita algo de las características del pueblo angolano. Actualizando toda esa historia de nuestro pueblo, del Granma, la participación, la ayuda nuestra solicitada por el pueblo angolano...

Comandante en Jefe Fidel Castro: Eso lo dije el día que se rompió el Granma en miniatura de cristal, en la Plaza de la Revolución; que la importancia es que el Granma original no se hundió, que el Granma original llegó y triunfó, y que el Granma original había seguido navegando, y había llegado a otras tierras, que había llegado incluso a Angola. Fue la imagen que utilicé para demostrar la continuidad de este proceso histórico y de esta lucha.

Santiago Álvarez: En definitiva, nuestra Isla de Cuba es un Granma inmenso en el medio del Caribe.

Comandante en Jefe Fidel Castro: Y también, Santiago, por ser una isla, a lo largo de nuestra historia los dirigentes han tenido que llegar por mar. Si exceptuamos la Guerra del 68, que comenzó en La Demajagua, que comenzó desde adentro.

Santiago Álvarez: El mar es un símbolo,

Comandante en Jefe Fidel Castro: Después, por ejemplo, llegó Martí y tuvo que llegar por mar. En 1953 nosotros iniciamos la lucha desde dentro también, pero después tuvimos que llegar por mar. Si no existieran mares habríamos llegado tal vez por alguna frontera. En aquella época y en esta época no había otra forma de llegar que por mar.

Santiago Álvarez: Pero como isleños que somos el mar es un símbolo de nuestra libertad también.

Comandante en Jefe Fidel Castro: Es un gran símbolo. Ya tú ves este mar donde estamos nosotros ahora. Cuando uno piensa lo que significó el desembarco por aquí por Playitas... Eran seis hombres solamente, hace ochenta y un años, el 11 de abril de

1895. El Moncada ocurre aproximadamente cincuenta y ocho años después, y el Granma ocurre sesenta y un años después.

[...] Ahora me pongo a imaginar lo que significó aquel hecho, desembarcar de noche; por esa costa no abundan estas playas. En el Diario de Martí dicen que a las siete y media se prepararon para desembarcar. Ya en aquella fecha era de noche. La noche era tormentosa. Martí dice que rumbaron mal. Llegaron aquí a las diez de la noche, en una noche oscura. Me pregunto cómo pudieron encontrar esta playita. Porque indiscutiblemente en estas costas, en las zonas de rompientes fuertes y de rocas, habría sido virtualmente imposible desembarcar. De puro milagro encontraron un rincón tan pequeño como este, que apenas tiene ochenta metros para desembarcar. Más allá hay una playita un poco mayor, pero después no se encuentran playas por este lugar.

Cuando veníamos en el helicóptero hacia acá estábamos mirando la topografía del terreno, son montañas ásperas, bastante secas, de una vegetación muy difícil de atravesar; y me imagino lo que tiene que haber sido para Gómez y para Martí, y los demás expedicionarios, pero especialmente para Martí. Que Martí no tenía experiencia de la guerra, que Martí no era un hombre físicamente fuerte, que Martí había dedicado su vida a un trabajo de organización, a la creación literaria, a la creación política: era un intelectual. Cómo habrían sido aquellos momentos y de dónde encontró fuerzas para realizar una proeza semejante: remar, desembarcar, cargar con su mochila, con su fusil, con sus cien balas, caminar de noche por esos lugares donde nosotros con mucho trabajo hemos llegado de día, avanzar por todas esas montañas en aquellas condiciones es algo realmente increíble. Pero él mismo decía que precisamente de esas situaciones, de esa felicidad que el hombre encuentra cuando está realizando una tarea de esta naturaleza, es que saca fuerzas, y él sacó fuerza, y nunca se vio en todo el Diario de Martí, jamás se ve una queja, sino todo era optimismo, todo era entusiasmo, todo era orgullo. Él decía que había dejado las cadenas que lo habían acompañado durante toda su vida en la lucha por la independencia de Cuba. Yo creo que fue una proeza extraordinaria, y este lugar es un lugar sagrado.

Tú estabas comentando ese monumento que hicieron, o intento de monumento que hicieron en la época de Grau, y todos coincidimos con el criterio tuyo de que ese monumento, o esta tarja recordatoria, que no es ni una cosa ni la otra, debiera de sustituirse algún día por algo mejor. Quizás sería mejor algo más modesto, más sencillo. Tal vez una tarja. Qué mejor monumento que esta playa y este inmenso paredón que era como un símbolo del poder de España y las dificultades que la Revolución tendría en su camino.

Santiago Álvarez: Además, los que hicieron este monumento en la época del año 1947, ¿qué podrían hacerle a Martí?

Comandante en Jefe Fidel Castro: Tratar de que todo el mundo lo olvidara, si acaso la mixtificación no había sido suficiente. Gobiernos de ladrones. Incluso, la carretera esta que va de Guantánamo a Baracoa la hizo la Revolución; por eso se puede llegar hasta aquí. Pero me contaba Almeida que vienen muchas excursiones de niños, de las escuelas, pioneros a este lugar. Por eso pienso que tal vez que ese pequeño tramo que falta de la carretera hasta aquí debiera hacerse. Pero dejar este lugar lo más natural posible. Esta zona —como tú sabes— suele ser una zona de mar brava. Las olas más fuertes siempre están batiendo en esta costa sur de Oriente. Por eso tiene que haber sido muy difícil el desembarco de ellos, y muy peligroso, porque —como tú ves— son rocas que afloran. Si la embarcación choca con cualquiera de estas rocas que afloran en la noche, se habrían podido ahogar, cuando menos habrían perdido el armamento, el parque, los documentos, todo lo habrían perdido. No se explica cómo pudieron a esa hora, a las 10 de la noche, desembarcar aquí.

Santiago Álvarez: En el Diario dice que llegaron todos fatigados por el uso de los remos, que Martí mismo no tenía hábito de remar, tenían adoloridas las manos. El esfuerzo ese que usted mismo señalaba...

Comandante en Jefe Fidel Castro: Tú sabes que la RDA tiene los planos del barco que trajo a Martí, y cuando el Congreso nos regaló una maqueta del barco, y regaló una maqueta del puente del barco. Fue un obsequio realmente muy emocionante y muy bonito.

Santiago Álvarez: ¿Usted sabe que aquí cerca también está el hijo de la señora con que se encontraron Martí y Maceo, a unos cuantos metros de aquí?

Comandante en Jefe Fidel Castro: Sí, me contaste que tenía siete años entonces.

Santiago Álvarez: Tiene noventa y tantos años. Está viejito. Salustiano se llama. Sería bueno ver si...

Comandante en Jefe Fidel Castro: Con muchísimo gusto cuando pasemos por allí podemos saludarlo.

Anuario del Centro de Estudios Martianos, N° 4, La Habana, 1981, pp. 14-19.

A los pocos días del desembarco en Playitas, le fue conferido el grado de Mayor General del Ejército Libertador

Sesión solemne de constitución de la Asamblea Nacional del Poder Popular. Teatro "Carlos Marx". Ciudad de La Habana, 2 de diciembre

[...] el hecho de que nuestro país hubiese estado ocupado por un ejército mercenario al servicio del imperialismo durante los años de la República mediatizada, no era razón suficiente para dejar de tomar en cuenta a nuestros heroicos mambises que en las dos guerras de independencia, 1868 y 1895, utilizaron los grados de Coronel y General. Máximo Gómez, Antonio Maceo e Ignacio Agramonte eran Generales. Al propio José Martí, a los pocos días del desembarco en Playitas,³ le fue conferido por Máximo Gómez el grado de Mayor General del Ejército Libertador y lo recibió con profunda emoción y orgullo.

Ediciones OR, octubre-diciembre, editado por el Departamento de Orientación Revolucionaria del C.C. del P.C.C., Ciudad de La Habana, 1976, p. 45.

1977

Estas ideas fueron planteadas por Marx y por Martí

Acto de graduación del 1er Contingente del Destacamento Pedagógico "Manuel Ascunce Domenech". La Habana, 20 de julio

...unos problemas, cuando se resuelven, traen otros. Y la solución del problema de la enseñanza primaria nos trajo la necesidad abrumadora de resolver la cuestión de la enseñanza media, porque cuando efectivamente se levantó la promoción, los graduados de sexto grado comenzaron a aumentar como la espuma. ¿Y qué íbamos a hacer con los graduados de sexto grado? El país tenía que enfrentarse a la solución de ese problema. ¿En qué escuela iban a estudiar? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Quiénes les iban a impartir clases? Porque sí.[...]

[...] Pienso que en un futuro no lejano, quien tenga solo un sexto grado podrá considerarse una especie de analfabeto relativo. ¿Qué serán seis grados para los conocimientos de una sociedad que avanza dinámicamente, que progresa por día, que cambia, en un mundo que cambia también por día? ¿Qué serán seis grados para enfrentar esas realidades?

[...]en las construcciones. ¡Bien! Y se estaba demostrando que podíamos construir muchas escuelas.

Los sueños de Martí se expresan en la realidad de hoy

Acto de inauguración del curso escolar 1977-1978, Holguín. 1ro de septiembre

[...] Esta escuela lleva el nombre honroso y querido de José Martí ¡Cuántas decenas de años han transcurrido desde que Martí vislumbró el porvenir justo de la Patria, desde que escribiera tantos y tan maravillosos pensamientos sobre la juventud, sobre los niños y sobre la educación!

¡Qué satisfacción para todos poder inaugurar este curso con los éxitos educacionales que puede mostrar la Revolución cubana, inaugurando esta extraordinaria escuela, con este extraordinario colectivo de alumnos que lleva su nombre! Y eso demuestra cuánta verdad había en aquellas palabras suyas, cuando lo acusaban de soñador, y dijo que “los sueños de hoy serán las realidades de mañana” ¡Qué mejor obra que esta realidad de hoy, puede expresar los sueños de ayer de Martí!

Verdaderamente privilegiados podemos sentirnos todos nosotros al haber tenido la oportunidad de vivir estos minutos, de conocer estas realidades; verdaderamente privilegiados de ser testigos de un acto como este, donde al lado de nuestros abnegados obreros, creadores de estas obras extraordinarias, se congregan estos miles de prometedores jóvenes que el día de mañana harán cosas iguales y aún mejores.

José Martí, encontró hospitalidad en esta tierra jamaicana

Acto de imposición de la Orden de Jamaica Kingston. Jamaica, 16 de octubre

[...] en estas tierras de Jamaica encontró hospitalidad uno de los más grandes soldados de nuestra independencia, ejemplo de internacionalista, dominicano de nacimiento, cubano de adopción: el general Máximo Gómez y el más grande pensador de nuestra Patria, quien organizó y guió a nuestro pueblo hacia la batalla final, José Martí, encontró hospitalidad generosa en esta tierra jamaicana y sobre ellas escribió preciosas líneas.

Que vida la de aquellos hombres, qué ejemplos extraordinarios, qué gran herencia de sacrificios y heroísmo nos dejaron; sin embargo, ni siquiera pudieron ver un día la independencia de Cuba, una Cuba verdaderamente independiente, verdaderamente revolucionaria, verdaderamente justa. ¿Qué honores podemos merecer nosotros, si nosotros hemos tenido el incomparable privilegio de ver a nuestra Patria independiente, revolucionaria y justa?

Por ello, señor gobernador General de Jamaica, señor Primer Ministro,¹ estos honores les corresponden a ellos; les corresponden a Martí, a Maceo, a Gómez, a los miles de cubanos que lucharon por nuestra independencia; les corresponden a los miles de combatientes que siguieron luchando por los mismos objetivos por los que

ellos combatieron y cayeron; le corresponden al pueblo abnegado y valiente que pudo hacer realidad los mejores sueños de aquellos hombres.

Ediciones OR, octubre-diciembre, Departamento de Orientación Revolucionaria del C.C. del P.C.C., La Habana, 1977, p. 68

Toda nuestra generación recibió una gran influencia de Martí

Entrevista con periodistas de la televisión sueca. Ciudad de La Habana, 15 de diciembre

[...] todos nosotros y toda nuestra generación recibió una gran influencia de Martí, y una gran influencia de las tradiciones históricas de nuestra Patria, que habían sido tradiciones de lucha muy duras por su independencia, y tradiciones realmente muy heroicas, que ejercían una gran influencia en todos nosotros. Yo en ese momento tenía una doble influencia, que la sigo teniendo hoy: una influencia de la historia de nuestra Patria, de sus tradiciones, del pensamiento de Martí, y de la formación marxista-leninista que habíamos adquirido ya en nuestra vida universitaria.

Siempre esa combinación de las dos influencia del movimiento progresista cubano, del movimiento revolucionario cubano, del pensamiento martiano y del pensamiento marxista-leninista, estuvo muy presente en todos nosotros. No se puede separar una cosa de la otra en la historia de nuestro país. Porque Martí en su época cumplió la tarea que le correspondía y fue exponente del pensamiento más revolucionario de aquella época. Pudiéramos decir, que para nosotros la vinculación de ese pensamiento patriótico, de ese pensamiento revolucionario más moderno, con el marxismo-leninismo, la combinación de ésa fueron los elementos que más influyeron en nosotros y que más, realmente, nos inspiraron. Y que no podía ser de otra forma, porque en países como Cuba la liberación nacional y la liberación social están estrechamente unidas.

Martí significó el pensamiento de nuestra sociedad, de nuestro pueblo en la lucha por la liberación nacional. Marx, Engels y Lenin, significaban el pensamiento revolucionario en la lucha por la revolución social. En nuestra Patria, liberación nacional y revolución social se unieron como las banderas de la lucha de nuestra generación.

[...] cuando nosotros salimos de la prisión, ya teníamos toda una estrategia de lucha elaborada. Pero lo más importante a nuestro juicio en aquel instante era demostrar que no había solución política, es decir, solución pacífica del problema de Cuba con Batista, pero teníamos que demostrar eso ante la opinión pública, ya que si el país se veía forzado a la violencia revolucionaria no era culpa de los revolucionarios, sino culpa del régimen. Entonces planteábamos que estábamos en disposición de aceptar una solución pacífica del problema mediante determinadas condiciones, condiciones que sabíamos que no se producirían nunca. Y bastaron algunas semanas para demostrar ante la opinión pública de que esas posibilidades de solución pacífica de los problemas de Cuba con Batista no existían.

Siempre estuvimos muy preocupados —y en eso influían también la tradición martiana— de que la guerra es el último de los recursos. Y Martí durante las luchas por la independencia se empeñó mucho en demostrar que si se veían necesitados de acudir a la guerra es porque no existía ningún otro recurso. Eso estaba en la tradición política de nuestra historia. Nosotros, de la misma forma tratamos de demostrar que no había solución pacífica con Batista. Una vez que —a nuestro juicio— eso estaba demostrado, iniciamos de nuevo la preparación para la lucha armada.

La Protesta de Baraguá, que es de lo más glorioso de nuestra historia

Centenario de la Protesta de Baraguá.
Municipio “Julio Antonio Mella”,
Santiago de Cuba, 15 de marzo

[...] Se dice que Martí dijo que Baraguá era lo más glorioso. No dijo así Martí. Dijo lo que aparece en ese letrero: “La protesta de Baraguá, que es de lo más glorioso de nuestra historia”. No podía decir de manera absoluta que era lo más glorioso, porque habían ocurrido muchos hechos gloriosos. ¿Y quién puede dudar de que el 10 de Octubre de 1868 fue un hecho extraordinariamente glorioso? Y no se trata de comparar unas glorias con otras, unas fechas con otras. Sin el 10 de Octubre no habría habido 15 de Marzo, sin Yara no habría existido Baraguá; ¡pero sin Baraguá, Yara no habría sido Yara!

Lo que sí puede afirmarse es que con la Protesta de Baraguá llegó a su punto más alto, llegó a su clímax, llegó a su cumbre el espíritu patriótico y revolucionario de nuestro pueblo; y que las banderas de la Patria y de la Revolución, de la verdadera Revolución, con independencia y con justicia social, fueron colocadas en su sitio más alto.

Analizar la historia no es fácil, hacer juicios históricos no es fácil. Se habla de si fue posible o no continuar la guerra, de si la guerra habría podido proseguir sin el Zanjón. Es difícil contestar a esa pregunta. Habría que remontarse mucho más atrás: si los cubanos podrían haber ganado o no la guerra de 1868. porque la guerra se comienza a perder no aquel día 10 de febrero, no dos meses o tres antes del Zanjón; la guerra se comienza a perder años antes del Zanjón, la guerra incluso no adquiere todo su desarrollo porque la forma de organización del país en armas no fue la más adecuada.

Mucho meditó sobre eso Martí en los años posteriores, para darle a la nueva guerra la organización más adecuada que pudiera conducirla al triunfo, sacando las experiencias de la gran guerra de 1868 a 1878.

Ediciones OR, enero-marzo, Departamento de Orientación Revolucionaria del C.C. del P.C.C., La Habana, 1978, pp. 67-68.

Los pueblos en su hora de génesis, suelen ponerse vibrantes y triunfantes en el hombre

Visita a Cuba del Teniente Coronel Mengistu Haile Mariam, Presidente del Consejo Administrativo Militar Provisional y del Consejo de Ministros de Etiopía. Ciudad de La Habana, 22 de abril

Mucho antes de llegar usted a nuestro país, antes de la gloriosa victoria del pueblo etíope contra los agresores extranjeros, antes de que tuviéramos el honor de saludarlo en su patria hace apenas 12 meses, antes aun del proceso que los condujera a la dirección cimera de la Revolución y el Estado etíope en febrero del pasado año, ya lo conocíamos a usted. En el seno de la dirección revolucionaria cubana sabíamos muy bien que un oficial joven llamado Mengistu, de claras ideas políticas, audaz y enérgico carácter, era la expresión del pensamiento más avanzado y firme en medio del

torbellino político y social que dejó atrás sí el insólito y extraordinario acontecimiento de la revolución etíope.¹ Una y otra vez a nosotros llegaba el eco de su incansable actividad creadora, de medidas y leyes que bajo su impulso e inspiración transformaban la sociedad feudal de su país, de su propósito resuelto de hacer avanzar la Revolución etíope por los únicos caminos en que un proceso revolucionario en nuestra época es digno de llevar tal nombre: los caminos del socialismo.

Lo dicho hasta aquí hace innecesario explicar las razones por las cuales nuestro pueblo lo condecora a usted en la noche de hoy con esta Orden "Playa Girón", victoria forjada por los combatientes cubanos contra la agresión imperialista hace 17 años, precisamente en un abril como este. Baste señalar que ella constituye la más alta distinción revolucionaria que nos es dado conferir, y ha sido siempre nuestra preocupación que no solo se honre con ella a quien la reciba, sino también que concederla signifique un honor para nuestra orden.

En frase propia de una ocasión como esta, dijo José Martí: "No es que los hombres hagan los pueblos, sino que los pueblos, en su hora de génesis, suelen ponerse, vibrantes y triunfantes, en un hombre."

En usted condecoramos también a su pueblo heroico, a la noble y justa Revolución etíope.

Ediciones OR, abril-junio, Departamento de Orientación Revolucionaria del C.C. del P.C.C, La Habana, pp. 7-8.

Autor Intelectual del Moncada

Vigesimoquinto aniversario del Asalto al Cuartel Moncada, 26 de julio

Hemos tenido ocasión de conmemorar 25 veces aquel 26 de Julio de 1953. En las prisiones, en el exilio, en las montañas o en la Patria liberada por las armas que ese día iniciaron de nuevo el combate, la lucha justa, inevitable y necesaria para marchar por un camino nuevo y digno.

No comenzó ese día la contienda de nuestro pueblo por la liberación, se reinició la marcha heroica emprendida en 1868 por Céspedes y proseguida más adelante por aquel hombre excepcional cuyo centenario se conmemoraba precisamente aquel año, el autor intelectual del Moncada: José Martí.

Ediciones OR, julio-septiembre, Departamento de Orientación Revolucionaria del C.C. del P.C.C, La Habana, 1978, p. 21.

1979

La prédica incesante y eternamente inspiradora de dignidad humana de José Martí

Vigésimo aniversario de la victoria de la Revolución. Ciudad de La Habana, 1ro de enero

[...] El 10 de marzo había caído sobre la conciencia nacional como un golpe anonadante y profundamente hiriente del espíritu de un pueblo que, aunque no poseedor todavía de una cultura política revolucionaria, detestaba con toda su alma el abuso, la injusticia, el crimen, la imposición y la fuerza. Un pueblo lleno de vergüenza donde la corrupción, el vicio y la politiquería, en la República neocolonizada, no habían

podido barrer las semillas de heroísmo, amor a la libertad y a la Patria, engendradas desde nuestras luchas independentistas en Yara, Jimaguayú, Baraguá, Baire, Dos Ríos, Punta Brava, y cultivadas por la prédica incesante y eternamente inspiradora de dignidad humana de José Martí.

No habría sido propio de revolucionarios marxista-leninistas desconocer el valor y la fuerza de estos factores morales de nuestro carácter nacional. Hemos sido, somos y seremos siempre un pueblo rebelde e indoblegable; hemos sido, somos y seremos siempre un pueblo luchador y combativo; hemos sido, somos y seremos un pueblo patriótico. Hoy somos, además, y habremos de serlo siempre, un pueblo internacionalista.

México se dio en su lucha contra Europa tamaño de pueblo

Almuerzo ofrecido al Presidente
de los Estados Unidos Mexicanos,
Licenciado José López Portillo.
Hotel Sol Caribe, en la Isla
Cozumel. México. 17 de mayo

Muchas cosas extraordinarias podrían evocarse y decirse sobre México, pero el México que nos atrae en estas horas, es aquel del que pudo decir José Martí que “se dio en su lucha contra Europa tamaño de pueblo” y que continua hoy mostrándose ese tamaño, cuando se alza para mantener frente a otros la firme independencia que los europeos no pudieron arrebatarse entonces.

Ese México fue para nosotros lección y estímulo permanentes. Lo amamos desde sus inicios, en que dos héroes impares —Hidalgo¹ y Morelos—² lo situaron en la avenida histórica de la libertad, allí donde lucieron más bellas las cabezas de sus próceres arrancadas y exhibidas para atemorizar al pueblo indoblegable. Nos atrajo aquel México en que un indio extraordinario e indomable, convocó otra vez a sus hermanos rebeldes y criollos que no se dejaban seducir por el falso oropel de un imperio exótico, para echar al mar al invasor. Con Juárez³, México tuvo el guía que los tiempos nuevos reclamaban.

[...] señor Presidente, estimado amigo, este reencuentro con el México inolvidable y querido resulta confirmatorio de la fe que tuvimos siempre en el destino común de nuestros pueblos. Lo había anunciado ya José Martí, que antes que nosotros vio transformarse el exilio forzado y doloroso en prolongación de una Patria todavía irredenta y del hogar del que le habían arrancado.

Permita usted que me acoja a su recuerdo insigne para proclamar de nuevo que, con México, nos sentimos partícipes de esa comunidad histórica y cultural a la que Martí denominó Nuestra América.

Ediciones OR, abril-junio, Departamento de Orientación Revolucionaria del C.C. del P.C.C., La Habana, 1979, pp. 21, 23.

Aquel hombre extraordinario que fue José Martí

Comida ofrecida por la delegación cubana
a la delegación mexicana. Hotel Presidente,

en la Isla Cozumel. México, 17 de mayo

Decía hoy que México tenía más recursos naturales que Italia, que Francia, que España; por qué no podía llegar a ser México —que además de ese recurso natural tenía un recurso aún más valioso: los mexicanos—, por qué no podía llegar a ser México una importante potencia industrial en nuestro mundo. Yo lo creo, yo estoy convencido, yo estoy seguro de que México llegará a serlo. No es una simple cuestión de fe, es también resultado de la historia de México, de lo que ustedes han sido capaces de hacer hasta hoy. Y para nosotros constituyen una bandera, una trinchera de América Latina, y sabemos lo que son las trincheras, porque nosotros somos también o creemos que somos una modesta trinchera de los pueblos de América Latina.

Siempre tenemos presente lo que unos días antes de morir en combate aquel hombre extraordinario que fue José Martí escribía: “En silencio ha tenido que ser y todo lo que he hecho hasta hoy y haré es para impedir con la independencia de Cuba que Estados Unidos se extienda sobre nuestros pueblos de América”.

Nosotros hemos cumplido modestamente ese deber, la historia nos asignó esa tarea, como a México le asigna hoy también la tarea de ser trinchera. Si pasamos revista al resto de nuestra América, creo que ningún pueblo está hoy en mejores condiciones, ni con mejores aptitudes para defender esa trinchera.

Ediciones OR, abril-junio, de Departamento de Orientación Revolucionaria del C.C. del P.C.C., La Habana, 1979, p. 29.

1980

México tuvo un papel significativo en la formación humana y política de Martí

Imposición de la Orden “José Martí” al Presidente de México, licenciado José López Portillo.

Ciudad de La Habana, 31 de julio

Excelentísimo Señor Presidente de México, Licenciado José López Portillo.

El consejo de Estado, interpretando con ello la voluntad de nuestro pueblo, ha decidido otorgar a usted la orden “José Martí”.

Ninguna condecoración podría ser más apropiada para honrar a un hijo distinguido de México que esta que lleva el nombre de nuestro héroe nacional y quien fuera junto con Hidalgo, Morelos, Juárez, Bolívar, San Martín, O’Higgins y Sucre, uno de los hombres más ilustres de nuestra América, José Martí.

México tuvo un papel significativo en la formación humana y política de Martí. Allí no solo recibió albergue para su dura expatriación y conoció amigos ilustres, sino que iba a encontrarse por primera vez con dos sectores sociales que constituirían en lo adelante un elemento de su pensamiento político: el indio y el obrero. En México maduraron, por ello, las ideas sociales de Martí, que cuajarían finalmente en lo que él llamara “el norte revuelto y brutal que nos desprecia”.

México fue para varias generaciones de cubanos refugio y aliento en el combate por los derechos democráticos y por la independencia de la Patria. Cuando, en los años del Centenario de Martí, un grupo de jóvenes cubanos recogió sus banderas y siguió sus huellas, fue en México donde preparó la que iba a ser la batalla decisiva y de donde salió para librarla.

En días difíciles, en que la fuerza de un enemigo poderoso se lanzaba sobre nuestra pequeña isla en Revolución, un mexicano que había dejado, con su presidencia, una marca en la historia contemporánea, el general Lázaro Cárdenas,

que comprendió también a tiempo al grupo de jóvenes que inició aquella revolución, se alzó nuevamente, con su intensa personalidad de líder de Nuestra América, para defender a la Cuba amenazada.

Después de la hora vergonzosa de las claudicaciones en que camarillas cobardes y traidoras que no podían representar jamás el verdadero sentimiento de los pueblos latinoamericanos se prestaron al designio infame, movido desde Washington, de aislar a la naciente Revolución Cubana y pretendieron amputar a Cuba de la América Latina, México se mantuvo, él solo, en la postura digna y valiente de no romper sus relaciones con Cuba y dio un ejemplo de comportamiento internacional que los cubanos no olvidaremos jamás.

Por eso, señor Presidente y apreciado amigo, cuando el Consejo de Estado destaca, al conferirle a usted la Orden “José Martí”, la “amistad y solidaridad” que usted ha demostrado por nuestro país, reconoce que usted continúa de manera eminente lo que en su pueblo mexicano ha sido norma ininterrumpida de conducta solidaria.

Son muchos los méritos adicionales que acumula usted en su fructífera vida pública. Entre ellos destaca el profesor universitario y el escritor que buscó en las raíces precolombinas un símbolo para el quehacer histórico presente en su país. Pero lo que lo acerca más a nosotros y motiva nuestra gratitud es sobre todo lo que, como Presidente de México, no le ha faltado a Cuba su amistad y su firme apoyo.

Cuando lo visitamos en su tierra, usted subrayó que aquel era un encuentro entre hermanos, que proveníamos del mismo tronco común. Recordó aquella amistad permanente que llegaba desde Juárez a Cárdenas y proclamó que “la amistad y la fraternidad de México y Cuba no estaban a prueba”, pues ellas constituyen “una reiteración constante en nuestra historia y una modalidad que jamás será desmentida”.

Usted, amigo Presidente, ha sabido demostrarlo.

Cuando, hace muy poco, contra Cuba volvieron a levantarse todos los instrumentos de la calumnia y el ataque político, y cuando ominosos, despliegues militares amenazaron otra vez a nuestro país, con inútil pretención intimidatoria, usted anunció, en un gesto cuya oportunidad advirtió la opinión mundial, su próxima visita a Cuba. Fijaba así una posición inalterable que constituye, además, muestra visible de solidaridad.

Es por ello natural que durante su período de gobierno se desarrollaran con posibilidades cada día más amplias las relaciones económicas, industriales y comerciales, que se desplieguen proyectos de colaboración que pueden ser útiles, como ejemplo, para otros países de la América Latina y para los países en vías de desarrollo, ya que han de ser los esfuerzos comunes y coordinados entre estos la vía más segura para su progreso definitivo.

Pero no solo es su amistad y solidaridad hacia Cuba lo que motiva la condecoración que le ha sido otorgada. Está presente también en ella su conducta de gobernante, que vincula la suerte de México a la de los países en vías de desarrollo y a las más amplias esperanzas de la Humanidad.

En efecto, el descubrimiento de cuantiosas riquezas petroleras en México podría haberlo llevado por un rumbo erróneo, que contribuiría a uncir a su país a yugos no por sutiles menos lesivos. Usted, sin embargo, ha sabido utilizar esa riqueza para consolidar la independencia de México. Hizo saber, con vigor, que no consideraba que la riqueza petrolera de México debía servir para resolver los problemas energéticos de vecinos poderosos, sino que habría de convertirse en instrumento para la transformación económica y social del país.

Han sido evidentes las presiones —que más de una vez toman el carácter de amenazas— que han tenido, usted y los miembros de su Gobierno, que vencer para mantener esa política de sensato y firme nacionalismo.

Pero, además, el haber resuelto México el problema de sus fuentes energéticas no lo ha llevado a olvidar el dramático problema que la energía ha planteado hoy a la Humanidad, en particular a los países en vías de desarrollo. Usted ha trabajado,

intensamente y con loable disposición, en la búsqueda de soluciones justas a favor del llamado Tercer Mundo para el problema energético.

Por último, estimado presidente López Portillo, al conferirle la orden que recuerda a José Martí, no podríamos olvidar la actitud de México, y personalmente de usted, en el ámbito latinoamericano.

Las tiranías militares que aspiran a perpetuar el pasado y sirven a nuestro enemigo común, han sido sistemáticamente repudiadas por su país y por su gobierno. México ha contribuido, con su iniciativa y su presencia continua, a los organismos en que se expresa mejor la aspiración económica de la América Latina y el Caribe, como el SELA. Jamaica y otros países nuestros, ahogados económicamente para desestabilizarlos y cortar sus esfuerzos de desarrollo, de independencia, recibieron el aliento y el apoyo de México. Y la nueva Nicaragua, que todos admiramos por su heroísmo y por la sagacidad de su proyección política, ha recibido también, con su visita, la afirmación de la solidaridad mexicana.

Todo ello explica, estimado presidente López Portillo, que al recibirlo hoy como hermano, el pueblo de Cuba, por medio del entusiasmo de los habaneros, le haya hecho llegar a usted una calurosa simpatía, que es el reflejo de nuestros sentimientos.

Al imponerle, pues, la Orden "José Martí", le ruego la reciba como testimonio del más alto aprecio, reconocimiento y respeto de nuestro pueblo.

Ediciones OR, julio-septiembre, Departamento de Orientación Revolucionaria del C.C. del P.C.C., La Habana, 1980, p. 33.

Martí amó entrañablemente a México

Acto de amistad cubano mexicana con motivo de la visita del Presidente de México, licenciado José López Portillo. Ciudad de La Habana 2 de agosto

[...] Hay en Cuba, con relación a México, una tradición de historia y de amistad que no tiene igual con ningún otro pueblo de América Latina. Nuestras luchas han estado muy vinculadas a las luchas y a la historia de México.

Cuando nuestras guerras independentistas, los patriotas cubanos tuvieron en el pueblo mexicano un amigo, y en el país hermano un hogar. Allí vivió un tiempo nuestro Héroe Nacional, José Martí. Allí enriqueció su visión revolucionaria y americana. Martí amó entrañablemente a México, amor que lo acompañó hasta su tumba.

Las generaciones revolucionarias cubanas, después de la instauración de la República Mediatizada, tuvieron también estrechos vínculos con México. Recordemos, entre otros, a Mella, que cuando no pudo permanecer en nuestra Patria, viajó precisamente a México. Recordemos a nuestra generación, que también allí encontró hospitalidad y asilo.

Ediciones OR, julio-septiembre, Departamento de Orientación Revolucionaria del C.C. del P.C.C., La Habana, 1980, p. 39.

Ahora que soplan vientos de tormentas

Informe del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, presentado al II Congreso en la sección inaugural. Ciudad de La Habana, 17 de diciembre

El caudal de experiencia y de ideas revolucionarias que hemos heredado de la historia de nuestro pueblo y de toda la humanidad, es nuestro tesoro más preciado. Ese caudal debe ser enriquecido constantemente con la práctica y el ejemplo. Es deber sagrado de todo revolucionario. Ello exige la crítica y la autocrítica más rigurosas y la honestidad más consecuente.

¿Se interrumpirá acaso el experimento cubano?

¿Logrará el imperialismo borrar de la faz de la tierra el ejemplo de Cuba? ¡Jamás! Ahora que soplan vientos de tormenta en el hemisferio y en el mundo; ahora que fuerzas reaccionarias y de extrema derecha se atrincheran en el poder del país imperialista más poderoso, decimos sencillamente: ¡Jamás! Cuba podrá ser borrada físicamente, pero jamás será doblegada, jamás será de nuevo sometida, jamás se rendirá, y es nuestra convicción más firme que nuestro ejemplo será inmortal. Como dijo Martí: “Antes que cejar en el empeño de hacer libre y próspera a la Patria, se unirá el mar del Sur al mar del Norte, y nacerá una serpiente de un huevo de águila”.

[...] Los niños a los que Martí llamó “la esperanza del mundo”, son en nuestra Patria la garantía de un futuro de desarrollo, de ciencia y técnica, elevada cultura e impresionante avance de la conciencia comunista. Nuestros pioneros, porvenir seguro de la Revolución, crecen rodeados del cariño y la atención de toda la sociedad. No escatimaremos tampoco en lo adelante la energía y los recursos posibles para lograr cada vez un florecimiento más pleno de todas sus maravillosas capacidades.

[...] En nuestro país, por otro lado, las ideas marxistas-leninistas se enraízan profundamente con las tradiciones patrióticas y heroicas de nuestro pueblo. Céspedes, Agramonte, Gómez, Maceo y Martí son para nosotros inseparables de Marx, Engels y Lenin. Están unidos en nuestras conciencias, como el pensamiento patriótico y el internacionalista; la libertad nacional, la igualdad y la justicia social; la historia de su país y la historia del mundo; la Patria y la Humanidad. Los cimientos del país que hoy construye el socialismo los hicieron nuestros gloriosos antepasados con sudor, sangre y heroísmo. En la patria que forjaron ayer, nosotros hacemos hoy lo mismo que estarían haciendo ellos.

Sigamos el ejemplo de los grandes constructores de la Patria y los creadores de un mundo nuevo. Sigamos fielmente sus ideas y no habrá fuerza en la tierra capaz de separar a nuestro Partido de nuestro pueblo y a nuestro pueblo del camino de la Revolución.

[...] Es hora de decir que los pueblos latinoamericanos no temen a nada ni a nadie, que rechazan indignados el garrote y desprecian, además, la zanahoria imperialista. ¡Cese el mito! ¡Cese el chantaje! ¡Cese el repugnante intento de intimidar a los patriotas de América Latina, a los hijos de Bolívar, de San Martín, de O’Higgins, de Sucre, de Hidalgo, de Morelos, de Morazán, de Maceo y de Martí!

Reegan y sus asesores han hablado de bloquear militarmente a Cuba con cualquier pretexto, incluso si la Unión Soviética realizara una acción en cualquier otra parte del mundo. Esta idea es repugnante y cínica.

¡Cuba estará lista para defenderse contra cualquier bloqueo militar o invasión imperialista yanqui! En este país la lucha no cesará mientras haya un solo patriota capaz de combatir, y son millones dispuestos a hacerlo hasta la última gota de sangre. “Quién intente apropiarse de Cuba”, como dijo el Titán de Bronce “recogerá el polvo de su suelo anegado en sangre, si no perece en la lucha.”

II Congreso del Partido Comunista de Cuba. Documentos y Discursos, Editora Política, La Habana, 1981, p. 12.

1981

Esa es la enseñanza más constante
de nuestra historia

Constitución de las Unidades de Milicias de Tropas Territoriales de la provincia Granma. 20 de enero

La experiencia de nuestra Patria, desde que surgió la nación, desde que se inició la primera lucha por la independencia en 1868, hasta hoy, a través de más de 100 años, demuestra que un pueblo no puede descuidar su defensa. Esa es la enseñanza más constante de nuestra historia. En 1868 no pudimos derrotar al enemigo después de 10 años de lucha; aunque, ciertamente, si en aquella ocasión, nuestro pueblo no alcanzó la victoria se debió fundamentalmente a factores subjetivos, las desdichadas divisiones que surgieron en las filas de nuestro Ejército Mambí y de nuestra naciente República. Como dijo Martí: "Más que el enemigo nos derrotaron las divisiones". Y las divisiones nos han derrotado más de una vez en la historia, excepto en esta etapa final de nuestra Revolución.

No lejos de aquí desembarcó Martí, por Playitas

Vigésimo aniversario de la ANAP. Valle
de Caujeri, Guantánamo, 17 de mayo

[...] esta provincia¹ nos trae grandes recuerdos históricos, aquí se luchó muy duro durante la primera guerra de independencia; en este escenario surgieron muchos de nuestros grandes combatientes, entre ellos los hermanos Maceo; con el apoyo de la población campesina los patriotas combatieron durante 10 años. Pero por esta provincia comenzó también, puede decirse, la segunda gran guerra de independencia. No lejos de aquí desembarcó Martí, por Playitas. En su diario, nos describe magistralmente sus impresiones al recorrer estos territorios; no lejos de aquí, en Baracoa, por Duaba, desembarcaron los Maceo con un conjunto de patriotas; soportaron la feroz persecución de los españoles, y con la ayuda de los campesinos de esta región pudieron salir airosos. Fueron aquellos los días más difíciles de la guerra de independencia.

Ediciones OR, abril-junio, Departamento de Orientación Revolucionaria del C.C. del P.C.C., La Habana, 1981, p. 74.

Martí es nuestro

Segundo Congreso de los Comités
de Defensa de la Revolución.
Ciudad de La Habana, 24 de octubre

[...] Los imperialistas van a multiplicar sus actividades subversivas, y en días recientes, con la mayor desfachatez del mundo y el mayor cinismo, proclamaron el futuro establecimiento de una emisora radial oficial del gobierno de Estados Unidos contra la Revolución Cubana. Hay que ser cínicos, hay que ser inmorales, hay que ser descarados, para plantear la idea de establecer una estación en territorio de Estados Unidos, para hacer campaña contra la Revolución, para tratar de subvertir y desestabilizar a la Revolución! ¡Hay que ser cínicos, hay que ser muy cínicos! No se concibe una forma más vulgar, más brutal de intervención en los asuntos internos de otro país. Dicen que para que nuestro pueblo esté informado, siendo nuestro país hoy

un país que lucha por el noveno grado, capaz de leer, de escribir y de pensar. Compárese la información que tenía nuestro país con un pueblo de analfabetos y semianalfabetos, cuando estaba controlado por los imperialista yanquis con la información y la conciencia que tiene hoy nuestro país. Nuestro pueblo lee hoy mucho más que el pueblo de Estados Unidos.

Desde luego que tal medida no se quedará sin respuesta. Para colmo del cinismo han bautizado la supuesta emisora como "Radio José Martí"², como una ofensa, como un insulto a nuestro pueblo. Al parecer ignoran, y si lo ignoran, los pobrecitos, ¿cómo se lo vamos a censurar? ¿Cómo les vamos a pedir que hayan leído a José Martí, si estos señores no han leído ni la Constitución de ese país, ni a Washington, ni a Lincoln, ni a Jefferson, ni a nadie? ¿Cómo les vamos a pedir a Reagan, a Busch, a Haig, a toda esa gente, que se hayan leído a Martí, y a todos los asesores del señor Reagan? ¿Cómo van a saber que Martí dijo que conocía el mounstro porque vivió en sus entrañas? ¿Cómo van a conocer que Martí, unos días antes de su muerte, dijo que todo lo que había hecho toda su vida y lo que haría, era para impedir que el dominio de Estados Unidos se extendiera sobre nuestros pueblos de América? ¿Cómo estos desvergonzados van a usar el nombre de Martí tan cínica y descaradamente? ¡Allá ellos! ¡Allá ellos! ¡Es asunto de ellos!

Reivindicaremos nosotros los nombres de los verdaderos patriotas norteamericanos, porque nuestro no es solo José Martí, Martí es nuestro, Martí es de los revolucionarios cubanos; pero nuestro también es Washington, es Abraham Lincoln y son todos los grandes hombres norteamericanos. Nosotros sí tenemos derecho a hablar, pero no solo de Martí, tenemos derecho a hablar de Lincoln y de Washington, con una gran moral, porque aquellos fueron libertadores de pueblos y estos son opresores de pueblos, guerreristas, reaccionarios.

El nombre de Martí no se manchará, es tan grande que no podrá ser manchado ni siquiera por las bocas de los fascistas yanquis. Continuaremos precisamente honrando a Martí siendo dignos seguidores de Martí, dignos hijos de Martí, revolucionarios como él, y como él dispuestos a morir por la Patria.

Este es un error más de los yanquis y tendrán tiempo de comprenderlo, seguro.

Ediciones OR, octubre-diciembre, Departamento de Orientación Revolucionaria del C.C. del P.C.C., La Habana, 1981, pp. 42-43.

1982

No fue en vano ninguno de los sacrificios que nos precedieron

Cuarto Congreso de la Unión de Jóvenes
Comunistas. Ciudad de La Habana, 4 de abril

El cuerpo físico no importa; ahora, las ideas sí nos importan mucho; el futuro de la Patria nos importa mucho. Y estoy seguro, y nos da satisfacción pensar que cuando Martí cayó en Dos Ríos, cuando Maceo cayó en Punta Brava, cuando murieron tantos compañeros en la lucha, se habrían sentido muy felices de ver una juventud como esta y de ver un congreso como este, y de ver cuan lejos en el espíritu revolucionario, en el sentido de la justicia, en los valores más elevados y más humanos, ha llegado nuestro pueblo y nuestra juventud. Estoy seguro de eso.

Qué tristeza ofrece cuando se escucha: fue en vano la muerte. Nunca creíamos, y siempre lo decíamos como estudiante, y siempre lo dijo mucha gente, que no era en vano ninguno de los sacrificios que nos precedieron; pero no se había probado todavía que ya estaba dando los frutos. No murió nadie en vano, la Revolución y ustedes se han encargado de reivindicar todas aquellas vidas.

Nuestra América

Séptima Conferencia Cumbre del Movimiento de Países No Alineados. India, mayo

[...] El derecho de Argentina a ejercer su soberanía territorial sobre las Islas Malvinas, derecho que el Movimiento recogió desde su misma fundación, motivó la solidaridad de los países no alineados con el país agredido. Cuba, a pesar de las diferencias ideológicas y políticas que la distinguen del gobierno argentino, no vaciló en apoyar la justa demanda de ese noble pueblo. Podríamos informarle a los países miembros que los sucesos de las Malvinas constituyeron un momento relevante en el desarrollo de una conciencia latinoamericana, en la fundamentación de la unidad de aquella que Martí llamó “Nuestra América”, como contraposición a “la otra América”, como él denominara “al norte revuelto y brutal que nos desprecia”.

La Guerra Colonial del Atlántico sur ha constituido una lección imborrable para todos los latinoamericanos. Hizo evidente, como nunca antes, la verdadera cara del imperialismo de Estados Unidos, su desprecio por los intereses de América Latina.

[...] La creciente conciencia con que gobiernos y fuerzas políticas de la región se agrupan en defensa de sus intereses económicos comunes, la búsqueda de soluciones latinoamericanas para los problemas de la América Latina y la creciente tendencia entre los países de la región a incorporarse al Movimiento de Países No Alineados, saliendo de la órbita imperial que antes los retenía, constituyen una esperanza para los combates futuros y el mejor homenaje al libertador continental Simón Bolívar y al prócer cubano José Martí, cuyos bicentenario y 130 aniversario respectivos celebraremos en este 1983, como un gran recuerdo común de nuestras tierras.

Ediciones OR, enero-marzo, Departamento de Orientación Revolucionaria del C. C. Del P.C.C., La Habana, 1983, pp. 15-16.

Unas palabras a modo de introducción

Prólogo a las Obras Completas de José Martí en la Edición Crítica, La Habana, 1983

Nos parece digna de estímulo la útil y ambiciosa tarea que se ha propuesto, no obstante su breve existencia, el Centro de Estudios Martianos: la preparación de una rigurosa edición crítica de las Obras Completas de José Martí.

Este primer tomo, que ahora sale a la luz, permite apreciar la envergadura del esfuerzo iniciado. Lo hemos revisado y advertimos en él la minuciosidad con que se labora para que cada carta, cada artículo, cada obra literaria, cada documento, en fin, de Martí, no sólo se corresponda con escrupulosa exactitud a las fuentes originales, sino —y esto es lo principal—, para ofrecer a los lectores y estudiosos, mediante anotaciones, índices y otros medios, una información precisa de las diferentes personas, instituciones, lugares y acontecimientos mencionados por el Maestro en sus escritos.

De esta forma, la copiosa y valiosa obra de Martí queda plenamente insertada con la época y las circunstancias en que se realizó, cumpliéndose un requisito esencial del marxismo para la interpretación científica de la historia.

Lo más importante, a nuestro juicio, es que esta edición puede convertirse en un magnífico instrumento para conocer mejor y profundizar aún más en el pensamiento martiano. Este es un deber insoslayable. Si en nuestra Revolución se funden, como en

un crisol de la historia, las ideas avanzadas y la obra patriótica de los forjadores de la Patria, con la doctrina y la obra universales de la clase obrera y el socialismo, ello quiere decir que no podrá haber verdadera formación ideológica y política del pueblo, verdadera conciencia comunista, sin el conocimiento de los admirables aportes de José Martí a la Revolución Cubana, a la liberación de América Latina frente al peligro imperialista y al pensamiento revolucionario de su tiempo.

Martí es y será guía eterno de nuestro pueblo. Su legado no caducará jamás. En la medida que avanzamos hacia el porvenir se agranda la fuerza inspiradora de su espíritu revolucionario, de sus sentimientos de solidaridad hacia los demás pueblos, de sus principios morales profundamente humanos y justicieros. Bien merece Martí y bien merece su pueblo que la Revolución agradecida, con esta edición crítica de las Obras completas del Maestro, levante un legítimo monumento a la proeza de su genio intelectual y revolucionario.

FIDEL CASTRO RUZ

Martí José: Obras Completas, Edición Crítica (Introducción Fidel Castro Ruz), Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1983, tomo I, pp. 7-8.

1985

Siempre me acuerdo de una idea de Martí

Entrevista concebida a Ricardo Utrilla y Marisol Marin de la Agencia EFE de España.

Ciudad de La Habana, 13 de febrero

[...] Yo tengo mi filosofía sobre el valor relativo de los hombres y la importancia relativa de los cargos, además, siempre me acuerdo de una idea de Martí, de las que más me gustó entre muchas de sus maravillosas ideas, la hice mía: “Toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz” si los líderes creen que son eternos, cuando pueden tal vez pensar que son insustituibles, en medio de honores y reconocimientos no se dan cuenta que no hace falta más que pasen unos pocos años y ya no se acuerdan de él; si, lo mencionan de vez en cuando, en el aniversario, se hacen referencias a sus hechos, sobre unos mas, sobre otros menos, surgen otros y empiezan a desempeñar las tareas.

Ediciones OR, No. 1, enero-marzo, Departamento de Orientación Revolucionaria del C.C. del P.C.C., La Habana, 1985, p. 135.

Ni al golpe del látigo, ni a la voz
del insulto, ni al rumor de mis cadenas,
he aprendido todavía a odiar

Entrevista con el fraile dominico brasileño

Frei Betto. Ciudad de La Habana, 23-26 de marzo

[...] nosotros tuvimos un pensador de un gran calibre, de un extraordinario calibre, que fue Martí. Y ya Martí, desde los 17 años, en un documento llamado El Presidio Político en Cuba, una narración que hace de sus sufrimientos, y en sus alegatos a la república española, una república que surgió en España y planteaba derechos para el pueblo español, pero negaba derechos para el pueblo de Cuba, que postulaba libertad y democracia en España, pero negaba la libertad y la democracia en Cuba, como ocurrió siempre, tiene frases fabulosas, como aquella cuando afirma: ni al golpe del látigo, ni a la voz del insulto, ni al rumor de mis cadenas, he aprendido

todavía a odiar; dejadme que os desprecie, ya que no puedo odiar a nadie. A lo largo de su vida, Martí predicó la lucha por la independencia, por la liberación, pero no predicó el odio al español.

La experiencia martiana demuestra cómo es posible predicar el espíritu de lucha y la lucha por conquistar la independencia, sin predicar el odio a los que llamaba sus padres españoles; y te aseguro que nuestra Revolución está muy perneada por las ideas martianas. Nosotros, que somos revolucionarios, somos socialistas, somos marxistas-leninistas, no predicamos el odio, así como una filosofía, la del odio. No quiere decir esto que sintamos simpatía alguna hacia el sistema opresor y no hayamos luchado con el máximo ardor contra él; pero yo creo que nosotros tenemos una prueba suprema, y es la siguiente: nosotros libramos una tremenda lucha contra el imperialismo, hemos recibido agresiones y agravios de todo tipo del imperialismo; sin embargo, cuando un ciudadano norteamericano visita este país, todo el mundo lo trata con mucho respeto, todo el mundo lo trata con mucha consideración; porque realmente, nosotros no podemos odiar al ciudadano norteamericano, nosotros sentimos repudio hacia el sistema, odiamos al sistema. Y en mi interpretación, y pienso que en la interpretación de los revolucionarios marxistas, no se trata de un odio a los individuos, sino de odio a un sistema inicuo de explotación, no un odio a los hombres.

Martí odiaba el sistema español, por ejemplo, y alentaba al pueblo a la lucha contra el sistema colonial español. Sin embargo, no hablaba de odio al español, y lucharon y murieron muchos cubanos en el campo de batalla con un gran valor y una gran fiereza.

Ediciones OR, No. 2, abril-junio, Departamento de Orientación Revolucionaria del C.C. del P.C.C., La Habana, 1985, pp. 199-200.

El más profundo pensador político y revolucionario nacido en este hemisferio

Entrevista concebida al Legislador Merwin Dymally y al académico
Jeffrey Elliot. Ciudad de La Habana, 27, 28 y 29 de marzo

Martí vivió en Estados Unidos, conoció de cerca los orígenes de la política desarrollada por Estados Unidos en este siglo, su desprecio por los pueblos latinoamericanos, su espíritu expansionista, el surgimiento, podría decirse, del imperialismo norteamericano en el concepto más moderno de esa expresión —vea que yo no he usado mucho este término durante la entrevista—, Martí hablaba del imperialismo, se preocupó profundamente por el expansionismo de Estados Unidos en América Latina, incluso escribió y dijo: Conozco al monstruo, porque he vivido en sus entrañas. Pocos días antes de su muerte en el combate de Dos Ríos, expresó por escrito unas de las motivaciones más íntimas de su vida cuando dijo: Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para impedir a tiempo con la independencia de Cuba, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América.

Martí fue él más profundo pensador político y revolucionario nacido en este hemisferio. El más latinoamericanista y humanista, escritor, poeta, ensayista, periodista, organizador y jefe de la última guerra de independencia en la última colonia española en América. Murió en acción. No hay ejemplo igual.

Martí vio en la política imperial de Estados Unidos una amenaza para el desarrollo, la economía, la independencia y la unidad de los países latinoamericanos. Lo más absurdo, lo más paradójico, lo más grosero, es usar el nombre de José Martí para bautizar una estación subversiva dirigida contra Cuba[...]

[...] El héroe de nuestra independencia, a quien tanto le debe nuestra Patria por sus esfuerzos, a pesar de los obstáculos que Estados Unidos puso a su lucha patriótica,

el hombre que quería precisamente el tipo de país realmente soberano y digno, sin mendigos, sin analfabetos, sin injusticias sociales, como es hoy Cuba, lo pretende utilizar Estados Unidos para hacer esta campaña. ¡Vean lo absurdo que es todo eso!

Ediciones OR, No. 1, enero-marzo, Departamento de Orientación Revolucionaria del C.C. del P.C.C., La Habana, 1985, pp. 425-426.

Por Guantánamo, se produce el desembarco de José Martí

Trigesimosegundo Aniversario del Asalto al Cuartel Moncada. Guantánamo, 26 de julio

Nos encontramos —me imagino que esto se lo habrán dicho muchas veces— en la remota provincia de Guantánamo, y decimos remota porque está en el extremo oriental de Cuba. Esta provincia nació como resultado de una nueva división¹ político-administrativa del país, en virtud de la cual la antigua provincia de Oriente se multiplicó en cinco provincias. La antigua provincia estaba llena de historia, de tal modo que al repartirla entre cinco provincias, todavía le quedó a cada provincia mucha historia.

La población de esta región tiene una participación activa en la primera guerra de independencia, desde el año 1871 en que las fuerzas cubanas, dirigidas por Maceo, Máximo Gómez y Moncada, penetraron en este territorio, que estaba lleno de esclavos y cafetales, y libraron intensos y victoriosos combates contra las fuerzas españolas.

Cuando aquella guerra que había durado 10 años se reanuda, en 1895, por esta zona oriental del país se produce el desembarco de José Martí, héroe de nuestra independencia, en compañía de Máximo Gómez, una de las figuras internacionalistas más prestigiosas de la historia de América Latina.

Ediciones OR, No. 3, julio-septiembre de 1985, Editora Política, La Habana, 1987, pp. 137-138.

1987

Un Partido para dirigir la Revolución

Séptima Conferencia de la Asociación Americana de Juristas. Ciudad de La Habana, 17 de septiembre

[...] Es una sociedad nueva, es un mundo nuevo en que hay mucho de experimento todavía y de ensayo; pero si hay una política correcta, si se sigue una política de principios, si la dirección del partido, si el partido no se aparta de las masas y el partido es el instrumento... Y no hay que tenerle temor al partido, porque el fundador de nuestra nacionalidad o, digamos, el gran forjador de nuestra independencia, que fue José Martí, lo primero que hizo fue organizar un partido —está en la tradición de Cuba—, el Partido Revolucionario Cubano; no organizó ni 15 ni 25 partidos, organizó uno. Antes que Lenin, Martí desarrolló el concepto de un partido para dirigir la revolución, donde unió a todos los sectores de la sociedad.

Ediciones OR, Especial, Departamento de Orientación Revolucionaria del C.C. del P.C.C., La Habana, febrero de 1987, pp. 10-11.

1988

El Partido de todos los Revolucionario

Entrevista concebida a la periodista
María Shriver, de la cadena de televisión NBC
de Estados Unidos. Ciudad de La Habana,
24 de febrero

[...] no tenemos ni vamos a tener pluripartidismo. Nosotros tenemos un pueblo muy unido. Igual que hizo Martí en su guerra de independencia, que organizó el Partido de la Revolución, de todos los revolucionarios, nosotros tenemos el Partido de todos los revolucionarios, y no pensamos —lo digo categóricamente— en ningún tipo de pluripartidismo.

Granma suplemento especial, 29 de febrero, La Habana, 1988, p. 6, col. 1.

**Su vida ha estado dedicada
a todos los pueblos del mundo**

Saludo enviado a Nelson Mandela
en su 70 cumpleaños. Ciudad de La Habana, julio

Con su indoblegable actitud, tras más de un cuarto de siglo de injusta prisión, usted ha encerrado en una cárcel sin barrotes a sus propios carceleros. La trascendencia universal de este hecho trae a la memoria de nosotros los cubanos aquel pensamiento de nuestro Héroe Nacional José Martí, de que “una idea justa desde el fondo de una cueva puede más que un ejército”.

Querido compañero Mandela, su vida no ha estado dedicada solamente a su pueblo, sino a todos los pueblos de África y del mundo.

Ediciones OR, No. 2, julio-diciembre, Departamento de Orientación Revolucionaria del C.C. del P.C.C., La Habana, 1988, p. 6.

**La guerra debe ser el último
de los recursos, cuando no hay ninguna otra posibilidad de
cambio**

Conferencia de prensa, ofrecida en la CIESPAL. Quito, Ecuador, 13 de agosto

[...] ponía el ejemplo de nuestra Patria, de Cuba, en su última lucha por la independencia, la lucha organizada y dirigida por José Martí, uno de los pensadores más extraordinarios de nuestro hemisferio, no sé si suficientemente conocido entre los países de América Latina; cuando él promovía la última lucha por la independencia, se planteaba y se decía por sus adversarios que iba a ensangrentar al país, que iban a conducir a la violencia, y él planteaba que la guerra era el último de los recursos y hablaba de la guerra necesaria y útil, que tenía que ser rápida y bien organizada para que ocasionara el menor daño posible.

Si a Martí se le hubiera presentado una perspectiva real de la independencia de Cuba sin violencia, Martí habría preferido ese camino, y solo acudió a la guerra como el último recurso, cuando el camino no aparecía por ninguna parte. Algo más, estoy convencido de que si Lenin hubiese creído que eran posibles los cambios sociales y los cambios que trataba de lograr en su país sin el trauma de la guerra civil y de la violencia, Lenin habría preferido ese camino.

Por eso expreso mi convicción —y creo que será la convicción de todo verdadero revolucionario— de que la violencia es el último recurso, cuando no hay ningún otro camino, cuando no hay ninguna otra posibilidad de cambio.

Intransigencia revolucionaria y lealtad a los principios

Trigésimo Aniversario del Triunfo
de la Revolución, Santiago de Cuba, 1ro de enero

No fue en vano la heroica y gloriosa Protesta de Baraguá, cuando nos enseñó la intransigencia revolucionaria, cuando nos enseñó la lealtad a los principios; no fue en vano la sangre derramada por Martí, cuando nos enseñó también la intransigencia revolucionaria y la lealtad a los principios. Estoy seguro de que ellos soñaron un pueblo como este.

Castro, Fidel. Lealtad a los principios, Editora Política, La Habana, 1989, p. 17.

La combinación del estudio y el trabajo es la aplicación consecuente de las ideas marxistas y martianas

Trigésimo Aniversario del Triunfo
de la Revolución y EXPOCUBA,
Ciudad de La Habana, 4 de enero

[...] nuestra Revolución ha sido creadora, y yo diría que algunas de las cosas que hemos hecho las hemos hecho nosotros, solos, no las han hecho otros países; de veras, realmente, nos enorgullecemos.

Pienso que, por ejemplo, el sistema de estudio y trabajo implantado en nuestra educación es único en el mundo, ningún otro país lo tiene. La combinación del estudio y del trabajo, que es la aplicación consecuente de las ideas de Marx y de Martí.

Pero no solo nos limitamos a tomar nota de esta idea de Marx y de Martí. Dos grandes pensadores, dos grandes revolucionarios que plantearon aquella idea, sino en un momento determinado nosotros propusimos llevarla a la práctica porque creíamos en esa idea, porque estábamos absolutamente convencidos de que si se universalizaba la educación, había que universalizar el trabajo o las sociedades futuras serían simplemente sociedades de intelectuales incapaces de trabajar con sus manos, y que puede ser uno de los problemas más serios que se le presente al mundo en el futuro, y, sobre todo, a los que quieren hacer un régimen social justo, a los que quieren construir el Socialismo.

Castro, Fidel. Lealtad a los principios, Editora Política, La Habana, 1989, pp. 35-36.

Las divisiones hicieron imposible la victoria de la Guerra de los Diez Años

Trigésimo aniversario de su entrada a La Habana, Ciudad de La Habana,
8 de enero

[...] Estados Unidos surgió a partir de un puñado de colonias inglesas en la costa este de Estados Unidos, después se fueron extendiendo por el centro del país exterminando las poblaciones indígenas; llegaron hasta la costa del Pacífico por métodos brutales, por métodos de exterminio, y después se apoderaron de más de la mitad de México. Más de la mitad del territorio de México le fue arrebatado a ese país por Estados Unidos, en una guerra expansionista. Después intervinieron en Centroamérica por distintos medios; trataron también de apoderarse de Cuba, ya expliqué lo que había sido la expedición de Narciso López, estuvieron también las expediciones de los piratas en Centroamérica. Se apoderaron del istmo de Panamá para establecer allí su canal, y han establecido formas terribles de dominio en toda América Latina. No en vano Martí dijo en vísperas de su muerte que todo cuanto hizo y haría era para impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extendieran por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América.

Castro, Fidel: Lealtad a los principios, Editora Política, La Habana, 1989, pp. 72, 80, 101 y 106.

1990

Somos una gigantesca trinchera de ideas y moral

Aniversario 137 del natalicio de nuestro Héroe Nacional "José Martí".
Ciudad de La Habana, 28 de enero

Estaba por allá abajo junto con ustedes¹ y viví esos minutos emocionantes en que se cumplía el 137 aniversario del nacimiento de Martí.

[...] Qué menos podemos hacer nosotros una noche como hoy, un minuto como hoy, que recordar también, pudiéramos decir con un sentimiento casi religioso aquel día en que nació José Martí.

Hoy los estudiantes iban a conmemorar aquel 37 aniversario de una marcha similar a esta. Hoy y de una manera casual sin que nadie lo programara o lo concibiera previamente, estaba finalizando ya el XVI Congreso de nuestros trabajadores, y cuando se supo que marcharían los estudiantes, todos los delegados del congreso quisieron marchar también junto a los estudiantes hasta el monumento de Martí.

Cuántas cosas de un extraordinario simbolismo, la unión de nuestra clase obrera, de nuestros trabajadores, de los creadores de todas las riquezas pasadas, presentes y futuras de nuestro país, y los estudiantes, para dirigirse hacia este parque conmemorando aquella marcha de hace 37 años, y en un momento en que nos amenazan más que nunca. Tenía que ser para nosotros emocionantes, muy emocionante, al cabo de 37 años, volver a salir desde la misma escalinata, desde la misma escalinata hasta este mismo punto.

[...] Meditaba y pensaba en los tiempos pasados y recordaba no solo a Martí, recordaba a nuestros combatientes de la guerra de la independencia.

[...] Ese hombre insigne cuya memoria recordamos, cuyo nacimiento recordamos hoy, nos dijo una vez: Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra. Y hoy somos una gigantesca trinchera de ideas, trinchera revolucionaria, trinchera moral, de eso mismo que ustedes acaban de decir.

[...] y aquí, en este 137 aniversario ante la estatua de José Martí, decimos y juramos que siempre seremos leales e invencibles seguidores de Martí, que siempre seremos leales e invencibles seguidores de Maceo y con él decimos hoy que quien intente apoderarse de Cuba recogerá el polvo de su suelo anegado en sangre si no perece en la contienda.

¡Socialismo o Muerte!, decimos aquí ante la estatua de Martí.

¡Patria o Muerte, José Martí!
¡Venceremos!

Ediciones OR, No. 1, 1990, Editora Política, La Habana, mayo de 1991, pp. 3-4, 5-6.

Mi honda es la David

Decimosexto Congreso de la Central
de Trabajadores de Cuba.

Ciudad de La Habana, 28 de enero

...un motivo de ininterrumpida emoción, que culminó en la noche de ayer con la marcha unida de obreros, estudiantes y todo el pueblo, desde la escalinata universitaria hasta la estatua de José Martí, cuyo aniversario —como todos conocemos— se celebra hoy.

[...] Los pueblos de América Latina y los políticos más conscientes de América Latina no tienen que ser, necesariamente, prosocialistas, no tienen que ser ni siquiera progresistas, para comprender que la liquidación de la Revolución Cubana convertiría a Estados Unidos en una potencia incontenible en este hemisferio; que el dominio imperialista se multiplicaría, que la euforia y la arrogancia se harían infinitas. Eso lo saben, y saben que nuestro país constituye la primera trinchera.

Esto se sabía desde la época de Martí, no ahora, hace casi un siglo, cuando Estados Unidos era mucho menos poderoso, no constituía el imperio tan poderoso que es hoy, y Martí escribió allí en vísperas de su muerte, que todo lo que había hecho y haría era para impedir a tiempo, con la independencia de Cuba, que Estados Unidos cayera sobre la América Latina con una fuerza más. Lo vio Martí hace un siglo, qué extraordinaria visión. Hoy esa es una realidad mayor que nunca, porque Cuba no solo dejó de ser una posesión yanqui, sino que se convirtió en un baluarte contra el dominio y la expansión del imperialismo yanqui. Eso que fue verdad hace casi un siglo, es diez veces más, veinte veces, treinta veces más verdadero hoy día, y los pueblos de América Latina lo comprenden, los gobiernos lo comprenden.

El 10 de marzo de 1952 —vaya usted a recordarse de aquellos días y meses subsiguientes en que andábamos nosotros también recorriendo con antorchas las calles de la ciudad en homenaje a Martí—, no había ni un fusil, ni una bala, y aquello no impidió la lucha.

Y más que nunca levantamos el nombre de Martí, de Maceo, de Céspedes, de Agramonte y de toda la interminable legión de héroes de nuestra independencia, más que nunca. Cómo nos alegra el corazón ver en estos días levantarse la figura de nuestros patriotas, especialmente la de Martí. De modo especial ese trabajo que realiza la juventud en su periódico de “mi honda es la David”, esa búsqueda afanosa en el infinito caudal de ideas revolucionarias del pensamiento de José Martí, riqueza legítimamente nuestra.

Nos consagraremos a la defensa y al trabajo, a enfrentar problemas y resolverlos; los de ahora y los que vengan, mañana, o pasado mañana, o cuando sea. Y si no vienen, trabajaremos también con la misma consagración. Si hay paz, sabremos disfrutar y sabremos aprovechar mejor cada día, cada hora, cada minuto, cada segundo. Ese es el espíritu con que debemos salir de este congreso histórico, muy histórico, en este momento decisivo, vísperas, quizás, de grandes pruebas.

Si esas pruebas vienen, un día como este, en que se cumple un aniversario más de su nacimiento, podemos decirle a Martí que hoy más que nunca necesitamos de sus pensamientos, que hoy más que nunca necesitamos de sus ideas, que hoy más que nunca necesitamos de sus virtudes. Pero también a Martí, a Maceo y a todos los que fueron como ellos, les decimos: hoy más que nunca, ¡nos sentimos orgullosos de ser sus seguidores, de ser sus más fieles e incondicionales discípulos y reafirmar, este 28

de enero, nuestras dos inmortales consignas, las que unen a Marx, Lenin y Engels con Martí, con Maceo, con Céspedes y con todos los héroes gloriosos de nuestra independencia y nuestra libertad.

Ediciones OR, No. 1, 1990, Editora Política, La Habana, 1991, pp. 7, 24, 29, 32.

Defendemos la importancia de la combinación del estudio y el trabajo

Clausura del Congreso de Pedagogía 90.
Ciudad de La Habana, 9 de febrero

Nadie piense tampoco que desde el primer día todo estaba concebido en la educación. Cuando empezamos la Revolución, o antes de la Revolución, teníamos muchas ideas y muchos sueños con relación a la educación; eran las ideas que entonces se proclamaban como las ideas necesarias, las ideas revolucionarias: que existieran aulas y maestros para todos los niños, que se acabara el analfabetismo, todas aquellas cosas. Había una serie de ideas muy buenas, no voy a negarlo, pero que se correspondían con aquellos tiempos.

[...] La concepción de estudio y el trabajo sí era de antes, ¡muy importante!, porque esa era una idea de Marx y una idea de Martí, que en ningún país se había llevado a la práctica, realmente, no se había llevado a la práctica de una manera general. Y para nosotros siempre fue muy clara la importancia de la combinación del estudio y el trabajo, porque cada ciudadano tenía que ser un intelectual y cada ciudadano tenía que saber trabajar también con sus manos, porque no podíamos formar solo una sociedad de intelectuales.

Estados Unidos quiere arreglar a todo el mundo y que nadie los arregle a ellos. Y ya esto viene desde la época de Bolívar.

“... los Estados Unidos que parecen destinados por la providencia para plagar la América de miseria a nombre de la libertad”. Desde 1828, hace más de 160 años, Bolívar dijo; pero algunas decenas de años después, la víspera de su muerte, Martí dijo lo mismo, que todo cuanto había hecho y haría, era para impedir, con la independencia de Cuba, que Estados Unidos se extendiera por las Antillas y cayera con esa fuerza más sobre los pueblos de América. No es textual la idea, es la idea: hay que independizar a Cuba antes de que estos se apoderen de ella y que con ella intenten apoderarse del resto de América, o caigan sobre los pueblos de América.

No fue Carlos Marx, no fue Federico Engels, no fue Lenin, fue Bolívar el que dijo eso. Son capaces de acusarlo de comunista.

Y fue Martí el que lo escribió casi con su propia sangre, porque quiso el azar que fuera el día antes de morir —y creo que también Fernández² citó eso en su discurso—. Ahora podrían acusar a Martí de marxista-leninista, comunista, y, además, subversivo, terrorista. Pudo haber sido calificado de terrorista, figúrense, porque inició la segunda guerra de independencia. Y Juárez,³ que dijo: “El respeto al derecho ajeno es la paz”

¡Cuál de las grandes figuras de nuestra historia no ha sido defensora de las ideas de la unión de nuestros países! ¡Cuál de las grandes figuras de nuestra historia no previó a larga distancia los problemas que tenemos hoy! Las veces que habló Martí de eso; él, que conocía tan bien al monstruo —como lo llamó decentemente—, porque vivió en sus entrañas.

¡Qué visión la de aquellos hombres! Ellos plantearon la necesidad de unidad. Todos profetizaron lo que nos pasa hoy. ¡Sí, lo vieron! Y lo menos que tenemos es una buena parte de culpa, si no sabemos esto y si no somos conscientes de esto y no luchamos por superar esto. Pero todo lo que estamos padeciendo hoy lo dijeron hace mucho tiempo.

Mencionábamos a Martí, a Bolívar, a Juárez. ¡Cuántas cosas soñarían con relación a nuestro destino; cuántas cosas dijeron y cuántas ilusiones deben haber albergado!

Ediciones OR, No. 1, 1990, Editora Política, La Habana, 1991, pp. 7, 53-54, 70-71.

La organización del partido tiene una inspiración martiana

Sesión extraordinaria de la Asamblea
Nacional del Poder Popular.
Ciudad de La Habana, 20 de febrero

[...] El partido existe, como instrumento de la Revolución, y mantendremos, además, inmovible el principio del partido único, que no nos vino solo de Lenin, nos vino también de Martí cuando fundó el Partido Revolucionario para la independencia de Cuba, y no hizo tres ni diez, sino uno para dirigir la Revolución y la lucha por la independencia del país.

Nosotros al principio de la Revolución teníamos varios partidos y varias organizaciones y los unimos, porque descubrimos un día la conveniencia de luchar por la unidad de todas las fuerzas. Son principios sagrados para nosotros, martianos. Creo que Martí habló del partido antes que Lenin, habría que revisar los libros de historia, cuándo es que por primera vez Martí habla del Partido y de organizar el partido, y después es cuando Lenin habla del partido. De modo que esto para nosotros tiene una doble inspiración: una inspiración martiana y una inspiración leninista, pero, además, una inspiración revolucionaria que parte de una realidad y de una necesidad.

Ediciones OR, No. 1, 1990, Editora Política, La Habana, 1991, p. 80.

Estamos defendiendo ideas y causas justas

Acto de entrega del Premio Estado de Sao
Paulo al etnólogo Orlando Villas Boas.
Memorial de América Latina, Brasil 17 de marzo

¡Confíen en Cuba! Cuba no solo está defendiendo allí en aquella trinchera su propia soberanía: nosotros entendemos que desde aquella trinchera estamos defendiendo también los intereses de los demás pueblos de América Latina.

Unos días antes de su muerte en combate, José Martí le escribió una carta a un amigo,⁴ una idea extraordinaria, decía que en silencio ha tenido que ser —y la cita que hago no es textual, pero la idea era esta—; todo lo que he hecho hasta hoy y haré, es para impedir, con la independencia de Cuba —esa Cuba de la cual se querían apoderar los yanquis—, que Estados Unidos se extienda con una fuerza más sobre los pueblos de América.

Estamos conscientes de que estamos defendiendo ideas justas, causas justas; estamos conscientes de que estamos defendiendo también a nuestros hermanos de América Latina, porque si ellos aplastaran aquella trinchera, su envalentonamiento ya no tendría límites.

Ediciones OR, No. 1, 1991, Editora Política, La Habana, 1991, p. 145.

Cuba en manos de Estados Unidos habría sido una fuerza más

Encuentro con intelectuales brasileños,
en el Palacio de las Convenciones de Anhembi, Sao Paulo, Brasil, 18 de
marzo

[...] Cuando defendemos a nuestro país, tenemos la sensación de que estamos defendiendo también a nuestros pueblos hermanos de América Latina. Si aquella trinchera cayera, sería una tragedia para los pueblos de América Latina. Porque Martí lo dijo hace mucho tiempo, hace 95 años, y Martí fue uno de los más grandes pensadores de este hemisferio, uno de los más grandes profetas y visionarios. El día antes de su muerte, escribiéndole una carta a un amigo mexicano⁵, lo dijo: En silencio ha tenido que ser, y todo lo que he hecho hasta hoy y haré, será para impedir, con la independencia de Cuba que Estados Unidos se extienda como una fuerza más, sobre los pueblos de América. Es decir, una Cuba en manos de Estados Unidos habría sido esa fuerza más.

Si en Cuba la Revolución fuera derrotada, desaparecería la independencia de nuestro país. Revolución, independencia y soberanía son cosas inseparables en Cuba. No la pudieron conquistar en el siglo pasado; creyeron que caería como una fruta madura⁶, como lo proclamaron una vez.

Granma, La Habana, 29 de marzo de 1990, pp. 6, 4.

Pueblo y no pueblos, decimos
de intento, por no parecemos que hay
más que uno del Bravo a la Patagonia

Carta dirigida al Presidente de la República
Argentina Carlos Saúl Menem.
Ciudad de La Habana, 21 de julio

He recibido la atenta carta enviada por usted⁷ con motivo de cumplirse este 24 de julio el centenario del nombramiento del Héroe Nacional de Cuba, José Martí, como cónsul de la República Argentina en la Ciudad de Nueva York, y al agradecerle el gesto de haber recordado este significativo hecho en la historia de las relaciones entre los pueblos cubano y argentino, quiero aprovechar para hacer llegar a usted y, por su conducto, a todos los argentinos, nuestro más fraternal saludo.

Desde julio de 1890 hasta octubre de 1891, cuando presentó al gobierno argentino la renuncia al cargo que tanto lo honraba para dedicarse por entero a la causa sagrada de la independencia de su patria aún esclava, ejerció Martí con apasionado afán la función de representar los intereses argentinos ante el gobierno de los Estados Unidos, en difícil coyuntura en la que ya se avizoraban las pretensiones hegemónicas del vecino del Norte en nuestro Continente. La designación de José Martí para tan elevado encargo resultaba de hecho el digno reconocimiento realizado por la gran nación Argentina a su condición de ciudadano de la América nuestra, y a su convicción de la existencia de una sola familia hermana en Latinoamérica. Pues. Como él mismo sentenciará, “pueblo y no pueblos, decimos de intento, por no parecemos que hay más que uno del Bravo a la Patagonia”.

Permítame, Señor Presidente, en la propicia ocasión de este centenario, renovar el testimonio de nuestra más decidida vocación latinoamericana, en la cual supo formarnos José Martí, y expresar una vez más nuestra sincera admiración, respeto y cariño por el noble pueblo argentino, al que —como dijo uno de sus más ilustres hijos,⁸ de proyección igualmente universal— nos atan “lazos de otra clase que no se pueden romper como los nombramientos”

Con mi mayor consideración, cordialmente.

1991

Concibió el estudio estrechamente vinculado al trabajo

Discurso en la inauguración del Consultorio, vivienda del médico de la familia, construido por el contingente estudiantil “Antonio Guiteras”, de la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana. Ciudad de La Habana, 28 de enero

[...] hoy han entregado esta obra como homenaje al aniversario de Martí. Es un homenaje sencillo pero de una gran significación por lo que representa esta obra en muchos sentidos, primero, como un aporte más de la Revolución a la salud del pueblo.

[...] esta obra no ha sido construida por profesionales de la construcción, sino por estudiantes de derecho, y yo entiendo que eso es todo un símbolo. Y Martí, que concibió el estudio estrechamente vinculado al trabajo, se sentiría feliz también de una realidad como esta, en que los estudiantes de derecho, ya en el nivel superior, fueron capaces de organizarse en contingente, emprender una obra como esta y llevarla hasta el final, con la colaboración del resto de los compañeros de la escuela.

El mérito de unir con su talento y pensamiento a todos los luchadores por la independencia

Entrevista concedida a la periodista Beatriz Pagés Rebollar, Directora del semanario mexicano Siempre. Ciudad de La Habana, 9 y 10 de mayo

[...] En Cuba, Martí tenía y tiene una autoridad enorme, tuvo el mérito de unir con su talento y su pensamiento genial a todos los luchadores por la independencia, y fue atacado y reconocido por todos. Imagínate que terminara la guerra de independencia y que Martí no hubiera estado muerto; era difícil que alguien pudiera unir su experiencia o autoridad, o la de Maceo u otro personaje histórico, hemos tenido muchos.

[...] Solo circunstancias excepcionales habrían podido dar lugar a que surgieran aquellos personajes como Martí y Maceo. Solo circunstancias excepcionales han podido dar lugar a que surgieran personalidades como las que ha producido nuestra Revolución. Es decir, desaparecidas las circunstancias históricas, tú no vuelves a encontrar gente exactamente con los mismos requisitos, y es más difícil que puedas sumar cinco, seis o siete factores que hagan posible la autoridad y el prestigio de esos dirigentes.

[...] Nosotros no luchamos, desde luego, por la gloria. Siempre tengo muy presente un pensamiento de Martí, de los primeros que leí y nunca olvidé, porque encierra una gran verdad y una gran filosofía, cuando decía: “Toda la gloria del mundo cabe en un

grano de maíz” Era una cosa admirable de Martí, él luchaba por objetivos políticos determinados, no por la gloria.

En la época de los luchadores por la independencia, a principios del siglo pasado, en América Latina los combatientes hablaban mucho de la gloria; Bolívar habló mucho de la gloria, fue una constante en él. La gloria para ellos era uno de los objetivos de la tarea del hombre.

Un revolucionario moderno no puede estar pensando en la gloria, y ya Martí no pensaba en la gloria, así que nosotros no podemos andar disfrutando satisfacciones, pensando en honores y cosas por el estilo. Las satisfacciones nuestras pueden venir de las cosas que podamos hacer, de los éxitos que se puedan alcanzar; pero te digo que con determinada frecuencia a uno le vienen a la mente las responsabilidades que tiene y los problemas que deben resolverse, y siente un peso grande.

Presente y Futuro de Cuba. Entrevista concedida a la revista mexicana Siempre. Oficina de publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1991, p. 122.

Asegurar la independencia de la Patria y preservar la de los pueblos de América

Trigésimo Aniversario de la Victoria de Playa Girón. Ciudad de La Habana, 19 de abril

[...] somos nosotros: herederos de Maceo, herederos de Baraguá, herederos de Martí, de aquellas ideas tuyas, de aquel propósito firme de hacer lo que fuera necesario hacer y dar su vida para asegurar la independencia de la Patria y preservar la independencia de los demás pueblos de América, y hoy podríamos decir preservar la independencia y las esperanzas de muchos pueblos del mundo.

Somos herederos de esas ideas, y sin esas ideas, y sin ser herederos de esas ideas, no habría habido un Moncada, ni una Sierra Maestra, ni un 1ro. de enero; porque lo que hicimos en la Sierra Maestra fue sencillamente imitar lo que habían hecho ellos, que lucharon contra cientos de miles de soldados españoles con unas pocas armas. Eso hicimos nosotros en la Sierra Maestra. No fueron tantos años, pero hubiéramos podido estar allí hasta ahora, o haber muerto allí hace rato. Lo que hicimos fue imitarlos.

Si no fuéramos herederos de aquellas ideas, no habría existido la victoria de Playa Girón. Habrían temblado los combatientes ante la presencia de las escuadras, los porta-aviones, los cruceros, las naves de guerra yanquis y ante su infantería de marina; no habrían combatido como combatieron allí, ni habrían puesto los tanques apuntando para las escuadras como lo hicieron allí, como diciendo: “¡Aquí estamos si se deciden a desembarcar!”.

Hemos tenido la hermosa historia, gracias a lo cual se ha forjado un gran pueblo.

Ediciones OR No. 1, 1991, Editora Política, La Habana, 1993, pp. 110-111.

De América soy hijo, a ella me debo

Mensaje a la Primera Cumbre Iberoamericana, Guadalajara, México. 19 de Julio

Voz gigante americana, la de José Martí, llamó de nuevo hace poco más de 100 años, con palabras de singular vigencia, a la unidad y la integración de las repúblicas de lo que él denominó Nuestra América, cuando la ominosa sombra del panamericanismo caía por primera vez sobre el Continente:

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minuciosos, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, las causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.

Martí comprendió como nadie, desde Bolívar, la común identidad iberoamericana y la posibilidad de la unión de nuestras naciones: "Pueblo, y no pueblos, decimos de intento, por no parecemos que hay más que uno del Bravo a la Patagonia." Y como nadie entendió la imperiosa necesidad de la integración y la acción unida: "¡Los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes"

Si nuestra América es una, como nos dice la historia y nos reafirma la vida, engendrada por los mismos factores, impulsada por los mismos afanes, incitada por los mismos problemas y angustiada por los mismos dolores, una es natural que sea en el aliento por las mismas esperanzas y en la búsqueda de los mismos caminos.

Hoy nos debiera unir, además, la lucha contra la miseria y el hambre, las condiciones de insalubridad e ignorancia en que viven grandes masas de nuestros pueblos, la falta de trabajo y de vivienda de muchos de nuestros conciudadanos y todos los demás efectos de la crisis económica y social que nos oprime y empobrece. Nos debiera unir, por tanto, el imperativo de luchar, si queremos que nuestros pueblos traspongamos con dignidad el umbral del próximo milenio.

Somos realmente unos, como postuló Martí, "en el origen, en la esperanza y en el peligro".

La división ha sido siempre nuestra mayor debilidad. Los que nos han dividido son los mismos que nos han neocolonizado y explotado. Son los que hoy nos quieren de nuevo descubrir y conquistar, para prolongar, ahora con métodos distintos, el saqueo de nuestros pueblos.

En la historia de la humanidad, los grandes cambios sociales han estado antecedidos por avances significativos en el campo de las ideas. En la medida en que seamos capaces de promover la conciencia sobre la necesidad de la integración, sus fundamentos en la identidad común y sus potencialidades a los efectos del común destino, estaremos abriendo el camino hacia la unión de nuestros países. En este empeño, la reflexión sobre nuestro rico pasado, no desde el punto de vista particular de cada una de nuestras naciones, sino desde la óptica abarcadora de la gran república moral latinoamericana de que hablaba Martí, será el mejor instrumento para la comprensión de nuestro presente y para la proyección del futuro de unidad que debemos ser capaces de labrar en provecho de nuestros pueblos.

Unir fuerzas para ayudarnos mutuamente, para apoyarnos, para enseñar unos a otros y aprender unos de otros, es vital para el futuro de nuestros países. La educación se convierte así en uno de los prerrequisitos de la integración, pues uno de los factores que más se explotan para dividirnos es nuestra ignorancia.

No ha de ser casual que junto al pensamiento revolucionario y la acción libertadora de los forjadores de nuestra independencia, estuvo siempre la presencia del Maestro. No puede concebirse a Bolívar sin Simón Rodríguez y Andrés Bello, ni recordarse a Martí sin evocar a Rafael María de Mendive. Hidalgo fue él mismo maestro y formador de hombres.

En Juárez se integran todos los valores en los que se expresa el papel de la educación y la cultura en la independencia de nuestros países y la libertad de nuestros

pueblos. Indio y pobre, analfabeto hasta los 9 años, se hace abogado y, en un continente dividido en 100 fronteras y sometido a la violencia injerencista, se convierte en lúcido y brillante paladín de la americanidad y de la resistencia a la intervención y la agresión, postulando el principio que constituye todo un enunciado de la cultura latinoamericana: “El respeto al derecho ajeno es la paz”.

Es necesario el rescate de una pedagogía americana, diseñada por la pléyade de hombres de pensamiento que forjaron la conciencia de nuestra identidad, asentada en nuestra rica historia y en la cultura milenaria resumida en el crisol de razas donde fuimos formados. La identidad cultural iberoamericana se vincula a las raíces de nuestra historia común a las tradiciones, los valores éticos, las manifestaciones artísticas y la idiosincrasia de nuestros pueblos. Conocerla, asimilarla, desarrollarla, divulgarla, defenderla, es uno de los mayores objetivos que nos une.

Si en el pasado fue la independencia el hecho cultural y político más trascendente de nuestra historia, hoy en nuestra cultura común radica la esencia de los sentimientos de dignidad e identidad americanas, la fuerza de la unidad, los principios irrenunciables de la independencia y la autodeterminación, las ansias de libertad e igualdad humana y los valores morales y éticos que son raíz y fruto de nuestras tradiciones. Nos identifican en nuestra ética, entre otros valores, el culto a la libertad y la dignidad plena del hombre, la vocación heroica y el amor al sacrificio, el espíritu de lucha, la rebeldía ante la justicia y la opresión, la conciencia de la igualdad entre los hombres y la identidad entre nuestros pueblos, la solidaridad humana, la voluntad y el tesón.

“De América soy hijo, a ella me debo”: el enunciado de José Martí sirve de fundamento y pauta a la acción que juntos debemos emprender.

Nuestros grandes fundadores fueron, sin excepción, hombres de conciencia americana. Y, sin embargo, ¿qué diríamos hoy a Bolívar, a San Martín, a Sucre, a Artigas, a O’Higgins, a Hidalgo, a Juárez, a Morazán, a Martí, a los incontables adalides de nuestra independencia, abanderados todos de la unidad de nuestros pueblos, al comprobar que hemos sido incapaces, casi dos siglos después, de dar un solo paso efectivo y duradero a favor de esa unidad?

En el mundo del futuro, en el que se perfila la consolidación de poderosas colectividades supranacionales, la unidad será lo que nos permitirá ocupar entre las grandes comunidades humanas el lugar que nos corresponde por nuestra historia, nuestra cultura, y nuestros valores espirituales. La enorme fuerza espiritual y moral que nos dan nuestra cultura común y nuestra experiencia histórica compartida, es la mayor riqueza con que contamos y la palanca capaz de proyectarnos hacia un lugar en el mundo del siglo XXI.

Los pueblos de nuestra América tienen por delante la magna tarea histórica de formar la comunidad latinoamericana y caribeña, como condición ineludible para su definitiva libertad, su pleno y genuino desarrollo, su supervivencia misma. Lo que podamos lograr no dependerá más que de nuestro propio esfuerzo, nuestra voluntad, nuestra inteligencia. En esta empresa se requiere el concurso consciente y aplicado de todos. Recordemos la admonición de Bolívar: la unión de nuestras naciones “no nos vendrá por prodigios divinos sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos”. Pero tenemos fe en el entusiasmo, en la voluntad, en la capacidad, en el esfuerzo de nuestros pueblos, en su inteligencia.

Nunca antes, desde los albores de la independencia, en cuya concreción se fundieron pueblo enteros y de la cual emergió pujante el conjunto de naciones que aquí representamos, fue más urgente y necesaria una concentración como la que estamos concibiendo. El primer logro de esta reunión¹ fue el hecho mismo de que se efectuara, que por sí solo es prueba inequívoca de lo que ha avanzado la conciencia entre nosotros acerca de la necesidad de nuestra unidad e integración. Aquí en Guadalajara, habremos dado el primer paso hacia la materialización del sueño que sin duda al menos una vez habrá cruzado por la mente y el corazón de cada ciudadano de la América nuestra: el sueño de ver a nuestras naciones, antes balcanizadas,

enfrentadas y rivales, en un futuro unidas en un haz indestructible de pueblos, brotados de comunes raíces, fundidos en idénticos crisoles, provistos de similares tradiciones, armados de afines ideas, movidos por parejos sentimientos, guiados por semejantes valores, dotados de la misma cultura.

Tenemos derecho a soñar en esa América Latina unida, como la soñaron Bolívar y Martí.

Ediciones OR, No. 2, 1991, Editora Política, La Habana, febrero de 1993, pp. 7-8, 19, 31.

Quienes están con los oprimidos y con los explotados

Trigesimoctavo aniversario del Asalto
al Cuartel Moncada. Matanzas, 26 de julio

Hicieron una propaganda enorme, sin embargo allí, en las masas —no sólo en las masas, entre las personalidades, entre dirigentes y cuadros políticos del país, en todo el mundo— y de modo muy especial en el pueblo, y en el pueblo de Guadalajara, las expresiones de solidaridad y de simpatía hacia Cuba eran extraordinarias, ¡realmente extraordinarias!; lo que demuestra que los pueblos no olvidan la historia, que los crímenes imperialistas no se olvidan, que la masa enorme de publicidad y de campañas contra la Revolución Cubana les roza la piel a todos aquellos que tienen aunque sea instinto de clase, y que saben quiénes están con los pobres de este mundo —como decía Mandela,² recordando a Martí—, quiénes están con los oprimidos y con los explotados, y quiénes están contra los explotadores, los conquistadores, los colonizadores, los neocolonizadores y los saqueadores, ¡lo saben! De modo que allí nos podíamos sentir como aquí, en familia.

Ediciones OR No. 2, 1991, Editora Política, La Habana, febrero de 1993, p. 46.

Pensaba en la unidad latinoamericana y en la independencia de América Latina

Cuarto Congreso del Partido Comunista
de Cuba, Teatro “Heredia”. Santiago de Cuba,
10 de octubre

[...] En realidad tenemos muchos Maceos y tenemos muchos Martí, tenemos muchos héroes, tenemos muchos internacionalistas y muchos combatientes que hoy se llaman socialistas, que hoy se llaman comunistas.

Yo los veo, y digo: Estos hombres y estas mujeres no pueden ser distintos que aquellos. Yo los veo y en su temple veo el temple de aquellos. Digo: ¿Tanto temple? Sí, tanto temple como el de aquellos. ¿Tanto espíritu, tanta valentía? Sí, tanto espíritu, tanta valentía como el de aquellos. ¿Es una tarea tan difícil por delante? No, una tarea más difícil por delante. ¿Una responsabilidad histórica como la de aquellos? No, una responsabilidad histórica mayor que la de aquellos. No es que aquellos fuesen incapaces de afrontar estas tareas, estoy seguro de que las harían afrontado tanto o más que nosotros, pero es que la historia le asignó a cada cual su tarea, a cada generación y a cada época, y a nosotros nos asignó una más difícil, una de mayor responsabilidad.

Antes eran las luchas por los destinos de nuestro pueblo, aunque ya eran en parte también las luchas por los destinos de América, sobre todo cuando Martí escribió en

su última carta que todo lo que había hecho y haría era para impedir a tiempo con la independencia de Cuba que los Estados Unidos se extendieran con esa fuerza más sobre los pueblos de América. Ya la prédica y el pensamiento martiano tenían un alto contenido universal, un alto contenido internacionalista y se proclamaba la lucha por la independencia de Cuba y de Puerto Rico —que todavía está allí en manos de los yanquis—, un país que no tiene ni derecho a invitar a un visitante. Ya Martí se preocupaba por toda la América, ya Martí continuaba los sueños de Bolívar, ya Martí pensaba en la unidad latinoamericana y en la independencia de América Latina frente al coloso del norte, el monstruo en cuyas entrañas vivió.

Ediciones OR, No. 2, 1991, Editora Política, La Habana, febrero de 1993, p. 69.

Sin independencia y sin dignidad, no importa la vida de un pueblo

Cuarto Congreso del Partido Comunista de Cuba, Santiago de Cuba, 14 de octubre

[...] Después de cinco días de intenso trabajo, en jornadas que se prolongaban 14 y 15 horas, arribamos a este acto popular de clausura del IV Congreso del Partido.

¿Qué conmemoran hoy los santiagueros? ¿Es acaso solo el final de nuestro congreso? ¡No! Pensaba, después de entregar la bandera de Listos para la Defensa, en primer término, que los santiagueros estaban homenajeando hoy el 10 de octubre de 1868. era el homenaje a aquellos que se levantaron en armas para construir esta histórica historia de 123 años; era el homenaje a la Demajagua y a Carlos Manuel de Céspedes; era el homenaje a 10 años de incomparable heroísmo; era el homenaje a la Protesta inmortal de Baraguá; era el homenaje a la Guerra del 95; era el homenaje a la muerte heroica de Martí en Dos Ríos y a los restos gloriosos que reposan en esta ciudad.

[...] Antonio Maceo, aquella, tu inolvidable, gloriosa e insuperable protesta que un día tuvo lugar bajo aquellos Mangos de Baraguá, esa misma protesta es la que hoy tiene lugar aquí, bajo estos aceros que simbolizan tus invencibles machetes. [...]

¡Gracias a Maceo porque nos diste esta oportunidad! Nosotros todos, pigmeos al lado tuyo; nosotros todos que crecimos escuchando y honrando tu nombre. ¡Gracias a ti, gracias a tu ejemplo, gracias al pueblo que tú y los que como tú forjaron! ¡Gracias al pueblo que como tú, Máximo Gómez y Agramonte forjaron! ¡Gracias a los que como tú y nuestro extraordinario maestro y sabio, José Martí, nos enseñaron! ¡Gracias a ustedes y a los que siguieron el ejemplo de ustedes, y a los que supieron ser como ustedes a lo largo de la historia dentro y fuera de la Patria! Nosotros, que como somos pigmeos a tu lado, hoy nos sentimos un pueblo de gigantes, porque con la sangre de los que como tú enseñaron a la Patria el camino, fue engendrado un pueblo de gigantes; y estos gigantes sabrán estar a la altura de los hijos tuyos, de Martí y de todos los demás héroes de la historia.

Jamás tuvimos pretensiones de tan extraordinarios honores, jamás tuvieron tan grandiosas ilusiones, pero la historia y la vida nos las impusieron y sabremos cumplirlas.

[...] otros pasos hemos dado que venían discutiéndose con relación al partido, a sus Estatutos: resolver el problema de aquellos que no tenían acceso al partido con creencias religiosas. Fue muy discutido este tema y una prueba de la pureza y la lealtad de nuestro partido a las doctrinas no solo políticas, sino también filosóficas. Pero tenemos un partido, un solo partido, como tuvo Martí un partido, un solo partido para hacer la Revolución y es necesario que en ese partido quepan todos los patriotas, en ese partido quepan todos los revolucionarios, que en ese partido quepan todos los

que quieren el progreso de su pueblo, todos los que defienden las ideas de justicia de nuestra Revolución.

[...] ¡Tú, Maceo, no fuiste vencido en el 68, ni en el 78! ¡Tú, Maceo, no fuiste vencido aquel día que caíste en Punta Brava! ¡Tú, Martí, no fuiste jamás vencido el día que caíste en Dos Ríos!, y por ustedes, por su ejemplo, por su muerte, hoy hay millones de cubanos dispuestos a seguir el ejemplo, dispuestos a defender las ideas, y dispuestos a morir, igual que hicieron ustedes, para salvar la libertad, para salvar la justicia, para salvar el honor y el decoro de los hombres; porque sin honor y sin decoro no puede haber vida, ni importa la vida, ni queremos la vida; sin honor y sin decoro no importa la vida, ni queremos la vida, no solo la nuestra, sino incluso la de todos aquellos a los que amamos. ¡Sin honor, sin decoro, sin independencia y sin dignidad no es nada un pueblo, no importa la vida de un pueblo!

Ediciones OR, No. 2, Editora Política, La Habana, febrero de 1993, pp. 145-146, 148-149, 151, 153.

Martí decía que los hombres que no tenían fe en su patria eran hombres de siete meses

Primer Congreso Pioneril. Ciudad
de La Habana, 1ro. de noviembre

Martí decía que los hombres que no tenían fe en su patria eran hombres de siete meses. Pero resulta que la Revolución es una gran partera, resulta que la Revolución es una gran medicina en el orden moral, en el orden espiritual, y podríamos decir que el número de sietemesinos, con la Revolución, ha disminuido considerablemente en este país. Por eso que dicen ustedes de que Cuba es y será un eterno Baraguá, porque por nuestras venas corre sangre de los Céspedes, de los Agramontes, de los Máximo Gómez, de los Maceo, de los Martí y de los cientos de miles que como ellos dieron su vida por la patria, y porque por nuestras venas no corre solo esa sangre pura y heroica, por nuestras venas corre la sangre generosa, la sangre también inmensamente pura de la clase obrera, del movimiento revolucionario internacional; porque nuestros genes patrióticos se mezclaron con genes internacionalistas, porque las ideas de Martí y de su pléyade de compañeros de lucha se juntaron con las ideas de Marx, de Engels y de Lenin, porque a nuestra sangre patriótica se juntó toda nuestra sed de justicia y de libertad, porque a nuestra sangre patriótica se juntó nuestra sangre socialista y comunista.

Nadie tuvo nunca argumentos más fuertes, ideas mortales y éticas más poderosas, una causa más justa que defender, un honor y una dignidad más grande que guardar, una bandera más independiente y más gloriosa que defender.

Trabajamos por algo y para algo: para salvar la Patria, para salvar la Revolución y para salvar el socialismo. Y trabajamos para ello con el mismo espíritu de los hombres y mujeres del 68 y del 95 del siglo pasado, con el mismo espíritu de los hombres del Moncada y de todos los hechos gloriosos de la historia de nuestro pueblo en este siglo.

Trabajamos con el espíritu del 68 y eso lo dice todo, porque en el 68 no había ni petróleo, ni electricidad, ni trenes nacionales, ni ómnibus; en el 68 no había ni pollo congelado; en el 68 no había muchas veces ni zapatos, ni ropa, ¡ni armas!, luchaban con las armas que le arrebataban al enemigo, o con el machete. Así se escribió la historia. Ni había ni médicos ni medicamentos, ¡nada!, y nuestro pueblo luchó 10 años entre el 68 y el 78, y cuando algunos, cansados, dijeron: “Ya no es posible”, Maceo dijo: “¡Sí, si es posible seguir luchando, nosotros estamos dispuestos a seguir luchando!” Y cuando alguno decía que nunca más volvería a iniciarse la guerra

necesaria, Martí dijo: “¡Sí!, volverá la guerra necesaria” Y cuando los yanquis intervinieron en este país e impusieron una Enmienda Platt y una neocolonia nuestro pueblo dijo: “¡No seremos eternamente una neocolonia! ¡No seremos eternamente dominados!”, y llegó un día el 1ro. de enero de 1959.

Como decíamos el día de la clausura del Congreso del Partido, las ideas de Martí no murieron ni fueron derrotados cuando Martí cayó en Dos Ríos aquel 19 de mayo de 1895; ni las ideas de Maceo murieron o fueron vencidas cuando cayó en Punta Brava aquel 7 de diciembre de 1896, las ideas no mueren ni son derrotadas, ni siquiera cuando mueren aquellos que defienden las ideas, si son justas como lo son nuestras ideas.

Si los revolucionarios cubanos en otra época de la historia se hubiesen desalentado con las dificultades, no habría un país independiente llamado Cuba. Habría un pequeño estado del coloso del norte, lleno de prostíbulos, de garitos, de drogas, discriminación racial y de todos los vicios habidos y por haber; pero no tendríamos esta hermosa Patria, no tendríamos este hermoso país, no tendríamos este maravilloso pueblo.

Si alguna vez los revolucionarios cubanos se hubiesen desalentado en su camino; si se desalienta Céspedes después de los primeros reveses, o Gómez, o Agramonte; si se hubiera desalentado Martí cuando La Fernandina, cuando el desembarco; si se hubieran desalentado los patriotas cuando la muerte de aquellos ilustres jefes, entonces no habríamos tenido jamás la Patria que tenemos hoy, la historia que tenemos hoy, la gloria que tenemos hoy.

Ediciones OR, No. 2, 1991, Editora Política, La Habana, febrero de 1993, pp. 175-176, 181.

Cuba fue el único país que aplicó el principio del estudio y el trabajo del cual venía hablando Martí

Octavo Congreso de la FEEM, Ciudad de La Habana, 6 de diciembre

Defendí con mucha vehemencia el principio del estudio y el trabajo, y Cuba fue el único país del mundo que aplicó este principio del cual venía hablando Martí, y que fue uno de los primeros. Marx y Engels hablaron también del estudio y el trabajo. Los teóricos en el socialismo hablaron de la combinación del estudio y el trabajo, es más, no concebían el comunismo sino como una combinación del estudio y el trabajo, o como una combinación del trabajo manual y el trabajo intelectual. Ya la fase superior de la sociedad humana la concebían como eso, que el hombre hiciera el trabajo manual y el trabajo intelectual.

Me di cuenta desde el primer momento de que al universalizar la educación teníamos que universalizar el trabajo, porque si no íbamos a crear una sociedad de intelectuales puros además, que nunca en su vida hubieran hecho nada con sus manos. Por eso lo defendimos y defendimos, de ahí nació la escuela al campo, y después la escuela en el campo la participación, incluso, de los universitarios.

Juventud Rebelde, La Habana, 15 de diciembre de 1991.

Cuando Martí murió en Dos Ríos sabía que había hombres y mujeres dispuestos a hacer lo que él hacía

Octavo Congreso de la FEEM. Ciudad de La Habana, 6 de diciembre

Mencionaba hace un instante el Granma podía mencionar Alegría de Pío, el día 5 de diciembre cuando empezó nuestro congreso. Y el día 6, ¿dónde estábamos nosotros? En un pequeño cañaveral, sepultados bajo la paja, de día y de noche, rodeados de soldados; ese mismo día nos habían echado encima siete u ocho aviones a tres hombres con dos fusiles, éramos solo tres hombres con dos fusiles los que había allí: un fusil tenía 30 balas, otro tenía 80 y nada más. Era un día como hoy, hoy es el 35 aniversario de esa noche y estábamos bajo la paja, de vez en cuando nos movíamos con mucho silencio a pelar alguna caña para alimentarnos. Y les aseguro, compañeras y compañeros, que en ese momento no se perdió ni un átomo la esperanza, ni la perdió la Patria en ningún momento. No la perdió Martí cuando cayó en Dos Ríos. Martí muriendo sabía que moría por esto que tenemos hoy, por esto que estamos defendiendo hoy.

Cuando Martí murió en Dos Ríos, sabía que habría hombres y mujeres como ustedes, dispuestos a hacer lo que él hacía.

Ediciones OR, No. 2, 1991, Editora Política, La Habana, febrero de 1993, p. 241.

Los imperialistas no van a conseguir, apoderarse de Cuba, porque no se lo vamos a permitir

Sexto Foro Nacional de Piezas de Repuestos, Equipos y Tecnologías de Avanzada.

Ciudad de La Habana, 16 de diciembre

Lo que no consiguieron en 200 años los imperialistas no lo van a conseguir ahora, que es apoderarse de Cuba; lo que no pudieron hacer cuando Martí caía en Dos Ríos escribiendo que todo lo que había hecho y haría era para impedir, con la independencia de Cuba, que Estados Unidos se extendiera con una fuerza más sobre los pueblos de América —y eso ocurrió hace casi 100 años—, no lo van a conseguir ahora los imperialistas porque no lo vamos a permitir. Por algo somos los descendientes de Carlos Manuel de Céspedes, de Ignacio Agramonte y de aquellos que hicieron la Guerra de Independencia en 1868; por algo somos los descendientes de Máximo Gómez, de Maceo y de Martí, aquellos que prosiguieron la guerra en el año 1895; por algo somos el pueblo que después de más de 50 años logró alcanzar la liberación, la independencia definitiva.

Las fracciones y las divisiones dieron al traste con la primera guerra de independencia

Décimo Período Ordinario de Sesiones de la Tercera Legislatura de la Asamblea Nacional del Poder Popular. Ciudad de La Habana, 26 de diciembre

[...] en una sociedad que tenga que enfrentar los problemas del subdesarrollo y tenga que desarrollarse en las condiciones tan difíciles que resulta desarrollarse en el mundo

de hoy, es esencial la unidad. Eso lo vio Martí hace más de 100 años. En el año 1992 se conmemora el centenario de la creación del Partido Revolucionario Cubano, se van a cumplir 100 años; pero ya él debió haberlo visto desde antes, estaba muy claro su pensamiento sobre la cuestión.

Martí vio cómo las fracciones y las divisiones habían dado al traste con la primera guerra de independencia. Lo dijo y lo repitió muchas veces, y todo su esfuerzo fue para que la nueva guerra de independencia estuviera organizada sobre otras bases. Martí no era simpatizante de aquella Cámara ambulante dando vueltas por todas partes, que consumía gran cantidad de recursos, de hombres, de medios, era un incesante debate en medio de la guerra; tuvo otra concepción de la forma de dirigir la guerra y de la organización del país durante la guerra, y un partido para dirigir la guerra, dirigir la Revolución.

Pero las ideas de esta naturaleza no eran solo martianas, eran también bolivarianas, porque Bolívar era partidario de la unidad latinoamericana y era partidario de un gobierno central con gran autoridad.

Ediciones OR, No. 2, 1991, Editora Política, La Habana, febrero de 1993, p. 328.

1992

Nunca, ni por un segundo, se olvidarán las ideas y enseñanzas de Martí

Clausura del VI Congreso U.J.C., Ciudad
de La Habana, 4 de abril

[...] el destino nos dio el papel de defender la soberanía, la independencia —no ya solo el socialismo, no estamos defendiendo solo el socialismo—, no sólo para defender las ideas más nobles, no sólo para defender las ideas de Marx, de Engels, de Lenin, adaptadas, como es natural, a nuestras condiciones las ideas revolucionarias no pueden constituir un dogma, sino un conjunto de principios y de objetivos, y cada pueblo en concreto tendrá que adaptar los suyos; siempre dijimos que éramos marxistas-leninistas y martianos, siempre lo dijimos ¡nunca, ni por un segundo, se olvidaron las ideas de Martí, la imagen de Martí, las enseñanzas de Martí, nunca!, desde el Moncada hasta hoy. Por eso tenemos tan legítimos títulos para reclamar nuestra militancia martiana unida al marxismo-leninismo.

[...] si viviera Agramonte, si viviera Maceo, si viviera Gómez, si viviera Martí, ¿estarían haciendo algo diferente de lo que estamos haciendo nosotros? ¿estarían hablando de claudicaciones, concesiones al imperialismo?, ¿estarían hablando de renunciar a la Patria, de renunciar a la independencia, de renunciar al honor, de renunciar a la dignidad? ¡jamás! Pienso que estamos haciendo lo que ellos harían.

Y así como ellos nunca dieron razones para que otros se avergonzaran de ellos, esta generación de revolucionarios no dará jamás razones para que las futuras generaciones puedan avergonzarse de ella.

El amor, madre, a la patria, no es el amor ridículo a la tierra

Conversación con Tomás Borge. Ciudad
de La Habana, 18 y 20 de abril

Una de las razones por las que yo fui martiano y una de las frases más bellas que en mi vida leí de Martí —y he leído muchas frases bellas de Martí y me han causado un

infinito placer muchos de los pensamientos martianos— fue una frase que decía: Toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz. ¡Qué pensamiento tan clarividente, qué humildad, qué modestia! Eso es lo que tenía Martí. Tú no ves nunca a Martí hablar de su proyección histórica, ni de su imagen histórica. Tú lo ves consagrado a la obra de la Revolución, al pensamiento de la Revolución.

Si hace quinientos años se impuso una cultura, hoy se nos quiere imponer un determinado modo de vida, se nos quiere dominar también el pensamiento y la conciencia. En un mundo que es llevado hacia la información, en el que se anuncia incluso el fin de la historia como una forma de privar a los pueblos de su conciencia histórica y su sentido del devenir, urge, por el contrario, a los latinoamericanos enaltecer nuestra identidad y diversidad, proclamar el comienzo de una nueva historia de integración, reinsertar en ella a las enormes masas silenciosas de indios, negros, pobres y marginados de nuestras dolorosas repúblicas de que habló José Martí, convertirlas de nuevo en sujetos de una historia que, lejos de haber tenido fin, las utiliza todos los días como objeto de explotación.

Se hablaba de la democracia griega como ejemplo, y la democracia de la época clásica de Grecia. Atenas, que era el prototipo de la democracia, tenía 40 mil ciudadanos, entre hombres, mujeres y niños, y 90 mil esclavos; estos esclavos creo que se dividían en 35 mil que trabajaban en los talleres y en la agricultura, 20 mil mujeres que trabajaban en los servicios domésticos, 10 mil niños esclavos que prestaban distintos servicios y 25 mil esclavos que trabajaban en la minería. Por cada hombre, mujer y niño libre en Atenas, había más de dos esclavos; incluso los grandes historiadores, los grandes filósofos, tenían esclavos —no los voy a criticar, ya que no podían rebasar el marco de aquella sociedad—, y el esclavo no era nada, era un ser humano que podía ser vendido, comprado, se le podía privar de la vida, de todo.

Me pregunto, realmente, cual es la gran diferencia que existía entre aquella sociedad y esta sociedad que tanto tratan de exaltar el imperialismo y sus partidarios. Por ejemplo, me pongo a pensar en Martí; Martí nunca concibió esa forma de democracia. Me pongo a pensar en Bolívar; Bolívar nunca concibió esa forma de democracia para los países de América Latina y, al contrario, era crítico de que trataran de imitarse las formas de organización política de Francia o de Estados Unidos.

Estos grandes pensadores de nuestra América nunca se identificaron con ese tipo de democracia que nos quisieron imponer, y que hasta han impuesto o están tratando de imponer, y que lo que ha hecho es debilitar nuestras sociedades, fragmentarlas en mil pedazos, hacerlas impotentes para resolver los problemas.

Nosotros hemos encontrado nuestra forma de expresión de la democracia y creemos que es la que se ajusta de manera ideal a nuestras condiciones, y su eficacia ha sido mostrada a lo largo de más de 30 años, porque creo que ningún país habría podido resistir el bloqueo, las amenazas, las agresiones, los golpes tremendos que significaron el derrumbamiento del campo socialista y la desaparición de la Unión Soviética, si no existiera un pueblo consciente, un pueblo unido, y no un pueblo fragmentado en mil pedazos. Por eso para nosotros la unidad es cuestión fundamental.

Y acogiéndonos a los principios martianos, porque Martí creó un partido para hacer la Revolución, creemos en la existencia de un partido para defender la Revolución. Eso es a grandes rasgos lo que te puedo decir, y lo sintetizo en una frase: No puede existir una verdadera democracia dentro del capitalismo, sólo puede existir la democracia dentro del socialismo.

[...] Estados Unidos no está proponiendo un acuerdo de libre comercio con el conjunto de América Latina, sino está proponiendo un acuerdo de libre comercio país por país para que los gobiernos de América Latina no tengan una fuerza negociadora, una capacidad común de negociación, con el fin evidente de imponer sus intereses a todos y a cada uno de esos países, mantenerlos divididos, fragmentados, y de ser

posible integrar no ya la América Latina a su economía, sino a cada uno de los países de América Latina y del Caribe a la economía de Estados Unidos.

Eso no tiene nada que ver con las ideas integracionistas, con las ideas de unificación, en lo económico y en lo político, de Bolívar, de Martí, de todos los que pensaron en la integración de América Latina y de todos los que actualmente piensan con honradez en esa integración. Sólo puede pensarse y sólo es concebible la integración y la unión de América Latina de una forma independiente y en el marco de sus propios intereses, porque la América Latina también pudiera llegar a constituir una gran comunidad económica. América Latina no tiene otra alternativa digna, honrosa, de independencia, que la integración económica; de lo contrario, en el mundo del futuro no tendrá ningún lugar, no tendrá absolutamente ningún porvenir.

Cuando dispuse de mayor tiempo para leer fue en los casi dos años que estuve en prisión, entre 1953 y 1955.

Déjame expresarte que siempre mantuve la afición por la historia de Cuba, por todo lo que se refería a los luchadores por nuestra independencia, en primer lugar Martí y todo lo que se refería a las obras de Martí.

De lo primero que yo me empapó mucho, profundamente, es de la literatura martiana, de las obras de Martí, de los escritos de Martí; es difícil que exista algo de lo escrito por Martí, de sus proclamas políticas, sus discursos, que constituyen dos gruesos volúmenes, deben ser unas 2 mil páginas o algo más, que no haya leído cuando estudiaba en el bachillerato o estaba en la Universidad.

Tengo mi predilección entre los grandes personajes de la historia, y esa predilección la siento por Bolívar.

Ya no te digo que Martí. Martí es un Bolívar del pensamiento, y Bolívar fue un genio de la política, un genio de la guerra, un estadista, porque tuvo las oportunidades que no tuvo Martí de dirigir Estados. Su idea de reunir aquel inmenso Continente en medio de tan gigantescas dificultades es algo que no tiene precedentes; no solo contribuyó con su acción a la liberación de todos esos países, el mero esfuerzo de tratar de unirlos es una idea fundamental, vital para toda nuestra América, para todo nuestro continente, para todos los pueblos de origen ibérico —es decir, de origen español, portugués—, esa mezcla que se empezó a producir hace 500 años. ¡Tienen tal trascendencia el pensamiento y las ideas de Bolívar!

Pero para definir a Martí, lo expreso diciendo que fue un Bolívar del pensamiento político, la cumbre. No sé si me podrán tildar de sectario, pero no recuerdo a nadie con el calibre intelectual de Martí.

Martí fue un fanático de Bolívar, digamos, de su grandeza y sus propósitos. Y como he leído muchos libros, tengo cierto derecho a hacer una selección entre los personajes que más me simpatizan de la historia.

Admiro la poesía de Neruda,¹ es muy bella, es una fuente inagotable de placer; pero me gusta todavía más Guillén,² puede haber un poco de nacionalismo, de chovinismo, lo admito, en eso. De literatura clásica las famosas Cien mejores poesías de la lengua castellana casi las aprendí de memoria. Me gustan los versos de Martí, de Robén Darío, creo que entre ellos hay afinidad. Los de Martí me gustan mucho; aunque Martí no fue fundamentalmente poeta, es sin embargo, un poeta que gusta, un poeta que leo con amor.

[...] nuestra Patria encarna los más altos valores de la nación, los más altos valores de un pueblo noble, combativo, heroico, y cuando nuestra Patria encarna los más altos valores de internacionalismo; cuando la Ppatria se enfrenta al imperio en un gesto sin precedente y sin paralelo, cuando la Patria se ha convertido en la primera trinchera de la defensa de América, cuando la Patria es lo que Martí quiso hacer en vísperas de su muerte en Dos Ríos, una trinchera contra el expansionismo del imperio del Norte revuelto y brutal, cuando nuestra patria simboliza todo eso, para mí, más que nunca, no solo es un orgullo, sino un verdadero privilegio ser cubano. Tengo un concepto muy alto, muy alto, no de la tierra, no es del amor a la tierra, es del amor al pueblo al cual pertenecemos y que vive en esta tierra.

Martí decía: “El amor, madre, a la patria /No es el amor ridículo a la tierra /Ni a la yerba que pisan nuestras plantas; /es el odio invencible a quien la oprime,/Es el rencor eterno a quien la ataca”.

Pero a mí, por encima de todo, la Patria es el pueblo, y yo siento una enorme admiración por nuestro pueblo y cada vez más, porque nuestro pueblo cada vez es mejor.

No tenemos otra alternativa que soñar, seguir soñando, y soñar, además, con la esperanza de que ese mundo mejor tiene que ser realidad, y será realidad si luchamos por él. El hombre no puede renunciar nunca a los sueños, el hombre no puede renunciar nunca a las utopías. Es que luchar por una utopía es, en parte construirla.

Martí decía también que los sueños de hoy son realidades de mañana, y nosotros, en nuestro país, hemos visto convertidos en realidades muchos sueños de ayer, una gran parte de nuestras utopías las hemos visto convertidas en realidad. Y si hemos visto utopías que se han hecho realidades, tenemos derecho a seguir pensando en sueños que algún día serán realidades, tanto a nivel nacional como a nivel mundial. Si no pensáramos así, tendríamos que dejar de luchar, la única conclusión consecuente sería abandonar la lucha, y creo que un revolucionario no abandona jamás la lucha, como no deja jamás de soñar.

Qué habría sido de la patria sin nuestros antecesores

Clausura del encuentro 20 años después
de la creación del Destacamento Pedagógico “Manuel Ascunce
Domenech”. Ciudad
de La Habana, 30 de mayo

No puede haber patria si no es una patria para todos, como la quería Martí, porque Martí no empleó el concepto con sentido marxista, pero sí con un profundo sentido de justicia y de igualdad entre los hombres cuando hablaba de la patria de todos y para el bien de todos. ¿Qué significa el bien de todos? ¿Acaso el bien de los latifundistas, de los terratenientes, de los grandes ricos, de los grandes magnates y nada para el hombre humilde, el hombre del pueblo? ¿Cómo puede haber el bien de todos con discriminación de la mujer o la discriminación racial, con la explotación del hombre por el hombre? Pero esas ideas no estaban desarrolladas todavía, esa conciencia no estaba formada a fines del siglo pasado.

Qué era el imperialismo no lo sabían bien todavía los cubanos, lo aprendieron después, el fenómeno del imperialismo que empezaba ya a insinuarse en toda su dimensión. La guerra de intervención de Estados Unidos en Cuba fue la primera guerra imperialista en el sentido moderno de la palabra; pero los cubanos todavía no sabían bien, realmente, lo que era eso.

La Revolución suma ya todos estos valores. Si usted suma todos esos valores los multiplica, los potencia, tiene una ideología mucho más completa, mucho más acabada. ¿Pero qué ideología internacionalista podemos tener, o idea de justicia social, o idea del socialismo, si olvidamos nuestras propias raíces históricas, si olvidamos el camino seguido para llegar hasta aquí, si olvidamos todo lo que dio lugar a esto? ¿O es que Carlos Manuel de Céspedes, o Ignacio Agramonte, o Máximo Gómez, o Maceo, o Martí, no tienen nada que ver con la Revolución socialista? ¿Qué habría sido de nuestra Patria sin el camino emprendido por ellos? Nos habrían vendido

algún día a Estados Unidos, seríamos un territorio yanqui, no habría nación cubana, no habría patria cubana, no habría Cuba independiente.

Si hace 20 años se creó el Destacamento y se organizó un primer contingente. Editado en la Imprenta de la Dirección Política Principal de las FAR, junio 1992, p. 14.

**Cuba no anda de pedigüeña
por el mundo, anda de hermana, y obra
con la autoridad de tal**

Segunda Cumbre Iberoamericana. Madrid,
España, 23 de julio

[...] nada es imposible para los que luchan. Nuestro Héroe Nacional José Martí, hijo de padre y madre españoles, en vísperas del reinicio de la lucha por la independencia, escribió algo que parece concebido para esta reunión: "Cuba no anda de pedigüeña por el mundo, anda de hermana, y obra con la autoridad de tal. Al salvarse, salva. Nuestra América no le fallará, porque ella no falla a América.

Granma, La Habana, 24 de julio de 1992, p. 1, col. 3.

**Por el papel que jugaría la independencia de Cuba en los
destinos de América Latina**

Conclusiones en el XII Período Ordinario
de Sesiones de la Asamblea Nacional del Poder Popular. Ciudad de La
Habana, 29 de octubre

Hoy la Revolución cubana es una trinchera levantada a nivel mundial y, aunque en aquella época ya los cubanos se preocupaban extraordinariamente, y Martí se preocupaba de manera especial del papel que jugaría la independencia de Cuba en los destinos de América Latina, hoy la independencia de Cuba interesa no sólo a los destinos de la América Latina, sino a los destinos de todo el mundo.

Hoy la lucha de Cuba por su supervivencia, por mantener su Revolución tiene que ver con la soberanía de todos los pueblos del mundo y tiene que ver con el destino del mundo. Luego, aunque los sufrimientos de nuestros mambises fueron superiores, los valores por los cuales nosotros luchamos y las responsabilidades que tenemos actualmente son mayores que los que recaían sobre ellos.

Granma, La Habana, 31 de octubre de 1992. p. 6 col. 2-3.

**Aprendió a admirar las virtudes
de los hombres y las mujeres que
formaban el pueblo norteamericano**

Carta a estudiantes norteamericanos
del aula 210 de la Escuela Afayette de Williamsburg,
Virginia, Estados Unidos. La Habana,
23 de diciembre

[...] Cómo no me gustaría que les ocurriese lo mismo que me sucedió a mí cuando le escribí aquella carta al Presidente Roosevelt, me apresuro a contestarle para, en primer lugar, darles las gracias por el gesto tan amable que han tenido y, en segundo lugar —aunque ustedes no hicieron como yo y no me lo pidieron—, enviarles de regalo, para que guarden de recuerdo ya que no podrán gastarlo allí en los Estados Unidos, un billete cubano de 10 pesos, que es una cantidad mas ó menos equivalente a 10 dólares.

Si se fijan bien y ponen el billete contra la luz, verán a la izquierda otro retrato: es el de José Martí, el Héroe Nacional de Cuba y gran patriota latinoamericano que murió en el campo de batalla en 1895. Martí fue también un excepcional pensador, escritor y poeta. Les envío junto con esta carta algunos de sus libros, entre ellos uno que se llama La Edad de Oro, escrito por él para lectores jóvenes como ustedes.

Martí vivió muchos años en los Estados Unidos, y aprendió a admirar las virtudes de los hombres y las mujeres que formaban el pueblo norteamericano. Pero se dio cuenta también del peligro que, desgraciadamente, representaba desde entonces para Cuba y para los demás países de América Latina la política que pretendían desarrollar algunos poderosos intereses dentro de ese país.

Igual que Martí, nosotros también sentimos aprecio por el pueblo de los Estados Unidos. Nunca hemos dejado de ser amigos de los norteamericanos. Sabemos que en los Estados Unidos hay muchos como ustedes que quieren ser amigos sinceros nuestros, y que, al igual que ustedes, quisieran que las relaciones entre nuestros dos países sean normales.

Granma, La Habana, 19 de mayo de 1993, p. 8, col. 4-5.

1993

José Martí, apóstol de la independencia de Cuba propugnó con celo admirable la causa antillana

Mensaje al Dr. Julio Rabelo, rector de la Universidad Autónoma de Santo Domingo con motivo de conferirle el Título de Honoris Causa.
La Habana, 15 de enero

[...] Tengo ante mí su afectuoso mensaje en que me impone de la decisión del claustro de conferirme el título de Doctor Honoris Causa. Altísimo honor, tanto por el hecho de que entre todas en Nuestra América ella ostenta la precedencia, que le fue dada en 1538 por el Breve Pontificio In Apostolatus Culmine, como por la admirable ejecutoria de su magisterio secular, que permitió se formaran en sus aulas los talentos más escogidos que honraron las ciencias, el pensamiento humanístico, cantera y fragua de la intelectualidad dominicana.

Ello ocurre, cuando apenas han decursado unos meses de haberse celebrado, por decisión de las más altas autoridades de la Nación, acogida sincera y ardientemente por vuestro pueblo, la conmemoración del primer centenario del arribo a esas tierras de José Martí, Apóstol de la Independencia de Cuba. Él propugnó con celo y consecuencia admirables la causa antillana, que vio como pináculo de la obra de los padres libertadores, como continuación del sueño compartido por Betances,¹ Hostos² y Juan Pablo Duarte.

Granma, La Habana, 21 de enero de 1993, p. 1, col. 1.

Tanto Marx como Martí descubrieron que el trabajo podía ser un gran instrumento de educación

Discurso en la Clausura de Pedagogía 93.
Ciudad de La Habana, 5 de febrero

La concepción del estudio y el trabajo, la aplicación de ese principio marxista y martiano —no podemos olvidar a Marx, no fue solo Martí, y quien puede sentir más amor por Martí que nosotros, los cubanos—, tanto Marx como Martí plantearon el principio del estudio y el trabajo, desde aquellos análisis que había hecho Engels en la sociedad inglesa donde obligaban a trabajar a los niños de siete, de ocho, de diez años.

Aquella sociedad despiadada había descubierto que el niño era un productor en potencia, como lo saben y lo han descubierto en todas partes del mundo las sociedades capitalistas donde hasta niños de ocho, nueve y diez años tienen que trabajar para ganarse la vida. Pero tanto Marx como Martí descubrieron que el trabajo podía ser un gran instrumento de educación, que el problema no estaba en el moderado esfuerzo físico o mental que tuviera que hacer un adolescente como parte de su educación sino las razones por las cuales les imponían un esfuerzo físico y mental desproporcionado en condiciones despiadadas, a aquellos adolescentes.

La aplicación del principio marxista y martiano del estudio y el trabajo es algo, a mi juicio, que constituye una creación de la Revolución Cubana, ¡su aplicación!, que fue también elaborada, porque de aquellas ideas se había hablado, pero era necesario ponerlas en práctica, y la Revolución Cubana elaboró las ideas para poner en práctica aquel principio.

Mucho me dolió —y lo digo con toda franqueza— que en la cumbre de Madrid no se mencionó ni una sola vez el nombre de Bolívar. Por hacerlo en nombre de Cuba, por recordar a los que lucharon contra la conquista y por recordar a los que lucharon por la independencia, tal vez yo pronuncié palabras fuera de época, tal vez yo pronuncié palabras inoportunas; pero es hora de hablar de Bolívar, es hora de hablar de Martí, es hora de hablar de aquellos que soñaron de verdad con patrias dignas y con destinos dignos y comunes para cada uno de nosotros.

Granma, La Habana, 9 de febrero de 1993, p. 6, col. 1, 3.

Martí es la piedra angular de nuestro concepto de la educación universal

Discurso pronunciado con motivo de concederle el título de Honoris Causa, de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Santiago de Cuba, 10 de febrero

Queridos compañeros de Santiago de Cuba:

En este lugar de tanta significación para la ciudad de Santiago de Cuba, escenario de acontecimientos históricos de especial trascendencia, se ha constituido esta Aula Magna para la ceremonia que nos reúne, en ocasión de la visita del Rector de la Universidad Autónoma de Santo Domingo y los miembros de su Consejo, para dar cumplimiento a su voluntad de otorgarme los atributos del Doctorado Honoris Causa, que tuvieron la bondad de conferirme.

Interpreto esa decisión como un gesto de especial solidaridad y afecto para nuestro pueblo y sobre esa base acepto tan alto honor.

Nuestra Alma Mater sostendría en sus brazos a incontables héroes caídos en la flor de la vida. Mencionemos sólo a uno, que los encarna a todos: el joven Julio Antonio Mella, nieto de uno de los padres fundadores de la República Dominicana.

José Martí condenado a prisión y trabajos forzados a la temprana edad de 17 años, debió concluir sus estudios superiores en España. En las aulas de la universidad zaragozana halló acogida; allí encontró adhesión y aliento a su ideario emancipador, y pudo beber también en las fuentes de un antiguo saber. Sin embargo, se percató de que en nuestros pueblos, la escuela y la universidad debían forjar al ser humano de cara a la naturaleza, a la agricultura, a la experimentación y a las ciencias.

El apóstol como lo llamaron ya sus contemporáneos, fue heredero natural de una escuela pedagógica de la cual nos enorgullecemos, la misma a la que se consagró con generosa ternura Eugenio María de Hostos, el maestro puertorriqueño que halló patria en Santo Domingo.

Martí, discípulo del poeta y educador Rafael María de Mendive, es la piedra angular de nuestro concepto de la educación universal. Su vasto saber, su consecuencia en los propósitos, su acrisolada sencillez, su elocuencia impar y su consagración sin reposo, lo hacen merecedor de tan alta estima.

Granma, La Habana, 12 de febrero de 1993, p. 4, col. 1, 3.

Un Partido para hacer y dirigir la Revolución

Clausura de la Sesión de Constitución
de la Asamblea Nacional en su Cuarta
Legislatura del Consejo de Estado. Ciudad
de La Habana, 15 de marzo

Nuestro método ha sido, realmente, nuevo original y dentro del concepto de un partido. No hemos tenido que abandonar las ideas de Martí en relación al partido. Para hacer la Revolución, para dirigir la Revolución y, en este caso, para construir el socialismo en nuestro país, hemos logrado conciliar el concepto de un partido con los más profundos conceptos de la democracia.

José Martí, que es siempre obligado
punto de referencia, decía prever
es el deber de los verdaderos estadistas

Carta al Consejo de Dirección de Prisma
de Cuba y las Américas. La Habana, julio

José Martí, el insigne patriota y pensador cubano, que es siempre obligado punto de referencia, decía que, “prever es el deber de los verdaderos estadistas”.

Que los Jefes de Estado o de Gobierno iberoamericanos ofrezcamos en Salvador de Bahía un ejemplo de sabiduría, previsión, sentido práctico y espíritu unitario; que brindemos una muestra efectiva de voluntad integradora en defensa de la independencia y el porvenir de nuestros pueblos: ése sería el mejor y más profundo homenaje a los forjadores de nuestros pueblos y, para los cubanos, además, otra prueba fehaciente de la justeza del camino que reemprendimos hace 40 años.

Prisma de Cuba y las Américas, julio-agosto, La Habana, 1993, pp. 2-3.

Martí es uno de los más fervientes defensores de la unidad de América Latina

Clausura del IV Encuentro del Foro de Sao Paulo. Sao Paulo, Brasil 24 de julio

[...] Martí fue uno de los más fervientes defensores de la unidad de América Latina, 80 años después, ya en otra época, y la planteaba como una necesidad vital de nuestros pueblos. Han pasado casi 170 años desde la independencia y todavía la América Latina está dividida, está balcanizada.

¿Qué diría Martí, si pudiera ver todo lo que estamos viendo en esta América, que él soñó unida algún día, por la cual dio su vida, porque antes de morir dijo que todo lo que había hecho lo había hecho para eso precisamente, para fortalecer, para impedir el avance el coloso del Norte sobre los pueblos de América Latina?

¡Cuántos hombres han luchado a lo largo de tantos años! Pero preciso que si ellos vivieran ahora, como vivimos nosotros, no estarán arrepentidos, no estarán desalentados, seguirán concibiendo los mismos sueños, como nosotros concebimos hoy sus sueños y nuestros sueños; no renunciarían a la lucha, como renunciarían ustedes a la lucha, como no renunciaríamos los cubanos a nuestras luchas.

Granma, La Habana, 27 de julio de 1993, p. 7, col. 3; p. 8 col. 3.

La revolución cubana no anda de mendiga

Respuestas a representantes de distintas instituciones religiosas firmantes del mensaje al Gobierno Revolucionario. La Habana, 13 de octubre

[...] La patria, hermanos y hermanas, es tarea de todos los que estén dispuestos a sacrificarse por ella. Es ara, y no pedestal, como decía Martí: ara o altar donde depositar sin ruido ni alarde lo mejor de cada cual en beneficio de una obra colectiva inaplazable, y no estrado o pedestal donde levantar una vana pretensión de acumular méritos dudosos y tardíos sobre la base de la intriga o la traición. Por eso acogemos siempre los criterios, aún discordantes, de quienes estén sinceramente interesados en promover nuestra obra de adelanto social, pero jamás merecerán nuestro respeto ni escucharemos a los que cultivan la insidia, sirven al enemigo y traicionan a su pueblo y a su patria. En momentos en que lo que está en juego es la supervivencia misma de la nación cubana, estamos obligados a preservar nuestra unidad y luchar hasta el fin.

No olvidemos tampoco algo que ya Martí advirtió en su momento: “La Revolución cubana no anda de mendiga. Acepta: y sólo pide a los que la aman y conocen. Y obedece al país para quien se hace.

Granma, La Habana, 16 de octubre de 1993, p. 3, col. 3.

Con los pinos nuevos y los pinos viejos formando un formidable haz

Carta de felicitación a delegados a Conferencia Nacional Constitutiva de la Asociación

de Combatientes de la Revolución Cubana.
Ciudad de La Habana, 5 de diciembre

[...] Nuestra asociación³ nace como nos enseñó Martí: con los pinos nuevos y los pinos viejos formando un formidable haz. Y no producto de un acto voluntarista o con propósitos de imagen, sino como una consecuencia lógica de nuestras más profundas esencias. No hay contradicciones generacionales en la Revolución por una simple razón: porque no hay envidias ni ansias de poder entre sus hijos.

Ninguno de los viejos luchadores nos aferramos a cargos ni nos consideramos acreedores de la Patria por haberle prestado un servicio, y mientras nos queden fuerzas estaremos en el puesto que se nos asigne, por modesto que sea. Estamos igualmente orgullosos y confiados de nuestra joven generación, representada aquí por derecho propio en los combatientes internacionalistas; ella tampoco reclama puestos ni honores y ha sabido estar a la altura del ejemplo del Apóstol, quien supo admirar y respetar como nadie a sus mayores, pero con igual fuerza discutir con ellos, de igual a igual, si de los intereses de la Revolución se trataba. En Cuba no ha habido ni habrá relevos de generaciones ni entrega de banderas, sino de unidad monolítica para el combate.

Granma, La Habana, 7 de diciembre de 1993, p. 1, col. 2-3.

1994

Se fundó un partido para dirigir al pueblo en la lucha por la independencia

Clausura del IV Encuentro Latinoamericano y del Caribe. Ciudad de La Habana, 28 de enero

[...] nuestro partido tiene un origen en la historia porque Martí, cuyo aniversario conmemoramos hoy, fundó un partido para dirigir al pueblo en la lucha por la independencia, y nosotros necesitamos un partido para dirigir al pueblo en la lucha por la Revolución, en el mantenimiento de nuestra soberanía y de nuestra independencia.

Encuentro Latinoamericano y del Caribe, Principales Documentos, Editora Política, La Habana, 1994, pp. 89-90.

La verdadera identidad latinoamericana y del Caribe, crean una fuerza unida

Acto de homenaje al teniente coronel (r) venezolano Hugo Chávez en el Aula Magna de la Universidad de La Habana.

La Habana, 14 de diciembre

Cuando supimos que el Comandante Hugo Chávez había aceptado la invitación de Eusebio Leal para visitar La Habana y no sabíamos cuando se hizo si podría venir o no dado su programa de actividades —la invitación era relativamente reciente—, no había ninguna duda de que para una personalidad como Hugo Chávez la aceptación de esa invitación entrañaba un acto de valentía, porque hoy por hoy no son muchos los valientes en este mundo que se atreven a aceptar una invitación a venir a Cuba.

Al recoger las banderas de las ideas bolivarianas; al visitar la patria de Martí, maestro de nuestros revolucionarios, discípulo de Bolívar a un país donde se quiere

tanto a Bolívar, donde se le conoce tanto y se le admira tanto, ¿cuál será el mejor lugar para expresar un pensamiento político, para que allí se pueda transmitir a la vez el sentimiento de nuestro pueblo hacia el visitante y hacia lo que sus seguidores significan? Pensamos que no había mejor lugar que la Universidad de La Habana.

No se puede hablar de Bolívar sin pensar en todo un continente, sin pensar en toda la América Latina y en todo el Caribe, del cual somos parte nosotros y otros países de habla española, o de habla francesa, o de habla inglesa.

Se iba a producir una cumbre de ideas, de las ideas bolivarianas y de las ideas martianas. Y uno se pregunta si Martí y Bolívar hubieran podido ser testigos de la cumbre de Miami qué pensarían, qué dirían. Y si escucharan las palabras del Presidente de Estados Unidos,¹ mencionadas por Hugo Chávez, en que intenta presentar esa cumbre como la realización de los sueños de Bolívar —nada más faltó decir que era también la realización de los sueños de Martí—, qué pensarían Martí y Bolívar de ese tipo de “sociedad para la prosperidad” —creo que se llama ahora así la cosa— que les están proponiendo?

Veamos ahí, por eso, otro gran simbolismo, esa coincidencia entre aquella cumbre y las ideas de aquella cumbre, y las ideas de Bolívar y las ideas de Martí.

Veán cómo las generaciones se suceden, cómo 40 años después nos visita el jefe de un movimiento revolucionario bolivariano —o bolivariano revolucionario que es lo mismo, aquí el orden de los factores multiplica el producto, aquí, en el aula Magna de la Universidad de La Habana, hablando de sus proyectos patrióticos, de sus proyectos nacionales y hablando de sus proyectos internacionales, de sus proyectos de unidad latinoamericana y caribeña. Y, ¡en qué momento! En el momento en que quizás como nunca hacen falta las ideas de Bolívar y de Martí; en los momentos en que como nunca en este mundo de hegemonismo unipolar nuestros pueblos están amenazados de ser devorados totalmente devorados por el imperio; en el momento en que se quiere hacer trizas del principio de la independencia y de la soberanía popular, en nombre de esa gran democracia que es la democracia norteamericana, donde apenas el treinta y tanto por ciento de la gente vota.

[...] cuando se habla entre militares latinoamericanos de revivir las ideas de Bolívar, como de revivir las ideas de Martí —que ellos conocen muy bien—, eso se convierte en un motivo de profunda preocupación; cuando se habla de unidad latinoamericana, de verdadera identidad latinoamericana y del Caribe, y de crear una fuerza o —como decía Hugo Chávez— una nación o un Estado o una Federación, una fuerza unida como la que quisieron los fundadores, como la que quisieron Bolívar, San Martín y Martí —él mencionaba el movimiento de oficiales altigüistas, mencionaba el ejemplo peruano, mencionaba el ejemplo de Panamá.

Estoy seguro de que habrá muchos hombres como Hugo Chávez, porque las ideas surgen de las realidades; sus ideas surgieron de las realidades que estaban viviendo, enraizadas en el pensamiento de los fundadores de la independencia de los países de América Latina, los que nacieron hace 200 años, o los que nacieron cuando nació Martí, hace menos tiempo. Martí nace 23 años después de la muerte de Bolívar, pero se empató; se van empatando las generaciones de revolucionarios, las generaciones de luchadores. Y de estas condiciones, de estas realidades nacerá el vivero de ideas y de combatientes, porque millones de hombres y mujeres no se van a cruzar de brazos; y nosotros sabemos lo que está pasando en América Latina.

[...] si se llevan consecuentemente las ideas de Bolívar y de Martí, se concluirá siempre en el fin de la injusticia, en el fin de la explotación; se concluirá siempre en la necesidad desesperada de justicia social que tienen nuestros pueblos; se concluirá siempre que sólo la Revolución que ponga fin a todas esas injusticias, sólo la revolución que ponga fin a esos sistemas, más tarde o más temprano, será la que resuelva los problemas sociales de nuestros pueblos.

Cada cual lo llamará de una forma o de otra. Nosotros es bien sabido que lo llamamos socialismo; pero si me dicen: “Eso es bolivarianismo”, diría: “Estoy totalmente de acuerdo”. Si me dicen: “Eso se llama martianismo”, diría: “¡Estoy totalmente de

acuerdo! Pero algo más me dicen: “Eso se llama Cristianismo”, yo diría: ¡Estoy totalmente de acuerdo!

Nos sentimos muy honrados con su presencia esta noche, Comandante y Teniente Coronel; Comandante en Jefe del Movimiento Revolucionario Bolivariano que nos habla de tales ideas, que nos habla de reunirse para preparar un congreso anfitriónico, un segundo congreso, un tercer congreso, un tercer congreso. Esas son las ideas de esta época, ése es el antimperialismo de esta época, y eso nos hace sentir la necesidad de Bolívar y de Martí más que nunca.

¡Vivan las ideas de Bolívar!

¡Vivan las ideas de Martí!

Granma, La Habana, 16 de diciembre de 1994, p. 3, col. 1, 2, 3; p. 4, col. 1; p. 5, col. 1, 3.

Martí es el más grande de los educadores cubanos

Carta a los educadores cubanos en ocasión
del 22 de diciembre. Día del Educador.

La Habana, 21 de diciembre

[...] cuando son imprescindibles en nuestra sociedad el fortalecimiento de los valores más sagrados de intransigencia revolucionaria, de patriotismo y de amor a la causa de los trabajadores; cuando también se han hecho más difíciles las condiciones materiales de trabajo, tanto de carácter general como profesional, vemos en ustedes² los fieles seguidores del más grande de los educadores cubanos, José Martí, cuando llamaba al cultivo del honor y el decoro y cuando movilizaba sus fuerzas por el bienestar y la libertad de nuestro pueblo.

Granma, La Habana, 21 de diciembre de 1994, p. 6.

1995

Los revolucionarios nunca estuvieron separados de los que iniciaron las primeras luchas por la independencia

Clausura del VI Congreso de la FMC.

Ciudad de La Habana, 3 de marzo

Los revolucionarios nunca estuvieron separados de los principios martianos; nunca estuvieron separados de las ideas de los que iniciaron las primeras revoluciones y las primeras luchas por nuestra independencia. Lo hemos dicho siempre: ha sido con la combinación de las ideas martianas y del pensamiento revolucionario cubano, con los principios del socialismo, con las ideas de Marx, de Engels y de Lenin, que se ha ido formando nuestra ideología revolucionaria.

Castro Ruz, Fidel: Salvar toda la justicia conquistada, Editora Política, La Habana, 1995, p. 34.

Conquistaremos toda la justicia

Entrevista concedida a la prensa nacional

después de rendir tributo al Apóstol
en el cementerio de Santa Ifigenia. Santiago
de Cuba, 19 de mayo

Periodista: Comandante, en el Centenario de la caída en combate de nuestro Héroe Nacional, en este momento, ¿qué ha significado para usted, cuando usted fue el que hizo revivir a Martí en el Año del Centenario de su natalicio, cuando encabezó este valioso grupo de la Generación del Centenario?

Fidel Castro: Muy brevemente, debo decir que he sentido una emoción muy grande en los dos lugares: en Dos Ríos y aquí.¹ En Dos Ríos hubiera querido quedarme unos minutos reflexionando junto al obelisco. No tuve mucha oportunidad, porque había que cumplir el programa, que era muy estricto, pero más de una vez miré hacia allí, a través de las palmas cubanas.

A uno le gustaría más solitario ese lugar, me gustaría que se pareciera a como era el día en que Martí murió. Hay algunas construcciones por allí. Bueno, me chocaba un poco ver ciertas construcciones; debiera estar más solo, más campo en el paisaje; pero realmente es muy, muy hermoso.

Después aquí; pero aquí, por lo menos, pude pararme un minuto, y pensar, reflexionar, recordar.

Les he contado a los compañeros, les he contado a los niños que hoy no es un día de luto, hoy es un día de fiesta; porque es como el día en que se sembró una semilla y fructificó.

Periodista: Pero, incluso, con una proyección tremenda para el próximo siglo, Comandante.

Fidel Castro: Sí, para los próximos siglos para siempre. Por eso no he sentido tristeza, no he sentido sensación de duelo, sino, en cierto sentido, una sensación de alegría. No es una emoción triste, es una emoción alegre, una emoción profunda; es la emoción de pensar en todo lo que es Martí.

Y el Martí 100 años después, no es el mismo Martí de cuando cayó hace 100 años. Muchas de sus obras no se conocían, muchos de sus escritos, mucho de su pensamiento, todo eso se supo después: aquella carta a Mercado, su profundo sentido antiimperialista, latinoamericanista.

Solo cuando los historiadores han recogido todos sus papeles —y todavía puede haber papeles que aparezcan—, es que Martí adquiere la talla de hoy.

Periodista: Universal.

Fidel Castro: La talla, sí, universal. Ese prestigio enorme, esa personalidad extraordinaria, como lo vemos hoy, porque en aquel momento tenía un enorme mérito, pero no se le conocía suficientemente; lo conocían aquellos que escucharon sus discursos, algunos de los que leyeron sus escritos.

El Martí de hoy es un Martí mucho más gigante ante los ojos de todos los cubanos. Ellos tienen que haber sufrido mucho con la muerte de Martí, pero no sabían todavía sus propios compañeros toda la magnitud de su gloria, de su talento, de su proyección, de sus sentimientos.

Hoy hace cien años, pero es algo que se agiganta cada día. Por eso digo que es un árbol que crece, un ejemplo que crece, una semilla que se sembró ese día, no desapareció ese día. Empezó como una semilla, a germinar, a crecer, a fructificar y hoy vemos lo que es nuestro pueblo, no solo en lo que ha hecho —que ha hecho mucho—, sino en lo que siente; en su espíritu, en su capacidad de luchar, en su heroísmo, vemos los frutos de ese gran árbol que crece, como un árbol eterno que dará siempre frutos y como un árbol que ha sido cultivado. Lo que ha hecho nuestro pueblo hoy es cultivar ese árbol para que crezca más, sobre todo, entre nosotros mismos.

Esas son las ideas, los sentimientos que yo he experimentado; pero fuertes, fuertes, muy fuertes.

Periodista: Comandante, ¿podiera considerarse esta la segunda generación del centenario? ¿Usted piensa que somos merecedores de tal premio?

Fidel Castro: O de la tercera, eso es cuestión ya de métodos para determinar qué es una generación; pero sí es muy cerca, muy aproximada, porque hay jóvenes ahora, hay adultos que surgieron después del primer centenario, que fue el centenario de su nacimiento.

Los jóvenes de hoy constituyen casi la tercera generación. Los jóvenes pudieran decir que son la generación del centenario, de este centenario; y todo el pueblo también, todos los que están escribiendo esta página de heroísmo tan grande, inspirados en Martí, inspirados en todos los patriotas, inspirados en la historia de Cuba, inspirados en Maceo, Gómez y otros.

Cuando veníamos hacia acá, veíamos el monumento a Maceo con sus machetes. Y cuando estábamos allí, en Dos Ríos yo recordaba que a pocos kilómetros de allí está Baraguá, y pensaba en esa simbiosis, en esa suma de grandeza: la grandeza de Maceo en Baraguá y la grandeza de Martí en Dos Ríos.

Almeida² me explicaba algunas obras que habían hecho con piedra halló, me contaba que era recordado aquel momento en que Máximo Gómez había pasado por allí con sus tropas y le había dicho a cada uno que lanzara una piedra e hicieron un pequeño túmulo. Por eso ellos, alrededor del obelisco, hicieron algunas obras de piedras. Uno sentía deseos de que el obelisco fuera más grande, uno quisiera verlo desde más lejos.

Alguien me decía: “Pero las palmas crecen”. Sí, pero el obelisco podía ser tan alto como la más alta de las palmas. Luce sencillo, luce modesto, cuando lo comparamos con el que tiene en La Habana, con la torre del monumento³ a Martí, en la Plaza de la Revolución.

Uno quisiera verlo desde lejos, solo al final se encuentra con él. Realmente está muy bonito; pero desde ahora tenemos que evitar que se empiece a construir alrededor de aquello, hay que mantener aquello como un paisaje.

Si alguna vez podemos —no sé ni lo que hay por allí, en edificios de concreto, una tribuna sí, la carretera—, me gustaría ver más árboles allí, más campo, más césped y ningún edificio en los alrededores de aquello.

Periodista: A uno también le hubiera gustado conocer a Martí.

Fidel Castro: Sí, pero hoy lo conocemos más que nadie, lo conocemos mejor que a nosotros mismos, ¡bien que lo conocemos! Lo sentimos, lo palpamos, lo vemos como algo familiar, tan entrañablemente hermano, padre, hijo, todo.

Periodista: Comandante, ahora se ha definido a Martí como un misterio que nos acompaña, ¿a usted cuáles misterios de Martí lo han acompañado en este día?

Fidel Castro: Ninguno, no hay misterios. Algunas cosas de su vida o quizás su muerte haya sido un poco misteriosa, o muy difícil de explicar por el tipo de combate, la forma en que se produce, cuando cargó solo, se fue solo, invitó al que estaba con él y cargaron; ha realizado una carrera de caballería solo contra el ejército español.

Quedan algunas incógnitas en hechos de su vida, no su vida, no su grandeza, no su pensamiento. Es un hombre latinoamericano, un hombre universal, un pensamiento extraordinario, enorme; una inteligencia capaz de crear tantas cosas, que cada frase, cada palabra de Martí es todo un pensamiento que se guarda para la historia, todo: sus cartas, sus discursos, sus escritos, sus proclamas políticas.

Desde muy temprano, y no es extraño eso, me resultó tan atractiva la figura de Martí, su pensamiento, su prosa, sus versos, que no me extraña lo mucho que atraen a todo el mundo desde muy temprano.

Periodista: Comandante, ¿y hoy se acordó del Moncada?

Fidel Castro: Yo no pensaba tanto hoy en aquel hecho, no había tiempo, no había espacio. El Moncada nos parecía algo natural de nuestra historia y algo natural de los sentimientos, porque es una cosa muy cierta, y yo lo dije cuando me preguntaron en el juicio; no es que lo hubiera premeditado, pero me preguntaron aquello, dije que era él,

estaban averiguando quien era el autor intelectual, y digo con la mayor espontaneidad: “José Martí”, y era verdad.

Periodista: Comandante, ¿usted cree que a 100 años de distancia de la caída en combate de nuestro Héroe Nacional ésta es y seguirá siendo la Cuba que soñó Martí?

Fidel Castro: En un sentido sí. En un sentido que puede llamarse tan alto o más de lo concebible; el propio Martí no quizás capaz de imaginar cuánta lucha tendríamos. Bueno, sí, él veía el peligro. Él soñaba con una independencia más rápida en una guerra breve, pero en nuestro país no fue breve, pero en nuestro país no fue rápida, no fue breve, fue muy dura, más de lo que él esperaba. En su impaciencia porque fuéramos libres antes de que Estados Unidos se apoderara de Cuba, vio el peligro; tal vez no pudo imaginar hasta qué punto fue grande ese peligro.

De los frutos de sus enseñanzas tenía que surgir una Revolución como la nuestra y tenía que ser como la nuestra, pero en un país soberano, independiente, que buscara la justicia, aquello que decía Alarcón⁴ cuando recordaba una idea de Martí: “conquistemos toda la justicia”, y como yo decía no hace mucho: conquistar toda la justicia era la Revolución socialista. No se podía llamar así ni era el momento de la Revolución socialista, pero en sus ideas están las raíces de la Revolución socialista.

¿Podía imaginarse que un día estaría sola Cuba frente a Estados Unidos, defendiendo sus ideas, defendiendo su independencia? ¿Podía imaginarse un período especial como el que estamos en este momento viviendo? ¿Pudo imaginárselo? Es muy difícil. Pero sí estoy seguro de que él pudo imaginarse a este pueblo capaz de librar esa batalla, de librar esa lucha y de salir adelante; porque no olvidemos Baraguá y su frecuente recuerdo del gesto de Maceo en Baraguá cuando ya la Guerra de los Diez Años estaba prácticamente perdida, cómo él tuvo el gesto aquel de levantarse. Y pudiéramos decir que nuestro país está viviendo hoy un gigantesco Baraguá.

Yo creo que Martí estaría orgulloso de su pueblo, ¡pero muy orgulloso!, y luchó y murió por un pueblo como ese, por darle a ese pueblo toda la dignidad que se requería —él y otros muchos, él y los que lucharon en el 68, los que lucharon y murieron en el 95, sin olvidar a Céspedes, sin olvidar a Agramonte, sin olvidar a Máximo Gómez que tanto hizo—; pero sí, yo creo que es un pueblo digno del Martí que cayó en Dos Ríos.

Periodista: Comandante, frente a todas las virtudes de Martí y todo el legado de Martí, dónde usted considera que el pueblo cubano es más martiano.

Fidel Castro: En su patriotismo, en su sentido de la dignidad, en su espíritu de soberanía, de independencia. Es martiano en su sentido del decoro y de la dignidad y de la justicia, ¡muy martiano!; y hoy es martiano haciendo cosas nuevas, haciendo una Revolución profunda y defendiéndola, en su disposición al sacrificio y en su disposición a caer en Dos Ríos, como él.

Periodista: Comandante, es conocida la significación de la Fernandina en la Guerra del 95. ¿Se puede decir que el período especial puede convertirse en la Fernandina de la Revolución de ahora?

Fidel Castro: No, no puede convertirse; es lo que dijo Lage,⁵ que estamos viviendo en una gran Fernandina, que el período especial es como una gran Fernandina, pero de la cual se puede sobreponer la Revolución como se sobrepuso Martí. Es increíble aquello, todo lo que pasó después; aparte de que uno se puede imaginar la amargura infinita que él sufrió cuando se perdieron las armas, después de tantos años de esfuerzo, de dinero recogido centavo a centavo, lo que hizo de ir a Santo Domingo, reunirse con Máximo Gómez y desembarcar aquí.

Hace unos días conmemoramos el desembarco de Playitas, esa es otra cosa milagrosa, si queremos hablar de milagros increíbles, uno no sabe cómo pudieron desembarcar en aquel lugar donde lo hicieron; pero qué audacia, qué valentía se necesitaba para hacer eso, llegar como llegaron unos pocos hombres; se muestra la disposición en eso.

Es que si me preguntan qué puede explicar un poco la muerte en Dos Ríos, pudiera decirse que Martí soñó morir en combate. Martí soñó con las cargas de caballería, se pasó muchos años en todos sus discursos hablando del heroísmo, en aquella lucha de

los diez años. Él, en ese sentido satisfizo un sueño; morir en combate y morir en una carga de caballería, y la hizo solo, él solo.

Periodista: Comandante, el Maestro trasciende como la luz hasta nosotros, ¿cómo trascenderá nuestro tiempo para el próximo milenio?

Fidel Castro: Como un gigantesco Baraguá, así.

Periodista: Comandante, ¿usted cree que con la independencia actual que tiene Cuba, se logró lo que decía Martí de impedir con la independencia de Cuba que los Estados Unidos se extendieran por otras tierras de América?

Fidel Castro: Yo pienso que sí, que ha ayudado mucho. Por algo nos odian como nos odian; además han combatido contra nosotros durante tanto tiempo, no nos toleran la idea de la rebeldía. Pienso que de una forma o de otra el ejemplo de Cuba ha contribuido al espíritu de rebeldía de nuestro hemisferio y han querido liquidar ese ejemplo, pero tenemos todavía que seguir manteniendo ese ejemplo. Todavía estamos, digamos, un poco como cuando Martí cayó en Dos Ríos, en la necesidad de seguir luchando por la independencia, en este caso de defenderla, de preservarla.

Granma, La Habana, 23 de mayo de 1995, pp. 2-3, col. 1.

En el fiel de América están las antillas

Discurso en nombre de los países no integrados en esquema subregionales en la Cumbre de los Jefes de Gobiernos de los Estados, Miembros de la Asociación de Estados del Caribe sobre comercio, turismo y transporte. en Trinidad y Tobago, 17 de agosto

“En el fiel de América están las Antillas”, escribió hace más de 100 años José Martí, el más apasionado latinoamericano y caribeño de nuestros pensadores. En nombre de los tres países de las Antillas Mayores aquí representados —con la dolorosa ausencia del Puerto Rico hermano—, se me ha solicitado por los organizadores salude esta conferencia,⁶ de cuya celebración Cuba se siente honradamente satisfecha.

Hace ya un año, en expresión de nuestra voluntad política soberana, decidimos constituir la Asociación de Estados Unidos del Caribe. Tenemos ante nosotros un gran desafío. Se trata de forjar un destino común para naciones notablemente dispares en cuanto a tamaño, población y desarrollo.

Granma, La Habana, 18 de agosto de 1995, p. 8, col. 1.

Hemos recibido siempre amistad, calor y solidaridad del pueblo uruguayo

Discurso al recibir la llave de la Ciudad, Palacio de la Intendencia, en Montevideo. Uruguay, 14 de octubre

Cuando éramos colonia nombraron a Martí cónsul en Nueva York, lo nombraron también representante de Uruguay en la Conferencia Monetaria de Washington, fueron solidario con Martí. Cuando la patria de Martí al fin se hace enteramente libre, de pocos pueblos del mundo recibimos nosotros tanta amistad, tanto calor y tanta solidaridad como la que hemos recibido del pueblo uruguayo, esa misma que se manifestó hace 36 años y que a ojos vistas se mantiene hoy; aún después de tanto tiempo de mentiras y de campañas fraudulentas contra nuestra patria, se mantiene. Eso solo tiene una respuesta, eso solo tiene una explicación, y es algo que

comprenden muy bien los uruguayos: hemos sabido seguir siendo fieles, invariablemente fieles, a nuestros principios.

Granma, La Habana, 17 de octubre, p. 5, col. 2.

En su lucha por la independencia aspiraba a convertir a Cuba en una trinchera de defensa

Salón de los Héroes del Palacio Legislativo.
Uruguay, 14 de octubre

Porque es que la naturaleza, el destino, Dios, como quieran ustedes llamarlo, nos ubicó al lado de un coloso gigantesco, de un país que emergió en este hemisferio con una fuerza tremenda y cuya función fue prevista, entre otros por Martí.

Martí, incluso, estaba haciendo una carta a un amigo muy querido —la víspera de la muerte, ya estaba en los campos de batalla—, y decía: en silencio ha tenido que ser, pero todo cuanto he hecho y haré es para evitar, con la independencia de Cuba, que Estados Unidos se extienda como una fuerza más sobre los pueblos de América. Declaró que uno de sus grandes objetivos políticos y estratégicos en su lucha por la independencia era convertir a Cuba en una especie de trinchera de defensa de los intereses de Nuestra América —él llamaba Nuestra América desde el río Bravo hasta la Patagonia—; estaban recién escritas esas palabras cuando muere en un combate que fue casi un suicidio, porque lo estaban protegiendo en contra de su voluntad. Los jefes principales se habían ido a un combate, y él con su ayudante,⁷ que se había quedado solo, se marchó y realizó una carga de caballería y murió. No se sabe si aquello fue algo así como un testamento porque él tenía la premonición o la decisión de morir en combate.

Esa potencia creció, intervino en nuestra guerra, una guerra larga, larguísima —nosotros luchamos casi 30 años en una isla, primero, de 1868 a 1878; y después, con algunas intermitencias, desde 1895 hasta 1898. Martí muere en la última Guerra de Independencia—, y Estados Unidos siempre había ansiado apoderarse de Cuba, siempre, desde muy atrás, casi desde el principio de su independencia. Alguno de ellos dijo que Cuba caería como una fruta madura.

Trabajadores, La Habana, 16 de octubre de 1995, p. 8, col. 1-2.

1996

La libertad costaba muy cara y es necesario resignarse a vivir sin ella o decidirse a pagarla por su precio

Acto central por el XXXV Aniversario
de la Victoria de Playa Girón. Matanzas,
16 de abril

Martí dijo que la libertad costaba muy cara y que era necesario resignarse a vivir sin ella o decidirse a pagarla por su precio, esa es una idea, no sé si la dije exacta.

Nuestra independencia cuesta lucha, sacrificio; nuestra dignidad, nuestro honor, nuestro derecho al progreso, nuestro mañana, nuestro futuro, todo eso que nos quieren arrebatar cuesta muy caro. Pero ustedes y nosotros, hombres y mujeres, niños y niñas, todos; los que hemos tenido el privilegio de sentir el orgullo y el sentido de lo que es dignidad y el honor, de lo que es la patria, de todas aquellas cosas bellas por las cuales vale la pena luchar, estamos decididos a pagarlas por su precio, porque no nos resignaremos jamás a vivir sin ellas.

Granma, La Habana, 18 de abril de 1996, p. 6, col. 2.

1997

Por los valores luchamos

144 aniversario del natalicio de José Martí,
efectuado en el Parque Central.

Ciudad de La Habana, 28 de enero

[...] Es el momento de recordar a todos aquellos jóvenes, como ustedes, que han participado en esta lucha desde aquel día y desde antes de aquel día de la Marcha de las Antorchas, inspirados en Martí, inspirados en la historia hermosa de nuestra patria, inspirados en la libertad, inspirados en el honor y en la dignidad.

De valores vivimos, por los valores nos sostenemos, por los valores luchamos y seguiremos luchando. Que no se equivoquen, que no nos subestimen los enemigos imperialistas y los reaccionarios.

Orgullosos nos sentimos de poder rendir este homenaje de hoy a Martí. Su memoria y sus ideas perdurarán asociadas a las nobles y justas ideas de nuestros tiempos, que son ramas de un mismo tronco en la historia de Cuba y en la historia del mundo. Esas ideas no las dejaremos caer jamás, pase lo que pase, cueste lo que cueste.

Martí enseñó mucho, acerca de cómo debe ser el hombre, el político y el revolucionario

Congreso Pedagogía 97. Ciudad de La Habana,
7 de febrero

Nos hemos referido ininidad de veces a Martí, ustedes y muchos compañeros que han hablado en este Congreso,¹ y ya Martí enseñó mucho, mucho, mucho acerca de cómo debe ser el hombre, cómo debe ser el político y cómo debe ser el revolucionario.

Nosotros decíamos que Martí fue el autor intelectual del Moncada y podríamos decir que fue también el autor intelectual de esta Revolución, que ya fue una Revolución moderna, porque se unió a las corrientes más progresistas, más humanas y justas de nuestra época. Esas convicciones han hecho que cada revolucionario haya luchado por mantener su modestia por encima de todo, y su lealtad a los principios; y reconozco que en el mundo de hoy no abunda mucho en los políticos la lealtad a los principios.

La dirección de la guerra, no puede fallar porque el precio es impagable

Clausura del V Congreso del PCC.
Ciudad de La Habana, 10 de Octubre

Si morimos por la patria, morimos por la patria; si morimos por el socialismo, morimos por el socialismo; si morimos por ayudar a otro país, morimos por solidaridad.

Martí, Mella, el Che —ahí los tienen, los vuelvo a mirar—, con un altruismo infinito, insuperable, murieron por sus ideas, murieron por su patria, murieron por la Revolución, murieron por el socialismo.

Incluso, Martí, que fue inspirador de nuestra Revolución, fue ejemplo y labró el camino, para que un día se pudiera proclamar la Revolución socialista en Cuba.

Cuando les rindamos tributo o visitemos sus tumbas, no es posible olvidar ni por un segundo qué móviles tuvieron esos hombres y qué los llevó a darlo todo.

La Revolución Cubana de 1868, como dijo Martí y repitió, fracasa porque se divide; y en la guerra de 1895 hay problemas también en la dirección. Luego una enseñanza histórica para nosotros es que hay que garantizar la dirección y que la dirección no puede fallar, el Partido no puede darse el lujo de que un día falle su dirección, porque el precio es impagable. Esa es una idea clave: tenemos que arreglárnosla para garantizar eso durante un largo período histórico. En los tiempos que estamos viviendo y con el largo enfrentamiento que tenemos ante el imperialismo y el capitalismo, no es posible renunciar a la idea de la necesidad de una dirección unida y eficiente.

Granma, La Habana, 1º de noviembre de 1997, pp. 6, 7.

Déme Venezuela en qué servirla: ella tiene en mí a un hijo

Mensaje a los participantes en el acto
de solidaridad con Cuba, en la Universidad
del Oriente, Núcleo de Nueva Esparta.
Venezuela, 7 de noviembre

Los revolucionarios cubanos no olvidaremos jamás la significativa contribución de Venezuela a la Revolución Cubana en su etapa insurreccional, particularmente entre 1956 y 1958: en la solidaridad manifestada mediante las campañas de recolección de fondos para la lucha revolucionaria en Cuba, en la contribución material en armas y pertrechos en los últimos meses de nuestra guerra de liberación. Venezuela fue tal vez la retaguardia externa más sólida de la lucha por el triunfo de la Revolución Cubana.

Es conocida también la especial veneración que sintió Martí, el más grande de los cubanos, por el más grande de los venezolanos, Simón Bolívar. Junto a Bolívar, fue Martí el más ardiente propugnador de la unidad y la integración latinoamericanas, y como Bolívar supo discernir claramente los peligros que entrañaban para la América nuestra las apetencias del poderoso vecino del Norte.

En los cubanos, queridos compañeros, el pueblo venezolano puede contar con verdaderos hermanos.

El propio Martí lo dijo con palabras certeras y elocuentes que pudieran repetir todos los cubanos: “Déme Venezuela en qué servirla: ella tiene en mí un hijo.”

Les podemos asegurar, compañeros, la firmeza de nuestro pueblo, su espíritu de combate, su indoblegable resistencia a las agresiones y amenazas, su certeza en la victoria, su lealtad a las ideas que hemos defendido y seguiremos defendiendo mientras quede un cubano digno, su fidelidad al legado latinoamericanista y revolucionario de Martí y de Bolívar.

Granma, La Habana, 8 de noviembre de 1997, p. 8, col. 1-2.

1998

Las tres antillas han de salvarse juntas, o juntas han de perecer

Discurso al recibir la Orden al Mérito de Duarte, Sánchez y Mella en el grado Gran Cruz Placa de Oro e imponer al Presidente de la República Dominicana, Dr. Leonel Fernández, la Orden

José Martí. Santo Domingo, 22 de agosto

Hace ya más de cien años, José Martí habló de “las tres Antillas que han de salvarse juntas, o juntas han de perecer, las tres vigías de la América hospitalaria y durable, las tres hermanas de que siglos atrás se vienen cambiando los hijos y enviándose los libertadores, las tres islas abrazadas a Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo”.

En testimonio de esa historia compartida, de esas raíces comunes, de esos idénticos destinos a los que se refería Martí, acepto con orgullo y gratitud, en nombre del pueblo cubano, esta honrosa condecoración que el gobierno de la República Dominicana, y usted, distinguido amigo y Presidente ha querido otorgarme.

Granma, La Habana, 27 de agosto de 1998, p. 4.

En silencio ha tenido que ser

Conferencia magistral en el acto convocado por la Universidad Autónoma de Santo Domingo. República Dominicana, 24 de agosto

[...] los hombres que desempeñan un papel, dependen por entero de factores que no tienen nada que ver con su capacidad personal, solo potenciable en determinadas circunstancias. Así ha ocurrido con todos los próceres de nuestra independencia y todas las personalidades en la historia. Hacen falta condiciones previas que no se pueden atribuir al mérito de ningún hombre.

Martí, ¿cuándo nace Martí? En el momento exacto, día exacto, hora exacta, minuto exacto, segundo exacto; si nace un siglo antes no se habría escuchado tal vez nunca el nombre de Martí, y así también el de Máximo Gómez, a quien rendíamos merecido tributo, menos que el enorme tributo que merece.

La idea de asociar los acontecimientos históricos a determinados individuos está largamente arraigada en la propaganda y hasta en la concepción de los reaccionarios, de los imperialistas, de los enemigos de la Revolución.

Es un pueblo¹ que realmente quiero, que admiro, que agradezco, porque lo primero que leemos es la historia de Cuba y sabemos la participación de este pueblo hermano en nuestra lucha por la independencia. Sabemos del entrañable afecto de Martí por este país; sabemos que aquí se escribió el Manifiesto de Montecristi, y sabemos y no podemos olvidar que de aquí salieron Gómez y Maceo para aquella epopeya que fue

la Guerra del 95. Pero no es lo que hicieron, sino el ejemplo que nos dejaron, las ideas que nos legaron.

Yo trataba de demostrar ayer en el acto de Baní cuál era el pensamiento más íntimo de Martí, su idea universal, su idea latinoamericana, y lo fue diciendo poco a poco, sobre todo a medida que se acercaba el momento del comienzo de la guerra, y describiéndolo cada vez con mayor claridad.

Aunque decía que en silencio había tenido que ser, ya no podía aguantarse demasiado su silencio. Cualquiera puede seguir qué palabra dijo un día, y qué dijo otro, y cómo se refería a la poderosa potencia que emergía y no la nombraba, cuando expresaba su angustia, a la vez que su determinación de impedir que este hemisferio fuese devorado por esa potencia, hasta que al final, el día antes de su muerte, 24 horas antes de su muerte, lo escribe ya y pronuncia el nombre: En silencio ha tenido que ser. Todo lo que he hecho hasta hoy, y haré, será para impedir con la independencia de Cuba que Estados Unidos se extienda con esa fuerza más sobre nuestros pueblos de América.

Ya lo dijo clarísima y definitivamente el día antes de su muerte cuando expresó con toda su fuerza lo que llevaba dentro, y qué frase: “en silencio ha tenido que ser”, porque era tan inteligente que comprendía que si revelaba aquella idea prematuramente habría sido imposible llevarla a cabo. Estaba organizando la expedición, adquiriendo armas; pero ya en aquel momento lo dice claramente.

Él sabía que lo prioritario en ese momento era organizar la independencia, organizar la fuerza, coordinarlos a todos, suministrarlos de armas e iniciar la lucha para una guerra rápida, lo menos sangrienta posible, que es la que proclama en el Manifiesto de Montecristi, aunque él escribe aquel manifiesto le han ocupado los barcos con casi todas las armas. Partió con el pecho, partió con sus ideas, partió con su confianza en el pueblo, partió con su confianza en aquellos guerreros heroicos, especialmente con la confianza en aquel extraordinario jefe que fue Máximo Gómez.

Yo quería ayer demostrar por qué ideas lucharon aquellos hombres, por qué ideas hicieron tantos sacrificios, qué horizonte tan amplio tenía su causa, y que triste historia cuando nos impusieron aquella enmienda, ya después de licenciar al Ejército Libertador y liquidar el partido creado por Martí, en medio de una Asamblea Constituyente. La enmienda, una enmienda, ni siquiera una ley, algo que habitúan hacer muchas veces: una percha, colocada en una ley, que les daba el derecho a intervenir en los asuntos internos de Cuba, derecho que hicieron imprimir en la Constitución de nuestra supuesta república soberana, más una base militar en una de las mejores bahías que tiene el país, y que está ahí todavía y no han dicho cuándo se la devuelven.

[...] los revolucionarios siempre lucharon para el futuro. Máximo Gómez y Martí lucharon para el futuro. Cuando Martí murió allí en Dos Ríos, sabía que estaba muriendo por un futuro; su preocupación no era ver el fruto de todo aquello. Habría sido extraordinariamente útil su presencia más tiempo. Muere en la flor de la juventud, puede decirse; cuando más estaba produciendo su talento. Ellos estaban luchando por un futuro.

Luchar por el futuro no significa dejar de hacer todos los días lo que deba hacerse por el presente, no hay que confundir jamás una idea con la otra.

Granma, suplemento, La Habana, 28 de agosto de 1998, pp. 2, 5, 7.

1999

Quien defiende la última trinchera
y no permite que nadie se apodere de ella, desde ese mismo
instante ha comenzado

a obtener la victoria

Discurso pronunciado en el Aula Magna de la Universidad Central de Venezuela, 3 de febrero

A partir de la etapa del período especial que se iniciaba, dijimos: “Nuestro primer deber internacionalista en este momento es defender esta trinchera”, la trinchera de la que habló Martí, en las últimas palabras que escribió la víspera de su muerte, cuando dijo que en silencio había tenido que ser el objetivo fundamental de su lucha, porque Martí no sólo era muy martiano, sino que era aún más boliviano que martiano, y ese objetivo que se trazó, según sus palabras textuales, era “impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso”.

Fue su testamento político, cuando confiesa el anhelo de su vida: evitar la caída de aquella primera trinchera que tantas veces quisieron ocupar los vecinos del Norte y que aún está y estará allí, con un pueblo dispuesto a luchar hasta la muerte para impedir que caiga esa trinchera de América; un pueblo que sería capaz de defender, incluso, la última, porque quien defiende la última trinchera y no permite que nadie se apodere de ella, desde ese mismo instante ha comenzado a obtener la victoria.

Compañeras y compañeros —permítanme que les llame así—, aquí en este momento somos eso, y creo que también aquí, en este momento, estamos defendiendo una trinchera, y trincheras de ideas, excúsenme por acudir una vez más a Martí, como dijo él, valen más que trincheras de piedras.

[...] sabemos muy bien que hoy ningún país solo puede, por sí mismo, resolver sus problemas, es la realidad en este mundo globalizado. Aquí se puede decir: Nos salvamos todos o nos hundimos todos.

Martí dijo: “Patria es Humanidad”, una de las más extraordinarias frases que pronunció. Nosotros tenemos que pensar así, ¡Patria es Humanidad!

Recuerdo en la historia de Cuba el caso de un oficial español¹ que durante la Guerra de los Diez Años, la primera contienda por la independencia de Cuba, cuando el gobierno español fusiló ocho inocentes estudiantes de medicina, acusándolos de que habían profanado la tumba de un extremista de derecha,² en gesto imperecedero de indignación y protesta quebró su espada y exclamó: “Antes que la patria está la Humanidad”. Claro, que hay partes de esa humanidad más cercanas y otras más lejanas. Cuando hablamos de humanidad pensamos, en primer término, en nuestros hermanos latinoamericanos y caribeños, a los que no olvidamos nunca, y después, en cuanto al resto de esa humanidad que habita nuestro planeta, tendremos que aprender ese concepto, esos principios —no sólo aprenderlos, sino sentirlos y practicarlos— contenidos en la frase de Martí.

Tengo una colección amplia de libros sobre la fabulosa vida de Miranda,³ aunque no haya podido leerlos todos. Tuvieron por tanto los venezolanos a Miranda, el precursor de la independencia de América Latina, y después a Bolívar, el libertador, que fue siempre para mí el más grande entre los grandes hombres de la historia.

Ubíqueme, por favor, en el lugar cuarenta mil. Yo recuerdo siempre una frase de Martí que fue la que más quedó grabada en mi conciencia: “Toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz”. Muchos de los grandes hombres de la historia se preocuparon por la gloria, y no es razón para criticarlos. El concepto del tiempo, el sentido de la historia, del futuro, de la importancia y supervivencia de los hechos de su vida que pueda tener el hombre, y quizás sea eso lo que entendían por gloria, es natural y explicable. A Bolívar le gustaba hablar de la gloria y hablaba muy fuertemente de la gloria, y no puede criticársele, porque una gran aureola acompañará siempre su nombre.

El concepto martiano de la gloria, que enteramente comparto, es aquel que pueda asociarse a una vanidad personal y a la autoexaltación de sí mismo. El papel del

individuo en importantes acontecimientos históricos ha sido muy debatido e incluso admitido. Lo que me agrada especialmente de la frase de Martí es la idea de la insignificancia del hombre en sí, ante la enorme trascendencia e importancia de la humanidad y la magnitud inabarcable del universo, la realidad de que somos realmente como un minúsculo fragmento de polvo que flota en el espacio. Mas esa realidad no disminuye un ápice la grandeza del hombre; por el contrario, la eleva cuando, como en el caso de Bolívar, llevaba en su mente todo un universo repleto de ideas justas y sentimientos nobles. Por eso admiro tanto a Bolívar. Por eso considero tan enorme su obra.

[...] La increíble e inédita globalización que nos ocupa, es un producto del desarrollo histórico; un fruto de la civilización humana; se alcanzó en un brevísimo período de no más de tres mil años en la larga vida de nuestros antecesores sobre el planeta. Eran ya una especie completamente evolucionada.

“¿Qué tipo de globalización será? No podría ser otra que solidaria, socialista, comunista, o como ustedes quieran llamarla”.

“¿Dispone de mucho tiempo la naturaleza, y con ella la especie humana, para sobrevivir la ausencia de un cambio semejante? De muy poco. ¿Quiénes serán los creadores de ese nuevo mundo? Los hombres y mujeres que pueblan nuestro planeta”.

“¿Cuáles serán las armas esenciales? Las ideas; las conciencias. ¿Quiénes las sembrarán, cultivarán y harán invencibles? Ustedes. ¿Se trata de una utopía, un sueño más entre tantos otros? No, porque es objetivamente inevitable y no existe alternativa. Ya fue soñado no hace tanto tiempo, sólo que tal vez prematuramente. Como dijo el más iluminado de los hijos de esta isla, José Martí:

“los sueños de hoy serán las realidades de mañana.”

Castro, Fidel: Una Revolución solo puede ser hija de la cultura y de las ideas. Editora Política, La Habana, 1999, pp. 8, 39, 45, 65-66.

Mirar hacia el futuro y poder decir que nos pertenece, que somos dueños de nuestro destino

Cuarenta aniversario de la promulgación
de la primera Ley de Reforma Agraria.
Ciudad de La Habana, 17 de mayo

El futuro a que tenemos derecho podrá ser alcanzado. Y poder decir eso es un tesoro enorme, porque los que lucharon desde 1868 hasta 1878 no pudieron decir esto que nosotros podemos decir aquí en 1999 y próximos a entrar ya en el 2000. ¡Cuánto tiempo tuvieron que esperar para alcanzar la independencia! Y los que lucharon en 1895 no pudieron decir eso, a pesar de que la población de nuestro país quedó diezmada en aquellas largas luchas, y cuando la victoria estaba al alcance de nuestras manos, una intervención extranjera, nos arrebató la victoria, disuelve nuestro Partido Revolucionario fundado por Martí.

¿Quién disuelve hoy nuestro Partido? Disolvieron igualmente nuestro ejército libertador, lo desarmaron, le dieron a cada combatiente 60 ó 70 dólares por fusil, y allá te va. Después de haber luchado en dos guerras, o hasta en tres, la primera, la segunda y la tercera —hubo quienes lucharon en las tres—, unos miserables pesos por el arma, pesos y allá te va, y a buscar unos sombreros tejados, unos uniformes raros, unos caballos grandes para organizar una guardia rural que no tenía nada que ver con el patriotismo y los méritos de aquel hombre.

Pero teníamos algo más, gracias al esfuerzo de nuestros antepasados, gracias al esfuerzo y a las ideas de Martí. Cuando Martí organiza su Partido, había muchos compatriotas que luchaban del lado de las fuerzas ocupantes, luchaban al lado de la Metrópoli, y luego intervención, proclamación de la independencia con una Enmienda

Platt, una bandera extraña junto a la de la estrella solitaria. No en balde Bonifacio Byrne escribió aquellos inolvidables versos arrancados de la amargura que sintió cuando vio a la entrada del puerto de La Habana dos banderas.

¿Qué vieron aquella gente? ¿Qué vieron a lo largo de una caricatura de república? ¿Qué vieron nuestros obreros, nuestros campesinos, todos? Nuestros estudiantes constantemente perseguidos, balaceados, maltratados; los obreros reprimidos, ¿al servicio de quién? De aquellos grandes latifundios, de aquellas grandes riquezas.

Pero llegó un día en que pudimos hacer una ley, ese día que conmemoramos hoy, y de poder mirar el futuro y decir que es un futuro que nos pertenece, que somos dueños de nuestro destino. Esta generación puede sentir el placer de decir eso, esta generación cuyo caudal de inteligencia se ha des-arrollado extraordinariamente, esta generación donde hace mucho tiempo no existe un analfabeto.

Granma, La Habana, 25 de mayo, p. 8, col. 1-3.

La inspiradora evocación de Martí, que junto a Bolívar fue el más grande integracionista de los pueblos a los que llamó Nuestra América

Cena Oficial ofrecida a los Jefes de Estado y de Gobierno con motivo de la IX Cumbre Iberoamericana. Palacio de la Revolución, 15 de noviembre

[...] si estamos esta noche reunidos con ustedes es porque, bajo la inspiradora evocación de Martí, que junto a Bolívar fue el más grande integracionista de los pueblos a los que llamó Nuestra América, hemos luchado y hemos vencido.

Hemos demostrado que los iberoamericanos no somos inferiores a nadie ni en talento ni en valor.

Si hoy compartimos con ustedes las caricias de una bandera que ostenta honrosa, sobre un triángulo evocador y orgullosamente rojo, una estrella que quiso y ha sabido mantenerse sola hasta el día en que se una definitivamente a los símbolos de quienes compartimos la misma cultura, la misma historia, la misma sangre y la misma lengua, es porque quisimos ser lo que somos y queremos ser lo que seremos.

Gracias a usted, Majestad,⁴ por haber privilegiado a esta generación de cubanos con su presencia amistosa y solidaria, cuando por primera vez más de quinientos años, aunque sea con motivo de una cumbre, un Rey de España pisa esta tierra a la que sus antepasados quisieron calificar como la más hermosa que ojos humanos hayan visto.

Granma, La Habana, 16 de noviembre de 1999, p. 3, col. 1-2.

2000

Sin cultura no hay libertad posible

Conversación con Federico Mayor Zaragoza, exdirector General de la UNESCO. Ciudad de La Habana, 28 de enero

El hombre primitivo tenía más libertad de pensar. José Martí dijo: “Ser cultos para ser libres”. Habrá que añadir un apotegma: sin cultura no hay libertad posible. Institución y cultura es lo que más ha ofrecido la Revolución a nuestro pueblo, mucho más que gran parte de los países desarrollados, que no por vivir en sociedades consumistas son cultos. A veces aterra la superficialidad y vaguedad de sus conocimientos. Cuba ha elevado a 9 grados el conocimiento promedio de su población. Esto no constituye más que una base. En diez años más su cultura estará a nivel de graduado universitario y será integral y no parcelada. Todas las condiciones han sido creadas. Nadie podrá ya impedir que alcancemos la condición de ser el pueblo más culto de la tierra, y en adición a ello llegar a poseer una profunda cultura política, no dogmática ni sectaria; cultura política de la que tanto carecen muchas de las naciones más ricas del planeta.

David se ha ido convirtiendo en un gigante moral que no lanza piedras con su honda sino ejemplos, mensajes e ideas

Discurso en la Tribuna Abierta de la Juventud,
los Estudiantes y los Trabajadores por el Día Internacional de los
Trabajadores.

Plaza de la Revolución, 1ro de mayo

[...] rendimos tributo al pueblo¹ que, a pesar de las mentiras, de forma ampliamente mayoritaria fue capaz de rechazar el repugnante crimen que se estaba cometiendo contra un niño² cubano.

Sería sabio que los actuales y futuros gobernantes de Estados Unidos comprendieran que David³ ha crecido. Se ha ido convirtiendo en un gigante moral que no lanza piedras con su honda sino ejemplos, mensajes e ideas frente a las cuales el gran Goliat⁴ de las finanzas, las riquezas colosales, las armas nucleares, la más sofisticada tecnología y un poder político mundial que se sustenta en el egoísmo, la demagogia, la hipocresía y la mentira, está indefenso.

Granma, La Habana, 2 de mayo del 2000, p. 5, col. 3.

La libertad cuesta muy cara, y es necesario resignarse a vivir sin ella o decidirse a comprarla por su precio

Las mesas redondas, las tribunas abiertas
y las marchas combatientes. Ciudad
de La Habana, 2 de julio

[...] la vida, la dignidad, la independencia y el derecho a disfrutar de las riquezas espirituales y materiales que es capaz de crear nuestro pueblo con sus brazos y su inteligencia, sin explotar ni saquear absolutamente a nadie, valen más que todo el mundo.

No es posible olvidar jamás aquello que en momentos cruciales escribió Martí, y no refiriéndose precisamente a bienes materiales, sino a la sangre y los sacrificios que demandaba el decoro de la Patria: “La libertad cuesta muy cara, y es necesario resignarse a vivir sin ella o decidirse a comprarla por su precio”.

Nuestra lucha, de una forma u otra, se expresará todos los días del año. No habrá cansancio ni habrá vacilación. ¡lo podemos jurar!

Granma, La Habana, 3 de julio del 2000, p. 3, col. 4.

Con ideas verdaderamente justas y una sólida cultura general y política el pueblo puede defender su identidad

Conmemoración del 47 Aniversario
del Asalto al Cuartel Moncada,
Plaza de la Revolución “Comandante Che
Guevara”. Villa Clara, 26 de julio

[...] Ha tenido la Patria el privilegio de reunir en este santuario de la solidaridad y el internacionalismo a los actores de una de las paginas más hermosas de la historia de América. Antes de que los sueños unitarios de Bolívar y Martí sean realidad, aquí está ya integrada simbólicamente nuestra América. Argentinos, bolivianos, peruanos y cubanos, e incluso una hija⁵ de la tierra que fue cuna del que primero soñó con un mundo socialista, están unidos para siempre en este mismo sitio.

[...] Martí dijo que trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra y compartimos con él ese pensamiento, pero nunca dijo que aquellas fuesen innecesarias. Cuba está hoy defendida por una doble trinchera de piedra y de ideas: una contra la fuerza bruta, constituida por la disposición de un pueblo a luchar hasta las últimas consecuencias, de forma que de nada valdrían las llamadas armas inteligentes ni los más sofisticados medios que emergen de los avanzados centros productores de instrumentos de muerte que poseen nuestros potenciales agresores. Pero lo está también por una gigantesca trinchera de sentimientos e ideas contra la cual se estrellará todo el arsenal de mentiras, demagogia e hipocresía con las que el imperialismo pretende engañar al mundo. Con ideas verdaderamente justas y una sólida cultura general y política, nuestro pueblo puede igualmente defender su identidad y protegerse de las seudoculturas que emanan de las sociedades de consumo deshumanizadas, egoístas e irresponsables. En esa lid también podemos vencer y venceremos.

Granma, La Habana, 31 de julio del 2000, p. 4, col. 2-3; p. 5, col. 2.

Defender esta revolución, más justa, humana, limpia, y moral

Cuarenta Aniversario de la creación
de los C.D.R., en el Palacio de las Convenciones. Ciudad de La Habana,
el 28 de septiembre

Martí dijo: “Patria es Humanidad”, y es una de las cosas más hermosas y más profundas que alguien dijo nunca. Patria es humanidad quiere decir que defender esta Revolución, la más justa, humana, la más limpia, la que tiene más moral, porque en 40 años no ha sido una Revolución de ladrones ni una Revolución de cambiacasacas, ni una Revolución de corrompidos, ni una Revolución de traidores, sino cada uno de los que estamos en esta Revolución, algunos con más tiempo que otros, y los que nos siguen, serán una garantía de esta línea que hemos seguido durante 40 años.

Tabloide Especial No. 24, Editado por Juventud Rebelde p. 3, col. 3, p. 8, col. 3.

Del Bravo a la Patagonia no hay más que un solo pueblo

Discurso en el Palacio Federal Legislativo,
Caracas, República Bolivariana de Venezuela,
27 de octubre

En una noche insomne como no lo hice ni en los tiempos febriles de mi época de estudiante finalista, leí y subrayé los conceptos esenciales de aquel proyecto⁶ y los comparé con los de nuestra propia Carta Magna. Con la Constitución de Cuba en una mano y en la otra el proyecto de Venezuela, mostré las profundas diferencias entre una y otra concepción revolucionaria. Digo revolucionaria porque ambas lo son: ambas pretenden una vida nueva para sus pueblos; desean cambios radicales; ansían justicia; aspiran a la unión estrecha de los pueblos de la América que definió Martí cuando dijo: “¡Qué más pudiera decirse, ni es necesario decir! Que del Bravo a la Patagonia no hay más que un sólo pueblo”. Ambas luchan con firmeza para preservar la soberanía, la independencia y la identidad cultural de cada uno de nuestros pueblos.

Estoy conciente de que mi visita a Venezuela ha sido objeto de venenosas campañas de todo tipo. Se le imputa al presidente Chávez⁷ querer regalarnos petróleo; que el Acuerdo de Caracas es un simple pretexto para ayudar a Cuba. Si así fuese, merecería un monumento del alto del Everest porque Cuba fue aislada, traicionada y bloqueada, con excepción de México, por todos los gobiernos de este hemisferio sometidos a Estados Unidos, incluido el de Venezuela, dirigida en aquel entonces por el primer presidente constitucional después de la sublevación popular del 23 de enero de 1958 y de la creación de la Junta Patriótica que presidió las elecciones celebradas en ese mismo año. Nuestro pueblo, con bloqueos, guerra sucia, invasiones mercenarias y amenazas de ataques directos, defendió con honor su Patria la primera trinchera de América, como la vio Martí cuando, en vísperas de su muerte en combate, confesó que todo lo que había hecho a lo largo de su fecunda vida era para “...impedir a tiempo, con la independencia de Cuba, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América.”

Granma, La Habana, 28 de octubre del 2000, p. 4, col. 2, 3.

2001

Podemos sentirnos orgullosos de la responsabilidad histórica adquirida por nuestro pueblo en su larga lucha por la libertad y la justicia

Discurso pronunciado en la Tribuna Abierta
de la Revolución, efectuada en el área deportiva “Eduardo Saborit”,
Municipio Playa. 31 de marzo

Los cubanos podemos sentirnos orgullosos de estar muy conscientes de la responsabilidad histórica adquirida por nuestro pueblo en su larga lucha por la libertad y la justicia. Contamos además, con el espíritu internacionalista forjado en 42 años de continuo batallar contra el más poderoso imperio que haya existido, lo que nos hace

acredores al derecho de comprender cabalmente y hacer nuestro aquel extraordinario concepto de Martí cuando nos dijo: "Patria es humanidad."

No renunciaremos nunca a los principios que adquirimos en la lucha por traer toda la justicia a nuestra Patria poniéndole fin a la explotación del hombre por el hombre, inspirados en la historia de la humanidad y en los más preclaros teóricos y promotores de un sistema socialista de producción y distribución de las riquezas, el único capaz de crear una sociedad verdaderamente justa y humana: Marx, Engels y más tarde Lenin. Jamás hemos dejado de recordar sus nombres.

El pueblo cubano es heredero del pensamiento martiano

Cuarenta aniversario de la proclamación del carácter socialista de la Revolución.

Ciudad de La Habana, 16 de abril

Cuando vemos al sur del Río Grande todo un conjunto de países balcanizados, aunque todos con la misma lengua, cultura, raíces históricas y étnicas, a punto de ser devorados por la poderosa expansionista e insaciable potencia del norte revuelto y brutal que nos desprecia, los cubanos podemos exclamar: ¡Glorioso mil veces fue aquel día en que aquí se proclamó el carácter socialista de la Revolución Cubana! Hoy tal vez habría sido demasiado tarde. La victoria del Primero de Enero de 1959 ofreció la excepcional oportunidad de hacerlo.

El pueblo cubano hoy, heredero de su pensamiento, junto al de José Martí y al de toda la legión de héroes que trazaron el largo camino recorrido hasta ahora, están en condiciones de afirmar que los que intenten apoderarse de Cuba no recogerían hoy ni siquiera el polvo de nuestro suelo anegado en sangre, porque no tendrían otra alternativa que perecer en la contienda.

Evitar con la independencia de Cuba que Estados Unidos cayera con una fuerza más sobre nuestras tierras de América

Cuarenta aniversario de los combates de Girón y de la primera gran derrota del imperialismo en América. Playa Girón, Matanzas, 19 de abril

[...] Hablábamos de lo que significó el socialismo para nuestra Patria como proceso revolucionario que nos ha colocado en lugar cimero en la historia actual de las naciones latino-americanas y caribeñas. Siento especial necesidad en este momento de recordar e invocar a José Martí. Cuando escribía su famosa carta inconclusa, confesó que todo lo que hizo hasta ese día y haría después era para evitar con la independencia de Cuba que Estados Unidos cayera con una fuerza más sobre nuestras tierras de América. En ese minuto no pudo saber que breves horas más tarde moriría. Y murió físicamente para volver a nacer convertido en ideas y continuar haciendo lo que dijo que haría, no sólo impedir a tiempo que Cuba fuese parte de una fuerza que cayera sobre los pueblos de América, sino para que ella fuese trinchera de ideas e inexpugnable fortaleza frente al enemigo de los pueblos latinoamericanos, y cuyos hijos, al servir a su otra Patria que él llamara Humanidad, sirvieran también a la causa de otros pueblos del mundo.

Su Revolución, reiniciada¹ el mismo año de su centenario por quienes de él tuvimos el privilegio de recibir la luz inspiradora de su infinito patriotismo, venciendo una y otra vez azarosos reveses y montañas de obstáculos al parecer insalvables, entró victoriosa en el nuevo milenio.

Al resistir años de bloqueo y guerra económica, impuesto por aquella potencia que no pudo apoderarse de Cuba; al soportar inmutables no sólo sabotajes, terrorismo, intentos de asesinatos de sus dirigentes, agresiones biológicas, e incluso los riesgos de una guerra nuclear, sin ceder un ápice de sus principios; al sufrir 10 años terriblemente duros de período especial, cuando otros dejaron de cumplir sagrados deberes que como gran privilegio les había concedido la historia humana; al no vacilar en seguir adelante cuando se vio sola frente al imperio que Martí vislumbró, convertido ya en superpotencia hegemónica, que empleó contra ella todo su poder político, ideológico y económico para aislar a su pueblo, asfixiarlo y rendirlo por hambre y enfermedades, Cuba no pudo ser vencida por el poderoso imperio.

El día que arribamos al tercer milenio, el primero de enero del 2001, a la hora exacta en que comienza cada nuevo año, también de imborrables recuerdos e insuperables simbolismo para la Revolución Cubana,² asestamos al imperialismo ante los ojos de América y del mundo su segunda gran derrota.

Patria y Humanidad se han unido inseparablemente, por la historia y para siempre, en la mente y el corazón del pueblo cubano.

Tus ideas, Martí, que en nosotros se han insertado con las de aquel que, como nos dijiste, por haberse puesto del lado de los pobres merecía honor, y las del otro gigante que estudió a fondo y describió con irrefutables pruebas lo que tú fuiste el primero en descubrir y llamar imperialismo en el sentido más moderno del concepto, han demostrado ser mucho más fuertes que todo el poder del mayor imperio que ha existido jamás. ¡A ti consagramos este 40 aniversario de la primera victoria! Ante ti juramos luchar hasta la última gota de sangre por la Patria y por la Humanidad. Ante ti juramos que los sacrificios de los que cayeron desde la Demajagua hasta Girón, y de los que dieron sus vidas jóvenes, generosas y nobles combatiendo en llanos, montañas y pueblos de cualquier rincón de la Patria chica, o en otras tierras del mundo que reclamaban el concurso de sus modestos esfuerzos, en lejanos rincones de la Patria grande, no fueron ni serán en vano. Tampoco fueron ni serán jamás en vano el sudor y el sacrificio de millones de héroes anónimos que con su trabajo y esfuerzo han sido capaces construir y preservar la Cuba hermosa de hoy, y legar a las futuras generaciones la Cuba mucho más hermosa de mañana.

Granma, La Habana, 20 de abril del 2001, p. 3.

Nuestro pueblo debe ser ejemplo de justicia social y compartir con el mundo su experiencia

Discurso en el acto por el 45 aniversario
del Desembarco de los Expedicionarios del Granma
y el nacimiento de las Fuerzas Armadas
Revolucionarias. Santiago de Cuba, 2 de diciembre

[...] Lo que un 26 de Julio intentamos tomar en esta misma ciudad la segunda fortaleza militar de Cuba, y 3 años, 4 meses y 7 días después desembarcamos en el yate Granma para llevar a cabo la tarea en que en síntesis les he contado, envidiaríamos a cada uno de ustedes la lucha que tienen por delante hoy con objetivos mucho más trascendentes: defender y desarrollar lo que hemos alcanzado y hacer por la

humanidad, en la medida de nuestras fuerzas, lo que nosotros creemos haber hecho por la Patria.

Ha llegado para ustedes la hora de luchar bajo la óptica de aquella idea visionaria de Martí cuando exclamó: "Patria es Humanidad". Más lo que era él, en su lucha por la independencia de una pequeña y colonizada Isla, no podía ser más que un sueño, un concepto elevado, hermoso y lejano, constituye hoy para todos los pueblos del mundo una necesidad vital. Sin ella no habrá patria para nadie. Y no poco ha hecho ya la Revolución por ese camino. Es grande, mayor que nunca, el prestigio ganado por Cuba en su apoyo a las mejores causas de los países del Tercer Mundo. Cada día nuestro pueblo será poseedor de una mayor experiencia y cultura en muchos campos. Ante todo, debe ser ejemplo de justicia social plena cada vez más perfecta y profunda, y compartir con el mundo su experiencia. Nuestra fuerza estará en las ideas, y la fuerza de las ideas estará por encima de todo en el ejemplo.

Granma, La Habana, 3 de diciembre del 2001, p. 5, col. 3.

Los sueños de Bolívar y Martí son posibles

Recibimiento de la Orden Congreso de Angostura.

Plaza Bolívar, Ciudad Bolívar, Venezuela.

11 de agosto de 2001

[...] A pesar de los enormes cambios que han tenido lugar en ese largo e intenso período histórico, hay verdades y principios expuestos por Bolívar en Angostura, de permanente vigencia.

[...] Los cubanos tuvimos también un soñador y un profeta, nacido 24 años después de Angostura, y cuando ya, a fines de ese siglo, el imperio revuelto y brutal era tangible y terrible realidad. El más grande admirador del Padre de la Patria venezolana, escribió sobre él palabras que no podrán borrarse jamás:

"En calma no se puede hablar de aquel que no vivió jamás en ella: de Bolívar se puede hablar con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojo de pueblos libres en el puño, y la tiranía descabezada a los pies.

[...] "¡... así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy: porque Bolívar tiene que hacer en América todavía!

[...] "Quien tenga patria, que la honre: y quien no tenga patria, que la conquiste: éstos son los únicos homenajes dignos de Bolívar".

Yo no merezco el inmenso honor de la Orden que ustedes me han otorgado en la tarde de hoy. Sólo en nombre de un pueblo que con su lucha heroica frente al poderoso imperio está demostrado que los sueños de Bolívar y Martí son posibles, la recibo.

Granma, 13 de agosto de 2001, p. 4, col. 3; p. 5, col. 1.

2002

Héroe Nacional de nuestra patria, cuyas ideas inspiraron a la Generación del Centenario, y hoy inspiran cada vez más a todo nuestro pueblo

Tribuna abierta de la Revolución, efectuada en Buey Arriba. Provincia Granma, 30 de marzo de 2002

[...] No es posible olvidar que por aquí por esa provincia, en La Demajagua, comenzó nuestra primera guerra por la independencia en 1868.

No es posible olvidar que aquí se produjo en primer lugar la liberación de los esclavos, gesto revolucionario de aquel gran patriota que fue Carlos Manuel de Céspedes, que había tenido oportunidad de estudiar por ello podía concebir y dirigir una revolución. Su conciencia lo llevó desde el primer instante a ese acto de elemental justicia. Marchó hacia Bayamo, tomaron la ciudad, y en Bayamo se escribieron páginas de las más gloriosas de la historia de nuestra patria. Allí se entonó ese himno que tanto nos enorgullece y nos emociona al escucharlo. Allí Máximo Gómez llevó a cabo la primera carga al machete contra las fuerzas coloniales que, procedentes de Santiago de Cuba, salían de Baire en dirección a Bayamo. Allí descubrieron los cubanos su arma número uno, el machete, aquel machete con que trabajaban en los campos, y después la caballería; machete y caballo fueron sus armas fundamentales, con las que comenzaron a escribir la historia gloriosa de nuestra patria. Allí entregó su sangre, en Dos Ríos, José Martí, Apóstol de la independencia, genio de las ideas y de las ideas más nobles que puedan concebirse, Héroe Nacional de nuestra patria, cuyas ideas inspiraron a la Generación del Centenario, y hoy inspiran e inspirarán cada vez más a todo nuestro pueblo.

Cuando la lucha iniciada en Granma se extendió a Santiago de Cuba, al resto de la antigua provincia oriental y a Camagüey, se había gestado el movimiento independentista de un pueblo que estaba prácticamente desarmado. Ese heroico movimiento en medio de una sociedad esclavista, que era la característica esencial de aquella colonia, donde muchos de los llamados criollos no podían ser patriotas, porque eran dueños de las grandes plantaciones y dotaciones de esclavos y en vez de independencia, lo que deseaban desde principios del siglo XIX era la anexión a Estados Unidos con el puñado de hombres que se alzó aquí en armas llevó la guerra hasta el centro del país, y casi la lleva hasta occidente, donde se generaban las riquezas fundamentales con que sobre la base de mano de obra esclava contaban los colonialistas para aplastar el movimiento revolucionario. Diez años lucharon sin tregua los patriotas, y tras breve tregua, no aceptada por todos, impuesta por la división, no descansaron en el intento hasta volver a reanudar la lucha en 1895, bajo la dirección de Martí, que fue capaz de hacer triunfar sus ideas en el seno de los patriotas cubanos [...]

Granma, 1 de abril de 2002, p. 4, col. 1.

Reina el pensamiento de Martí en el pueblo de trabajadores que somos hoy

Tribuna abierta de la Revolución por el aniversario
49 de los asaltos a los cuarteles Moncada
y Carlos Manuel de Céspedes. Plaza
de la Revolución "Abel Santamaría Cuadrado".
Ciego de Ávila, 26 de Julio de 2002

[...] Reina el pensamiento de Martí en el pueblo de trabajadores que somos hoy, y nada pudo tampoco impedir que el espíritu proletario de un país que fue construido durante siglos con sangre y sudor de esclavos y obreros, brotaran con fuerza

inextinguible y para siempre el ansia más plena de la libertad y toda la justicia que demandó nuestro Héroe Nacional: el socialismo.

Lo que hoy somos lo hemos sabido defender con honor y con espíritu de humanidad y justicia que, como fuego eterno, es ya inapagable. [...]

Granma, 27 de julio de 2002, p. 4, col. 1.

2003

Nada hay hoy más necesario y vital que ese distante y al parecer utópico equilibrio

Sesión clausura de la Conferencia Internacional.

“Por el Equilibrio del Mundo”.

Ciudad de La Habana, 29 de enero de 2003

[...] Distinguidos participantes en el Encuentro Internacional por el Equilibrio del Mundo como homenaje al Aniversario 150 del natalicio de José Martí;

Estimados invitados;

Compatriotas:

¿Qué significa Martí para los cubanos?

En un documento denominado El Presidio Político en Cuba, Martí cuando apenas tenía 18 años, después de sufrir cruel prisión a los 16 con grilletes de hierro atados a sus pies, afirmó: “Dios existe, sin embargo, en la idea del bien, que vela el nacimiento de cada ser, y deja en el alma que se encarna en él una lágrima pura. El bien es Dios. La lágrima es la fuente de sentimientos eternos.”

Para nosotros los cubanos, Martí es la idea del bien que él escribió.

Los que reanudamos el 26 de julio de 1953 la lucha por la independencia, iniciada el 10 de octubre de 1868 precisamente cuando se cumplían cien años del nacimiento de Martí, de él habíamos recibido, por encima de todo, los principios éticos sin los cuales no puede siquiera concebirse una revolución.

De él recibimos igualmente su inspirador patriotismo y un concepto tan alto del honor y de la dignidad humana como nadie en el mundo podría habernos enseñado.

Fue un hombre verdaderamente extraordinario y excepcional. Hijo de militar, nacido en un hogar de padre y madre españoles, deriva en profeta y forjador de la independencia de la tierra que lo vio nacer; intelectual y poeta, siendo un adolescente al iniciarse la primera gran contienda, fue capaz más tarde de conquistar el corazón, el respeto, la adhesión y el acatamiento de viejos y experimentados jefes militares que se llenaron de gloria en aquella guerra.

Amante fervoroso de la paz, la unión y armonía entre los hombres, no vaciló en organizar e iniciar la guerra justa y necesaria contra coloniaje, la esclavitud y la injusticia. Su sangre fue la primera en derramarse y su vida la primera en ofrendarse como símbolo imborrable de altruismo y desprendimiento personal. Olvidado y aun desconocido durante muchos años por gran parte del pueblo por cuya independencia luchó, de sus cenizas, como Ave Fénix, emanaron sus inmortales ideas para que casi medio siglo después de su muerte un pueblo entero se enfrascara en colosal lucha, que significó el enfrentamiento al adversario más poderoso que un país grande o pequeño hubiese conocido jamás.

Hoy, al cumplirse hace unas horas 150 años de su nacimiento, cientos de brillantes pensadores e intelectuales de todo el mundo le rinden emocionados el homenaje del profundo reconocimiento que merecen su vida y su obra.

Más allá de Cuba, ¿qué recibió de él el mundo? Un ejemplo excepcional de creador y humanista digno de recordarse a lo largo de los siglos.

¿Por quienes y por qué? Por los mismos que hoy luchan y los que mañana lucharán por los mismos sueños y esperanzas de salvar al mundo, y porque quiso el azar que hoy la humanidad perciba sobre ella y tome conciencia de los riesgos que él previó y advirtió con su visión profunda y su genial talento.

El día en que cayó, el 19 de mayo de 1895, Martí se inmolaba por el derecho a la vida de todos los habitantes del planeta.

En la ya famosa carta inconclusa a su amigo entrañable Manuel Mercado, que Martí interrumpe para marchar sin que nadie pudiera impedirlo a un inesperado combate, reveló para la historia su más íntimo pensamiento, que no por conocido y repetido dejaré de consignar una vez más: “Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber [...] de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso.”

Semanas antes, al suscribir en Santo Domingo el Manifiesto de Montecristi junto al ejemplar patriota latinoamericano Máximo Gómez, de origen dominicano y escogido por Martí como jefe militar de las fuerzas cubanas, próximo a partir hacia Cuba, entre otras muchas y brillantes ideas revolucionarias, Martí escribió algo tan admirable que, aun a riesgo de aburrir, también necesito repetir: “La guerra de independencia de Cuba [...] es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo.”

Cuán precozmente escribió esta última frase, que se ha convertido en el tema principal de este encuentro. Nada hay hoy más necesario y vital que ese distante y al parecer utópico equilibrio.

[...] En este instante, en que se conmemora el 150 aniversario del natalicio de José Martí, el hombre que quizás por vez primera en la historia planteó el concepto de equilibrio mundial, una guerra está por comenzar como consecuencia del más colosal desequilibrio en el terreno militar que jamás existió sobre la Tierra.

[...] ¿Cuántos son los que conocen que ya la soberanía de los estados apenas existe, en virtud de tratados en cuya elaboración no tenemos participación alguna en los países del Tercer Mundo, y por los que somos en cambio cada vez más explotados y sometidos? ¿Cuántos los que están conscientes de nuestras culturas nacionales están siendo cada vez más destruidas?

Sería interminable seguir preguntando. Basta una adicional para los que viven de la hipocresía y la mentira acerca de los más sagrados derechos de los seres humanos, de los pueblos y de la propia humanidad en su conjunto: ¿Por qué no se levanta un monumento vivo a la hermosa y profunda verdad contenida en el apotegma martiano “Ser culto es el único modo de ser libre”?

Lo afirmo en nombre de un pueblo que bajo riguroso bloqueo e implacable guerra económica, a la que se añadió la pérdida casi total de mercado, comercio y suministro exterior al desintegrarse el campo socialista y la URSS, ha resistido inmovible más de cuatro décadas y hoy constituye uno de los más unidos, socialmente desarrollados, poseedores de conocimientos básicos, cultura política y artística entre todos los pueblos del mundo.

Si en algo hemos sabido honrar al héroe, cuyo fecundo natalicio conmemoramos hoy, es haber demostrado que un país pequeño y pobre, aun cometiendo muchos inevitables errores de aprendizaje, puede haber mucho con muy poco.

El mayor monumento de los cubanos a su memoria es haber sabido construir y defender esta trinchera, para que nadie pudiera caer con una fuerza más sobre los pueblos de América y del mundo.

De él aprendimos el infinito valor y la fuerza de las ideas.

[...] A lo largo de la historia ha quedado demostrado que de las grandes crisis han salido las grandes soluciones, y en ellas y de ellas han surgido los líderes.

Nadie crea que los individuos hacen la historia. Los factores subjetivos influyen, aceleran con sus aciertos o retrasan con sus insuficiencias y errores los procesos

históricos, pero no determinan el resultado final. Ni siquiera su hombre tan genial como Martí —podría decirse igualmente de Bolívar, Sucre, Juárez, Lincoln y otros muchos hombres admirables como ellos— habría sido conocido por la historia de haber nacido, por ejemplo, treinta años antes o después.

En el caso de Cuba, de haber nacido nuestro Héroe Nacional en 1823, en medio de una sociedad esclavista y anexionista dueña de plantaciones y enormes masas de esclavos, y sin existir todavía el poderoso sentimiento nacional y patriótico forjado por los gloriosos precursores que iniciaron en 1868 nuestra primera guerra de independencia, no habría sido posible entonces el inmenso papel que desempeñó en la historia de nuestra patria.

Por ello creo firmemente que la gran batalla se librará en el campo de las ideas y no en de las armas, aunque sin renunciar a su empleo en casos como el de nuestro país u otro en similares circunstancias si se nos impone una guerra, porque cada fuerza, cada arma, cada estrategia y cada táctica tiene su antítesis surgida de la inteligencia y la conciencia inagotables de los que luchan por una causa justa.

En el propio pueblo norteamericano, al que nunca hemos visto como enemigo ni hemos culpado de las amenazas y agresiones que durante más de cuarenta años hemos sufrido, podemos percibir, a partir de sus raíces éticas, un amigo y un aliado potencial de las causas justas de la humanidad. Lo vimos ya cuando la guerra de Viet Nam. Lo vimos en algo que nos tocó tan cerca como el secuestro del niño Elián González. Lo vimos en su apoyo a la lucha de Martin Luther King. Lo vimos en Seattle y en Quebec, junto a canadienses, latinoamericanos y europeos contra la globalización neoliberal. Lo empezamos a ver ya en su oposición a una guerra innecesaria, sin contar al menos con la aprobación del Consejo de Seguridad. Lo veremos mañana junto a los demás pueblos del mundo defendiendo el único camino que puede preservar la especie humana de las propias locuras de los seres humanos.

Si algo me atrevo a sugerir a los ilustres visitantes aquí reunidos sería lo que veo que ya están haciendo. No obstante, a riesgo de cansarlos me permito repetir y reiterar: frente a las armas sofisticadas y destructoras con que quieren amedrentarnos y someternos a un orden económico y social mundial injusto, irracional e insostenible: ¡sembrar ideas!, ¡sembrar ideas! ¡y sembrar ideas!; ¡sembrar conciencia!, ¡sembrar conciencia! ¡y sembrar conciencia!

Muchas gracias. [...]

Castro, Fidel: Las ideas son el arma esencial en la lucha de la humanidad por su propia salvación, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2003, pp. 5-8, 11, 15-18.

Índice Onomástico

Adams, John Quincy (1767-1848). Político norteamericano. Fue el sexto presidente de los Estados Unidos (1825 a 1829).

Agramonte Loynaz, Ignacio (1841-1873). Patriota cubano. Nació el 23 de diciembre en Puerto Príncipe, Camagüey. Al iniciarse la guerra por la independencia de Cuba el 10 de octubre de 1868, fue uno de los primeros camagüeyanos en secundar el movimiento armado. Alcanzó los grados de Mayor General en el Ejército Libertador. Se destacó como militar, abogado y orador. Sus años de combates (1868-1873) estuvieron llenos de intensa vida revolucionaria por la causa de la independencia de Cuba. Cayó en la batalla de Jimaguayú, el 11 de mayo. Se conoce por la historia como “El Mayor.”

Alarcón de Quesada, Ricardo. (1937), Comenzó sus actividades revolucionarias con su participación en manifestaciones y actos de protestas, que se realizaron con motivo del golpe de estado del 10 de marzo de 1952. Desde su ingreso en la Universidad en

1954 se vinculó a dirigentes estudiantiles que combatían contra la dictadura batistiana. Colaboró con el Directorio Revolucionario y desde 1955 se incorporó al movimiento 26 de Julio. Como responsable del Frente Estudiantil Nacional (FEN) dirigió la huelga general de estudiantes que realizan los centros de enseñanza de La Habana en 1958. Participó en proceso de reorganización del M-26-7 y fue responsable de la FEN hasta la unificación de las organizaciones juveniles cubanas en 1959. Presidente de la FEU desde 1961-1962. Fue miembro del Comité Nacional de la AJR y del Buró Nacional de la UJC. Fundador del PCC, miembro de su Comité Central, en 1992 fue promovido a miembro del Buró Político. Desde 1962 se vinculó al sector de las relaciones exteriores, en distintas ocasiones ha sido embajador y ha ocupado diferentes cargos en ese ministerio. En 1992 fue promovido a Ministro de Relaciones Exteriores. En su trabajo ha primado la defensa de las posiciones de Cuba ante las Organizaciones de las Naciones Unidas. En la actualidad es Presidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular.

Artigas, José Gervasio (1764-1850). General uruguayo, nació en Montevideo, líder de la independencia de su país. Distinguido en la represión del bandidaje y luego en las luchas contra los ingleses en el Plata, se adhirió, cuando la Revolución de mayo en Argentina (1810), a la Junta de Buenos Aires. En 1811, al frente de un ejército de patriotas, derrotó a los realistas en Las Piedras y sitió Montevideo, iniciando la lucha contra los españoles. Más tarde, en el primer Congreso Nacional de Tres Cruces y en las famosas Instrucciones del año XIII, afirmó sus tendencias federalistas frente al centralismo bonaerense. En 1815, evacuada la plaza de Montevideo por los porteños, se encargó del gobierno de la Banda Oriental, con el título de Protector. En 1816 hubo de hacer frente a una invasión de los portugueses, que ocuparon la capital (1817), viaja a Paraguay (1820) y permaneció hasta su muerte en la zona de Ibaray.

Baliño López, Carlos (1848-1926). Nació en Guanajay el 13 de febrero. En la década de los años 80 del siglo XIX abrazó las ideas del marxismo y fue un activo propagandista de ellas. Participó junto a José Martí, en la fundación del Partido Revolucionario Cubano y en sus trabajos posteriores. Organizó en 1903 el Club de propaganda Socialista de la Isla de Cuba, y más tarde el Partido Obrero Socialista y el Partido Socialista de Cuba. Fue dirigente de la Agrupación Socialista de La Habana hasta 1922, y fundador de la Agrupación Comunista de La Habana en 1923 y el Primer Partido Marxista-Leninista de Cuba, en 1925, e integró su primer comité central. Falleció en La Habana a los 78 años de edad el 18 de junio.

Batista Zaldívar, Fulgencio Rubén (1901-1973). Político y militar cubano. Fue copartícipe del golpe militar del 4 de septiembre de 1933, el cual capitaliza y comienza una carrera de traiciones que lo convierte en aliado de Estados Unidos. Promotor del golpe militar del 10 de marzo de 1952; implantó una sangrienta dictadura (1952-1958), con el consentimiento norteamericano, que pagó con nuevas concesiones a empresas y consorcios. Huyó del país el primero de enero de 1959, al ser derrotado su régimen por la lucha revolucionaria del pueblo y el Ejército Rebelde.

Bello, Andrés (1871-1865). Escritor, filósofo, poeta, jurisconsulto y político americano. Nació en Caracas, murió en Santiago de Chile. Fue auxiliar de Bolívar en Londres (1810) y en 1829 se trasladó a Santiago de Chile, donde años más tarde había de pronunciar el discurso inaugural de la Universidad Chilena (1843). Fue rector de esta, trabajó en pro de la instrucción pública y redactó el Código Civil de Chile (1855). Su curiosidad intelectual y su vocación literaria le hicieron conocer profundamente a los clásicos latinos y españoles. Sus poesías, inspiradas en motivos americanos, crearon un nuevo género poético. Escribió también leyendas, críticas eruditas y varias obras notables: Principios de Derecho Internacional, La Filosofía del Entendimiento y la

famosa Gramática Castellana, una de las mejores existentes, que más tarde anotó y completó el erudito filósofo colombiano Rufino José Cuervo.

Betances, Ramón Emeterio (1830-1898). Político, médico. Fue considerado el dirigente puertorriqueño más completo del siglo XIX; logró alcanzar el desarrollo ideológico más grande del momento que le tocó vivir y se le identifica como el Padre de la Patria puertorriqueña. Nació el 8 de abril de 1827 y murió en París. Estuvo dispuesto en todo momento a hacer lo que estuviera a su alcance por la independencia de Cuba y Puerto Rico. Fue agente general en París del Gobierno Cubano de la República en Armas.

Bolívar, Simón (1830-1873). Héroe Nacional de Venezuela y uno de los grandes próceres de la independencia americana. Escritor, político y estadista. Luchó durante 15 años por la independencia de Venezuela, Colombia, Ecuador y Bolivia (nombre dado en honor a Bolívar al alto Perú), por lo que se conoce por "El Libertador", aspiró a lograr la unión de los países recién independizados y tuvo el proyecto de liberar a Cuba y Puerto Rico para completar la emancipación hispanoamericana. Avizó, tempranamente, el peligro que para el continente significaban los Estados Unidos de Norteamérica.

Brezhnev, Leonid I (1906-1982). Nació el 19 de diciembre. Muy joven, con solo 17 años ingresa en el Komsomol y a los 25 años ingresa en el Partido. Participó en la liberación de Ucrania, Hungría, Polonia y Checoslovaquia. Obtuvo numerosas medallas y condecoraciones, entre ellas, la de Héroe de la Unión Soviética. Llegó a ser, y se mantuvo por varios años, Secretario General del PCUS y Presidente del Presidium del Soviet Supremo de la URSS.

Bunke Bider, Haydée Tamara, "Tania la Guerrillera" (1937-1967). Nació en Buenos Aires, Argentina, donde se habían establecido sus padres al huir de Alemania, debido a la persecución nazifascista. En 1952 la familia regresó a la RDA, donde Tania cursó el bachillerato e ingresó en la Juventud Libre Alemana. Integró la Delegación Argentina al VII Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes. También desarrolló una intensa actividad de solidaridad con la Revolución Cubana. En 1959 trabajó en la República Democrática Alemana con delegaciones cubanas y conoció al Comandante Ernesto Che Guevara. Llegó a Cuba el 12 de mayo de 1961. Ingresó en las Milicias Nacionales Revolucionarias y laboró en distintos organismos. En 1966 se incorporó a la guerrilla boliviana, comandada por el Che Guevara. El 31 de agosto cayó heroicamente en Vado del Yeso.

Bush, George (1924). Diplomático norteamericano. Corredor de propiedades. Desde 1966 se dedica por entero a la política. Fue congresista republicano desde 1966 hasta 1973. Representante norteamericano en las Naciones Unidas de 1973-1974. De 1976-1977, director de la Agencia Central de Inteligencia. En 1980 candidato a presidente. Vicepresidente de Estados Unidos en 1981 y Presidente de 1989-1992.

Byrne, Bonifacio (1861-1963). Nació en Matanzas el 3 de marzo. Fue poeta y autor dramático. Su ciudad natal lo declaró Hijo Eminente, a quien consagró su vida a la Patria. Tuvo que abandonar su suelo natal viviendo del periodismo. Era miembro correspondiente de la Academia Nacional de Artes y Letras. Falleció el 4 de julio de 1936.

Cárdenas del Río, Lázaro (1895-1970). Destacado político y militar mexicano. General. Presidente de la república de 1934 a 1940, su gobierno adoptó medidas nacionalistas y antimperialistas: en 1937, decretó la nacionalización de los ferrocarriles y en 1938, la del petróleo. Durante la guerra nacional revolucionaria del pueblo español (1936-1939)

ayudó a la causa de la república y, a la derrota de esta, acogió a miles de refugiados políticos. Se distinguió por su solidaridad combativa con la Revolución Cubana. En 1975, Cuba le otorgó post mortem la Orden Nacional Playa Girón.

Céspedes y del Castillo, Carlos Manuel de (1819-1874). Abogado y terrateniente nacido en Bayamo. Poseía una vasta cultura y era excelente orador. El 10 de octubre de 1868, se alzó en armas en su ingenio de la Demajagua. Con esa acción dio comienzo a la primera guerra independentista en Cuba, que duró diez años. Presidió las sesiones de la Asamblea Constituyente que aprobó la Constitución de Guáimaro, el 10 de abril de 1869. Fue el primer Presidente de la República en Armas. Murió en combate el 27 de febrero en San Lorenzo. Reconocido por todos los cubanos como el Padre de la Patria.

Conte Agüero, Luis (1924). Periodista y político cubano. Fue dirigente estudiantil. Miembro del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), posteriormente pasa a las filas del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), elegido miembro de su Comisión Nacional. En aparente oposición al régimen tiránico de Batista, aboga por una salida electoralista a la crisis política cubana. Al triunfo de la Revolución, regresó al país de su exilio voluntario en la Argentina. Se sumó a las campañas divisionistas contrarrevolucionarias; en los primeros meses de 1960, se marcha a Estados Unidos.

Coyula, Miguel. Nació en Regla, en 1876. Fue comandante del Ejército Libertador, periodista y orador. Figuró en las redacciones de La Prensa y El Cubano Libre. Colaboró en Bohemia y Carteles. Presidió la Cámara de Representantes.

Crombet, Flor (1851-1895). Militar y patriota cubano. Uno de los iniciadores de la Guerra Chiquita (1879). Fue deportado y volvió a Cuba con un grupo de insurrectos en 1895. La historia de Cuba está llena de sus acciones. Luchó en la Guerra de los Diez Años, terminada la cual se expatrió a Jamaica. Desembarcó en 1895 en Duaba junto a Maceo, procedentes de Costa Rica. El 10 de abril, cae muerto en Alto de Palmarito.

Chenard Piña, Fernando (1919-1953). Nació el 4 de febrero. Era un humilde dependiente. Estuvo entre los fundadores del Sindicato de Dependientes de Víveres al Detalle. Su juventud se vio envuelta entre reivindicaciones obreras, manifestaciones, los trabajos para organizar el Partido Unión Revolucionaria Comunista y como militante de la Juventud Ortodoxa. También se hizo fotógrafo. La máxima de Fernando fue la entrega sin límites por un ideal. Fue asesinado a raíz de los sucesos del Moncada. En su alegato conocido como la "Historia me Absolverá", Fidel hace alusión a la patriótica decisión de Chenard Piña, cuando decidió vender su taller de fotografía. Heredó el patriotismo de su abuelo, quien fuera Secretario del Cuerpo de Consejo del Partido Revolucionario Cubano en Nueva York, durante la Guerra de Independencia.

Chibás Rivas, Eduardo René (1907-1951). Político cubano. Tuvo una activa participación en las luchas estudiantiles contra Machado, integra el primer Directorio Estudiantil contra la prórroga de poderes. Expulsado de la Universidad de La Habana sufrió prisión en varias oportunidades. Des-terrado, funda en Nueva York la Unión Cívica de Exilados Cubanos. A la caída de Machado desempeña un rol importante en la designación de algunos funcionarios. Se opone al gobierno entreguista y proyanqui de Mendieta-Batista (1934-1935). Sufre prisión por llamar a la huelga general en Marzo de 1935. Dos años después se integra al Partido Revolucionario Cubano (auténtico). Delegado a la asamblea Constituyente que elaboró la Constitución de 1940. Se opuso al gobierno Civil de Batista (1940-1944). En 1944, apoya a Grau San Martín para la presidencia, pero poco después se separa de él y lo combate por su corrupción política y administrativa. (ver nota en el texto)

Darío, Rubén (Félix Rubén García Sarmiento, llamado Rubén) (1867-1916). Escritor nicaragüense, nacido en Metapa. Está considerado como uno de los primeros poetas líricos contemporáneos de la escuela modernista, cuya influencia se ha extendido a toda la temática de la lengua castellana. Fue corresponsal de prensa y diplomático.

Duarte, Juan Pablo (1813-1876). Patriota dominicano, que creó la Sociedad Secreta, La Trinitaria para liberar a su país de la dominación haitiana. Es considerado como el fundador de la República, proclamada en 1844.

Echeverría Bianchi, José Antonio (1932-1957). Fue vicepresidente y presidente de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de La Habana. En 1953, ocupa la secretaría general de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU) y desde 1954 hasta su muerte fue su presidente. A finales de 1955, funda junto a otros compañeros el Directorio Revolucionario que se convierte en el brazo armado de la FEU. Suscribe con Fidel la Carta de México (1956), en la que manifiestan la unidad de acción del MR-26-7 y el Directorio. El 13 de marzo de 1957, como parte del plan de asalto al Palacio Presidencial, toma Radio Reloj para anunciar por sus micrófonos que el tirano Batista había sido ajusticiado. A la salida de esta emisora, de regreso a la universidad, muere en un enfrentamiento con la policía.

Engels, Federico (1820-1895). Filósofo, Economista y escritor. Nació en Prusia. Estrecho colaborador de Carlos Marx. De 1870 a 1883, vivió en la capital inglesa, vinculado a su entrañable amigo. Los últimos doce años de su vida los dedicó a ordenar los manuscritos dejados por él para su posible edición. Murió el 5 de agosto en Londres.

Espartaco (113 a.e.-71 a.e.). Estuvo en las tropas auxiliares romanas y fue reducido a esclavitud por desertión y luego destinado a gladiador. En el año 73 escapó al frente de un grupo de esclavos de la ciudad, se apoderó de un convoy de armas para gladiadores y dirigió la sublevación en el Vesubio. Llegó a formar un poderoso ejército de esclavos de 70 000 hombres. Extendió su movimiento liberatorio a todo el sur de la península de Italia. Tras 18 meses de incesantes combates contra las legiones romanas, fue derrotado y muerto en la batalla de Silaro en el año 71.

Espín Guillois, Vilma (1930). Nació el 7 de abril. Miembro del Consejo de Estado. Presidenta de la Federación de Mujeres desde 1960. Fundadora del Partido. Es Ingeniera Química Industrial. Formó parte de la organización dirigida por Frank País la cual en 1955 se integró en el Movimiento 26 de Julio. Participó en los preparativos de las acciones del 30 de noviembre de 1956 en Santiago de Cuba. Integró la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio. Se incorporó al II Frente Oriental "Frank País". Es miembro del Comité Central desde su constitución y diputada a la Asamblea Nacional del Poder Popular desde 1976. Fue miembro del Buró Político desde 1980 hasta 1991. También Presidenta de la Comisión Nacional de Prevención y Atención Social.

Estrada Palma, Tomás (1835-1908). Político cubano. Nació en Manzanillo, antigua provincia de Oriente. Fue miembro del Partido Revolucionario Cubano fundado por José Martí. Presidente de la república en Armas (1876-1877), y también del primer gobierno de la República neocolonial de 1902 a 1906. Su decisión de reelegirse en 1905, produjo hondo malestar entre sus adversarios políticos y otros sectores del pueblo, lo que originó la llamada Guerrita de agosto de 1906. Ante la inminencia de la derrota, Estrada Palma solicitó y obtuvo una nueva intervención militar de E.E.U.U. en Cuba.

Fernández Álvarez, José Ramón (1922). Desde 1952 comenzó a participar en diversas actividades y movimientos conspirativos contra la dictadura hasta 1956, año en que

fue detenido y condenado a prisión en la Isla de Pinos de donde fue liberado por la Revolución triunfante. En 1959 fue ascendido a Capitán y en 1961 a Comandante. Participó en la lucha contra bandidos y combatió contra la invasión mercenaria de Playa Girón. Fue Vice-Ministro Primero de Educación hasta 1972 y Ministro de Educación hasta 1978. En octubre de 1978, fue nombrado Vicepresidente del Consejo de Ministro y en enero de 1980, pasó a desempeñar simultáneamente este cargo con el de Ministro de Educación. Fue elegido miembro del Comité Central en el I Congreso del Partido (1975) y ratificados en el II, III, IV y V Congresos. En 1976 fue elegido diputado a la Asamblea nacional del Poder Popular. Miembro de Honor de la Organización Deportiva Panamericana (ODEPA). Es Presidente del Comité Olímpico Cubano.

García García, Pilar Dominico (1896-1960). Nace en San José de las Lajas. Criminal (1952-1958) en el cual ocupó, entre otras la Jefatura del Regimiento 3 y del 4 de la Guardia Rural.

En 1956, cuando era jefe del regimiento de Matanzas, torturó y asesinó personalmente a los prisioneros del frustrado asalto al cuartel Goicuría. Jefe de la Policía Nacional, de marzo de 1958 hasta la caída del dictador. Durante la huelga revolucionaria del 9 de abril intensificó el terror, y exigió a sus subalternos que no le llevaran heridos ni prisioneros, sólo muertos. Derrotada la tiranía, huyó a Estados Unidos.

García Inclán, Guido (1905-1983). Nació el 2 de marzo. Fue el dueño de la emisora radial COCO y director de su noticiero "El Periódico del Aire". Fallece el 17 de Mayo.

García Iñíguez, Calixto (1839-1898). Perteneció al grupo de los mejores generales de las guerras de independencia. Por sus dotes militares cosechó innumerables victorias. Trató de suicidarse para no ser hecho prisionero. Al recobrar la libertad no renunció a sus ideales independentistas y organizó la llamada Guerra Chiquita cuyo fracaso no lo desanimó. Siempre al servicio de la patria, se incorporó nuevamente a la contienda del 95. Murió en Washington como agente diplomático luchando por los ideales a los que había dedicado su vida.

Gómez Báez, Máximo (1836-1905). Militar de origen dominicano. Residente en Cuba desde 1865, se incorpora a la revolución independentista al estallar la guerra en 1868 obteniendo los grados de General del Ejército Libertador. Después del Pacto del Zanjón (1878) pasa a la emigración y regresa a la isla junto con José Martí, para asumir la dirección militar de la guerra que había estallado en febrero de 1895. En 1896 lleva a cabo con el General Antonio Maceo la invasión de las provincias occidentales de la isla. Alcanzó el grado de Mayor General, General en Jefe y Generalísimo en el Ejército Libertador. Murió en La Habana.

Grau San Martín, Ramón (1887-1970). Político y médico cubano. Fue profesor de fisiología de la Facultad de Medicina de la Universidad de La Habana (1921). Se opuso a la prórroga de poderes del presidente Gerardo Machado y a las expulsiones de los estudiantes del Directorio Estudiantil Universitario (DEU) de 1927. Integró el gobierno de los 100 días (1933-1934), que fue derrocado. En 1934 organizó el Partido Revolucionario Cubano (auténtico) con una plataforma demagógica que proclamaba "Nacionalismo, Antimperialismo, Socialismo". Presidente de la República de 1944 a 1948.

Guevara de la Serna, Ernesto (1928-1967). Nació en Rosario Argentina, el 14 de junio. En México, conoció a Fidel Castro y se enroló como médico en la expedición del Granma. Durante la guerra de liberación nacional en Cuba, fue el primero en obtener el grado de comandante. Jefe de la Columna Invasora No. 8 "Ciro Redondo". Dirigió la batalla de Santa Clara, en diciembre de 1958. Después del triunfo de la Revolución

fue presidente del Banco Nacional de Cuba y Ministro de Industrias. En 1965, se despidió de Fidel y del pueblo cubano para combatir en otras tierras. Cayó en Bolivia el 8 de octubre.

Guillén, Nicolás (1902-1989). Poeta Nacional de Cuba. Nació en Camagüey y murió en La Habana. Cantor de temas “negros”, que él rebautizó como “mulata” y que fue universalmente conocida como “afrocubana”. Guillén es asimismo un poeta de talla continental.

Guiterras Holmes, Antonio (1906-1935). Fue secretario en el gobierno de Ramón Grau San Martín y en él representó la corriente nacional revolucionaria y antimperialista, que logró una serie de medidas progresistas como la rebaja de las tarifas eléctricas, la jornada laboral de ocho horas, legalización de las organizaciones obreras, la ley del seguro y el retiro obrero y otras. Fundador de la organización Joven Cuba. Fue asesinado en el Morrillo, Matanzas.

Haig, Alexander (1924). Nació en Philadelphia. Militar y político norteamericano. Asistente presidencial en la Casa Blanca entre 1973 y 1974. Emisario Especial en Vietnam en 1973 y Jefe del Comando Supremo de Europa OTAN desde 1974 a 1979. Secretario de Estado durante la administración de Ronald Reagan. Fue comandante en jefe de las fuerzas norteamericanas de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, OTAN. Trabajó con Robert Kennedy en la crisis de los misiles en Cuba. Fue protagonista de las decisiones relacionadas con los bombardeos a Camboya en 1969 y Hanoi en 1972.

Hernández Rodríguez del Rey, Melba (1921). Nació el 28 de julio. Es fundadora del Partido. Fue miembro del Comité Central desde 1986. Doctora en Derecho y Licenciada en Ciencias Sociales. Tomó parte en el Asalto al Cuartel Moncada. Integró la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio desde sus inicios. Fue miembro del III Frente Dr. Mario Muñoz, Diputada a la Asamblea Nacional del Poder Popular. Ha ocupado, entre otras, las responsabilidades siguientes: Presidente del Comité Cubano de Solidaridad con Viet Nam y Kampuchea. Es heroína del Trabajo de la República de Cuba y Heroína de la República de Cuba. Posee la Orden “Playa Girón”.

Hidalgo y Costilla, Miguel (1753-1811). Sacerdote mexicano. Introdujo reformas agrícolas en beneficio del pueblo. Organizó una revolución, lanzando el llamado Grito de Dolores el 18 de septiembre de 1810, se convirtió en guía de un núcleo de más de 50 000 hombres que fue derrotado poco después por generales españoles. Fue detenido y fusilado en Chihuahua.

Hostos, Eugenio María de (1839-1903). Publicista, educador y ensayista puertorriqueño, nació en Mayagüez, defendió la independencia de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo. Fundó varios periódicos y escribió Moral social, su obra más importante, La peregrinación de Bayoán, novela poética, Tratado de sociología, Cuentos a mi hijo, etc.

Jefferson, Tomas (1743-1826). Político y uno de los próceres de la independencia norteamericana. Redactor de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, proclamada el 4 de julio de 1776. Presidente de los Estados Unidos de 1801 a 1809. Durante su mandato despojó a los indios de la región del noroeste de varios millones de hectáreas, compró la Luisiana a Francia y manifestó su interés de apoderarse de Cuba.

Juárez García, Benito (1806-1872). Destacado abogado, político, estadista y patriota mexicano. Perteneciente a los liberales, ocupó diversos cargos públicos. Una de las figuras principales del movimiento progresista llamado de la reforma (1854-1876),

ocupó en 1857 la presidencia de la nación. Tuvo que enfrentar la invasión francesa (1862-1867), que logró apoderarse de gran parte del territorio, incluida la capital, y que proclamó como emperador a Maximiliano. Defendió los principios de respeto y de inviolabilidad de la soberanía de las naciones. Se le llama el Benemérito de las Américas.

Lage Dávila, Carlos (1951). Nació el 15 de octubre. Ingresó al Partido en 1976. Es Doctor en Medicina y Licenciado en Ciencias Sociales. Fue Presidente de la FEU y Primer Secretario de la UJC. Es Secretario del Comité Ejecutivo del Consejo de Ministros desde 1992 y Vicepresidente del Consejo de Estado. Además, es miembro del Buró Político del Partido. Miembro del Comité Central del Partido desde 1980 y Diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular desde 1976.

Lenin, Vladimir Ilich Ulianov (1870-1924). Nació el 22 de abril en Simbirsk. A partir de 1892 comenzó a ejercer como abogado en el juzgado comarcal de Samara, donde fundó el primer artículo marxista. En 1895, se trasladó a San Peterburgo, comenzando a instruir a los obreros para formar los futuros cuadros del Partido. En 1902 publicó el libro *¿Qué Hacer?* donde argumenta el plan de organización del Partido Proletario y su basamento ideológico. Dirigió la insurrección que culminó en 1917, con la toma del Palacio de Invierno. La Revolución triunfó y el poder pasó a manos de los soviets. Muere el 21 de enero.

Lincoln, Abraham (1809-1865). Estadista norteamericano. Asume la presidencia de Estados Unidos en 1861. Su elección dio inicio a la Guerra de Secesión con victoria para los estados industriales del norte. Durante la guerra, decretó la abolición de la esclavitud. Reelegido para la presidencia el 4 de marzo de 1865 fue asesinado varias semanas después por un fanático racista.

López Portillo, José (1924). Político mexicano. Fue elegido como presidente de México por la etapa comprendida entre 1976-1982. Durante su mandato hubo una corrupción sin precedentes. Además, devaluó la moneda y nacionalizó la banca.

Maceo Grajales, Antonio (1845-1896). Conocido como "El Titán de Bronce" por su portentosa trayectoria guerrera y su condición de mulato. Alcanzó en la Guerra de los Diez Años (1868- 1878), a fuerza de coraje el grado de Mayor General. Se destacó como táctico general y por su intransigencia revolucionaria protagonizando la Protesta de Baraguá, en marzo de 1878, contra el pacto que puso fin a aquella contienda. En la guerra de 1895, con el grado de Lugarteniente General, participó en la campaña invasora a Occidente. Cayó combatiendo en San Pedro, provincia de La Habana, el 7 de diciembre.

Madero, Francisco (1873-1913). Político mexicano, que suscribió el Plan de San Luis contra la reelección y encabezó el movimiento que derribó a Porfirio Díaz. Presidente de la República de 1911 a 1913, fue derrocado por una sublevación militar y murió asesinado.

Mandela, Nelson (1918). Nació el 18 de julio. Fundó, en 1944 la Liga de la Juventud del ANC. Posteriormente se convirtió en el líder del ANC (Congreso Nacional Africano) Fue condenado a cadena perpetua por el único delito de querer liberar a su patria y luchar para alcanzar este objetivo. Cuando el ANC fue ilegalizado Mandela organizó y dirigió el movimiento en la clandestinidad. A partir de su arresto en 1962, mantuvo una actitud firme y viril ante sus carceleros. No claudicó ante las torturas, los trabajos forzados, las amenazas, ni las promesas.

Mantilla Miyares, María (1880-1962). Hija de Manuel Mantilla y Carmen Miyares. Martí le dedicó sus versos Los Zapaticos de Rosa. Este se separó de María y de su familia en enero de 1895. Muere a los 81 años el 17 de octubre.

Martí Pérez, José Julián (1853-1895). Héroe Nacional de Cuba. Político, escritor, poeta y orador brillante, organizador de la última y decisiva jornada cubana por la independencia. Sufrió prisión y destierro a los 17 años de edad por sus ideas independentistas. Vivió en España, México, Guatemala y Venezuela, y a partir de 1881 se estableció definitivamente en los Estados Unidos, desde donde preparó lo que llamó la "guerra necesaria" por la liberación de Cuba. Fundó en 1892 el Partido Revolucionario Cubano. El 11 de abril de 1895 regresa a Cuba para incorporarse a la lucha. Cayó abatido por el fuego enemigo en el combate de Dos Ríos, el 19 de mayo de ese mismo año. Es considerado uno de los más altos exponentes de las letras hispanoamericanas, y figura entre las personalidades más insignes de los países que el llamó de "Nuestra América".

Martínez Campos, Arsenio (1831-1900). Nació en Segovia, España. Alcanzó los grados de General. Luchó en las guerras carlistas; negoció la Paz del Zanjón con Antonio Maceo, lo cual dio origen a la histórica Protesta de Baraguá, pues el Mayor General Maceo no la aceptó. Fue capitán general de la isla de Cuba, y sustituido por Valeriano Weyler en 1895.

Martínez Villena, Rubén (1899-1934). Nace en Alquizar, el 20 de diciembre. Surge a la vida política en 1923 como protagonista de la "Protesta de los Trece". Con posterioridad se vincula a la asociación de Veteranos y Patriotas. En 1924 participa en el movimiento por la Reforma Universitaria y en los preparativos del I Congreso de Estudiantes, además colabora con Julio A. Mella en la Universidad Popular "José Martí". En 1927 ingresó en el Partido Comunista. En 1928 es designado miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y delegado a la Confederación Nacional Obrera de Cuba. En 1930 dirige la huelga general de 24 horas contra la dictadura machadista. Con posterioridad va a la Unión Soviética y en 1931 labora en la Sección Latinoamericana del Comintern. En 1933 vuelve clandestinamente a Cuba y dirige la huelga nacional que provocó la caída de Machado. Prepara las bases del Cuarto Congreso Obrero de Unidad Sindical celebrado en enero de 1934. Muere el 16 de enero en La Habana.

Marx, Carlos (1818-1883). Nació en Prusia. Se trasladó a Bonn para hacerse profesor y se asoció a los hegelianos de izquierda, colaborando con la Gaceta del Rin. En 1844, conoce a Engels en París, iniciándose una gran amistad. En 1847 se afilia a la Liga de los Comunistas, redactando ambos El Manifiesto Comunista y con su ayuda pudo también llevar a término El Capital. El 28 de septiembre de 1864, se funda en Londres la I Internacional que fue la Asociación Internacional de los Trabajadores. Marx, organizador y alma de esta organización, redacta su primer manifiesto con el propósito de unificar al movimiento obrero de diferentes países. Víctima de una enfermedad, falleció el 5 de mayo en Londres.

Masó y Márquez, Bartolomé (1830-1907). Nació el 21 de diciembre en Manzanillo, antigua provincia de Oriente. Cursó estudios en Bayamo. Está junto a Céspedes en La Demajagua, el 10 de Octubre de 1868. Participó en la acción de Yara, en la Toma de Bayamo y otros combates. Estuvo junto a Maceo entre los que no aceptaron el Pacto del Zanjón. Fue un hombre de Baraguá. Es considerado como un irreductible mambí. El 24 de febrero de 1895, el Mayor General Bartolomé Masó proclamó la independencia de Bayate. El 18 de mayo del mismo año se abraza con Martí en Dos Ríos. Lo eligen Vicepresidente de la República en Armas en la Asamblea de Jimaguayú y fue el último Presidente de la República en Armas, cargo que obtuvo en

la Constituyente de La Yaya, el 30 de Octubre de 1897. Muere el 14 de junio, cuando la Isla estaba nuevamente ocupada por la 2da intervención norteamericana, sin ver a su Patria independiente. Fue el presidente vetado por los Estados Unidos.

Mayor, Zaragoza Federico (1934). Nació en Barcelona el 27 de enero. En el año 1956 se gradúa de la Licenciatura en Farmacia, en la Universidad Complutense de Madrid. En 1958 obtiene el Doctorado en la misma Universidad. Entre otras responsabilidades, ha ocupado la de Director Adjunto de la UNESCO y la del Director de la UNESCO. Ha sido galardonado con el Premio Nobel de la Paz.

Mella, Julio Antonio (1903-1929). Fundador del Primer Partido Comunista de Cuba. En la Universidad de La Habana se destaca como líder estudiantil. Fue el alma de la reforma universitaria en 1923 y el Presidente del Primer Congreso Nacional de Estudiantes. Ese mismo año funda la Universidad Popular "José Martí". Un año después la Liga Anticlerical y, en 1925, la Sección Cubana de la Liga Antimperialista de las Américas. En 1924, ingresa en la Agrupación Comunista de La Habana y desde ella se vincula al movimiento obrero. En 1925, se encuentra entre los primeros fundadores del Primer Partido Marxista-Leninista cubano, en unión de Carlos Baliño. En 1926, lo expulsan de la Universidad por sus actividades revolucionarias. Posteriormente realiza la huelga de hambre; después, y a causa de la persecución machadista, se exilia en México donde desarrolla una amplia labor periodística y a favor de los trabajadores. En ese país funda la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos (ANERC) En 1927, después de asistir al Congreso contra la Opresión Colonial en Bruselas, Bélgica, visita la Unión Soviética, como delegado al IV Congreso de la Internacional Sindical Roja. El 10 de enero de 1929 es asesinado en México por la tiranía de Gerardo Machado. Sus últimas palabras fueron: "Muero por la Revolución."

Mendive, Rafael María de (1821-1886). Nació en La Habana. Se hizo abogado. Fue también excelente educador. En plena actividad educacional lo sorprendió la guerra de 1868. Lo encerraron en el Castillo del Príncipe y lo confinaron a 4 años en España. Fue maestro de José Martí y un magnífico patriota. Martí dijo de él: "De su vida no he de hablar, porque sabe poco de Cuba quien no sabe cómo peleó él por ella en su juventud..."

Ménem, Carlos Saúl. (1931). Nació en Argentina. Fue autor de un Plan Justicialista. Estuvo encarcelado durante la dictadura militar. Asumió la presidencia en 1989 y fue reelegido en 1995. Es, en el plano económico, ultraliberal.

Mengistu Haile Marian (1937). Nació el 26 de mayo. Político etíope. Fue presidente de Etiopía de 1977 a 1991.

Mercado, Manuel. (1832-1909). Nació en Michoacán, México, el 28 de enero. Fallece en México a la edad de 77 años, el 18 de junio, Hijo de Manuel y Rafaela de la Paz. Tuvo dos hermanos Jacobo y Aristeo. Se titula de abogado en 1861. Ocupó cargos relevantes, en el gobierno. Fue amigo y hermano de José Martí, cuya relación entrañable se puede encontrar en la carta inconclusa que le envió, un día antes de caer en combate, con fecha 18 de abril de 1895.

Moncada, Guillermo (Guillermón) (1838-1895). Nació en Santiago de Cuba. Procedente de humilde familia, participó durante toda la Guerra de Los Diez Años. Alcanzó el grado de Brigadier y volvió a levantar bandera en la Guerra Chiquita. Fue hecho prisionero y deportado a España. No pudo tomar parte en la contienda del 95 porque la muerte lo sorprendió.

Morazán, Francisco (1792-1842). general político hondureño, nació en Tegucigalpa, paladín del federalismo en Centroamérica, fue jefe del Estado de Honduras de 1827 a 1828, y en 1829 invadió Guatemala, presidió la Federación Centroamericana de 1830 a 1840 y ejerció el Poder en El Salvador de 1839-1840. Su política liberal provocó el levantamiento de Carrera, que le derrotó. Llamado a Costa Rica por sus partidarios, fue jefe de dicho estado en 1842, pero la política autoritaria que emprendió le hizo impopular. Murió fusilado en San José.

Morelos y Pavón, José María (Tecló) (1765-1815). Héroe de la Independencia Mexicana. Clérigo. Al sublevarse Miguel Hidalgo contra la dominación española en 1810 se puso al lado de los patriotas, ganando las batallas de Chantta, Oaxaca y otras. En la acción de Tezmalaca en noviembre de 1815 fue hecho prisionero, condenado a muerte y ejecutado el 22 de diciembre.

Neruda, Pablo (Neftalí, Ricardo Reyes) (1904-1973). Poeta chileno, nacido en Parral (Linares) Es autor de poemas de inspiración social y revolucionaria. Canta en sus versos a la América indígena. Fue Premio Nobel en 1971.

Ngo Dinh Diem. (1901- 1963). Político vietnamita.

O' Higgins, Bernardo (1776-1842). Militar y político. Prócer de la independencia chilena. Alcanzó los grados de general. En 1814 emigró a la Argentina, donde colaboró con San Martín en la organización del ejército de los Andes. Tuvo una participación destacada en las decisivas victorias de Chacabuco. En 1817 fue nombrado Director y gobernó a Chile de 1788 a 1796, inicia la organización de la República. Renuncia en 1823.

Pham Van Dong (1906-2000). Fue Primer Ministro de la República Democrática de Viet Nam. Falleció el 29 de abril.

Prío Socarrás Carlos (1903-1977). Fue primer Ministro en el gobierno de Ramón Grau San Martín (1944-1948). En 1947 ocupó el cargo de Ministro del Trabajo, desde el cual trató de dividir la Confederación de Trabajadores de Cuba, asaltar sindicatos y asesinar líderes obreros. En 1948 fue electo Presidente de la República. Su gobierno se caracterizó por el robo de caudales públicos, la agresión al movimiento obrero y la dependencia al gobierno norteamericano. El 10 de marzo de 1952, fue derrotado por el golpe militar de Fulgencio Batista. Murió en los Estados Unidos.

Reagan, Ronald. (1911-2004). Presidente de Estados Unidos de 1981 a 1989; lo que representa que el poder pasara a manos de los elementos más reaccionarios vinculados al complejo militar industrial. Los países latinoamericanos fueron objeto de injerencismo basado en "la democracia estadounidense", que encubría las diversas intervenciones en el derrocamiento de regímenes progresistas. La aprobación del Documento de Santa Fe tuvo como objetivo trazar una nueva política interamericana para los años 80.

Río Chaviano, Alberto del (1911). Nació el 4 de julio, en Sagua la Chica, Las Villas. Entre otras responsabilidades, fue jefe del Regimiento No. 1 "Maceo" y del 3er Distrito Militar, cargo del cual fue relevado el 30 de diciembre de 1958. En diciembre de 1957 había sido ascendido a general de brigada. Huyó con el tirano Batista en la madrugada del 1ro. de enero de 1959.

Rodríguez, Simón (1771-1854). Pedagogo venezolano, maestro de Simón Bolívar a quien acompañó en algunos de sus viajes por Europa.

Roosevelt, Teodoro (1858-1919). Político y militar norteamericano. Miembro del Partido Republicano. Cuando la guerra hispano-norteamericana, era subsecretario de Marina e intervino en Cuba al frente de un cuerpo de los "rough riders". Gobernador del estado de Nueva York de 1899 a 1900. Presidente de 1901 a 1909. Máximo exponente de la política del "gran garrote", utilizada contra los países latinoamericanos.

San Martín, José de (1778-1850). Uno de los grandes próceres de la independencia americana. Nacido en territorio del Virreinato del Río de La Plata, luchó durante 12 años por la independencia de Argentina, Chile y Perú, pues al igual que Bolívar y Sucre, tenía una concepción continental de la lucha emancipadora. Se le conoce con el nombre de Gran Capitán de los Andes.

Sandino, Augusto César (1895-1934). Héroe Nacional de Nicaragua, padre de la Revolución Sandinista. Nació en el pequeño pueblo de Niquinohomo, departamento de Masaya. De origen humilde, fue campesino, obrero manual, empleado y minero. Fundador del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua que expulsó a las tropas intervencionistas yanquis del país. El 21 de febrero de 1934 fue asesinado a traición, junto a varios compañeros de armas, por la Guardia Nacional, que comandaba Anastasio Tacho Somoza.

Somoza García, Anastasio (1896-1956). Dictador nicaragüense, fundador de la dinastía que gobernó durante 45 años. En 1934, como jefe de la Guardia Nacional, planeó el asesinato de Sandino y estableció una dictadura con el apoyo de Estados Unidos. De 1937 a 1947 y desde 1951 hasta su ajusticiamiento en 1956, ocupó la presidencia de la República. Acumuló una gran fortuna, el 50% de las tierras le pertenecían.

Sucre, Antonio José de (1795-1830). Político y estadista, uno de los grandes próceres de la independencia americana. Nacido en Venezuela, tan pronto se inició en 1810 la lucha independentista, se incorporó a ella y llegó a ser lugarteniente de Bolívar. Al igual que este, luchó también por la emancipación de las otras colonias españolas. Vencedor en Ayacucho —victoria que puso fin definitivamente a la dominación española en el continente—, el Congreso de Perú le concedió el título de Gran General de Ayacucho. Presidente de la República de Bolivia de 1826-1828.

Tran Buu Kiem (1921). Se graduó de Derecho en la Universidad de Hanoi durante la dominación francesa en Indochina. De 1942 a 1944 participó en el movimiento juvenil y estudiantil patriótico contra los colonialistas franceses y los fascistas japoneses. Militó de 1944 a 1945 en la Asociación General de Estudiantes de Indochina y fue uno de los fundadores del Partido Democrático de Viet Nam.

Se distinguió en la lucha contra los agresores yanquis: fue uno de los fundadores y vicesecretario del Partido Democrático de Viet Nam del Sur, que era miembro del Frente Nacional de Liberación de Viet Nam del Sur. Desde la fundación del Frente en Diciembre de 1960 fue elegido miembro del Presídium del Comité Central y Jefe de su Comisión de Relaciones Exteriores. Fue designado ministro-presidente del Gobierno Provisional Revolucionario de Viet Nam del Sur de 1975 a 1976.

Washington, Jorge (1732-1799). Prócer de la independencia de los Estados Unidos. En 1775 fue nombrado por el Congreso de Filadelfia, General en Jefe de las tropas norteamericanas en la lucha contra la dominación inglesa hasta el logro de la independencia en 1781. Presidente de la Asamblea Constituyente (1787) Elegido Presidente de la República en 1789 y reelecto en 1793. Cargo que no aceptó. Volvió a la vida política en 1798.

ANEXOS

¡27 de noviembre!

“El 27 de noviembre de 1871 fueron fusilados en La Habana, Anacleto Bermúdez y González, Alonso Álvarez de la Campa, Pascual Rodríguez y Pérez, Carlos Augusto de Latorre, Angel Laborde, Carlos Verdugo, Eladio González y Toledo, y José de Marcos y Medina, del Primer curso de Medicina”.

No graba cincel alguno como la muerte los dolores en el alma:—no olvida nunca el espíritu oprimido el día tremendo en que el cielo robó ocho hijos a la tierra, y un pueblo lloró sobre la tumba de ocho mártires.

Nadie se ha despedido con más grandeza que ellos de la vida.

Nosotros nos enorgullecemos con su energía inmortal; nosotros adoramos a nuestra patria en la fortaleza de sus hijos; pero hoy que hace un año que murieron para el mundo y nacieron para la gloria, lloramos con las madres que lloran en el seno de la patria la muerte de su alegría y el horror de los recuerdos que los ensangrentaron en la muerte.

Y cuando lloramos, con nosotros han de verter lágrimas de inmenso duelo los que amaron, lágrimas por la honra patria los que desde aquí se espantaron con el asesinato; lágrimas de remordimiento y de vergüenza todos aquellos que tienen una mancha de debilidad sobre la frente y una gota de su sangre sobre el corazón.

Han muerto; aunque presumimos que viven más desde que murieron. Han muerto, y fue su desaparición de entre nosotros olvido de justicia y de honor. El honor y la justicia gimen con nosotros, con nosotros inclinan la frente sobre la tierra; con nosotros lloran sobre ella, tumba inmensa y gloriosa de aquellos a quienes la maldad y la ira negó la tumba común.

Y bien hicieron en sepultarlos en la tierra sin término y sin límites; sólo ella es digna de recibir cuerpos que la energía hacía nobles, que la muerte hizo tan grandes. Los culpables han hallado en su impiedad su castigo. Así sus espíritus se esparcen por la tierra toda; así hablan con todos los mártires, así se nutren de su excelsa vida; así vagan por toda la extensión; así viven a nuestro lado; y así pesan sobre todos aquellos que vertieron su sangre o no estremecieron de dolor al verla vertida; mártires y héroes, van más pronto hacia Dios.

¿A qué recordar ahora todos los horrores de su muerte? Cuando se ha matado, cada día es de duelo, cada hora es de vapor, cada ser que vive es un remordimiento. Cuando se ha visto morir, cada recuerdo es una lágrima, y son todas las horas, horas de amor para los que murieron, horas de fe y de esperanza para los que aún luchan en la vida. Y cuando las cabezas han rodado y sonreían al rodar, al par que la sonrisa, se ha alzado la mano de los cadáveres para decirnos que no lloremos demasiado, porque hay un límite al llanto sobre las sepulturas de los muertos, y es el amor infinito a la patria y a la gloria que se jura sobre sus cuerpos, y que no teme ni se abate ni se debilita jamás; porque los cuerpos de los mártires son el altar más honroso de la honra.

Aún buscan las madres en la sombra la sonrisa de sus hijos; aún extienden los brazos para estrecharlos en su pecho; aún brotan de sus ojos raudales de amarguísimo llanto; aún se alzan tremendas ante los matadores con ese inmenso grito, juez que no se equivoca, juez aterrador, juez terrible:—¡Hijo mío!

Aún intentan despertar con llanto la vida amada de los seres que partieron; aún gimen. ¡Siempre gemirán!

¡Y en las horas calladas en que el espíritu se aleja de nosotros, tal vez los labios queridos recogen con sus besos tantas lágrimas, tal vez aquellas manos estrechan con amor sus manos, tal vez de aquellos pechos brota atmósfera de ternura y de paz!

Pero las madres son amor, no razón; son sensibilidad exquisita y dolor inconsolable, y ellos no besan ya sus frentes, y ellas no se apoyan ya en sus brazos, y

ellas no gozan ya con su alegría; ellos han trocado su vida de placeres inefables, de satisfacción encantadora, de orgullo enamorado, por una masa informe y desgarrada que sirvió de pasto a una furia asesina e infernal. ¡Oh! ¡No se sabe llorar más que hasta cuando se piensa en este horror!

Nosotros amamos cada día a nuestros hermanos que murieron; nosotros no deseamos paz a sus restos, porque ellos viven en las agitaciones excelsas de la gloria; nosotros vertemos hoy una lágrima más a su recuerdo, y nos inspiramos para llorarlos en su energía y en su valor. ¡Lloren con nosotros todos los que sientan! ¡Sufran con nosotros todos los que amen! ¡Póstrense de hinojos en la tierra, tiemblen de remordimiento, giman de pavor todos los que en aquel tremendo día ayudaron a matar!

Madrid, 27 de noviembre de 1872.

Martí Pérez, José Julián: Obras completas, tomo 1, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 83-85.

La República española ante la Revolución cubana

La gloria y el triunfo no son más que un estímulo al cumplimiento del deber. En la vida práctica de las ideas, el poder no es más que el respeto a todas las manifestaciones de la justicia, la voluntad firme ante todos los consejos de la crueldad o del orgullo.—Y cuando el acatamiento a la justicia desaparece, y el cumplimiento del deber se desconoce, infamia envuelve el triunfo y la gloria, vida insensata y odiosa vive el poder.

Hombre de buena voluntad, saludo a la República que triunfa, la saludo hoy como la maldeciré mañana cuando una República ahogue a otra República, cuando un pueblo libre al fin comprima las libertades de otro pueblo, cuando una nación que se explica que lo es, subyugue y someta a otra nación que le ha de probar que quiere serlo.—Si la libertad de la tiranía es tremenda, la tiranía de la libertad repugna, estremece, espanta.

La libertad no puede ser fecunda para los pueblos que tienen la frente manchada de sangre. La República española abre eras de felicidad para su patria: cuide de limpiar su frente de todas las manchas, que la nublan,—que no se va tranquilo ni seguro por sendas de remordimientos y opresiones, por sendas que entorpezcan la violación más sencilla, la comprensión más pequeña del deseo popular.

No ha de ser respetada voluntad que comprime otra voluntad. Sobre el sufragio libre, sobre el sufragio consciente e instruido, sobre el espíritu que anima el cuerpo sacratísimo de los derechos, sobre el verbo engendrador de libertades álzase hoy la República española. ¿Podrá imponer jamás su voluntad a quien la exprese por medio del sufragio? ¿podrá rechazar jamás la voluntad unánime de un pueblo, cuando por voluntad del pueblo, y libre y unánime voluntad se levanta?

No prejuzgo yo actos de la República española, ni entiendo yo que haya de ser la República tímida o cobarde. Pero sí le advierto que el acto está siempre propenso a la injusticia, sí le recuerdo que la injusticia es la muerte del respeto ajeno, si le aviso que ser injusto es la necesidad de ser maldito, si la conjuro a que no infame nunca la conciencia universal de la honra, que no excluye por cierto la honra patria, pero que exige que la honra patria viva dentro de la honra universal.

Engendrado por las ideas republicanas entendió el pueblo cubano que su honra andaba mal con el Gobierno que le negaba el derecho de tenerla. Y como no la tenía, y como sentía potente su necesidad, fue a buscarla en el sacrificio y el martirio, allí donde han solido ir a encontrarla los republicanos españoles. Yo apartaría con ira mis ojos de los republicanos mezquinos y suicidas que negasen a aquel pueblo vejado, agarrotado, oprimido, esquilado, vendido, el derecho de in-surrección por tantas

insurrecciones de la República española sancionado. Vendida estaba Cuba a la ambición de sus dominadores; vendida estaba a la explotación de sus tiranos. Así lo ha dicho muchas veces la República proclamada. De tiranos los ha acusado muchas veces la República triunfante. Ella me oye: ella me defienda.

La lucha ha sido para Cuba muerte de sus hijos más queridos, pérdida de su prosperidad que maldecía, porque era prosperidad esclava y deshonrada, porque el Gobierno le permitía la riqueza a trueque de la infamia, y Cuba quería su pobreza a trueque de aquella concesión maldita del Gobierno. ¡Pesadumbre profunda por los que condenen la explosión de la honra del esclavo, la voluntad enérgica de Cuba!

Pidió, rogó, gimió, esperó. ¿Cómo ha de tener derecho a condenarla quién contestó a sus ruegos con la burla, con nuevas vejaciones a su esperanza?

Hable en buen hora el soberbio de la honra mancillada,—tristes que no entienden que sólo hay honra en la satisfacción de la justicia:—defienda en buen hora el comerciante el veneno de riquezas que escapa a su deseo,—pretenda alguno en buen hora que no conviene a España la separación de las Antillas. Entiendo, al fin, que el amor de la mercancía turbe el espíritu, entiendo que la sinrazón viva en el cerebro, entiendo que el orgullo desmedido condene lo que para sí mismo realza, y busca, y adquiere; pero no entiendo que haya ceno allí donde debe haber corazón.

Bendijeron los ricos cubanos su miseria, fecundóse el campo de la lucha con sangre de los mártires, y España sabe que los vivos no se han espantado de los muertos, que la insurrección era consecuencia de una revolución, que la libertad había encontrado una patria más, que hubiera sido española si España hubiera querido, pero que era libre a pesar de la voluntad de España.

No ceden los insurrectos. Como la Península quemó a Sagunto, Cuba quemó a Bayamo; la lucha que Cuba quiso humanizar, sigue tremenda por la voluntad de España, que rechazó la humanización; cuatro años ha que sin demanda de tregua, sin señal de ceder en su empeño, piden, y la piden muriendo, como los republicanos españoles han pedido su libertad tantas veces, su independencia de la opresión, su libertad del honor. ¿Cómo ha de ser republicano honrado que se atreva a negar para un pueblo derecho que él usó para sí?

Mi patria escribe con sangre su resolución irrevocable. Sobre los cadáveres de sus hijos se alza a decir que desea firmemente su independencia. Y luchan, y mueren. Y mueren tanto los hijos de la Península como los hijos de mi patria. ¿No espantará a la República española saber que los españoles mueren por combatir a otros republicanos?

Ella ha querido que España respete su voluntad, que es la voluntad de los espíritus honrados; ella ha de respetar la voluntad cubana que quiere lo mismo que ella quiere, pero que lo quiere sola, porque sola ha estado para pedirlo, porque sola ha perdido sus hijos muy amados, porque nadie ha tenido el valor de defenderla, porque entiende a cuanto alcanza su vitalidad, porque sabe que una guerra llena de detalles espantosos ha de ser siempre lazo sangriento, porque no puede amar a los que la han tratado sin compasión, porque sobre cimientos de cadáveres recientes y de ruinas humeantes no se levantan edificios de cordialidad y de paz. No la invoquen los que la lloraron. No quieran paz sangrienta los que saben que lo ha de ser.

La República niega el derecho de conquistas. Derecho de conquista hizo a Cuba de España.

La República condena a los que oprimen. Derecho de opresión y de explotación vergonzosa y de persecución encarnizada ha usado España perpetuamente sobre Cuba.

La República no puede, pues, retener lo que fue adquirido por un derecho que ella niega, y conservando por una serie de violaciones de derecho que anatematiza.

La República se levanta en hombros del sufragio universal, de la voluntad unánime del pueblo.

Y Cuba se levanta así. Su plebiscito es su martirologio. Su sufragio es su revolución. ¿Cuándo expresa más firmemente un pueblo sus deseos que cuando se alza en armas para conseguirlos?

Y si Cuba proclama su independencia por el mismo derecho que se proclama la República, ¿cómo ha de negar la República a Cuba su derecho de ser libre, que es el mismo que ella usó para serlo? ¿Cómo ha de negarse a sí misma la República? ¿Cómo ha de disponer de la suerte de un pueblo imponiéndole su vida en la que no entra su completa y libre y evidentísima voluntad?

El presidente del Gobierno republicano ha dicho que si las Cortes Constituyentes no votaran la República, los republicanos abandonarían el poder, volverían a la oposición, acatarían la voluntad popular. ¿Cómo el que así da poder omnímodo a la voluntad de un pueblo, no ha de oír y respetar y acatar la voluntad de otro? Ante la República ha cesado ya el delito de ser cubano, aquel tremendo pecado original de mi patria amadísima de que sólo lavaba el bautismo de la degradación y de la infamia.

¡Viva Cuba española! Dijo el que había de ser Presidente de la Asamblea, y la Asamblea dijo con él.—Ellos, levantados al poder por el sufragio, niegan el derecho de sufragio al instante de haber subido al poder, maltrataron la razón y la justicia, maltrataron la gratitud los que dijeron como el señor Martos.—¡No!—En nombre de la libertad, en nombre del respeto a la voluntad ajena, en nombre de la voluntad soberana de los pueblos, en nombre del derecho, en nombre de la conciencia, en nombre de la República, ¡no!—Viva Cuba española, si ella quiere, y si ella quiere ¡viva Cuba libre!

Si Cuba ha decidido su emancipación; si ha querido siempre su emancipación para alzarse en República; si se arrojó a lograr sus derechos antes que España los lograra; si ha sabido sacrificarse por su libertad, ¿querrá la República española sujetar a la fuerza a aquella que el martirio ha erigido en República cubana?—¿Querrá la República dominar en ella contra su voluntad?

Mas dirán ahora que puesto que España da a Cuba los derechos que pedía, su insurrección no tiene ya razón de existir.—No pienso sin amargura que este pobre argumento, y en verdad que de la dureza de mis razones habrá de culpase a aquellos que las provocan. España quiere ya hacer bien a Cuba. ¿Qué derecho tiene España para ser benéfica después de haber sido tan cruel?—Y si es para recuperar su honra ¿qué derecho tiene para hacerse pagar con la libertad de un pueblo, honra que no supo tener a tiempo, beneficios que el pueblo no le pide, porque ha sabido conquistárselos ya?—¿Cómo quiere que se acepte ahora lo que tantas veces no ha sabido dar?—¿Cómo ha de consentir la revolución cubana que España conceda como dueña derechos que tanta sangre y tanto duelo ha costado a Cuba defender?—España expía ahora terriblemente sus pecados coloniales, que en tal extremo la ponen que no tiene ya derecho a remediarlos.—La ley de sus errores la condena a no aparecer bondadosa. Tendría derecho para serlo si hubiera evitado aquella inmensa, aquella innumerable serie de profundísimos males. Tendría para serlo si hubiera sido siquiera humana en la prosecución de aquella guerra que ha hecho bárbara e impía.

Y yo olvido ahora que Cuba tiene formada la firme decisión de no pertenecer a España: pienso sólo en que Cuba no puede ya pertenecerle. La sima que dividía a España y Cuba se ha llenado, por la voluntad de España, de cadáveres.—No vive sobre los cadáveres amor ni concordia;—no merece perdón el que no supo perdonar. Cuba sabe que la República no viene vestida de muerte, pero no puede olvidar tantos días de cadalso y de dolor. España ha llegado tarde; la ley del tiempo la condena.

La República conoce cómo la separa de la Isla sin ventura ancho espacio que llenan los muertos;—la República oye como yo su voz aterradora;—la República sabe que para conservar a Cuba, nuevos cadáveres se han de amontonar, sangre abundantísima se ha de verter,—sabe que para subyugar, someter, violentar la voluntad de aquel pueblo, han de morir sus mismos hijos.—¿Y consentirá que mueran para lo que, si no fuera la muerte de la legalidad, sería el suicidio de su honra?—¡Espanto si lo consiente!—¡Miseros los que se atreven a verter la sangre de los que

piden las mismas libertades que pidieron ellos! ¡Miseros los que así abjuren de su derecho a la felicidad, al honor, a la consideración de los humanos!

Y se habla de integridad del territorio.—El Océano Atlántico destruye este ridículo argumento. A los que así abusan del patriotismo del pueblo, a los que así le arrastran y le engañan, manos enemigas pudieran señalarle un punto inglés, manos severas la Florida, manos necias la vasta Lusitania.

Y no constituye la tierra eso que llaman integridad de la patria. Patria es algo más que opresión, algo más que pedazos de terrenos sin libertad y sin vida, algo más que derecho de posesión a la fuerza. Patria es comunidad de intereses, unidad de tradiciones, unidad de fines, fusión dulcísima y consoladora de amores y esperanzas.

Y no viven los cubanos como los peninsulares viven; no es la historia de los cubanos la historia de los peninsulares; lo que para España fue gloria inmarcesible, España misma ha querido que sea para ellos desgracia profundísima. De distinto comercio se alimentan, con distintos países se relacionan, con opuestas costumbres se regocijan. No hay entre ellos aspiraciones comunes ni fines idénticos, ni recuerdos amados que los unan. El espíritu cubano piensa con amargura en las tristezas que le ha traído el espíritu español; lucha vigorosamente contra la dominación de España.—Y si faltan, pues, todas las comunidades, todas las identidades que hacen la patria íntegra, se invoca un fantasma que no ha de responder, se invoca una mentira engañadora cuando se invoca la integridad de la patria.—Los pueblos no se unen sino con lazos de fraternidad y amor.

Si España no ha querido ser nunca hermana de Cuba, ¿con qué razón ha de pretender ahora que Cuba sea su hermana?—Sujetar a Cuba a la nación española sería ejercer sobre ella un derecho de conquista hoy más que nunca vejatorio y repugnante. La República no puede ejercerlo sin atraer sobre su cabeza culpable la execración de los pueblos honrados.

Muchas veces pidió Cuba a España los derechos que hoy le querrá España conceder. Y si muchas veces se negó España a otorgarlos, a otorgar los que ella tenía, ¿cómo ha de atreverse a extrañar que Cuba se niegue a su vez a aceptar como don tardío, honor que ha comprado con la sangre más generosa de sus hijos, honor que busca hoy todavía con una voluntad inquebrantable y una firmeza que nadie ha de romper?

Por distintas necesidades apremiados, dotados de opuestísimos caracteres, rodeados de distintos países, hondamente divididos por crueldades pasadas, sin razón para amar a la Península, sin voluntad alguna en Cuba para pertenecer a ella, excitado por los dolores que sobre Cuba ha acumulado España, ¿no es locura pretender que se fundan en uno dos pueblos por naturaleza, por costumbres, por necesidades, por tradiciones, por falta de amor separados, unidos sólo por recuerdos de luto y de dolor?

Dicen que la separación de Cuba sería el fraccionamiento de la patria. Fuéralo así la patria fuese esa idea egoísta y sórdida de dominación y de avaricia. Pero aún siéndolo, la conservación de Cuba para España contra su más explícita y poderosa voluntad, que siempre es poderosa la voluntad de un pueblo que lucha por su independencia, sería el fraccionamiento de la honra de la patria que invocan. Imponerse es de tiranos. Oprimir es de infames. No querrá nunca la República española ser tiránica y cobarde. No ha de sacrificar así el bien patrio a que tras tantas dificultades llega noblemente. No ha de manchar así honor que tanto le cuesta.

Si la lucha unánime y persistente de Cuba demuestra su deseo firmísimo de conseguir su emancipación; si son de amargura y de dolor los recuerdos que la unen a España; si cree que paga cara la sonoridad de la lengua española con las vidas ilustres que España le ha hecho perder, ¿querrá esta España nueva, regenerada España, que se llama República española, envolverse en la mengua de una más que toda injusta, impía, irracional opresión? Tal error sería éste, que espero que no obrará jamás obra tan llena de miseria.

Y en Cuba hay 400,000 negros esclavos, para los que, antes que España, decretaron los revolucionarios libertad,—y hay negros bozales de 10 años, y niños de 11, y ancianos venerables de 80, y negros idiotas de 100 en los presidios políticos del Gobierno,—y son azotados por las calles, y mutilados por los golpes, y viven muriendo así. Y en Cuba fusilan a los sospechosos, y a los comisionados del Gobierno, y a las mujeres, y las violan, y las arrastran, y sufren muerte instantánea los que pelean por la patria, y muerte lenta y sombría aquellos cuya muerte instantánea no se ha podido disculpar. Y hay jefes sentenciados a presidio por cebarse en cadáveres de insurrectos,—y los ha habido indultados por presentar en la mesa partes de un cuerpo de insurrectos mutilado,—y tantos horrores hay que yo no los quiero recordar a la República, ni quiero decirle que los estorbe,—que son tales y tan tremendos, que indicarle que los ha de corregir es atentar a su honor.

Pero esto demuestra cómo es ya imposible la unión de Cuba a España, si ha de ser unión fructífera, leal y cariñosa;—cómo es necesaria resolución justa y patriótica;—que sólo obrando con razón perfecta se decide la suerte de los pueblos, y sólo obedeciendo estrictamente a la justicia se honra a la patria, desfigurada por los soberbios, envilecida por los ambiciosos, menguada por los necios, y por sus hechos en Cuba tan poco merecedora de fortuna.

Cuba reclama la independencia a que tiene derecho por la vida propia que sabe que posee, por la enérgica constancia de sus hijos, por la riqueza de su territorio, por la natural independencia de éste, y, más que por todo, y esta razón está sobre todas las razones, porque así es la voluntad firme y unánime del pueblo cubano.

Si la conservación de Cuba para España ha de ser, y no podrá conservarse sino siéndolo, olvido de la razón, violaciones del derecho, imposición de la voluntad, mancilla de la honra, indigno será quien quiera conservar la riqueza cubana a tanta costa; indigno será quien deje pensar a las naciones que sacrifica su honra a la riqueza.

Hoy que la virtud es sólo el cumplimiento del deber, no ya su exageración heroica, no consienta su mengua la República, sepa cimentar sobre justicia sabia y generosa su Gobierno, no rija a un pueblo contra su voluntad—ella que hace emanar de la voluntad del pueblo todos los poderes;—no luche contra sí misma, no se infame, no tema, no se plegue a exigencias de soberbia ridícula, ni de orgullo exagerado, ni de disfrazadas ambiciones; reconozca, puesto que el derecho, y la necesidad, y las República, y la alteza de la idea republicana la reconocen, la independencia de Cuba; firme así su dominación sobre esta que, no siendo más que la consecuencia legítima de sus principios, el cumplimiento estricto de la justicia, será, sin embargo, la más inmarcesible de las glorias.—Harto tiempo han oprimido a España la indecisión y los temores;—tenga, al fin, España el valor de ser gloriosa.

¿Temerá el gobierno de la República que el pueblo no respete esta levantada solución? Esto sería confesar que el pueblo español no es republicano.

¿No se atreverá a persuadir al pueblo de que esto es lo que le impone su honor verdadero? Esto significaría que prefiere el poder a la satisfacción de la conciencia

¿No pensará como pienso el Gobierno republicano? Esto querría decir que la República española ni acata la voluntad del pueblo soberano, ni ha llegado a entender el ideal de la República.

No pienso yo que cederá al temor. Pero si cediera, esta enajenación de su derecho será la señal primera de la pérdida de todos.

Si no obra como yo entiendo que debe obrar, porque no entiende como yo, esto significa que tiene en más las reminiscencias de sus errores pasados que la extensión, sublime, por lo ilimitada y por lo pura, de las nuevas ideas;—que turban aún su espíritu orgullo irracional por glorias harto dolorosas, deseo de retener cosas que no debió poseer jamás, porque nunca las supo poseer.

Y si como yo piensa, si encuentra resistencia, si la desafía, aunque no premiase su esfuerzo la victoria,—si acepta la independencia de Cuba,—porque sus hijos declaran que sólo por la fuerza pertenecerán a España, y la República no puede usar el

derecho de la fuerza para oprimir a la República,—no pierde nada, porque Cuba está ya perdida para España;—no arranca nada al territorio, porque Cuba se ha arrancado ya;—cumple en su legítima pureza el ideal republicano; decreta su vida, como si no la acepta, decretará su suicidio;—confirma sus libertades, que no han de merecer gozarlas quien niega la libertad de gobernarse a un pueblo que ha sabido ser libre;—evita el derramamiento de sangre republicana, y será, si no lo evitase, opresora y fratricida;—reconoce que pierde, y la pérdida ha tenido lugar ya, la posesión de un pueblo que no quiere pertenecer a ella, que ha demostrado que no necesita para vivir en gloria y en firmeza su protección ni su Gobierno,—y trueca, en fin, por la sanción de un derecho, trueca, evitando el derramamiento de una sangre virgen y preciosa, un territorio que ha perdido, por el respeto de los hombres, por la admiración de los pueblos, por la gloria inefable y eterna de los tiempos que vendrán.

Si el ideal republicano es el universo, si él cree que ha de vivir al fin como un solo pueblo, como una provincia de Dios, ¿qué derecho tiene la República española para arrebatarse la vida a los que van a donde ella quiere ir?—Será más que injusta, será más que cruel, será infame arrancando sangre de su cuerpo de la nacionalidad universal.—Ante el derecho del mundo ¿qué es el derecho de España?—Ante la divinidad futura ¿qué son el deseo violento de dominio, qué son derechos adquiridos por conquista y ensangrentados como nunca interrumpida, siempre santificada, opresión?

Cuba quiere ser libre.—Así lo escribe, con privaciones sin cuento, con sangre para la República preciosa, porque es sangre joven, heroica y americana.—Cobarde ha de ser quien por temor no satisfaga la necesidad de su conciencia.—Fratricida ha de ser la República que ahogue a la República.

Cuba quiere ser libre.—Y como los pueblos de la América del Sur la lograron de los gobiernos reaccionarios, y España la logró de los franceses, e Italia de Austria, y Méjico de la ambición napoleónica, y los Estados Unidos de Inglaterra, y todos los pueblos la han logrado de sus opresores, Cuba, por ley de su voluntad irrevocable, por ley de necesidad histórica, ha de lograr su independencia.

Y se dirá que la República no será ya opresora de Cuba, y yo sé que tal vez no lo será, pero Cuba ha llegado antes que España a la República.—¿Cómo ha de aceptar de quién en son de dueño se la otorga, República que ha ido a buscar al campo de los libres y los mártires?

No se infame la República española, no detenga su ideal triunfante, no asesine a sus hermanos, no vierta la sangre de sus hijos sobre sus otros hijos, no se oponga a la independencia de Cuba.—Que la República de España sería entonces República de sinrazón y de ignominia, y el Gobierno de la libertad sería esta vez Gobierno liberticida.

Martí Pérez, José Julián: Obras completas, tomo 1, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 89-98.

Al general Máximo Gómez

New York, 20 de octubre de 1884.

Señor General Máximo Gómez

New York

Distinguido General y amigo:

Salí en la mañana del sábado de la casa de Vd. con una impresión tan penosa, que he querido dejarla reposar dos días, para que la resolución que ella, unida a otras anteriores, me inspirase, no fuera resultado de una ofuscación pasajera, o excesivo celo en la defensa de cosas que no quisiera ver yo jamás atacadas,—sino obra de meditación madura:—¡qué pena me ha de tener que decir estas cosas a un hombre a quien yo creo sincero y bueno, y en quien existen cualidades notables para llegar a ser

verdaderamente grande!—Pero hay algo que está por encima de toda la simpatía personal que Vd. pueda inspirarme, y hasta de toda razón de oportunidad aparente; y es mi determinación de no contribuir en un ápice, por amor ciego a una idea en que me está yendo la vida, a traer a mi tierra a un régimen de despotismo personal, que sería más vergonzoso y funesto que el despotismo político que ahora soporta, y más grave y difícil de desarraigar, porque vendría excusado por algunas virtudes, establecido por la idea encarnada en él, y legitimado por el triunfo.

Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento; y cuando en los trabajos preparativos de una revolución más delicada y compleja que otra alguna, no se muestra el deseo sincero de conocer y conciliar todas las labores, voluntades y elementos que han de hacer posible la lucha armada, mera forma del espíritu de independencia, sino la intención, bruscamente expresada a cada paso, o mal disimulada, de hacer servir todos los recursos de fe y de guerra que levante el espíritu a los propósitos cautelosos y personales de los jefes justamente afamados que se presentan a capitanear la guerra, ¿qué garantías puede haber de que las libertades públicas, único objeto digno de lanzar un país a la lucha, sean mejor respetadas mañana? ¿Qué somos, General?, ¿los servidores heroicos y modestos de una idea que nos calienta el corazón, los amigos leales de un pueblo en desventura, o los caudillos valientes y afortunados que con el látigo en la mano y la espuela en el tacón se dispone a llevar la guerra a un pueblo, para enseñorearse después de él? ¿La fama que ganaron Vds. en una empresa, la fama de valor, lealtad y prudencia, van a perderla en otra?—Si la guerra es posible, y los nobles y legítimos prestigios que vienen de ella, es porque antes existe, trabajado con mucho dolor, el espíritu que la reclama y hace necesaria: y a ese espíritu hay que atender, y a ese espíritu hay que mostrar, en todo acto público y privado, el más profundo respeto—porque tal como es admirable el que da su vida por servir a una gran idea, es abominable el que se vale de una gran idea para servir a sus esperanzas personales de gloria o poder, aunque por ellas exponga la vida.—El dar la vida sólo constituye un derecho cuando se la da desinteresadamente.

Ya lo veo a Vd. afligido, porque entiendo que Vd. procede de buena fe en todo lo que emprende, y cree de veras, que lo que hace, como que se siente inspirado de un motivo puro, es el único modo bueno de hacer que hay en sus empresas. Pero con la mayor sinceridad se pueden cometer los más grandes errores; y es preciso que, a despecho de toda consideración de orden secundario, la verdad adusta, que no debe conocer amigos, salga al paso de todo lo que considere un peligro, y ponga en su puesto las cosas graves, antes de que lleven ya un camino tan adelantado que no tenga remedio. Domine Vd., General, esta pena, como domine yo el sábado el asombro y disgusto con que oí un importuno arranqué de Vd. y una curiosa conversación que provocó a propósito de él el General Maceo, en la que quiso,—¡locura mayor!—darme a entender que debíamos considerar la guerra de Cuba como una propiedad exclusiva de Vd., en la que nadie puede poner pensamiento ni obra sin cometer profanación, y la cual ha de dejarse, si se la ayudar, servil y ciegamente en sus manos. ¡No: no, por Dios!—¿pretender sofocar el pensamiento, aun antes de verse, como se verán Vds. mañana, al frente de un pueblo entusiasmado y agradecido, con todos los arreos de la victoria? La patria no es de nadie: y si es de alguien, será, y esto sólo en espíritu, de quien la sirva con mayor desprendimiento e inteligencia.

A una guerra, emprendida en obediencia a los mandatos del país en consulta con los representantes de sus intereses, en unión con la mayor cantidad de elementos amigos que pueda lograrse; a una guerra así, que venía yo creyendo—porque así se la pinté en una carta mía de hace tres años que tuvo de Vd. hermosa respuesta,—que era la que Vd. ahora se ofrecía a dirigir;—pero a lo que en aquella conversación se me dio a entender, a una aventura personal, emprendida hábilmente en una hora oportuna, en que los propósitos particulares de los caudillos pueden confundirse con las ideas gloriosas que los hacen posibles; a una campaña emprendida como una

empresa privada, sin mostrar más respeto al espíritu patriótico que la permite, que aquel indispensable, aunque muy sumiso a veces, que la astucia aconseja, para atraerse las personas o los elementos que puedan ser de utilidad en un sentido u otro; a una carrera de armas por más que fuese brillante y grandiosa; y haya de ser coronada por el éxito, y sea personalmente honrado el que la capitaneé;—a una campaña que no dé desde su primer acto vivo, desde sus primeros movimientos de preparación, muestras de que se la intenta como un servicio al país, y no como una invasión despótica;—a una tentativa armada que no vaya pública, declarada, sincera y únicamente movida, del propósito de poner a su remate en manos del país, agradecido de antemano a sus servidores, las libertades públicas; a una guerra de baja raíz y temibles fines, cualesquiera que sean su magnitud y condiciones de éxito—y no se me oculta que tendría hoy muchas—no prestaré yo jamás mi apoyo—valga mi apoyo lo que valga,—y yo sé que él, que viene de una decisión indomable de ser absolutamente honrado, vale por eso oro puro,—yo no se lo prestare jamás.

¿Cómo, General, emprender misiones, atraerme afectos, aprovechar los que ya tengo, convencer a hombres eminentes, deshelar voluntades, con estos miedos y dudas en el alma?—Desisto, pues, de todos los trabajos activos que había comenzado a echar sobre mis hombros.

Y no me tenga a mal, General, que le haya escrito estas razones. Lo tengo por hombre noble, y merece Vd. que se le haga pensar. Muy grande puede llegar a ser Vd.—y puede no llegar a serlo. Respetar a un pueblo que nos ama y espera de nosotros, es la mayor grandeza. Servirse de sus dolores y entusiasmos en provecho propio, sería la mayor ignominia. Es verdad, General, que desde Honduras me habían dicho que alrededor de Vd. se movían acaso intrigas, que envenenaban, sin que Vd. lo sintiese, su corazón sencillo, que se aprovechan de sus bondades, sus impresiones y sus hábitos para apartar a Vd. de cuantos hallase en su camino que le acompañasen en sus labores con cariño, y le ayudaran a librarse de los obstáculos que se fueran ofreciendo—a un engrandecimiento a quien tiene Vd. derechos naturales. Pero yo confieso que no tengo ni voluntad ni paciencia para andar husmeando intrigas ni deshaciéndolas. Yo estoy por encima de todo eso. Yo no sirvo más que al deber, y con éste seré siempre bastante poderoso.

¿Se ha acercado a Vd. alguien, General, con un afecto más caluroso que aquel con que lo apreté en mis brazos desde el primer día en que le vi? ¿Ha sentido Vd. en muchos esta fatal abundancia de corazón que me dañaría tanto en mi vida, si necesitase yo de andar ocultando mis propósitos para favorecer ambicioncillas femeniles de hoy o esperanzas de mañana?

Pues después de todo lo que he escrito, y releo cuidadosamente, y confirmo,—a Vd., lleno de méritos, creo que lo quiero:—a la guerra que en estos instantes me parece que, por error de forma acaso, está Vd. representando,—no:—

Queda estimándole y sirviéndole

JOSÉ MARTÍ.

Martí Pérez, José Julián: Obras completas, tomo 1, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 177-180.

Las expediciones y la revolución

Ni el material atrasado, ni el atareo en cosa mayor, dejan a Patria, en días en que es ilícito dormir, tiempo para reseñar en este número como hubiera querido, los acontecimientos, no todos de naturaleza pública, que acaban de sellar la organización, larga y firme, de los cubanos revolucionarios. Ni el riesgo de los habitantes de Cuba, y el sigilo indispensable en una obra revolucionaria viril, permiten, por dar miel a la vanidad, que se saque al público lo que se ha de quedar para la almohada; puesto que ya es hora de que de todo revolucionario se pueda decir lo que de uno de ellos dijo en la Habana un jefe de policía, y fue que “aquél era el único criollo que no se le había entregado por la boca”. Ni en el estado delicadísimo de comprensión en que aún andan, y en la guerra después han de andar, los elementos revolucionarios de nuestro

pueblo, sería perdonable poner ante el enemigo los modos con que vamos los vamos componiendo, ni comprometer nuestra propia obra con el alarde de un triunfo que sólo será verdadero cuando la previsión de unos cuantos sea confirmada por la continua y unánime justicia. No nos hemos de marchar, ni hemos de entorpecer nuestro progreso, con la glorificación de una victoria entre nuestros propios elementos, que supondría tras sí la mortificación de los vencidos, ni con la lisonja funesta a uno solo de nuestros factores, que crearía mañana en la República un peligro mayor que el que nos empeñamos en desarraigar. La república, sin secretos. Para todos ha de ser justa, y ha de ser con todos; pero no llegaría al triunfo, o llegaría envenenada, la república que, por apetito de auxiliares, prometiese en la sombra de la candidatura lo que no puede ni debe cumplir a la luz de la victoria. Levantarse sobre intrigas, es levantarse sobre serpientes. En revolución, los métodos han de ser callados; y los fines, públicos. A su hora, y por su propia majestad, irá enseñando el Partido Revolucionario sus conquistas. Por ellas se verá que no rehuye el cubano acaudalado trabajar por su patria con el cubano pobre; que no vuelve el español bueno y liberal a disponerse a clavar, por el delito de aspirar a crear en las antillas casa libre al padre, el pecho de sus propios hijos;—que el respeto de un pueblo extraño y poderoso, nunca obtenido por la súplica arrodillada, se consigue, amplio y apasionado, por la determinación visible de lograr la libertad, y la visible capacidad de unir y administrar los elementos suficientes para lograrla;—que los héroes que compraron sus grados en la campaña de la independencia a pura herida, saben a la vez pelear contra el enemigo como militares, y amar y mantener la república como ciudadanos.—República ha sido la Florida el mes último, donde quiera que viven los cubanos; república donde bullían los hombres enteros con sus ilusiones encendidas y sus esperanzas guardadas, con los recelos penosos de la verdad social y aquel dolor del destierro y pasión de la patria donde los recelos se descuajan y confunden:—y es lícito decir que pocos pueblos pudieran exhibir mayor cantidad de virtudes constructivas, y menor cantidad de elementos de desorden. Cuanta grandeza necesitamos, cuanta abnegación necesitamos, cuanta sagacidad necesitamos, tenemos.

Y ¿habría de reducirse toda esta obra formidable de creación, esta tarea total y meritoria de incluir en el levantamiento del país la mayor suma de componentes de él, este propósito fundamental de ligar en una revolución amplia y sincera los factores de antecendencia o hábitos opuestos que pudieran luego malograrla o estropearla, este afán de ensanchar la revolución inevitable de modo que se asegure el apoyo los que pudieran vengarse de su parcialidad con el desvío propio de los que nada esperasen de ella,—habría de reducirse esta obra ordenada y filial, que baja hasta las raíces de un pueblo para ir creciendo con él hasta las alturas, esta obra de violencia actual que se compone de manera que ahorre violencias posteriores, esta obra dispuesta, en lo posible humano, para evitar al país, de manejo complicadísimo, los azares de una aventura o el frenesí del entusiasmo,—en una mera calorada de mozos; en una barcada más, de las que carga la ceguedad o la presunción, y descargar el descrédito o el cadalso; en una racha de invasores, sin más bandera que un nombre simpático, y sin el plan cuidadoso que los patriotas verdaderos deben a un país que no tiene el derecho el derecho de perturbar hasta que no cuenten con las probabilidades de salvarlo? ¿Habría de caer el Partido que condena expediciones aisladas e insuficientes, y todo lo que no sea la obra de conjunto que necesita nuestro país heterogéneo, y a la vez decidido y reacio, en una expedición aislada e insuficiente? ¿Habría de comprometerse, por el prurito culpable de una expedición personal, la obra definitiva de la revolución? Para librar al país de lo imprevisto se fundó el Partido Revolucionario Cubano; para someter la aspiración patriótica al bien y voluntad del país, y no para ponerse, so pretexto de gloria, encima de él; para recoger, con mano justa y benigna, los hilos que deja sueltos, al azar o a la desesperación, la incapacidad melindrosa de unos y la paciencia mirífica de otros; para tenerle tesoro y política a la isla, el día en que desbandados de nuevo sus hijos, necesiten, en el destierro y en el bosque, de un tesoro que abrevie el sacrificio, y de una política comprensiva, sin

miedos ni adulaciones, que hermosee y que acelere la guerra, y contribuya a la paz de la victoria. El Partido Revolucionario Cubano se fundó y prospera, con el fuego intenso e indómito del apostolado, para allegar con orden y cariño, dentro y fuera de Cuba, todos los elementos necesarios en la guerra de independencia a que va forzosamente un país cuya necesidad urgente de vida es mayor que las condiciones falsas, inestables y vergonzosas de existencia que le crea una metrópoli floja y hostil. De los enemigos de la aventura está hecho el Partido Revolucionario Cubano; y no de aventureros. Lo que la isla mande, se hará. Y pronto. Y bien. Y se está haciendo. Pero esta curiosidad de que los vigilantes más celosos del porvenir de Cuba pudiesen ser, precisamente, los que lo comprometiesen con una intentona parcial y gloriosa; esta maldad de que los que quieren ahorrar a Cuba dolores y sangre innecesarios fueran, precisamente, los que sin consejo ni derecho ni oportunidad abriesen a la loca las fuentes de sangre; esta nimiedad de que los que conocen hombre por hombre el país cubano, y saben cuán difícil es adelantar con alguna ventaja su composición, fueran, precisamente, los que, por un renombre histórico ya que no necesitan, o por una veleidad de gloria a que no tienen derecho un cubano honrado, precipitasen el país a la descomposición de que, solos en el desconcierto político y en las varias formas de la cobardía patriótica, pretenden salvarlo; esta niñez de que los revolucionarios probados de Cuba, empeñados hoy en gran mayoría en la nueva revolución, arriesgaran su obra de conjunto,—la obra de fundar por una guerra imprescindible una república viable,—con la calaverada marcial, o la racha ambiciosa, de una expedición insuficiente y vocinglera,—sólo puede ocurrir, en verdad, a un buscapárrafos callejero de la prensa noticiosa, o a los agentes que España tiene a sueldo para levantarnos dificultades por el mundo, o a los cubanos culpables, en las cosas de la patria, de ceguera voluntaria o de candor supino.—Para la patria nos levantamos. Es un crimen levantarse sobre ella.

Martí Pérez, José Julián: Obras completas, tomo 2, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp.93-96.

El día de la patria

De paso sólo puede Patria tomar nota hoy del fervor con que, ayer en Martí City, la linda ciudad nueva de Ocala, hoy en el Cayo, han confirmado los cubanos esta institución continua y sencilla ¡suficiente, ella sola, para redimir a nuestro país! España en Cuba es un muñeco de fango; algunos se sientan a la mesa con él, y le beben el vino, y lo saludan al pasar, y lo apuntalan con el acatamiento indirecto a su soberanía: otros, que son los más, están ordenándose en silencio. ¡Es triste, el fango a la mesa, y los cubanos alrededor! De afuera, y de adentro, lo echaremos abajo. ¡A la obra, todos a la vez, y tendremos casa limpia! ¡A la obra, todos de una vez, y nos repartiremos en paz lo que hoy se llevan los pícaros, y las necesidades del despotismo que nos gobierna! ¡A la obra, una vez cada mes, y en poco tiempo estaremos arreglando nuestra propia casa!

Ayer, en Martí City, cuando llegó un viajero amigo, aunque el trabajo había sido pobre, aunque todos están pagando por semana el hogar en que viven, no hallaron mejor manera de celebrar la visita, que dedicar a la patria el día entero de trabajo. En el Cayo, pocos días hace, los escogedores de la casa de Gato, repitieron en un documento público su compromiso, el menor compromiso que puede contraer un cubano que ve a su país esclavo en esperanza y oportunidad de salvación, el de dar un día íntegro de trabajo al mes a la Patria, a la raíz única y fuerza única de la vida, y darlo alegremente.

Y ahora, en el Cayo mismo, ha celebrado el día con una fiesta espontánea y hermosa. Un Club valiente y ya histórico, promovió la fiesta—el Club Santiago de las Vegas—todo de hombres;—pero el Cayo todo fue aquella noche un club. Hasta el Norte llega el esplendor de la noche hermosa. Unos pocos se meterán en su rincón, a

maldecir de la virtud ajena, a ver que otros le preparan, con el trabajo de sus manos y la privación de su familia, la libertad de que el desvergonzado perezoso querrá ir a gozar luego. Pero éstos son pocos: ¡el cielo es azul, y los nubarrones son pocos! A vuela pluma, ya al cerrarse Patria, hay que decir la mucha hermosura de la fiesta. Trae El Yara una crónica vibrante de Francisco José Díaz. “La velada fue espléndida”: “el recinto se llenó completamente”: abrió, de presidente, el puro Salinas: habló, con la autoridad de su vida, el editor del diario de la revolución, José Dolores Poyo: María Padrón, alma ardiente de Cuba, “avasalló al auditorio”: “largo rato—del aplauso continuo—estuvo Martín Herrera en la tribuna antes de poder hablar”: Fernando Figueredo, “que ha peleado diez años por su país”, y todos los días de cada mes en los diez años ¿cómo no ha de encontrar que los cubanos que no pueden pelear den a la patria, por unos cuantos meses de su vida, un día de trabajo al mes? Y hubo teatro, de pieza limpia y bien representada: hubo versos conmovedores de una niña, de Melitina Azpeitia: hubo orquesta y alegoría, donada por el entusiasmo.

¡A la obra, todos a la vez, un día cada mes, a echar abajo el muñeco de fango!

Martí Pérez, José Julián: Obras completas, tomo 2, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 282-283.

Al general Máximo Gómez

Key West, Mayo 6 (1893)

General Máximo Gómez

La Reforma

Mi General y amigo:

Desde ayer, porque sólo un día ha pasado desde que lo ví, hace cerca de un año, sólo he vivido, con lo que me queda de cuerpo, para cumplirle lo que le ofrecí. No puede tener una idea de mi vida. No le escribiría porque Vd. me veía vivir, y nos lo habíamos dicho todo de una vez, y sólo la flor de mala tierra necesita el riesgo de todos los días, y usted sabía en que andaba yo. Yo no tengo miedo de que Vd. me juzgue mal. Vd. me conoce y me quiere. La fuerza entera he gastado en poner a nuestra gente junta, en torcerle las intrigas al gobierno español, en salirme de la red que con sus vistas y espionaje nos tiende en la casa propia, en salvar la revolución indudable de lo único que la amenaza:—de la traición de los que la sirvieron una vez, y hoy sirven al gobierno español. ¿Y me habré yo equivocado con Vd. y lo grande de su alma, y mi fe en que mi carta diaria a Vd., la carta nunca escrita que Vd. recibía, era mi vida sin sueño y sin salud, en el cumplimiento mortal de nuestro deber, desde el más alto hasta el más humilde? Vd. y su casa han vivido conmigo. Ya me verá, ahora que voy, hecho un cadáver. Pero ha sido por ponernos en condición tal que al alcanzarme, camino de los últimos preparativos, la noticia temida del alzamiento de Holguín, y abandonarlo todo para tomar las riendas alborotadas en el Cayo, he podido convertir la derrota que ya se anuncia, de los hermanos Sartorius,¹ precipitados o engañados, que debían ir en Mayo a la Reforma a verse con Vd., y conmigo, en una victoria verdadera, en un esfuerzo tan vigoroso de las emigraciones, en dinero y unión, que él nos dejaría con crédito mucho mayor que el que pudiéramos perder con la presentación, aún increíble, de los holguineros. Su amenaza continúa me ha tenido angustiado todo este año, sin poder llevar mis esfuerzos a la distancia en que hubieran dado mayor fruto. Los amigos aparentes del alzamiento aspiraron a perturbarle a Vd. el corazón, y a destruir, ¡vaya una manera de ayudar a la guerra! el plan con que la hemos estado preparando; pero caso de que, como de Cuba dicen y el raciocinio niega, se hayan presentado sin batalla y a los pocos días de alzarse los Sartorius, del entusiasmo de este suceso, y de la filosofía francamente aceptada de su fracaso posible, he sacado tal ímpetu que en verdad la equivocación de Holguín, en cuyo mal éxito no quiero creer, nos dejaría

con más unión que la que tuvimos jamás, con un entusiasmo duradero y reflexivo, y con casi todo el tesoro necesario.

Imposible me es escribirle de todo. Tres días hace que llegué, \$30,000 he levantado, en la cara derrota, en el Cayo sólo. He desviado la intriga contrarrevolucionaria, que, de parte de los revolucionarios aparentes, dos o tres acomodados o vendidos, nos preparaba el gobierno desde la Habana, he convertido en triunfo el desbandamiento de nuestro pueblo, que parecía inevitable si tras tanto esperar, y ver al fin la primera luz, caía la guerra en su primer arranque, sin ver que no era la guerra lo que caía, sino la impaciencia o imprudencia de ella; no la guerra bastante y prudente. Y ahora, obedeciendo,—si me lo querrá creer—a la obligación del momento y el cariño, corro a verlo, pasando por N. York, adonde llegaré como el 15, y de donde saldré en el primer vapor, en el que más pronto me lleve a Vd.—no le explico, pues, mi primer cablegrama por el Cayo ni el que envié por Jamaica, los explicaré en persona. Después del primero, la certidumbre del descubrimiento de los Sartorius, la incomprensible familiaridad con que se hablaba en la Habana de nuestros detalles más íntimos después del viaje seguro y repetido al Cayo y a verme de Julio Sangüily, y el trastorno causado por la publicidad e impunidad de él en la organización adelantada de la Isla, se juntaron a mi enfermedad y la agravaron, hasta el punto de que, aunque desde mi cama no he faltado a todo lo urgente, estuve un mes sin poder alzar la cabeza de la almohada. El viaje de Julio, sin resultado positivo, me desvió un mes de lo que en él pude hacer, y, por la colecta de él en el Cayo, desmoralizó a los que tenía yo criados para contribución mayor, base esperada de negocios con ellas fáciles. Por eso hube de poner a Vd. un cablegrama enterándole de la situación; y, siguiendo las cosas, y estando yo a todo, y no pudiendo llegar a Vd., lo que llega hasta mí, y estando avisado de que el gobierno astuto se vale de amigos indiscretos o inexplicables, de sacar la verdad de Vd., y de mí, insisto en que, por la salvación de lo que amamos, oiga Vd. con reserva, sea de quien sea, y vaya quien vaya, lo que de la Habana, con extrema impunidad y pretextos plausibles, pudieran ir a preguntarle. Yo estaré allá, aunque sea a rastras, para el 22 de este mes. Dejo en tanto preparado en cuanto cabe, y estudiado lo que puede ser, y voy a sus consejos y opinión, y a ver qué cree Vd. que conviene que hagamos en la situación que para entonces se mantenga. Hasta hoy, ¿cuándo con la mano cansada de tanta pequeñez, y seguro de su confianza y cariño, iba a encontrar hora de escribirle las cartas que Vd. leía día por día, en mis enfermedades, en mis caídas, en mis logros, en mis preparaciones, en mi silencio ante las tramas y desvergüenzas en que, negando el sol, querían envolverme, el nombre de Vd., con una fe que yo sé que está bien entendida y pagada. Comisiones, diarios, colectas, gente de Cuba, todo me rodea en este instante, y no puedo mover apenas la salud deshecha. Se me va el vapor. Repito mis ruegos; lo invito nuevamente a recibir con cautela, sin excepción alguna, por los peligros de la indiscreción de los nuestros, u otros peligros, cualquier mensaje curioso de la Habana; y voy a Vd., cómo si lo hubiera visto ayer, seguro de que fue ayer cuando lo vi a Vd., y anheloso de verlo otra vez en el rancho histórico para mí, y de verle la gloria de su casa. Su

JOSÉ MARTÍ

Me rodean, sin saber que le escribo, Fernando, Serafín, Rogelio, que ya quiere ir a Vd., todos los que lo quieren a Vd. tanto.²

Martí Pérez, José Julián: Obras completas, tomo 2, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 321-323.

La revolución

Ni con la lisonja, ni con la mentira, ni con el alboroto se ayuda verdaderamente a una obra justa. La virtud es callada, en los pueblos como en los hombres. Partido cacareador, partido flojo. Hasta de ser justo con quienes lo merecen debe tener miedo un partido político, no sea que la justicia parezca adulación; la verdad no anda buscando saludos, ni saludando: sólo los pícaros necesitan tinieblas y cómplices: los partidos políticos suelen halagar, melosos, a la muchedumbre de que se sustentan, a reservas de abandonarla, cobardes, cuando con su ayuda hayan subido a donde puedan emanciparse de ella. Tantos logreros le salen a la libertad, tanta alma mercenaria medra con su defensa, tanto aristo astuto enmascara con la arenga piadosa el orgullo de su corazón, que da miedo—por no parecerseles—hablar de libertad. Lo bueno es fundarla calladamente. Lo bueno es servirla, sin pensar en la propia persona. De los hombres y de sus pasiones, de los hombres y de sus virtudes, de los hombres y de sus intereses se hacen los pueblos. Los enemigos de la libertad de un pueblo, no son tanto los forasteros que lo oprimen, como la timidez y la vanidad de sus propios hijos. El oficio de los libertadores no es devorarse entre sí, y codearse unos a otros ante la muchedumbre, y mirar hosco al que les cierra el paso, y derretirlo con el fuego de los ojos, y echarlo atrás a ñadas y mordeduras, y ponerse delante, a donde todo el mundo lo vea, como la odalisca que llegó por fin a atraer las miradas del sultán: el oficio de los libertadores no es alquilar elocuencias, pagar plumas, adular a satélites, acaudillar bandos, asalar a hipócritas, encubrir espías, costear vicios, pensionar desvergüenzas: ni ir de oído cos-quilleando el patriotismo, mendigando el cumplimiento del deber, ofendiendo a los hombres con la suposición de que es preciso hurgarles o mentirles para que tengan fe en sí propios o en la patria, denunciando puerilmente la labor revolucionaria, que en la idea ha de ser pública y en la acción toda secreta—es oficio de los libertadores. Los que trabajan para sí o para su popularidad o para mantenerse siempre donde se aplauda o se vea, sin ver el daño que a su patria causen, publicaran su actividad, por no parecer inactivos; hablarán hinchadamente, porque no se les tache de moderados; vocearán a todos los vientos lo que hacen, para que se les premie y se les vitoree, aunque cada palmada que salude su imprudencia sea la señal para la prisión de un hombre bueno o la muerte de un héroe futuro en el patíbulo. Los que no trabajan para sí, sino para la patria; los que no aman la popularidad, sino al pueblo; los que no aman la misma vida, sino por el bien que pueden hacer en ella, éstos, mano a mano con todos los hombres honrados, con los que no necesitan lisonja ni carteo, con los que no sacan de la vanidad su patriotismo sino de la virtud, llevan adelante, aunque de las gotas de su corazón vayan regando el amargo camino, la obra de ligar los elementos dispersos y hostiles que son indispensables a la explosión de la libertad y a su triunfo,—de exaltar las virtudes de manera que puedan más que las tentaciones y máculas de los virtuosos,—de pasar por entre las vanidades erguidas de modo que la hermandad y mansedumbre, y voluntaria humillación, triunfen sobre el susto de los ambiciosos o el rencor de los altivos,—de atraer los factores todos de la patria a la campaña de su redención final, a fin de entrar en ésta con todos, y no con unos contra otros, de juntar en invencible cohorte a los que defienden sin miedo la justicia entera y a los que padecen de una u otra de la tiranía:—lo cual requiere más silencio que lengua; lo cual se hace mejor mientras más se lo calla; lo cual es más útil que una política personal y aparatosa, aunque adule menos y corrompa, aunque brille menos.

Mientras se está elaborando una revolución, mientras se le apartan los obstáculos que el enemigo pone en su camino y se acomodan y funden los factores varios y resbaladizos con que se le ha de acometer, mientras cunde por un país minado de espionaje sutil el conocimiento de la fuerza y desinterés de la obra redentora, mientras se aprieta y remata la obra interrumpida a cada paso por las astucias del enemigo y nuestros miedos y vanidades que lo iluminan y asesoran, la tarea de la revolución adelanta en forzoso silencio. Sólo al gobierno de España interesa quebrantar este gobierno: al gobierno, y a aquellas almas pálidas y venenosas a quienes paga para excitar a la Revolución, a la denuncia y la imprudencia. Pero si la firmeza de la labor

revolucionaria obliga a esta continua discreción,—si el aseo moral impide descender por callejas y corrillos a la triste faena de clavar contra la pared a los policías de ojo maligno y verdoso que fungen, de buenas a primeras, de patriotas íntimos o exaltados,—si la certidumbre de tener mañana por fin de compañeros a los cubanos lentos, tímidos o arrogantes de hoy, impone el deber de callar sus faltas, o censurarlas impersonalmente, por ser el rencor y la acritud dotes pueriles de los caracteres secundarios y triste cemento para la fundación de un país,—si pierde el escritor o el orador las oportunidades lucientes de hoy, para no perturbar con la amargura y cólera de ellas la plenitud y concordia de mañana,—si manda el verdadero honor servir a nuestro pueblo con el oscurecimiento y silencio voluntarios, en vez de sacar provecho y pompa de los errores de sus hijos,—la guerra cercana, la revolución cercana, no pierde por eso claridad ni energía. Cuanto sucede la confirma. Los sucesos son suficiente comentario. La proclama más elocuente es una ojeada por la situación de Cuba. Proclama viva y profecía de fe son las noticias que en este instante se aglomeran sobre la mesa de redacción de Patria. De un ministro de España, y de un plan de reformas encaminado en la realidad a descuajar la unidad cubana en la Isla, dependía la esperanza fútil de los cubanos ciegos, y en verdad muy escasos, que prestaban la mano con lamentable complacencia, o a sabiendas tal vez, al proyecto de deshacer, so capa de reformas, la individualidad criolla que la guerra amansó, que existió siempre antes de la guerra, y que nunca—y éste es baldón grande—se ha visto tan amenazada como después de la guerra por los criollos, por cierta especie dañina de criollos arrogantes: de un ministro transitorio y de su plan insuficiente y fraudulento se levantaban razones para estorbar la ordenación final del país y sujetar nuestra Cuba sazónada y delantera al pueblo europeo más teocrático y perezoso: y de un cambio de asientos queda el sillón vacío, y Becerra está hoy donde estaba ayer Maura. No es de nuestra piedad natural el saciarnos en la flaqueza congénita de los que, con cara para todos los bofetones, encontrarán acaso en esta mudanza de sillón causa para nuevos deliquios y resplandecientes promesas. Cuba no puede satisfacerse ni vivir en paz hasta que su gobierno sea en realidad de los cubanos: que es lo que con su población sobrancera, su política advenediza y su natural despotismo no podrá jamás España permitir. Puede un ministro algo, cuando está con el espíritu de su nación y el pensamiento y costumbres políticas de su época: y nada, cuando está contra ellos. Más que Becerra fue siempre Martos; y de él, el español de fibra gubernamental que ha estado más cerca de la justicia en las colonias, es la frase decisiva y terrible, la frase que dijo, acostado a las once del día al que esto escribe en Patria:—“O ustedes o nosotros”. Becerra y Ballesteros, todo es lo mismo. Era una vez un Ballesteros, ministro de Ultramar. Como le hablase un magistrado distinguido, que contó el cuento a Patria, de algo que tenía que hacer con Manzanillo, se inclinó el señor ministro sobre el mapa de Cuba, extendió sobre la mesa de despacho, y comenzó a tantear por la costa Norte.—“Me parece recordar que está en la costa Sur”, decía el magistrado: “creo seguro está en la costa Sur”. Y vagaba por el mapa el dedo ministerial, siempre por la costa Norte.—Como limosna nos daría tal vez, y a cuartos, como sus limosnas, la libertad el gobierno español, aunque nunca tanta que desalojase del territorio de España a españoles, por beneficiar a los que la quieren echar, con su último harapo histórico, del continente: pero no es ésa la libertad que urgentemente necesita un pueblo cuya ciudades se caen de polvo y vicio, cuyos campos sacrificados se ciegan o emigran, sin confianza sin sustento, sin puertos, sin caminos, sin seguridad, sin honra.

¿Qué mucho que otro periódico que está sobre nuestra mesa, un periódico francés, advierta en la Isla toda, por los ojos de un corresponsal que no sabe de nuestra historia, ni de las heces que deja hirviendo una colonia de esclavitud, el deseo total y vehemente de la independencia de España? Jules Clave, el escritor de *Le Monde Illustré*, sólo nota en Cuba un obstáculo a la satisfacción del unánime deseo, y en lo que dice se conoce que, más que con los cubanos generosos, habló con españoles de codicia y remordimientos. El obstácu-lo le parece ser el miedo de los españoles a ser

maltratados por los cubanos después de la revolución. De entre los españoles mismos habrá visto a los que por su abuso y nulidad temen perder la indebida prominencia que les permite hoy a la tiranía política, no a los que han echado en la tierra la raíz del trabajo y de los hijos. ¿Haremos los cubanos una revolución por el derecho, por la persona del hombre y su derecho total, que es lo único que justifica el sacrificio a que se convida a todo el pueblo, y negaremos, al día siguiente del triunfo, los derechos por que hemos batallado? Los goces ilegítimos si se irán: el juez venal, el empleado ladrón, el periodista de alquiler, el que a favor del soborno priva de pan y sosiego al criollo, el que fomenta el vicio por la cuota que percibe de él, el español de Lavapiés y cafetín, que nos tiene hecha una náusea la ciudad. Ese, tema. Ni tiene que temer: se le acabará el oficio, y se irá solo. Se irá el arriero, y detrás el arria.—Pero nuestros padres, los que han sudado y sangrado con la tierra, los que no le ven a su hijo cubano más vía de fortuna que la herencia corruptora o la sumisión al deshonor, los que aman en sus hijos con esa cabezada romántica del español castizo, la potencia de rebelión que desde su aldea infeliz y la quinta despótica y el arranque sangriento a las Américas ardió en su propia alma, los españoles llanos, los españoles buenos, los españoles trabajadores, los españoles rebeldes, éstos no tendrán nada que temer de sus hijos, no tendrán nada que temer de un pueblo que no se lanza a la guerra para la satisfacción de un odio que no siente, sino para el desestanco de su persona y para la conquista de la justicia.—Mucho menos tendrán los españoles que temer de los cubanos piadosos que de los norteamericanos arrolladores y rapaces, de los norteamericanos a quienes echan sobre la presa fácil de los pueblos débiles, la codicia y la mala distribución de la riqueza, que vienen de su reparto desigual en la tierra propia. Lo que del Norte tienen los españoles que esperar, y los cubanos unidos; los que deben fiar, para resolver los problemas de la libertad ajena, en quien no sabe resolver los propios; lo que deben, cubanos y españoles temer—con sus elementos de libertad impaciente—de un pueblo que con las mejores semillas de la libertad, tras cuatro siglos de república práctica en un continente virgen, ha caído en los problemas todos de las sociedades feudales y en los vicios todos de la monarquía—,no lo digamos cubanos, porque se tendría a pasión: dígalo Stead, liberal humanitario y fundador, inglés abierto, crítico agudo, cruzado moderno, hombre de hombres: “Más fácil es—acaba de decir Stead—convertirse al republicanismo en Rusia que en los Estados Unidos. Nada en América sorprende tanto a un inglés como la desconfianza radical en la capacidad del pueblo. Se echa uno atrás, simplemente, al llegar de Inglaterra a los Estados Unidos. No he visto tierra de menos democracia desde que salí de Rusia”. No: con todo el fervor posible y natural de la república en Cuba, el español bueno y útil tendrá menos que temer de la pasión de sus hijos que de la codicia y desdén de los norteamericanos.

Del bandidaje que sube, y es en Cuba, más que el robo y la muerte, expresión de la penuria y desafío del país; de la miseria en que perecen los soldados mismos que mantiene el gobierno para defenderse; del aislamiento y censura que castigan a los cubanos que mudan su fama fácil de rebeldes por el servicio directo o indirecto del gobierno corruptor; de la alarma creciente en los cobardes, que es síntoma seguro de los aprestos del gobierno y del empuje revolucionario,—hablan, por mil hechos menores, los diarios de Cuba. ni para la guardia civil hay paga ya. Los cubanos, que pudieran negarse a cargar el arma por la libertad, tienen que cargarla, al fin y al cabo, para defender su hacienda. El gobierno, al ver que ya no hay en el automismo poder para congregar a los cubanos, y tenerlos vendados y entretenidos, ve como salvadora la idea, por criollos servirles aconsejada, de fomentar el noble anhelo público de los cubanos de la Isla por la emancipación, de excitar—como red a la vez que moratoria— a la creación del partido independiente en la Isla, a fin de ver si con la independencia pacífica de adentro se quita médula a la independencia armada de la emigración, y si azuza celos miserables, que no tendrán jamás cabida, ni adentro ni afuera, en el corazón cubano. Los cegaré la grandeza criolla. Viles tenemos, pero más grandes que viles. Habrá un humilde para cada soberbio: seremos ala de aquella otra ala. Y con

dos alas, volaremos mejor. No somos hombres aquí: somos amigos del hombre. No somos pasiones aquí: somos pabito que se consume para que nuestro pueblo luzca: alfombra somos, para que pise nuestro pueblo. Crece nuestra vigilancia. Crece la Revolución.

El tercer año del Partido Revolucionario Cubano

El alma de la revolución, y el deber de Cuba en América

Por el voto individual y directo de todos sus miembros entra, con sus funcionarios electos, en su tercer año de labor la empresa, americana por su alcance y espíritu, de fomentar con orden y auxiliar con todos sus elementos reales—por formas que con el desembarazo de la energía ejecutiva combinan la plenitud de la libertad individual la revolución de Cuba y Puerto Rico para su independencia absoluta. Bello es, en el desorden consiguiente a una larga e infortunada emigración, ver unirse en una obra voluntaria y disciplinada de pensamiento activo a los hombres, de todas condiciones y grados de fortuna, de la guerra y del destierro, de los países lejanos y del Norte triunfante sobre la desidia y desaliento que le vienen de continuo trato con la infelicidad de Cuba: y todos, de Jamaica a Chicago, reiterar a su patria, con su confirmación libre del partido de la independencia, la promesa de preparar por ella en el destierro la redención que ella no puede preparar en el miedo, el desmayo y la pasión de su esclavitud. Bello es ver confundirse en el ejercicio de un santo derecho a los elementos diversos de un pueblo del que sus propios hijos, por ignorancia o soberbia, a veces injustamente desconfían; y levantar, ante los corazones caídos, esta prueba de la eficacia del trabajo constante y del trato justiciero en las almas que deja inseguras y torvas la parricida tiranía. Pero sería complacencia vana la de ese espectáculo indudablemente hermoso, y funesta fatiga la de ordenar un entusiasmo ciego y temible, si no fuesen raíz y poder del organismo revolucionario el conocimiento sereno de la realidad de la patria, en cuanto tiene de vicio y de virtud, y la disposición sensata a acomodar las formas del pueblo naciente a los estados graduales, y la verdad actual y local, de la libertad que trabaja y triunfa. Bella es la acción unida del Partido Revolucionario Cubano, por la dignidad, jamás lastimada con intrigas ni lisonjas ni súplicas, de los miembros que lo componen y las autoridades que se han dado,—por la equidad de sus propósitos confesos, que no ven la dicha del país en el predominio de una clase sobre otra en un país nuevo, sin el veneno y rebajamiento voluntario que va en la idea de clases, sino en el pleno goce individual de los derechos legítimos del hombre, que sólo pueden mermarse con las desidia o exceso de los que los ejerciten, —y por la oportunidad, ya a punto de perderse, con que las Antillas esclavas acuden a ocupar su puesto de nación en el mundo americano, antes de que el desarrollo desproporcionado de la sección más poderosa de América convierta en teatro de la codicia universal las tierras que pueden ser aún el jardín de sus moradores, y como el fiel del mundo.

A su pueblo se ha de ajustar todo partido público, y no es la política más, o no ha de ser, que el arte de guiar, con sacrificio propio, los factores diversos u opuestos de un país de modo que, sin indebido favor a la impaciencia de los unos ni negación culpable de la necesidad del orden en las sociedades—sólo seguro con la abundancia del derecho—vivan sin choque, y en libertad de aspirar o de resistir, en la paz continua del derecho reconocido, los elementos varios que en la patria tienen título igual a la representación y la felicidad. Un pueblo no es la voluntad de un hombre solo, por pura que ella sea, ni el empeño pueril de realizar en una agrupación humana el ideal

candoroso de un espíritu celeste, ciego graduado de la universidad bamboleante de las nubes. De odio y de amor, y de más odio que amor, están hechos los pueblos; sólo que el amor, como sol que es, todo lo abrasa y funde; y lo que por siglos enteros van la codicia y el privilegio acumulado, de una sacudida lo echa abajo, con su séquito natural de almas oprimidas, la indignación de un alma piadosa. Con esas dos fuerzas: el amor expansivo y el odio represor—cuyas formas públicas son el interés y el privilegio—se van edificando las nacionalidades. La piedad hacia los infortunados, hacia los ignorantes y desposeídos, no puede ir tan lejos que encabece o fomente sus errores. El reconocimiento de las fuerzas sordas y malignas de la sociedad, que con el nombre de orden encubren la rabia de ver erguirse a los que ayer tuvieron a sus pies, no puede ir hasta juntar manos con la soberbia, para provocar la ira segura de la libertad poderosa. Un pueblo es composición de muchas voluntades, viles o puras, francas o torvas, impedidas por la timidez o precipitadas por la ignorancia. Hay que deponer mucho, de atar mucho, de sacrificar mucho, que apearse de la fantasía, que echar pie a tierra con la patria revuelta, alzando por el cuello a los pecadores, vista el pecado paño o rusia: hay que sacar de lo profundo las virtudes, sin caer en el error de desconocerlas porque vengan en ropaje humilde, ni de negarlas porque se acompañen de la riqueza y la cultura. El peligro de nuestra sociedad estaría en conceder demasiado el empedernido espíritu colonial, que quedará hoceando en las raíces mismas de la república, como si el gobierno de la patria fuese propiedad natural de los que menos sacrifican por servirla, y más cerca están de ofrecerla al extranjero, de comprometer con la entrega de Cuba a un interés hostil y desdeñoso, la independencia de las naciones americanas:—y otro peligro social pudiera haber en Cuba: adular, cobarde, los rencores y confusiones que en las almas heridas o menesterosas deja la colonia arrogante tras sí, y levantar un poder infame sobre el odio o desprecio de la sociedad democrática naciente a los que, en uso de su sagrada libertad, la desamen o se le opongan. A quien merme un derecho, córtesele la mano, bien sea el soberbio quien se lo merme al inculto, bien sea el inculto, quien se lo merme al soberbio. Pero esa labor será en Cuba menos peligrosa, por la fusión de los factores adversos del país en la guerra saneadora: por la dignidad que en las amistades de la muerte adquirió el liberto ante su señor de ayer; por la peculiar levadura social que, aparte de la obra natural del país, llevarán a la república las masas de campesinos y esclavos emigrados, que, a mano con doctores y ricos de otros días y próceres de la revolución, han vivido, tras veinticinco años de trabajar y de leer, y de hablar y oír hablar, como en ejercicio continuo y conscientes de la capacidad del hombre en la república. Y mientras una porción reacia e ineficaz, la porción menos eficaz, del señorío cubano antiguo, se acorrala, injusta y repulsiva, contra este pueblo nuevo de cultura y virtud, de mentes libres y creadoras, otra porción del señorío cubano, mucho más poderosa que aquella, ha vivido dentro de la masa revuelta, ha conocido y guiado su capacidad, ha trabajado a mano a mano con ella, se ha hecho amar de la masa, y es amado: ¡y hoy rodaría por tierra, mente a mente, mucho menguado leguleyo que le negase la palabra superior a mucho hijo de esta alma-madre del trabajo y la naturaleza! En Cuba no hay duelo entre un señorío desdentado y napolitano y el país, de suyo tan moderado como desigual, en que, con la pura esperanza de la libertad suficiente, se reúnen por el respeto del esfuerzo común, los hombres del campo y de la esclavitud y del oficio pobre, conscientes ya de sus derechos y del riesgo de exagerarlos, con todo lo que hay de útil y viril, de fundador y de piadoso, en el antiguo señorío cubano. Del alma cubana arranca, decisivo, el deseo puro de entrar en una vida justa, y de trabajo útil, sobre la tierra saneada con sus muertos, amparadas por las sombras de sus héroes, regada con los caudales de su llanto. La esperanza de una vida cordial y decorosa anima hoy por igual a los prudentes del señorío de ayer, que ven peligro en el privilegio inmerecido de los hombres nulos,—y a los cubanos de humilde estirpe, que en la creación de sí propios se han descubierto una invencible nobleza. Nada espera el pueblo cubano de la revolución que la revolución no pueda darle. Si desde la sombra entrase en ligas, con

los humildes o con los soberbios, sería criminal la revolución, e indigna de que muriésemos por ella. Franca y posible, la revolución tiene hoy la fuerza de todos los hombres previsores, del señorío útil y de la masa cultivada, de generales y abogados, de tabaqueros y guajiros, de médicos y comerciantes, de amos y de libertos. Triunfará con esa alma, y perecerá sin ella. Esa esperanza, justa y serena, es el alma de la revolución. Con equidad para todos los derechos, con piedad para todas las ofensas, con vigilancia contra todas las zapas, con fidelidad al alma rebelde y esperanzada que la inspira, la revolución no tiene enemigos, porque España no tiene más poder que el que le dan, con la duda que quieren llevar a los espíritus, con la adulación ofensiva e insolente a las preocupaciones que suponen o halagan en nuestros hombres de desinterés y grandeza, los que, so capa de amar la independencia de su país, aborrecen a cuantos la intentan, y procuran, para cuando no la puedan evitar, ponerse de cabeza, dañina y estéril, de los sacrificios que ni respetan ni comparten. Para andar por un terreno, lo primero es conocerlo. Conocemos el terreno en que andamos. Nos sacarán a salvo por él la lealtad a la patria que en nosotros ha puesto su esperanza de libertad y de orden,—y la indulgencia vigilante, para los que han demostrado ser incapaces de dar a la rebelión de su patria energía y orden. Sea nuestro lema: libertad sin ira.

Nulo sería, además, el espectáculo de nuestra unión, la junta de voluntades libres del Partido Revolucionario Cubano, si, aunque entendiese los problemas internos del país, y lo llagado de él y el modo con que se le cura, no se diera cuenta de la misión, aún mayor, a que lo obliga la época en que nace y su posición en el crucero universal. Cuba y Puerto Rico entrarán a la libertad con composición muy diferente y en época muy distinta, y con responsabilidades mucho mayores que los demás pueblos hispanoamericanos. Es necesario tener el valor de la grandeza: y estar a sus deberes. De frailes que le niegan a Colón la posibilidad de descubrir el paso nuevo está lleno el mundo, repleto de frailes. Lo que importa no es sentarse con los frailes sino embarcarse en las carabelas con Colón. Y ya se sabe del que salió con la bandera a avisar que le tuviesen miedo a la locomotora,—que la locomotora llegó, y el de la banderuca se quedó resoplando por el camino: o hecho pulpa, si se le puso en frente. Hay que prever, y marchar con el mundo. La gloria no es de los que ven para atrás, sino para adelante.—No son meramente dos islas floridas, de elementos aún disociados, lo que vamos a sacar a luz, sino a salvarlas y servirles de manera que la composición hábil y viril de sus factores presentes, menos apartados que los de las sociedades rencorosas y hambrientas europeas, asegure, frente a la codicia posible de un vecino fuerte y desigual, la independencia del archipiélago feliz que la naturaleza puso en el nudo del mundo, y que la historia abre a la libertad en el instante en que los continentes se preparan, por la tierra abierta, a la entrevista y al abrazo. En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder,—mero fortín de la Roma americana;—y si libres—y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora—serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio—por desdicha feudal ya, y repartido en secciones hostiles—hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo.—No a mano ligera, sino como con conciencia de siglos, se ha de componer la vida nueva de las Antillas redimidas. Con augusto temor se ha de entrar en esa grande responsabilidad humana. Se llegará a muy alto, por la nobleza del fin; o se caerá muy bajo, por no haber sabido comprenderlo. Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son sólo dos islas las que vamos a libertar. ¡Cuán pequeño todo, cuán pequeños los comadrazgos de aldea, y los alfilerazos de la vanidad femenil, y la nula intriga de acusar de demagogia, y de lisonja a la muchedumbre, esta obra de previsión continental, ante la verdadera grandeza de asegurar, con la dicha de los hombres

laboriosos en la independencia de su pueblo, la amistad entre las secciones adversas de un continente, y evitar, con la vida libre de las Antillas prósperas, el conflicto innecesario entre un pueblo tiranizador de América y el mundo coaligado contra su ambición! Sabremos hacer escalera hasta la altura con la inmundicia de la vida. Con la mirada en lo alto, amasaremos, a sangre sana, a nuestra propia sangre, esta vida de los pueblos, hecha de la gloria de la virtud, de la rabia de los privilegios caídos, del exceso de las aspiraciones justas. La responsabilidad del fin dará asiento al pueblo cubano para recabar la libertad sin odio, y dirigir sus ímpetus con la moderación. Un error en Cuba, es un error en América, es un error en la humanidad moderna. Quien se levanta hoy con Cuba se levanta para todos los tiempos. Ella, la santa patria, impone singular reflexión; y su servicio, en hora tan gloriosa y difícil, llena de dignidad y majestad. Este deber insigne, con fuerza de corazón nos fortalece, como perenne astro nos guía, y como luz de permanente aviso saldrá de nuestras tumbas. Con reverencia singular se ha de poner mano en problema de tanto alcance, y honor tanto. Con esa reverencia entra en su tercer año de vida, compasiva y segura, el Partido Revolucionario Cubano de que la independencia de Cuba y Puerto Rico no es sólo el medio único de asegurar el bienestar decoroso del hombre libre en el trabajo justo a los habitantes de ambas islas, sino el suceso histórico indispensable para salvar la independencia amenazada de las Antillas libres, la independencia amenazada de la América libre, y la dignidad de la república norteamericana. ¡Los flojos, respeten: los grandes, adelante! Esta es tarea de grandes.

Martí Pérez, José Julián: Obras completas, tomo 3, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 138-143.

Manifiesto de Montecristi

El Partido Revolucionario Cubano a Cuba

La revolución de la independencia, iniciada en Yara después de preparación gloriosa y cruenta, ha entrado en Cuba en un nuevo período de guerra en virtud del orden y acuerdos del Partido Revolucionario en el extranjero y en la Isla, y de la ejemplar congregación en él de todos los elementos consagrados al saneamiento y emancipación del país, para bien de América y del mundo; y los representantes electos de la revolución que hoy se confirma, reconocen y acatan su deber—sin usurpar el acento y las declaraciones sólo propias de la majestad de la república constituida,—de repetir ante la patria, que no se ha de ensangrentar sin razón, no sin justa esperanza de triunfo los propósitos precisos, hijos del juicio y ajenos a la venganza, con que se ha compuesto, y llegará a su victoria racional, la guerra inextinguible, que hoy lleva a los combates, en conmovedora y prudente democracia, los elementos todos de la sociedad de Cuba.

La guerra no es, en el concepto sereno de los que aún hoy la representan, y de la revolución pública y responsable que los eligió el insano triunfo de un partido cubano sobre otro, o la humillación siquiera de un grupo equivocado de cubanos; sino la demostración solemne de la voluntad de un país hartado probado en la guerra anterior para lanzarse a la ligera en un conflicto sólo terminable por la victoria o el sepulcro, sin causas bastante profundas para sobreponerse a las cobardías humanas y a sus varios disfraces, y sin determinación tan respetable—por ir firmada por la muerte—que debe imponer silencio a aquellos cubanos menos venturosos que no se sienten poseídos de igual fe en las capacidades de su pueblo ni de valor igual con que emancipado de su servidumbre.

La guerra no es una tentativa caprichosa de una independencia más temible que útil que sólo tendrían derecho a demorar o condenar los que mostrasen la virtud y el

conducirla a otra más viable y segura, y que no debe en verdad apetecer un pueblo que no la pueda sustentar; sino el producto disciplinado de la resolución de hombres enteros que en el reposo de la experiencia se han decidido a encarar otra vez los peligros que conocen, y de la congregación cordial de los cubanos de más diverso origen, convencidos de que en la libertad se adquieren mejor que en el abyecto abatimiento las virtudes necesarias para mantenerla.

La guerra no es contra el español, que, en el seguro de sus hijos y en el seguro de sus hilos y en el acatamiento a la patria que se ganen podrá gozar respetado, y aún amado, de la libertad que sólo arrollará a los que le salgan, imprevisos, al camino. Ni del desorden, ajeno a la moderación probada del espíritu de Cuba, será cuna la guerra; ni de su tiranía.—Los que la fomentaron, y pueden aún llevar su voz, declaran en nombre de ella ante la patria su limpieza de todo odio—su indulgencia fraternal para con los cubanos tímidos o equivocados, su radical respeto al decoro del hombre, nervio del combate y cimiento de la república,—su certidumbre de la aptitud de la guerra para ordenarse de modo que contenga la rendición que la inspira, la relación en que un pueblo debe vivir con los demás, y la realidad que la guerra es,—y su terminante voluntad de respetar, y hacer que se respete, al español neutral y honrado, en la guerra y después de ella y de ser piadosa con el arrepentimiento, en invencible sólo con el vicio, el crimen y la inhumanidad.—En la guerra que se ha reanudado en Cuba no ve la revolución las causas del júbilo que pudiera embargar al heroísmo irreflexivo, sino las responsabilidades que deben preocupar a los fundadores de pueblos.

Entre Cuba en la guerra con la plena seguridad, inaceptable sólo a los cubanos sedentarios y parciales, de la competencia de sus hijos para obtener el triunfo, por la energía de la revolución pensadora y magnánima, y de la capacidad de los cubanos, cultivada en 10 años primeros de fusión sublime, y en las prácticas modernas del gobierno y el trabajo, para salvar la patria desde su raíz de los desacomodos y tanteos, necesarios al principio del siglo, sin comunicaciones y sin preparación en las repúblicas feudales o teóricas de Hispano-América. Punible ignorancia o alevosía fuera desconocer las causas a menudo gloriosas y ya generalmente redimidas, de los trastornos americanos, venidos del error de ajustar a moldes extranjeros; de dogma incierto o mera relación a su lugar de origen, la realidad ingenua de los países que conocían sólo de las libertades el ansia que las conquista, y la soberanía que se gana para pelear por ellas. La concentración de la cultura meramente literaria en las capitales; el erróneo apego de las repúblicas a las costumbres señoriales de la colonia; la creación de caudillos rivales consiguiente al trato receloso e imperfecto de las comarcas apartadas; la condición rudimentaria de la única industria, agrícola o ganadera; y el abandono y desdén de la fecunda raza indígena en las disputas de credo o localidad que esas causas de los trastornos en los pueblos de América mantenía,—no son, de ningún modo los problemas de la sociedad cubana. Cuba vuelve a la guerra con un pueblo democrático y culto, conocedor celoso de su derecho y del ajeno; o de cultura mucho mayor, en lo más humilde de él, que las masas llaneras o indias, con que, a la voz de los héroes primados de la emancipación, se mudaron de hatos en naciones las silenciosas colonias de América; y en el cruce del mundo, al servicio de la guerra, y a la fundación de la nacionalidad le vienen a Cuba, del trabajo creador y conservador de los pueblos más hábiles del orbe, y del propio esfuerzo en la persecución y miseria del país, los hijos lúcidos, magnates o siervos, que de la época primera de acomodo, ya vencida, entre los componentes heterogéneos de la nación cubana, salieron a preparar, o—en la misma Isla continuaron preparando, con su propio perfeccionamiento, el de la nacionalidad a que concurren hoy con la firmeza de sus personas laboriosas, y el seguro de su educación republicana. El civismo de sus guerreros; el cultivo y benignidad de sus artesanos; el empleo real y moderno de un número vasto de sus inteligencias y riqueza; la peculiar moderación del campesino sazonado en el destierro y en la guerra; el trato íntimo y diario, y rápida e inevitable unificación de las diversas secciones del país; la

admiración recíproca de las virtudes iguales entre los cubanos que de las diferencias de la esclavitud pasaron a la hermandad del sacrificio; y la benevolencia y aptitud crecientes del liberto, superiores a los raros ejemplos de su desvío o encono,—aseguran a Cuba, sin ilícita ilusión, un porvenir en que las condiciones de asiento, y del trabajo inmediato de un pueblo feraz en la república justa, excederán a las de disociación y parcialidad provenientes de la pereza o arrogancia que la guerra a veces cría, el rencor ofensivo de una minoría de amor caída de sus privilegios; de la censurable premura con que una minoría aún invisible de libertos descontentos pudiera aspirar, con violación funesta del albedrío y naturaleza humanos, al respeto social que sola y seguramente ha de venirles de la igualdad probada en las virtudes y talentos; y de la súbita desposesión, en gran parte de los pobladores letrados de las ciudades, de la suntuosidad o abundancia relativa que hoy les viene de las gabelas inmorales y fáciles de la colonia, y de los oficios que habrán de desaparecer con la libertad.—Un pueblo libre, en el trabajo abierto a todos, enclavado a las bocas del universo rico e industrial, sustituirá sin obstáculo, y con ventaja, después de una guerra inspirada en la más pura abnegación, y mantenida conforme a ella, al pueblo avergonzado donde el bienestar sólo se obtiene a cambio de la complicidad expresa o tácita con la tiranía de los extranjeros menesterosos que los desangran y corrompen. No dudan de Cuba, ni de sus aptitudes para obtener y gobernar su independencia, los que en el heroísmo de la muerte y en el de la fundación callada de la patria, ven resplandecer de continuo, en grandes y en pequeños, las dotes de concordia y sensatez sólo inadvertibles para los que, fuera del alma real de su país, lo juzgan, en el arrogante concepto de sí propios, sin más poder de rebeldía y creación que el que asoma tímidamente en la servidumbre de sus quehaceres coloniales.

De otro temor quisiera acaso valerse hoy, so pretexto de prudencia, la cobardía, el temor insensato; y jamás en Cuba justificado, a la raza negra. La revolución, con su carga de mártires, y de guerreros subordinados y generosos, desmiente indignada, como desmiente la larga prueba de la emigración y de la tregua en la isla, la tacha de amenaza de la raza negra con que se quisiese inicuaamente levantar, por los beneficiarios del régimen de España, el miedo a la revolución. Cubanos hay ya en Cuba de uno y otro color, olvidados para siempre—con la guerra emancipadora y el trabajo donde unidos se gradúan—del odio en que los pudo dividir la esclavitud. La novedad y aspereza de las relaciones sociales, consiguientes a la mudanza súbita del hombre ajeno en propio, son menores que la sincera estimación del cubano blanco por el alma igual, la afanosa cultura, el fervor de hombre libre, y el amable carácter de su compatriota negro. Y si a la raza le naciesen demagogos inmundos, o almas ávidas cuya impaciencia propia azuzase la de su color, o en quienes se convirtiera en injusticia con los demás la piedad por los suyos,—con su agradecimiento y su cordura, y su amor a la Patria, con su convicción de la necesidad de desautorizar por la prueba patente de la inteligencia y la virtud del cubano negro la opinión que aún reine de su incapacidad para ellas, y con la posesión de todo lo real del derecho humano, y el consuelo y la fuerza de la estimación de cuanto en los cubanos blancos hay de justo y generoso, la misma raza extirparía en Cuba el peligro negro, sin que tuviera que alzarse a él una sola mano blanca. La revolución lo sabe, y lo proclama: la emigración lo proclama también. Allí no tiene el cubano negro escuelas de ira, como no tuvo en la guerra una sola culpa de ensoberbecimiento indebido o de insubordinación. En sus hombros anduvo segura la república a que no atentó jamás. Sólo los que odian al negro ven en el negro odio; y los que con semejante miedo injusto traficasen, para sujetar, con inapetecible oficio, las manos que pudieran erguirse a expulsar de la tierra cubana al ocupante corruptor.

En los habitantes españoles de Cuba, en vez de la deshonrosa ira de la primera guerra, espera hallar la Revolución, que ni lisonjea ni teme, tan afectuosa neutralidad o tan veraz ayuda, que por ellas vendrán a ser la guerra más breve, sus desastres menores, y más fácil y amiga la paz en que han de vivir juntos padres e hijos. Los cubanos empezamos la guerra, y los cubanos y los españoles la terminaremos. No

nos maltraten, y no se les maltratará. Respeten, y se les respetará. Al acero responda el acero, y la amistad a la amista. En el pecho antillano no hay odio; y el cubano saluda en la muerte al español a quien la crueldad del ejército forzoso arrancó de su casa y su terruño para venir a asesinar en pechos de hombre la libertad que él mismo ansía. Más que saludarlo en la muerte, quisiera la revolución acogerlo en vida; y la república será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen en ella de la libertad y bienes que no han de hallar aún por largo tiempo en la lentitud, desidia y vicios políticos de la tierra propia. Este es el corazón de Cuba, y así será la guerra.

¿Qué enemigos españoles tendrá verdaderamente la Revolución? ¿Será el ejército, republicano en mucha parte, que ha aprendido a respetar nuestro valor, como nosotros respetamos el suyo, y más sienten impulsos a veces de unírseles que de combatirnos? ¿Serán los quintos, educados ya en las ideas de humanidad, contrarias a derramar sangre de sus semejantes en provecho de un cetro inútil o una patria codiciosa, los quintos segados en la flor de su juventud para venir a defender, contra un pueblo que los acogería alegre como ciudadanos libres, un trono mal sujeto, sobre la nación vendida por sus guías, con la complicidad de sus privilegios y sus logros? ¿Será la masa, hoy humana y culta, de artesanos y dependientes, a quienes, so pretexto de patria, arrastró ayer a la ferocidad y al crimen el interés de los españoles acaudalados que hoy, con lo más de sus fortunas salvas en España, muestran menos celo que aquel con que ensangrentaron la tierra de sus riquezas cuando los sorprendió en ella la guerra con toda su fortuna? ¿O serán los fundadores de familias y de industrias cubanas, fatigados ya del enorme fraude de España y de su desgobierno, y como el cubano vejados y oprimidos que, ingratos e imprudentes, sin miramiento por la paz de sus casas y la conservación de una riqueza que el régimen de España amenaza más que la Revolución, se revuelvan contra la tierra que de tristes rústicos los ha hecho esposos felices, y dueños de una prole capaz de morir sin odio por asegurar al padre sangriento un suelo libre al fin de la discordia permanente entre el criollo y el peninsular; donde la honrada fortuna pueda mantenerse sin cohecho y desarrollarse sin zozobra, y el hijo no vea entre el beso de sus labios y la mano de su padre la sombra aborrecida del opresor? ¿Qué suerte elegirán los españoles: la guerra sin tregua, confesa o disimulada, que amenaza y perturba las relaciones siempre inquietas y violentas del país, o la paz definitiva, que jamás se conseguirá en Cuba sino con la independencia? ¿Enconarán y ensangrentarán los españoles arraigados en Cuba la guerra en que puedan quedar vencidos? ¿Ni con qué derecho nos odiarán los españoles, si los cubanos no los odiamos? La revolución emplea sin miedo este lenguaje, porque el decreto de emancipar de una vez a Cuba de la ineptitud y corrupción irremediables del gobierno de España y abrirla franca para todos los hombres al mundo nuevo, es tan terminante como la voluntad de mirar como a cubanos, sin tibio corazón ni amargas memorias, a los españoles, que por su pasión de libertad ayuden a conquistarla en Cuba, y a los que con su respeto a la guerra de hoy rescaten la sangre que en la ayer manó a sus golpes del pecho de sus hijos.

En las formas que se dé la revolución, conocedora de su desinterés, no hallará sin duda pretexto de reproche la vigilante cobardía, que en los errores formales del país naciente, o en su poca suma visible de república, pudiese procurar razón con que negarle la sangre que le adeuda. No tendrá el patriotismo puro causa de temor por la dignidad y suerte futura de la patria.—La dificultad de las guerras de independencia en América, y la de sus primeras nacionalidades, ha estado, más que en la discordia de sus héroes y en la emulación y recelo inherentes al hombre, en la falta oportuna de forma que a la vez contenga el espíritu de redención que, con apoyo de ímpetus menores, promueve y nutre la guerra,—y las prácticas necesarias a la guerra, y que ésta debe desembarazar y sostener. En la guerra inicial se ha de hallar el país maneras tales de gobierno que a un tiempo satisfagan la inteligencia madura y suspicaz de sus hijos cultos, y las condiciones requeridas para la ayuda y respeto de los demás pueblos,—y permitan—, en vez de entorpecer, el desarrollo pleno y término

rápido de la guerra fatalmente necesaria a la felicidad pública. Desde sus raíces se ha de construir la patria con formas viables, y de sí propia nacidas, de modo que un gobierno sin realidad ni sanción no la conduzca a las parcialidades o a la tiranía.—Sin atentar, con desordenado concepto de su deber, al uso de las facultades íntegras de constitución, con que se ordenen y acomoden, en su responsabilidad peculiar ante el mundo contemporáneo, liberal e impaciente, los elementos expertos y novicios, por igual movidos de ímpetu ejecutivo y pureza ideal, que con nobleza idéntica, y el título inexpugnable de su sangre, se lanzan tras el alma y guía de los primeros héroes, a abrir a la humanidad una república trabajadora; sólo es lícito al Partido Revolucionario Cubano declarar su fe en que la revolución ha de hallar formas que le aseguren, en la unidad y vigor indispensables a una guerra culta, el entusiasmo de los cubanos, la confianza de los españoles y la amistad del mundo. Conocer y fijar la realidad; componer en molde natural, la realidad de las ideas que producen o apagan los hechos, y la de los hechos que nacen de las ideas; ordenar la revolución del decoro, el sacrificio y la cultura de modo que no quede el decoro de un hombre lastimado, ni el sacrificio parezca inútil a un solo cubano, ni la revolución inferior a la cultura del país, no a la extranjera y desautorizada cultura que se enajena el respeto de los hombres viriles por la ineficacia de sus resultados y el contraste lastimoso entre la poquedad real y la arrogancia de sus estériles poseedores, sino al profundo conocimiento de la labor del hombre en el rescate y sostén de su dignidad:—esos son los deberes, y los intentos, de la revolución. Ella se regirá de modo que la guerra pujante y capaz dé pronto casa firme a la nueva república.

La guerra sana y vigorosa desde el nacer con que hoy reanuda Cuba, con todas las ventajas de su experiencia, y la victoria asegurada a las determinaciones finales, el esfuerzo excelso, jamás recordado sin unción, de sus inmarcesibles héroes, no es sólo hoy el piadoso anhelo de dar vida plena al pueblo que, bajo la inmoralidad y ocupación crecientes de un amo inepto, desmigaja o pierde su fuerza superior en la patria sofocada o en los destierros esparcidos. Ni es la guerra el insuficiente prurito de conquistar a Cuba con el sacrificio tentador, la independencia política, que sin derecho pediría a los cubanos su brazo si con ella no fuese la esperanza de crear una patria más a la libertad del pensamiento, la equidad de las costumbres, y la paz del trabajo. La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo. Honra y conmueve pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes, a quienes se inmola, cae por el bien mayor del hombre, la confirmación de la república moral en América, y la creación de un archipiélago libre donde las naciones respetuosas derramen las riquezas a su paso han de caer sobre el crucero del mundo. ¡Apenas podría creerse que con semejantes mártires y tal porvenir, hubiera cubanos que atasen a Cuba la monarquía podrida y aldeana de España, y a su miseria inerte y viciosa!—A la revolución cumplirá mañana el deber de explicar de nuevo al país y a las naciones las causas locales, y de idea e interés universal, con que para el adelanto y servicio de la humanidad reanuda el pueblo emancipador de Yara y de Guáimaro una guerra digna del respeto de sus enemigos y el apoyo de los pueblos, por su rígido concepto del derecho del hombre, y su aborrecimiento de la venganza estéril y la devastación inútil. Hoy, al proclamar desde el umbral de la tierra venerada el espíritu y doctrinas que produjeron y alientan la guerra entera y humanitaria en que se une aún más el pueblo de Cuba, invencible e indivisible, séanos lícito invocar, como guía y ayuda de nuestro pueblo, a los magnánimos fundadores, cuya labor renueva el país agradecido,—y al honor que ha de impedir a los cubanos herir, de palabra o de obra, a los que mueren por ellos.—Y al declarar así en nombre de la patria y deponer ante ella y ante su libre facultad de constitución, la obra idéntica de dos generaciones, suscriben juntos la declaración, por la responsabilidad común de su representación, y

en muestra de la unidad y solidez de la revolución cubana, el Delegado del Partido Revolucionario Cubano, creado para ordenar y auxiliar la guerra actual, y el General en Jefe electo en él por todos los miembros activos del Ejército Libertador.

Montecristi, 25 de marzo de 1895.

JOSÉ MARTÍ MÁXIMO GÓMEZ

Martí Pérez, José Julián: Obras completas, tomo 4, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1991, pp. 93-101.

Carta de José Martí a su hermano mexicano Manuel Mercado

Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895

Sr. Manuel Mercado:

Mi hermano queridísimo: Ya puedo escribir, ya puedo decirle con qué ternura y agradecimiento y respeto lo quiero, y a esa casa que es mía y mi orgullo y obligación; ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber—puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo—de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos—como ése de Vd. y mío—, más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los Imperiales de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia, les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio, que se hace en bien inmediato y de ellos.

Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas:—y mi honda es la de David. Ahora mismo, pues días hace, al pie de la victoria con que los cubanos saludaron nuestra salida libre de las sierras en que anduvimos los seis hombre de la expedición catorce días, el corresponsal del Herald, que me sacó de la hamaca en mi rancho, me habla de la actividad anexionista, menos temible por la poca realidad de los aspirantes, de la especie curial, sin cintura ni creación, que por disfraz cómodo de su complacencia o sumisión a España, le pide sin fe la autonomía de Cuba, contenta sólo de que haya un amo, yanqui o español, que les mantenga, o les cree, en premio de oficios de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante—la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país—, la masa inteligente y creadora de blancos y de negros.

Y de más me habla el corresponsal del Herald, Eugenio Bryson:—de un sindicato yanqui—que no será—con garantía de las aduanas, harto empeñadas con los rapaces bancos españoles, para que quede asidero a los del Norte; incapacitado afortunadamente, por su entabada y compleja constitución política, para emprender o apoyar la idea como obra de gobierno. Y de más me habló Bryson—aunque la certeza de la conversación que me refería, sólo la puede comprender quien conozca de cerca el brío con que hemos levantado la Revolución,—el desorden, desgano y mala paga del ejército novicio español,—y la incapacidad de España para allegar en Cuba o afuera los recursos contra la guerra, que en la vez anterior sólo sacó de Cuba.—Bryson me contó su conversación con Martínez Campos, al fin de la cual le dio a entender éste que sin duda, llegada la hora, España preferiría entenderse con los Estados Unidos a rendir la Isla a los cubanos. —Y aún me habló Bryson más: de un

conocido nuestro y de lo que en el Norte se le cuida, como candidato de los Estados Unidos, para cuando la actual Presidencia desaparezca, a la Presidencia de México.

Por acá yo hago mi deber. La guerra de Cuba, realidad superior a los vagos y dispersos deseos de los cubanos y españoles anexionistas, a que sólo daría relativo poder su alianza con el gobierno de España, ha venido a su hora en América, para evitar, aún contra el empleo franco de todas esas fuerzas, la anexión de Cuba a los Estados Unidos, que jamás la aceptarán de un país en guerra, ni pueden contraer, puesto que la guerra no aceptará la anexión, el compromiso odioso y absurdo de abatir por su cuenta y con sus armas una guerra de independencia americana.

Y México, ¿no hallará modo sagaz, efectivo e inmediato de auxiliar, a tiempo, a quien lo defiende? Sí lo hallará,—o yo se lo hallaré.—Esto es muerte o vida, y no cabe errar. El modo discreto es lo único que se ha de ver. Ya yo lo habría hallado y propuesto. Pero he de tener más autoridad en mí, o de saber quien la tiene, antes de obrar o aconsejar. Acabo de llegar. Puede aún tardar dos meses, si ha de ser real y estable la constitución de nuestro gobierno, útil y sencillo. Nuestra alma es una, y la sé, y la voluntad del país; pero estas cosas son siempre obra de relación, momentos y acomodados. Con la representación que tengo, no quiero hacer nada que parezca extensión caprichosa de ella. Llegué, con el General Máximo Gómez y cuatro más, en un bote en que llevé el remo de proa bajo el temporal, a una pedrera desconocida de nuestras playas; cargué catorce días, a pie por espinas y alturas, mi morral y mi rifle;—alzamos gente a nuestro paso;—siento en la benevolencia de las almas la raíz de este cariño mío a la pena del hombre y a la justicia de remediarla; los campos son nuestros sin disputa, a tal punto, que en un mes sólo he podido oír un fuego; y a las puertas de las ciudades, ganamos una victoria, o pasamos revista, ante entusiasmo parecido al fuego religioso, a tres mil armas; seguimos camino, al centro de la Isla, a deponer yo, ante la revolución que he hecho alzar, la autoridad que la emigración me dio, y se acató dentro, y debe renovar conforme a su estado nuevo, una asamblea de delegados del pueblo cubano visible, de los revolucionarios en armas. La revolución desea plena libertad en el ejército, sin las trabas que antes le opuso una Cámara sin sanción real, o la suspicacia de una juventud celosa de su republicanismo o los celos, y temores de excesiva prominencia futura, de un caudillo puntilloso o previsor; pero quiere la revolución a la vez sucinta y respetable representación republicana,—la misma alma de humanidad y decoro, llena del anhelo de la dignidad individual, en la representación de la república, que la que empuja y mantiene en la guerra a los revolucionarios. Por mí, entiendo que no se puede guiar a un pueblo contra el alma que los mueve, o sin ella, y sé cómo se encienden los corazones, y cómo se aprovecha para el revuelo incesante y la acometida el estado fogoso y satisfecho de los corazones. Pero en cuanto a formas, caben muchas ideas, y las cosas de hombres, hombres son quienes las hacen. Me conocen. En mí, sólo defenderé lo que tengo yo por garantía o servicio de la Revolución. Sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento, ni me agriaría mi oscuridad. Y en cuanto tengamos forma, obraremos, cúplame esto a mí, o a otros.

Y ahora, puesto delante lo de interés público, le hablaré de mí, ya que sólo la emoción de este deber pudo alzar de la muerte apetecida al hombre que, ahora que Nájera no vive donde se le vea, mejor lo conoce y acaricia como un tesoro en su corazón la amistad con que Vd. lo enorgullece.

Ya sé de sus regaños, callados, después de mi viaje. ¡Y tanto que le dimos, de toda nuestra alma, y callado él! ¡Qué engaño es éste y qué alma tan encallecida la suya, que el tributo y la honra de nuestro afecto no ha podido hacerle escribir una carta más sobre el papel de carta y de periódico que llena al día!

Hay afectos de tan delicada honestidad...

Brindis en el banquete celebrado en honor de Adolfo Márquez Sterling, en los altos de El Louvre, La Habana

21 de abril de 1879

Para rendir tributo, ninguna voz es débil; para ensalzar a la patria, entre hombres fuertes y leales, son oportunos todos los momentos; para honrar al que nos honra, ningún vino hierve en las copas con más energía que la decisión y el entusiasmo entre los migos numerosos de Adolfo Márquez Sterling.

A mí, que de memorias vivo; de memorias y esperanzas, —por lo que tienen de enérgicas las unas y de soberbias y prácticas las otras,—a mí, que no consentiré jamás que en el goce altivo de un derecho venga a turbármelo el recuerdo amargo del excesivo acatamiento, de la fidelidad humillante, de la promesa hipócrita, que me hubiesen costado conseguirlo: a mí, átomo encendido, que tiene la voluntad de no apagarse, de un incendio vivísimo que no se extinguirá jamás sino bajo la influencia cierta, palpable, visible, de copioso, de inagotable, de abundantísimo raudal de libertades: a mí me han querido encomendarme los numerosos amigos del bravo periodista, que con esta voz mía, que en el obligado silencio cobra fuerzas, para que nada sea bastante luego a ahogarla en mi garganta, dirija al enérgico hombre de combate el amoroso aplauso con que los espectadores de las gradas, que más que las holguras de la vida, quieren tener viva la dignidad, viva la libertad, vivo el decoro, ver como en la abierta liza, por sobre todas las espadas que se cruzan, movilísima, flamígera, brillante, luce y se agita siempre el arma ruda del más franco, del más afortunado, del más brioso y loado caballero.

No es éste un hombre ahora: cuando en los hombres se encarna un grave pensamiento, un firme intento, una aspiración noble y legítima, los contornos del hombre se desvanecen en los espacios sin confines de la idea. Es un símbolo, un reconocimiento, una garantía. Porque el hombre que clama, vale más que el que suplica: el que insiste hace pensar al que otorga. Y los derechos se toman, no se piden; se arrancan, no se mendigan. Hasta los déspotas, si son hidalgos, gustan más del sincero y enérgico lenguaje que de la tímida y vacilante tentativa.

A este símbolo saludamos, a la justicia y al derecho encarnados en su obra, que nos han sido tributados: al tenaz periodista, al observador concienzudo, al cubano enérgico, que en los días de la victoria no la ha empequeñecido con reminiscencias de pasados temores, ni preparaciones de posibles días; que en los días de nuestra incompleta libertad conquistada, de nadie recibida, ha hablado honradamente con la mayor suma de libertad y energías posibles.

Si tal, y más amplia y completa, hubiera de ser la política cubana; si hubieran de ponerse en los labios todas las aspiraciones definidas y legítimas del país, bien que fuese entre murmullos de los timoratos, bien que fuese con repugnancia de los acomodaticios, bien que fuese entre tempestades de rencores:—si ha de ser más que la compensación de intereses mercantiles, la satisfacción de un grupo social amenazado y la redención tardía e incompleta de una raza que ha probado que tiene derecho a redimirse:—si no se ha extinguido sobre la tierra la raza de los héroes y a los que fueron suceden los héroes de la palabra y del periódico; si al sentir, al hablar, al reclamar, no nos arrepentimos de nuestra única gloria y la ocultamos como a una pálida vergüenza;—por soberbia, por digna, por enérgica, yo brindo por la política cubana.

Pero si entrando por senda estrecha y tortuosa, no planteamos con todos sus elementos el problema, no llegando por tanto, a soluciones inmediatas, definidas y concretas; si olvidamos, como perdidos o deshechos, elementos potentes y encendidos; si nos apretamos el corazón para que de él no surja la verdad que se nos escapa por los labios; si hemos de ser más que voces de la patria, disfraces de nosotros mismos; si con ligeras caricias en la melena, como de domador desconfiado,

se pretende aquietar y burlar al noble león ansioso, entonces quiebro mi copa: no brindo por la política cubana.³

En tanto que se eleva y fortifica, brindemos admirados por el talento que recorta asperezas, fortifica pueblos, endulza voluntades; por el talento redentor, sea cualquiera la tierra en donde brille; por el talento unificador que tiene aquí sacerdotes y apóstoles; y especial y amorosamente, por el briso justador que con lustre del lenguaje, público aplauso, cívico valor y pasmo de los débiles, ha sabido encarnar en tipos felicísimos, a punto de concebirlos, populares, nuestras desdichas, clamores y esperanzas.

Saludemos a todos los justos; saludemos dentro de la honra, a todos los hombres de buena voluntad; saludemos con íntimo cariño al brillante escritor que nos reúne; al aliento y bravura que lo animan; y a la patria severa y vigilante, a la patria erguida e imponente, a la patria enferma y agitada que inflama su valor.

Martí Pérez, José Julián: Obras completas, tomo 4, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1991, pp. 177-179.

Discurso en conmemoración del 10 de octubre de 1868, en Hardman Hall, Nueva York

10 de octubre de 1890

Otros llegarán sin temor a la pira donde humean, como citando con la hecatombe, nuestros héroes: yo tiemblo avergonzado: tiemblo de admiración, de pesar y de impaciencia. Me parece que veo cruzar, pasando lista, una sombra colérica y sublime, la sombra de la estrella en el sombrero; y mi deber, mientras me queden pies, el deber de todos nosotros, mientras nos queden pies, es ponernos en pie, y decir: “¡presente!”

¿Ni qué falta por decir, ni que soldado falta en la lista de esta noche? Lo que ha de asombrar a los descreídos, si saben algo de las flaquezas humanas, y lo que han de tomar como anuncio y lección, es que, en esta época sin gloria y sin triunfo, nos queden tantos como nos quedan: porque el hombre acude a la fortuna, como el mendigo al sol, y esquiva el sacrificio oscuro y la sombra del silencio; aunque el verdadero hombre no mira de qué lado se vive mejor, sino de qué lado está el deber; y ése es el verdadero hombre, el único hombre práctico, cuyo sueño de hoy será ley de mañana, porque el que haya puesto los ojos en las entrañas universales, y visto hervir los pueblos, llameantes y ensangrentados, en la artesa de los siglos, sabe que el porvenir, sin una sola excepción, está del lado del deber. Y si falla, es que el deber no se entendió con toda pureza, sino con la liga de las pasiones menores, o no se ejercitó con desinterés y eficacia.

¿Qué falta por decir, aquí donde el discurso es la ejemplar concurrencia; donde están juntos, brazo a brazo, sin que ni para un látigo quede hueco entre el hombre de uno y el del otro, los que en la patria trabajadora de mañana, en un pueblo de nuestro continente y de nuestro siglo, han de defenderse y de crear, han de vivir y fundar juntos; donde el guerrero imberbe devora con los ojos al que echó la barba peleando, y la mujer infatigable, domando el miedo amoroso de su corazón, viene, en angustia heroica, a oír con cariño, a alentar con su presencia, a coronar con su aplauso a los que, con el ejemplo de ayer y con la palabra de hoy, aconsejan la muerte, y la empresa de donde no es fácil volver, al hijo a quién un decreto superior a la vida manda a seguir, por ley del mundo y no por la de la venganza, la senda donde cayó el padre? Las palabras deshonoran cuando no llevan detrás un corazón limpio y entero. Las palabras están de más, cuando no fundan, cuando no esclarecen, cuando no atraen, cuando no añaden. ¿Y que es lo que dicen estos hombres tenaces, estos discursos salidos de las entrañas, este estrado donde están juntas la ley y la milicia, y el cubano del Cayo con el cubano neoyorquino, y la gente de Lares con la gente de Yara, y un niño, que no supo dónde se iba a sentar, y se sentó al pie de nuestra

bandera? A nuestra patria, de lo más hondo y decoroso de nuestra alma, enviamos de aquí este unánime mensaje: “¡Patria, más querida mientras más infeliz, y más bella, mil veces, a nuestros ojos, mientras más débil y abandonada, tu semilla dio fruto; las frentes que besaste te son fieles; la sangre de los padres corre por las venas de los hijos; el acero centellea y el viva retumba en la palabra de tus jóvenes: los niños, enamorados del rayo, oyen envidiosos el cuento inmortal; en el descanso ponemos a tu espada empuñadora de razón; de toda la tierra tus hijos y tus amigos te empiezan a tender las manos!” porque nuestra espada no nos la quitó nadie de la mano, sino que la dejamos caer nosotros mismos; y no estamos aquí para decirnos ternezas mutuas, ni para coronar con flores de papel las estatuas heroicas, ni para entretener la conciencia con festividades funerales, ni para ofrecer, sobre el pedestal de los discursos, lo que no podemos ni intentamos cumplir; sino para ir poniendo en la mano tal firmeza que no volvamos a dejar caer la espada. Época de aprovechamiento y de reconstrucción es esta época, y tregua más útil tal vez que el triunfo mismo, e indispensable acaso, para el triunfo: que es lo que no se ha visto en Cuba, y por donde toda la política cubana yerra, porque no han entendido que un pueblo que entra en revolución no sale de ella hasta que se extingue o la corona. No han entendido que la política científica no está en aplicar a un pueblo, siquiera sea con buena voluntad, instituciones nacidas de otros antecedentes y naturaleza, y desacreditadas por ineficaces donde parecían más salvadoras; sino en dirigir hacia lo posible el país con sus elementos reales. No han entendido que el estado público que siguió al fracaso aparente de la revolución era una nueva forma de ella, en la que continuaban chocando o amalgamándose sus factores, y que el deber interno y esencial en la política, que es sobre todo arte de previsión, era el de ir removiendo por la cordialidad y la justicia los elementos de choque y transformándolos, en cuanto se pudiese, en elementos de amalgama. No han entendido que en los países no hay que estar tanto a los modos de gobierno, que no pueden ser más que el resultado de los factores de la población y de sus relaciones, como al arreglo prudente de los factores inevitables, que han de crear e influir en junto. No han entendido que la guerra a pesar de la magnífica explosión de nuestra virtud, pudieron más que la virtud confiada y adolescente, los intereses y hábitos criados en su ejército, y las pasiones de mando y de localidad que desfiguran y anulan los más bellos arranques. No han entendido que, puesto que existe el peligro innegable y continuo de una guerra nueva,—como existen, tan graves como antes, las causas de la anterior,—había que allegar, con indulgencia y vigilancia unidas, la mayor suma posible de elementos de victoria para la guerra siempre probable, y aminorar, en cuanto cabe en el tiempo y en nuestra educación confusa, los elementos que produjeron antes nuestro desorden y derrota. ¿Pues pensar, qué es, si no es fundar? No es ir de lira o de bonete por el mundo, trovando y arguyendo, con una oda al brazo izquierdo y las pandectas al derecho, poniéndose cuando haga falta una escarapela verde o un barboquejo de hule. Pensar es abrir surcos, levantar cimientos y dar el santo y seña de los corazones. Y este deber de preparar y unir, que es el deber continuo de la política en todas partes, lo era especial, por causas propias, de la política cubana; porque en Cuba, a despecho de los consejos del interés momentáneo, y por el aviso superior del interés constante, desean la guerra con el corazón leal los mismos que la rechazan con el juicio tímido. Y nosotros mantenemos que los que son impotentes para hacer desaparecer las causas de la guerra en un país, necesitan, si aman a su patria y quieren ahorrarle males, tener preparado el país para la guerra. Por supuesto que es ilícito, y tan patriótico como lo que más, procurar, con la dignidad entera y el rumbo al porvenir, que el país se salve a la vez de la servidumbre angustiosa y de la guerra terrible. Pero es más lícito, y más práctico, continuar, con la mira en lo inevitable, la obra de fusión, de purificación, de reducción, de acumulación de los elementos necesarios para que la guerra sea corta y justa y de beneficios duraderos, sobre todo cuando la obra pacífica para extinguir la servidumbre ha dado por último resultado el de aumentarla.

Estas no son noches de enumeraciones ni de tesis; ni está para ciencias el sentimiento estremecido; ni el animo llevado a las alturas por los modelos gloriosos y las palabras vibrantes, por las lágrimas que hemos visto aquí rodar de los ojos del patricio magnánimo y de la viuda a cuyos brazos no volvió nunca el compañero, permite el examen detallado de nuestros temas de ordenamiento y constitución que en la academia política fuera menester: aunque a todo acto público, sobre todo en estas épocas de creación, ha de llevarse el tacto y la sabiduría de la academia política,— porque el sentimiento es también un elemento de la ciencia. No está, bien se ve que no está, nuestro público para discreteos y retóricas. Lo del almirante Nelson es lo que quiere este público, cuando le vino un estado mayor de casaquín y tricornio, con muchos compases y muchos cordeles, y muchos cálculos y muchas enumeraciones, y el almirante le dijo, de una buena tronada de la voz: “¡Al diablo las maniobras: arriba y a ellos!” Pero la política es un arte muy delicado y complejo; y la vida de un pueblo, de un pueblo que en nuestra generación se abrió ya las venas otra vez, no es cosa que ha de comprometerse en una loca corazonada, ni llevársela de arremetida, como la muchedumbre que se va detrás de los tambores: es nuestro pueblo nuestro corazón, que no hemos de querer que nos lo engañen ni nos lo destrocen: es nuestro pueblo, el pueblo de nuestras entrañas, que no hemos de convertir, por un pequeño fanático, en foro de leguleyos ineptos o en hato de generales celosos, o en montón de cenizas.

Si se nos salta el corazón ¡cómo no se nos ha de saltar! cuando vemos vivir en el silencio lleno de promesas de los montes, en el silencio de los montes, lleno de consuelos, a uno de los padres evangélicos de nuestra libertad, que allá fundó y aquí sigue fundado, que montó a caballo el honor pasó redoblando por su casa, y con su esclavo de hermano se echó por el camino de la muerte, dejando atrás la madre, adorada de veras, y la tierra en que cada retoño era como un hijo, y el gusto y el orgullo de todo cuanto poseía. Si se nos salta el corazón de celos y de agradecimiento, cuando oímos de algunos labios asombrados, porque de sus labios viriles se la oye rara vez, la historia de aquellos hechos de indecible bravura que ha de poner en lo más alto del firmamento la admiración del hombre, de aquellos hechos que no se pueden oír sin que se llene como de luz toda nuestra carne mortal, o sin sentir como que la mar se hace puente, y nos vamos, detrás del ejemplo ilustre, adonde la tierra nos llama. Como el viejo Schamyl de Circasia somos los cubanos todos,— ¡húndase lejos de nosotros el que no lo sea!—cuando vemos vivo o veneramos muerto, a uno de aquellos batalladores maravillosos que sin más paga que la virtud, ni más sabiduría que la que improvisó el genio natural—¡donde hay valor hay academias!—ni más defensa que la que le pone al pecho el desdén de la muerte, pelearon, año sobre año por nuestra honra y nuestra salvación, de tal modo que están ya, para toda la vida, como ungidos y consagrados. Hasta el derecho de errar tienen, y la gloria les da cierta impunidad: ¡diga el bufete lo que quiera, el triunfo es de los que se sacrifican y el corazón de los pueblos es de los que osan! Como el viejo Schamyl de Circasia somos todos, cuando, rendimos con honores después de veinte años de guerra contra Rusia, guerra en los derriscaderos, guerra en los picos y en las grietas del monte, guerra al son del torrente y la avalancha, veía desde una ventana de San Petersburgo, mudos los ojos, la barba blanca por el cinto, la revista de gala del matrimonio del emperador. Pasó la guardia verde, la que le guarda el cuerpo al azar y Schamyl callada. Cosacos y kurdos y turcomanos paaron, vitoreando, de amarillo y de azul, o de espadón al aire y banderola, y Schamyl callaba. Y de repente, entre el gentío que retrocede y se arremolina, asoma, al ras de la tierra, la caballería de Circasia: los capacetes les relucen, la túnica es roja, las mallas chispean, vienen volando y relampagueando los arneses, les da el sol en los ojos, y Schamyl, con el llanto por la barba, llameante la mirada de león viejo, soberana la voz como cuando mandaba en la barranca arremeter hasta morir, dijo, teniéndoles desde el alma los dos brazos “¡La bendición de Dios sea con vosotros, hijos míos!” Y nuestros héroes, los vivos como los muertos, tienen la bendición de todos los cubanos.

Pero yerra el que diga, tomando a mal esta honrada admiración nuestra, yerra a sabiendas el que diga, que por Cuba andan diciendo ahora los que no ven sino lo que se les pone de-lante, que el cubano libre que tiene en algo la salud de la patria y el honor, no es más que silla de monta, para que el tirano militar se pavonee, después de la guerra triunfante, sobre una tribu de demagogos sumisos. No conocen los que esto dicen a muchos de los militares de nuestra guerra, que saben que el hombre se deshonra cuando deshonra a los demás; ni a su patria conocen, la patria oculta y verdadera, que está ya, en la certeza de lo que no se ve, más alta y más segura que cuantas manos pudieran atreverse a ella; ni nos conocen a nosotros. Si esa plaga de la milicia desocupada fuese una de las que nos hubiese quedado de la guerra; si con la golosina de la pereza o el hábito del mando hubiese acabado este o aquel militar por hacer de su gloria escabel de su ambición o mercancía de patriotismo; si los que despertaron a nuestra libertad virgen, y la escoltaron diez años por los montes, pudieran volver para clavarle en el corazón la lanza gaucha; si con la cubierta de echar abajo una tiranía se estuviese preparando otra: otros cubanos serán los que lo vean, que nosotros, que estamos aquí, y sabemos porque estamos, no lo vemos; otros cubanos serán los que lo consientan, porque nosotros, mientras nos queden lengua y manos, no lo hemos de consentir.

Pero aún cuando semejante crimen estuviera en preparación, como si pudiera ser que los defensores de la libertad se convirtiesen en sus asesinos, no sería a este o aquel pretendiente militar, errante por oficio o despótico por naturaleza, a quien habría que temer; ni a los tenientes ciegos que fueran en su pasión hasta ser infieles a la patria por ser fieles a un jefe y traidores al bien público por sumisión servil a su capitán; sino a los hombres civiles sin propósito ni carácter, que por su pusilaminidad en la acción excitan el justo desdén de los que son capaces de ella, y con sus rencillas aldeanas y sus hábitos de consentimiento, de lujo y de lisonja, hacen posible en las repúblicas nuevas el predominio de un militar osado y hábil. El hombre de actos sólo respeta al hombre de actos. El que se ha encarado mil veces con la muerte, y llegó a conocerle la hermosura, no acata, ni puede acatar, la autoridad de los que temen a la muerte. El político de razón es vencido, en los tiempos de acción, por el político de acción; vencido y despreciado, o usado como mero instrumento y cómplice, a menos que, a la hora de montar, no se eche la razón al frente, y monte. ¡La razón, si quiere guiar, tiene que entrar en la caballería! y morir, para que la respeten los que saben morir. No son los admiradores ciegos del prestigio militar los enemigos más terribles de la república; sino los que, en la hora de ser soldados, se niegan a ser soldados. ¡Y eso de soldados no lo ha de decir ningún irrespetuoso de los militares cubanos, porque pelearon sin sueldo! La historia verdadera no enseña que los pretendientes militares,—que por lo general sólo arrollan, en la hombría de su bravura, lo que no pueden respetar sinceramente,—sean tanto de temer como los letrados incapaces que en el momento decisivo de la acción, dan tiempo a que el militar de ojo seguro se aproveche de él, y después de la victoria lo rodean, para vivir triunfalmente a la sombra de su autoridad, o le disputan el poder que ellos mismos le dieron, con una oposición nimia y verbosa, ¡ni se sabe cuáles sean las ambiciones más funestas para un país que no ha comenzado aún a nacer, si las militares, o las civiles!

Pero si por este lado padecemos, y vemos al país sin guía y por tierra, por otro lado levantamos el corazón; porque con los pueblos sucede como con lo demás de la naturaleza, donde todo lo necesario se crea a la hora oportuna, de lo mismo que se le opone y contradice. Los que sabemos que la casa empieza a levantarse desde que la piedra se empieza a formar en la montaña, los que vemos al cubano errante, hijo de la revolución, adquirir en las pruebas de la vida, entre latinos y sajones, en monarquías como en repúblicas, las enseñanzas y fe no pueden tener los que vinieron a la guerra con el corazón flojo y maleado por la capitania general,—o en los diez años del heroísmo vinieron lejos de él o con los que lo fusilaban,—o no andan en la odisea que volverá al suelo nativo con la madurez de sus viajes; los que en la triste independencia del destierro cultivan en la dificultad sus fuerzas de hombre, y ven por sí, y en cabeza

de otros, los peligros continuos y las obligaciones ineludibles de la ciudadanía; los que vemos sazonarse dentro y fuera de Cuba, con la viveza y cordura que le viene de lo natural, a ese ingenio cubano nuestro, a la vez templado y ardiente, en que la fuerza de la imaginación no oscurece ni sofoca la del juicio; los que sabemos que por el contraste de la indignación se precipita y cuaja con más violencia la virtud en los pueblos y condiciones donde la podredumbre insolente la injuria y desafía, no tememos que el gusano del Lavapiés llegue al corazón de Ignacio Agramonte. ¡Viva en buen hora en gacetilla permanente, con el pelo a la sien y la petenera en la garganta, nuestra pobre ciudad capital, y ensáyese la juventud demacrada el pantalón enjuto del terne de Madrid, y su lengua grosera; que a su lado crece, pálida la frente y el puño nervioso, esa otra juventud, hermana de la nuestra, que le ha de quitar la pandereta de la mano!

Los que vivimos aquí sabemos lo que se ha de querer, sabemos todo lo que se ha de temer, sabemos como se ha de poner el pecho a cuanto nos parezca amenazar, de fuera o de adentro, la reconstrucción cordial y la independencia próspera de nuestra patria. No nos ciega el entendimiento el hábito de haber vivido en nuestra tierra como señores; ni imaginamos, crueles y desagradecidos, que el único modo de resolver nuestro problema social es enconarlo: ¿de qué sirve tener a Darwin sobre la mesa, si tenemos todavía al mayoral en nuestras costumbres? No creemos que sea Cuba una Isla moral, que en este siglo nivelador y justiciero pueda salvarse de la marejada de libertad que de todas partes empuja y rodea, ni que un pueblo industrial, como Cuba es, viva dichoso con una política de señorío, política de volanta y calesero, que no habla con los que van por el mundo a pie, sin ver que son más que los que van sobre ruedas, y tienen la fuerza de la ignorancia y del padecimiento, y si les ayuda la justicia pueden volcarnos la volanta. No creemos que el arte de gobernar un pueblo mixto, en que están unidos por la sangre, y aún por el apego a la tierra, el cubano oprimido y el español opresor, esté en poner al uno sobre el otro, aún cuando llegase la hora del recuento de los pecados, sino en pelear primero con ellos hasta morir, para convidarlos luego a quedarse, libres como nosotros mismos, en nuestra casa libre. ¡No nos llega la flojedad del ánimo, ni la ignorancia supina, ni el hábito de la servidumbre, hasta declarar de puro Olimpo que no podremos goberarnos el día en que hayamos ganado nuestra libertad, sino que hemos de llamar a nuestra casa para que nos gobierne a un vecino que, al día siguiente de su independencia, emplumó en la plaza pública a sus adversarios, vencidos, apedreó por las calles a los jueces, creó con sus militares una orden secreta de nobleza, marchó con el ejército armado contra el Congreso nacional, desobedeció y echó de sus sillas al Congreso, levantó por los celos de aldea y el interés un Estado contra otro, se apasionó en sus disputas al extremo de decidir el asesinato de los padres de la República, y firmó sin compasión la carta de libertad sobre la espalda de sus esclavos! No nos compunge andar un poco solos, en lo que se ve, sabiendo, como sabemos, que nuestro ejército está debajo de la tierra, y saldrá a su hora y bajará del cielo, pronto y bien armado: ni para consolarnos tenemos más que mirar al pueblo amigo de México, que es el que nos queda más cerca, donde anduvo de fuga el indio Juárez con unos treinta locos, que llamaron luego “inmaculados”, de fuga por los montes, con un imperio a la espalda y una república rapaz al frente, una república que le ofrecía su ayuda en cambio de una concesión ignominiosa; y la nación del indio fugitivo, a quien el discurso de un poeta libró por cierto de morir, es hoy cotejada, como sagaz y como libre intelectual y como industrial, por los pueblos poderosos de la tierra,—la nación híbrida, la nación de un millón de blancos y siete millones de indios. ¡Levanten el ánimo los que lo tengan cobarde: con treinta hombres se puede hacer un pueblo. Ni creemos, por estas novedades de tratados en moda ahora, que aunque le saliesen a España de una pirueta los estadistas evangélicos y portentosos con que en la suma de todos los partidos habría de contar para obtener que por el beneficio de una colonia transitoria, que de un modo u otro ha de venirse abajo, sacrificarse la monarquía el interés constante de las provincias que le dan de comer, y son carne perpetua de su carne;

aunque se crease en Cuba, como para el triunfo del tratado se habría de crear, una liga odiosa, y a la larga irreconciliable, de lo más descarado del partido español con lo más acomodaticio del cubano; aunque con el gusto del pan, que ya allí se va perdiendo de pura falta de ejercicio, se aquietasen las iras que hoy trastornan los rincones más apacibles del país, —¡con la fuerza del pan nuevo le volvería a la sangre dormida la memoria, la dignidad latente azotaría el rostro en cuanto callase el hambre satisfecha, despertaría en los corazones reanimados el fantasma de San Lorenzo y de Jimaguayú!

Con esta fe vivimos; con este cuidado prevemos; con esas miras preparamos; así adelantamos atrayendo y fundiendo. Así, sin ostentación y sin temor, vamos, en lo callado de nuestra faena, alentando al respeto a los que ya lo han perdido por sí propios; reavivando la fe de los impacientes que decayeron en la primera jornada; tendiendo en la mano, sin que se nos canse de estar tendida, a los mismos que nos niegan la suya; alistando, camino de la patria, nuestras legiones invisibles. La caridad es nuestro corazón. La razón es nuestro escudo. La lanza, la que recogimos de la mano de nuestros muertos. Ni alardes pueriles, ni promesas vanas, ni odios de clase, ni pujos de autoridad, ni ceguera de opinión, ni política de pueblo ha de esperarse de nosotros, sino política de cimiento y de abrazo, por donde el ignorante temible se eleve a la justicia por la cultura, y el culto soberbio acate arrepentido la fraternidad del hombre, y de un cabo a otro de la isla, sables y libros juntos, juntos los de la sierra y los del puerto, se oiga, por sobre los recelos desarraigados para siempre, la palabra creadora, la palabra “¡hermanos!” Obra de hombres prometemos. Si el clarín suena de allá, con todo lo que tengamos hecho, iremos a donde nos llame el clarín. Y si por la timidez continua de los intereses esperanzados,—o por el freno que a la guerra pudieran poner, confundiendo en mala hora el patriotismo y la ambición, los pretendientes militares y los pretendientes civiles,—o por temor de que la guerra se alzase con bandera imprudente, imprudente y culpable, de localidad,—o porque llegase hasta el hueso el gusano del Lavapiés que nos está comiendo ya las carnes;—si por habilidad de nuestro opresor o culpa nuestra, se fueran dividiendo allí los que se debieran unir, y cayéndose a tierra, por no juntarse con otros, los brazos que se debieran levantar,—aquí de pueblo en pueblo, sin que el corazón se nos fatigue ni nos espanten los años, paseamos el fuego insepulto, como enseña que ha de juntar, con ayuda de todos los amigos de la libertad, a los cubanos fieles esparcidos al viento del mundo: ¡y levantaremos, en brazos de la América Libre, nuestra patria buena y grande!

Martí Pérez, José Julián: Obras completas, tomo 4, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1991, pp. 247-255.

De las Damas Cubanas

De todas las penas de este mundo cura, y de todas las heridas del bien obrar la estimación de los hombres verdaderamente buenos; pero con ella misma es incompleta la victoria cuando no mueve el corazón de la mujer. El es la medicina: el es el milagro: es el triunfo. Y Patria, que no es vana. ¡Pero que vive de la fuerza de su gratitud, no tiene valor para esconder del público la nobilísima, la animosa, la conmovedora carta en que una amiga de pluma de seda cuenta a otra la tristeza de la lluvia del Norte, y la generosidad con que juzgan a Patria las damas cubanas! ¡La vida es aun un torneo, y esta carta para el justador la banda hermosa!

La ingenua emoción y el patriotismo triste dan característica belleza al lenguaje literario y puro de esta carta. Pero ni es dable a Patria agradecida decir aquí, porque no parezca paga o lisonja, él mérito de quien la celebra con la abundante bondad del alma rica, que puede dar mucho sin empobrecer; ni puede Patria dejar de advertir que las campañas de los pueblos sólo son débiles, cuando en ella no se alista el corazón

de la mujer; pero cuando la mujer se estremece y ayuda, cuando la mujer, tímida y quieta de su natural, anima y aplaude, cuando la mujer culta y virtuosa unge la obra con la miel de su cariño—la obra es invencible.

Dice la carta hermosa:⁴

Martí Pérez, José Julián: Obras completas, tomo 5, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 16-17.

Nuestra América

Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede de alcalde, o le mortifique al rival que le quitó la novia, o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal, sin saber de los gigantes que llevan siete leguas en las botas y le pueden poner la bota encima, ni de la pelea de los cometas en el Cielo, que van por el aire dormidos engullendo mundos. Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan de Castellanos: las armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra.

No hay proa que taje una nube de ideas. Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística del juicio final a un escuadrón de acorazados. Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos. Los que se enseñan los puños, como hermanos celosos, que quieren los dos la misma tierra, o el de casa chica, que le tiene envidia al de casa mejor, han de encajar, de modo que sean una, las dos manos. Los que, al amparo de una tradición criminal, cercenaron, con el sable tinto en la sangre de sus mismas venas, la tierra del hermano vencido, del hermano castigado más allá de sus culpas, si no quieren que les llame el pueblo ladrones, devuélvanle sus tierras al hermano. Las deudas del honor no las cobra el honrado en dinero, a tanto por la bofetada. Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa cargada de flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz, o la tundan y talen las tempestades; ¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.

A los sietemesinos sólo les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol. Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos, que le roen el hueso a la patria que los nutre. Si son parisienses o madrileños, vayan al Prado, de faroles o vayan a Tortoni, de sorbetes. ¡Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió, y reniegan, ¡bribones!, de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades! Pues ¿quién es el hombre? ¿el que se queda con la madre, a curarle la enfermedad, o el que la pone a trabajar donde no la vean, y vive de su sustento en las tierras podridas, con el gusano de corbata, maldiciendo del seno que lo cargó, paseando el letrero de traidor en la espalda de la casaca de papel? ¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios, y va de menos a más; estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios, y va de más a menos! ¡Estos delicados, que son hombres y no quieren hacer el trabajo de hombres! Pues el Washington que les hizo esta tierra ¿se fue a vivir con los ingleses, a vivir con los ingleses en los años en que los veía venir contra su tierra propia? ¡Estos “increíbles” del honor, que lo arrastran por el suelo

extranjero, como los increíbles de la Revolución francesa, danzando y relamiéndose, arrastraban las erres!

Ni ¿en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas. Cree el soberbio que la tierra fue hecha para servirle de pedestal, porque tiene la pluma fácil o la palabra de colores, y acusa de incapaz e irremediable a su república nativa, porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de ir por el mundo de gamonal famoso, guiando jacas de Persia y derramando champaña. La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyés no se desestanca la sangre cuajada de la raza india. A lo que es, allí donde se gobierna, hay que atender para gobernar bien; y el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la Naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.

Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. El hombre natural es bueno, y acata y premia la inteligencia superior, mientras ésta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recobrar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés. Por esta conformidad con los elementos naturales desdeñados han subido los tiranos de América al poder; y han caído en cuanto les hicieron traición. Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador.

En pueblos compuestos de elementos cultos e incultos, los incultos gobernarán, por su hábito de agredir y resolver las dudas con su mano, allí donde los cultos no aprendan el arte del gobierno. La masa inculta es perezosa, y tímida en las cosas de la inteligencia, y quiere que la gobiernen bien; pero si el gobierno le lastima, se lo sacude y gobierna ella. ¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yanquis o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen. En la carrera de la política habría de negarse la entrada a los que desconocen los rudimentos de la política. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país. Conocerlos basta, sin vendas ni ambages; porque el que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella. Resolver el problema después de conocer sus elementos, es más fácil que resolver el problema sin conocerlos. Viene el hombre natural, indignado y fuerte, y derriba la justicia acumulada de los libros, porque no se la administra en acuerdo con las

necesidades patentes del país. Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de liberarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas.

Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio y criollo, vinimos, denodados, al mundo de las naciones. Con el estandarte de la Virgen salimos a la conquista de la libertad. Un cura, unos cuantos tenientes y una mujer alzan en México la república, en hombros de los indios. Un canónigo español, ala sombra de su, capa, instruye en la libertad francesa a unos cuantos bachilleres magníficos, que ponen de jefe de Centro América contra España al general de España. Con los hábitos monárquicos, el Sol por pecho, se echaron a levantar pueblos los venezolanos por el Norte y los argentinos por el Sur. Cuando los dos héroes chocaron, y el continente iba a temblar, uno, que no fue el menos grande, volvió riendas. Y como el heroísmo en la paz es más escaso, porque es menos glorioso que el de la guerra; como al hombre le es más fácil morir con honra que pensar con orden; como gobernar con los sentimientos exaltados y unánimes es más hacederero que dirigir, después de la pelea, los pensamientos diversos, arrogantes, exóticos o ambiciosos; como los poderes arrollados en la arremetida épica zapaban, con la cautela felina de la especie y el peso de lo real, el edificio que había izado, en las comarcas burdas y singulares de nuestra América mestiza, en los pueblos de pierna desnuda y casaca de París, la bandera de los pueblos nutridos de savia gobernante en la práctica continua de la razón y de la libertad; como la constitución jerárquica de las colonias resistía la organización democrática de la República, o las capitales de corbatín dejaban en el zaguán al campo de bota de potro, o los redentores bibliógenos no entendieron que la revolución que triunfó con el alma de la tierra, desatada a la voz del salvador, con el alma de la tierra había de gobernar, y no contra ella ni sin ella, entró a padecer América, y padece, de la fatiga de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso, y las ideas y formas importadas que han venido retardando, por su falta de realidad local, el gobierno lógico. El continente descoyuntado durante tres siglos por un mando que negaba el derecho del hombre al ejercicio de su razón, entró, desatendiendo o desoyendo a los ignorantes que lo habían ayudado a redimirse, en un gobierno que tenía por base la razón; la razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de unos sobre la razón campestre de otros. El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu.

Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores. El tigre, espantado del foganazo, vuelve de noche al lugar de la presa. Muere echando llamas por los ojos y con las zarpas al aire. No se le oye venir, sino que viene con zarpas de terciopelo. Cuando la presa despierta, tiene al tigre encima. La colonia continuó viviendo en la república; y nuestra América se está salvando de sus grandes yerros—de la soberbia de las ciudades capitales, del triunfo ciego de los campesinos desdeñados, de la importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas, del desdén inicuo e impolítico de la raza aborigen,—por la virtud superior, abonada con sangre necesaria, de la república que lucha contra la colonia. El tigre espera, detrás de cada árbol, acurrucado en cada esquina. Morirá, con las zarpas al aire, echando llamas por los ojos.

Pero “estos países se salvarán”, como anunció Rivadavia el argentino, el que pecó de finura en tiempos crudos; al machete no le va vaina de seda, ni en el país que se ganó con lanzón se puede echar el lanzón atrás, porque se enoja y se pone en la puerta del Congreso de Iturbide “a que le hagan emperador al rubio”. Estos países se

salvarán porque, con el genio de la moderación que parece imperar, por la armonía serena de la naturaleza, en el continente de la luz, y por el influjo de la lectura crítica que ha sucedido en Europa a la lectura de tanteo y falansterio en que se empapó la generación anterior, le está naciendo a América, en estos tiempos, el hombre real.

Éramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España. El indio, mudo, nos daba vueltas alrededor, y se iba al monte, a la cumbre del monte, a bautizar sus hijos. El negro, oteado, cantaba en la noche la música de su corazón, solo y desconocido, entre las olas y las fieras. El campesino, el creador, se revolvió, ciego de indignación, contra la ciudad desdeñosa, contra su criatura. Éramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza. El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga; en desestancar al indio; en ir haciendo lado al negro suficiente; en ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella. Nos quedó el oidor, y el general, y el letrado, y el prebendado. La juventud angélica, como de los brazos de un pulpo, echaba al Cielo, para caer con gloria estéril, la cabeza, coronada de nubes. El pueblo natural, con el empuje del instinto, arrollaba, ciego del triunfo, los bastones de oro. Ni el libro europeo, ni el libro yanqui, daban la clave del enigma hispanoamericano. Se probó el odio, y los países venían cada año a menos. Cansados del odio inútil, de la resistencia del libro contra la lanza, de la razón contra el cirial, de la ciudad contra el campo, del imperio imposible de las castas urbanas divididas sobre la nación natural, tempestuosa o inerte, se empieza, como sin saberlo, a probar el amor. Se ponen en pie los pueblos, y se saludan. “¿Cómo somos?” se preguntan; y unos a otros se van diciendo cómo son. Cuando aparece en Cojimar un problema, no van a buscar la solución a Dantzig. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino! Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas, para no caer por un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad, para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la república no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la república. El tigre de adentro se entra por la hendidura, y el tigre de afuera. El general sujeta en la marcha la caballería al paso de los infantes. O si deja a la zaga a los infantes, le envuelve el enemigo la caballería. Estrategia es política. Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud; pero con un sólo pecho y una sola mente. ¡Bajarse hasta los infelices y alzarlos en los brazos! ¡Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando, por las venas, la sangre natural del país! En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos. Surgen los estadistas naturales del estudio directo de la Naturaleza. Leen para aplicar, pero no para copiar. Los economistas estudian la dificultad en sus orígenes. Los oradores empiezan a ser sobrios. Los dramaturgos traen los caracteres nativos a la escena. Las academias discuten temas viables. La poesía se corta la melena zorrillesca y cuelga del árbol glorioso el chaleco colorado. La prosa, centelleante y cernida, va cargada de idea. Los gobernadores, en las repúblicas de indios, aprenden indio.

De todos sus peligros se va salvando América. Sobre algunas repúblicas está durmiendo el pulpo. Otras, por la ley del equilibrio, se echan a pie a la mar, a recobrar, con prisa loca y sublime, los siglos perdidos. Otras, olvidando que Juárez paseaba en un coche de mulas, ponen coche de viento y de cochero a una pompa de jabón; el lujo venenoso, enemigo de la libertad, pudre al hombre liviano y abre la puerta al extranjero. Otras acendran, con el espíritu épico de la independencia amenazada, el carácter viril. Otras crían, en la guerra rapaz contra el vecino, la soldadesca que puede

devorarlas. Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña. Y como los pueblos viriles, que se han hecho de sí propios, con la escopeta y la ley, aman, y sólo aman, a los pueblos viriles; como la hora del desenfreno y la ambición, de que acaso se libre, por el predominio de lo más puro de su sangre, la América del Norte, o en que pudieran lanzarla sus masas vengativas y sórdidas, la tradición de conquista y el interés de un caudillo hábil, no está tan cercana aún a los ojos del más espantadizo, que no dé tiempo a la prueba de altivez, continua y discreta, con la que se la pudiera encarar y desviarla; como su decoro de república pone a la América del Norte, ante los pueblos atentos del Universo, un freno que no le ha de quitar la provocación pueril o la arrogancia ostentosa, o la discordia parricida de nuestra América, el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada sólo con la sangre de abono que arranca a las manos la pelea con las ruinas, y las de las venas que nos dejaron picadas nuestros dueños. El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece. Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles; y otra para quien no les dice a tiempo la verdad.

No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la Naturaleza, donde resalta en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas. Pero el amasijo de los pueblos se condensan, en la cercanía de otros pueblos diversos, caracteres peculiares y activos, de ideas y de hábitos, de ensanche y adquisición, de vanidad y de avaricia, que del estado latente de preocupaciones nacionales pudieran, en un período de desorden interno o de precipitación del carácter acumulado del país, trocarse en amenaza grave para las tierras vecinas, aisladas y débiles, que el país fuerte declara perecederas e inferiores. Pensar es servir. Ni ha de suponerse, por antipatía de aldea, una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del continente, porque no habla nuestro idioma, ni ve la casa como nosotros la vemos, ni se nos parece en sus lacras políticas, que son diferentes de las nuestras; ni tiene en mucho a los hombres biliosos y trigueños, ni mira caritativo, desde su eminencia aún mal segura, a los que, con menos favor de la historia, suben a tramos heroicos la vía de las repúblicas; ni se han de esconder los datos patentes del problema que puede resolverse, para la paz de los siglos, con el estudio oportuno y la unión táctica y urgente del alma continental. ¡Porque ya suena el himno unánime; la generación actual lleva a cuestras, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí, por la naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!

El Partido Liberal, México, 30 de enero de 1891.

Martí Pérez, José Julián: Obras completas, tomo 6, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 15-23.

Nueva York, Abril 1 de 1882

Sr. Director de La Opinión Nacional:

La vida humana esta harta, como la tierra, de montes y de llanos. ¡Y a veces de criptas siniestras y de abismo! Y es fuerza a cada paso sacar los ojos de los montes, que son los hombres altos, y ponerlos en llanuras. Esta en el congreso de debates y de fiesta la dama de Massachussets. Ve el congreso si quiere sacar provecho de tanto hombre de Europa como viene a estas tierras; y ya se dijo en la asamblea de Massachussets que pueden abogar damas en los tribunales del Estado. Nótase en esta tierra nueva, gran premura por dar a la mujer medios honestos y amplios de su existencia, que le vengan de su propia labor, lo cual le asegurará la dicha, porque enaltecendo su mente con sólidos estudios, vivirá a par del hombre como compañera y no a sus pies como juguete hermoso, y porque, bastándose a sí, no tendrá prisa en colgarse del que pasa, como aguinaldo del muro, sino que conocerá y escogerá, y desdeñará al ruin y engañador, y tomará al laborioso y sincero. Pues en ese mismo Estado que acepta ahora las damas como abogados en sus tribunales, hay una señorita Robinson que dirige, con éxito notable, su bufete de letrado, lo cual es honra en Boston, capital de Massachussets, donde trabaja la señorita, porque es Boston tierra de sabihondos y censores y no luce allí quien quiere sino quien puede. Y uno de los periódicos de leyes que mas crédito goza en toda esta tierra, esta también dirigido por una cuta dama. En nueve de los Estados de la Unión, puede ya la mujer abogar como letrado, en casos criminales y civiles. Y en otro Estado, que es Vermont, las damas que pagan contribución votan por aquel que mas le place de los candidatos a los empleos de las escuelas, cuyos candidatos también pueden ser mujeres,—aunque cuentan los murmuradores que gozan poco de este beneficio las damas vermontesas, porque en este año, hubo pueblo en que solo votaron cinco damas.

Más no es sólo en los tribunales y en las urnas, en donde quieren los pensadores de esta tierra ver a las mujeres. Es en la administración pública, en la dirección de cada casa de caridad, en el consejo de cada taller correccional. Pues, ¿dos gobernadores de Nueva York no nombraron para altos puestos a dos damas? Nombráronlas, y no hay en el Estado más inteligentes oficiales, ni mejor servidos puestos. ¿Quién no ve en las casas, y más en nuestras casas que en estas, a la esposa siempre tímida y ahorradora, y al esposo, siempre pródigo y fantaseador, como si fuera la tierra Sésamo, y el, Montecristo, y a cada clamor suyo, de esos terribles que no hallan respuestas, hubiese de abrir a sus ojos la tierra obediente, el seno de oro? Somos un tanto hebreos en punto a fortuna, y esperamos siempre un Mesías que nunca llega. Y no hay más que un modo de ver llegar al Mesías, y es esculpirlo en sus propias manos. No hay en la tierra más riqueza que la que viene precipitadamente por medios de indecoro o lentamente por medios de trabajo. ¿Quién a de ser mejor guía para las mujeres extraviadas que una dama buena? Ni ¿quién ve una madre y la ve como ama, y prevé, y endulza, y perdona, duda de ese caudal de maravillas que yace ignorado en cada alma de mujer? Es una mano de mujer, vara de mago, que espanta búhos y sierpes, y ojos de Midas, que trueca todo en oro. Pues ¿como no ha de ser justo que en las juntas en que sea de aconsejar sobre el modo de dirigir, o alumnas, o pobres presos, aconsejen mujeres, que saben de achaques de mujeres, o del modo de reformarlos o curarlos? El hombre es rudo e impaciente, y se ama más a sí que a los demás. Y la mujer es tierna y goza en darse, y es madre desde que nace, y vive de amar a otros. ¡Lámenla, pues, a que se consejera en todas esas juntas de consejos, y donde haya niños o mujeres a quienes dirigir, o cuidar, o curar, sea mujer la que dirija, con lo que será más breve y rápida la cura!

¿Y en colegios? ¿Se han cerrar acaso los altos colegios a estas mujeres que han de ser luego compañeras de hombres? Pues si no tienen los pies hecho al mismo camino, ni el gusto hecho al as mismas aficiones, ni los ojos a la misma claridad ¿como los acompañarán? Vive todo ser humano de verterse, y es el más suave goce el comercio de las almas. ¿Qué ha de hacer el marido sabedor, sino de apartar los ojos espantados y doloridos de aquella que no entiende su lenguaje, ni estima sus ansias, ni puede premiar sus noblezas, ni adivinar sus dolores, ni alcanzar con los ojos donde el mira? Y viene ese divorcio intelectual, que es el más terrible.

Ni es verdad, a lo que dicen maestros y observadores, que sea cosa probada la flaqueza de la mente femenil para llevar en si hondas cosas de artes, leyes, y ciencias. Inglaterra les ha abierto sus colegios, y están orgullosos de ellas los colegios de Inglaterra. Altas cosas estudian las mujeres en el colegio de la Universidad en Londres, donde en una tercera parte de los discípulos son doncellas atentas y estudiosas, y no hay año en que no saquen ventajas relativa a los donceles estudiantes. Cuatro universidades viejas y famosas tienen los ingleses, y en esa de Londres y en la de Dowham, invístese ya la de la toga doctoral a las educandas; en Cambridge, se les recibe en cátedras y exámenes, los que les sirven como de título de honor, aunque no les dan derecho; y en Oxford, que es universidad reacia y severa, ya las admiten a cátedras, a que ellas van gozosas. Es cosa que alegra los ojos ver llegar a las puertas del colegio a los mancebos retozones, a la par que bajan gravemente de sus carruajes las jóvenes que vienen a la Universidad a aprender artes y ciencias. De la Universidad de Cambridge han salido maestras excelentes. Y en esta tierra misma, Harvard es universidad celebradísima, y tiene cátedras para mujeres, cuyos adelantos y aplicación económica; y en la Universidad de Cornell, que goza también fama, no hay memoria de que haya hecho examen nulo ninguna de las numerosas estudiantes. Y ahora se quiere, que, como las de Harvard soberbio, y Cornell celebrado, se habrán a las mujeres jóvenes las puertas del muy valioso colegio de Columbia. Cosas pueden ser éstas, para quien viva en otras riveras, singulares: mas si es verdad que ese ir y venir por cátedras y calles, pudiera parecer en nuestros países como echar flores débiles al viento, no ha de verse el modo de enseñar ni a que sea de hombre el instituto en que se enseñe, sino que se ha de proveer, en forma que concierte con nuestra con nuestras costumbres a la urgentísima necesidad de esa enseñanza. Porque no suelen volar los esposos de la jaula de oro primaveral en busca de nueva primavera, o de belleza nueva, sino porque es dama sin mente como vaso seco, y busca el hombre sediento donde posar los labios ardorosos. Son las almas como las rosas, y han menester de sol ardiente, y de que caiga en ellas, con cada alba, rocío nuevo.

Nueva York, que quiere abrir su universidad a las mujeres, no gusta de tener abierta su bolsa a todos los menesteres de los inmigrantes europeos, que llegan a las veces con hambre, y sin dineros, ni ropa, ni salud, todo lo cual acarrea gastos que Nueva York paga, porque a Nueva York llegan aunque luego se salen del Estado, y fincan en otros comarcas que se benefician de ello, sin tener parte en sus costos. Ya fue uso en otro tiempo que cada inmigrante pagara un peso al erario, a modo de hecho de entrada, porque el Estado de Nueva York había de reenviar a sus tierras a los pordioseros y criminales, de los que venían muchos, y esos pesos se empleaban en los costos del reenvío. Pero se dijo que era inconstitucional la ley, como se dijo también de otra semejante que la sustituyó, por lo que ahora tratase de que sea la ley de la nación, y no de un Estado, y que cada atezado hebreo de Rusia, o fornido alemán, o Irlandés belfudo, o Francés bullicioso, o sueco de cabellos rojos que a estas playas lleguen, paguen unos cuantos dineros, que se pondrán en caja, para pagar con ellos a los que vienen enfermos o a medio vestir, o en incapacidad de hallar rápido empleo. Y esa va hacer la ley nueva para Castle Garden, que será nombre famoso en tiempos venideros, en que parecerá esta tierra maravillosa monstruo, y esa casa de emigrantes, con su ancha puerta abierta, será temida por su fauce enorme.

JOSÉ MARTÍ.

La Opinión Nacional. Caracas 11 de abril de 1882.

Martí Pérez, José Julián: Obras completas, tomo 9, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 287-290.

A los niños que lean “La Edad de Oro”

Para los niños es este periódico, y para las niñas, por supuesto. Sin las niñas no se puede vivir, como no puede vivir la tierra sin luz. El niño ha de trabajar, de andar, de estudiar, de ser fuerte, de ser hermoso: el niño puede hacerse hermoso aunque sea feo; un niño bueno, inteligente y aseado es siempre hermoso. Pero nunca es un niño más bello que cuando trae en sus manecitas de hombre fuerte una flor para su amiga, o cuando lleva del brazo a su hermana, para que nadie se la ofenda: el niño crece entonces, y parece un gigante: el niño nace para caballero, y la niña nace para madre. Este periódico se publica para conversar una vez al mes, como buenos amigos, con los caballeros de mañana, y con las madres de mañana; para contarles a las niñas cuentos lindos con que entretener a sus visitas y jugar con sus muñecas; y para decirles a los niños lo que deben saber para ser de veras hombre. Todo lo que quieran saber les vamos a decir, y de modo que lo entiendan bien, con palabras claras y con láminas finas. Les vamos a decir cómo está hecho el mundo: les vamos a contar todo lo que han hecho los hombres hasta ahora.

Para eso se publica La Edad de Oro: para que los niños americanos sepan cómo se vivía antes, y se vive hoy, en América, y en las demás tierras; y cómo se hacen tantas cosas de cristal y de hierro, y las máquinas de vapor, y los puentes colgantes, y la luz eléctrica; para que cuando el niño vea una piedra de color sepa por qué tiene colores la piedra, y qué quiere decir cada color; para que el niño conozca los libros famosos donde se cuentan las batallas y las religiones de los pueblos antiguos. Les hablaremos de todo lo que se hace en los talleres, donde suceden cosas más raras e interesantes que en los cuentos de magia, y son magia de verdad, más linda que la otra: y les diremos lo que se sabe del cielo, y de lo hondo del mar y de la tierra: y les contaremos cuentos de risa y novelas de niños, para cuando hayan estudiado mucho, o jugado mucho, y quieran descansar. Para los niños trabajamos, porque los niños son los que saben querer, porque los niños son la esperanza del mundo. Y queremos que nos quieran, y nos vean como cosa de su corazón.

Cuando un niño quiera saber algo que no esté en La Edad de Oro, escríbanos como si nos hubiera conocido siempre, que nosotros le contestaremos, no importa que la carta venga con faltas de ortografía. Lo que importa es que el niño quiera saber. Y si la carta está bien escrita, la publicaremos en nuestro correo con la firma al pie, para que se sepa que es niño que vale. Los niños saben más de lo que parece, y si les dijieran que escribiesen lo que saben, muy buenas cosas que escribirían. Por eso La Edad de Oro va a tener cada seis meses una competencia, y el niño que le mande el trabajo mejor, que conozca de veras que es suyo, recibirá un buen premio de libros, y diez ejemplares del número de La Edad de Oro en que se publique su composición, que será sobre cosas de su edad, para que puedan escribirla bien, porque para escribir bien de una cosa hay que saber de ella mucho. Así queremos que los niños de América sean: hombres que digan lo que piensan, y lo digan bien: hombres elocuentes y sinceros.

Las niñas deben saber lo mismo que los niños, para poder hablar con ellos como amigos cuando vayan creciendo; como que es una pena que el hombre tengan que salir de su casa a buscar con quien hablar, porque las mujeres de la casa no sepan contarle más que de diversiones y de modas. Pero hay cosas muy delicadas y tiernas que las niñas entienden mejor, y para ellas las escribiremos de modo que les gusten: porque La Edad de Oro tiene su mago en la casa, que le cuenta que en las almas de las niñas sucede algo parecido a lo que ven los colibríes cuando andan curioseando por entre las flores. Les diremos cosas así, como para que las oyesen los colibríes, si pudiesen leer, y les diremos cómo se hace una hebra de hilo, cómo nace una violeta, cómo se fabrica una aguja, como tejen las viejecitas de Italia los encajes. Las niñas también pueden escribirnos sus cartas, y preguntarnos cuanto quieren saber, y mandarnos sus composiciones para la competencia de cada seis meses. ¡De seguro que van a ganar las niñas!

Lo que queremos es que los niños sean felices, como los hermanitos de nuestro grabado; y que si alguna vez nos encuentra un niño de América por el mundo nos

apriete mucho la mano, como a un amigo viejo, y diga donde todo el mundo lo oiga:
“¡Este hombre de La Edad de Oro fue mi amigo!”

Martí Pérez, José Julián: Obras completas, tomo 18, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 301-303.

Índice general

Prólogo / 7

Presentación / 21

1953

Traigo en el corazón las doctrinas del maestro. 16 de octubre / 25

Del Mensaje a Cuba que sufre. Diciembre / 37

1955

Con todos y para el bien de todos. 16 de mayo / 41

Eduqué mi mente en el pensamiento martiano que predica el amor y no odio. 29 de mayo / 43

Como dijera nuestro Apóstol. 7 de julio./ 44

Ha llegado la hora de tomar derechos y no pedirlos, de arrancarlos en vez de mendigarlos. 7 de julio / 45

Cuando hay hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. 10 de julio / 46

Al adoptar de nuevo la línea del sacrificio asumimos ante la historia la responsabilidad de nuestros actos. 8 de agosto./ 47

Los niños héroes, pertenecen a México y pertenecen también a América. 10 de octubre./ 52

Palm Garden. 30 de octubre./ 58

En mi retina traigo todavía las escenas inolvidables que he vivido entre la emigración cubana de Estados Unidos. 10 de diciembre./ 78

1956

La Patria es de quien le sirva con mayor desprendimiento. 8 de enero./ 81

Por la libertad del pueblo dominicano. 26 de agosto./ 83

1958

El verdadero hombre no mira de qué lado se vive mejor, sino de qué lado está el deber. Mayo / 84

Ahora podemos luchar con la fuerza de la razón, la justicia y las armas. 12 de marzo / 85

1959

Lo que grava el dolor, no se olvida fácilmente. 16 de enero / 86

Toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz. 14 de febrero / 86

Los sueños de hoy del idealista es la ley de mañana. 16 de febrero / 87

Ya veremos quién puede más si el pueblo o los opresores de los pueblos. 6 de marzo / 88

1960

Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra. 27 de enero / 90
Se preocupó por los niños, y fue el que más deseó convertir las fortalezas en escuelas. 28 de enero / 101
Hay que hacer lo que en cada momento corresponda hacer. 8 de julio./ 105
Primera Declaración de La Habana. 2 de septiembre./ 107
Los hechos han demostrado que los sueños de ayer podían ser realidad. 17 de octubre / 113
Cumplir ese apotegma martiano. 29 de noviembre / 114

1961

Luchar por la independencia de Cuba, por la soberanía, por la paz y la justicia entre los hombres. 30 de mayo / 117
El régimen colonial el cual no podía continuar existiendo en el país. 27 de octubre / 118
Ya se preveía el desarrollo de los Estados Unidos como potencia imperialista. Diciembre / 118

1962

Segunda Declaración de La Habana. 4 de febrero / 121
Todo el acervo del progreso humano, debemos recogerlo en la historia de la humanidad. 13 de mayo / 148

1963

Se apeló a la emigración humilde, de proletarios, de taba-queros, reuniendo centavo a centavo los fondos para la compra de armas. 2 de enero / 151

1964

Más vale morir de pie que vivir de rodillas. 6 de julio / 154

1968

El más genial y el más universal de los políticos cubanos. 10 de octubre / 155

1969

La libertad es un derecho que se ha sabido conquistar por los pueblos. 3 de junio. / 183

1971

Estar en disposición de dar todos los días la vida por su patria. 19 de abril / 185
La escuela es el centro donde se forma al joven para la vida. 25 de abril / 187
Conozco al monstruo porque viví en sus entrañas. 24 de noviembre / 188

1972

Organizó la lucha por la independencia de Cuba en el siglo pasado. 7 de junio / 190
José Martí nos enseñó ese espíritu internacionalista. 22 de diciembre / 191

1973

Ese momento de la historia. 1 de mayo / 192
El precedente más honroso y más legítimo. 11 de mayo / 195
Nos enseñó su amor apasionado a la libertad, la dignidad y el decoro del hombre. 26 de julio / 197

1974

No estaban muertas las heroicas tradiciones de lucha de nuestro pueblo. 29 de enero / 199

Martí escribió apasionadas y hermosas palabras de reconocimiento y admiración al heroico pueblo vietnamita. 26 de marzo / 200
Las campañas de los pueblos sólo son débiles cuando en ellas no se alista el corazón de la mujer. 29 de noviembre / 201

1975

Su profundo y luminoso pensamiento. 20 de julio / 202
De las esencias del pensamiento martiano. 22 de agosto / 205
La solidaridad de Cuba hacia Puerto Rico viene desde la época en que luchábamos juntos por nuestra independencia. 28 de septiembre / 207
Lo que Martí tanto había tratado de evitar. 17 de diciembre / 208
Nos sentimos profundamente conmovidos. 22 de diciembre / 210
Nuestra bandera y la bandera de Puerto Rico. 22 de diciembre / 210

1976

Forjadores de Patria. 26 de julio / 212
Un respeto extraordinario por este lugar. 5 de noviembre./ 213
A los pocos días del desembarco en Playita, le fue conferido el grado de Mayor General del Ejército Libertador. 2 de diciembre / 219

1977

Estas ideas fueron planteadas por Marx y por Martí. 20 de julio / 220
Los sueños de Martí se expresan en la realidad de hoy. 1 de septiembre / 221
José Martí, encontró hospitalidad generosa en esta tierra jamaicana. 16 de octubre / 222
Toda nuestra generación recibió una gran influencia de Martí. 15 de diciembre / 223

1978

La Protesta de Baraguá, que es de lo más glorioso de nuestra historia. 15 de marzo / 225
Los pueblos en su hora de génesis, suelen ponerse vibrantes y triunfantes en un hombre. 26 de abril / 226
Autor Intelectual del Moncada. 26 de julio / 228

1979

La prédica incesante y eternamente inspiradora de dignidad humana de José Martí. 1 de enero / 229
México se dio en su lucha contra Europa tamaño de pueblo. 17 de mayo / 230
Aquel hombre extraordinario que fue José Martí. 17 de mayo / 231

1980

México tuvo un papel significativo en la formación humana y política de Martí. 31 de julio / 233
Martí amó entrañablemente a México. 2 de agosto / 236
Ahora que soplan vientos de tormenta. 17 de diciembre / 237

1981

Esa es la enseñanza más constante de nuestra historia. 20 de enero / 239
No lejos de aquí desembarcó Martí por Playita. 17 de mayo / 240
Martí es nuestro. 24 de octubre / 240

1982

No fue en vano ninguno de los sacrificios que nos precedieron. 4 de abril / 243

1983

Nuestra América. Mayo / 244

Unas palabras a modo de introducción / 245

1985

Siempre me acuerdo de una idea de Martí. 13 de febrero / 247

Ni al golpe del látigo, ni a la voz del insulto, ni al rumor de mis cadenas, he aprendido todavía a odiar. 23-26 de marzo / 247

El más profundo pensador político y revolucionario nacido en este hemisferio. 27, 28 y 29 de marzo / 249

Por Guantánamo se produce el desembarco de José Martí. / 250

1987

Un Partido para dirigir la Revolución. 17 de septiembre / 252

1988

El Partido de todos los revolucionarios. 24 de febrero / 253

Su vida ha estado dedicada a todos los pueblos del mundo. Julio / 253

La guerra debe ser el último de los recursos, cuando no hay ninguna otra posibilidad de cambio. 13 de agosto / 254

1989

Intransigencia revolucionaria y lealtad a los principios. 1 de enero / 255

La combinación del estudio y el trabajo es la aplicación consecuente de las ideas marxistas y martianas. 4 de enero / 255

Las divisiones hicieron imposible la victoria de la Guerra de los Diez Años. 8 de enero / 256

1990

Somos una gigantesca trinchera de ideas. 28 de enero / 258

Mi honda es la de David. 28 de enero / 259

Defendemos la importancia de la combinación del estudio y el trabajo. 9 de febrero / 261

La organización del Partido tiene una inspiración martiana. 20 de febrero / 263

Estamos defendiendo ideas justas, causas justas. 17 de marzo / 263

Cuba en manos de Estados Unidos habría sido una fuerza más. 18 de mayo / 264

Pueblo y no pueblos, decimos de intento, por no parecemos que hay más que uno del Bravo a la Patagonia. 21 de julio / 265

1991

Concibió el estudio estrechamente vinculado al trabajo. 28 de enero / 267

El mérito de unir con su talento y pensamiento a todos los luchadores por la independencia. 9 y 10 de mayo / 268

Asegurar la independencia de la Patria y preservar la independencia de los pueblos de América. 19 de abril / 269

De América soy hijo, a ella me debo. 19 de julio / 270

Quienes están con los oprimidos y con los explotados. 26 de julio / 274

Pensaba en la unidad latinoamericana y en la independencia de América Latina. 10 de octubre / 275

Sin independencia y sin dignidad, no importa la vida de un pueblo. 14 de octubre / 276

Martí decía que los hombres que no tenían fe en su Patria eran hombres de siete meses. 1 de noviembre / 278

Cuba fue el único país que aplicó el principio del estudio y el trabajo del cual venía hablando Martí. 6 de diciembre / 280

Cuando Martí murió en Dos Ríos sabía que había hombres y mujeres dispuestos a hacer lo que él hacía. 6 de diciembre / 281

Los imperialistas no van a conseguir apoderarse de Cuba, porque no se lo vamos a permitir. 16 de diciembre / 282

Las fracciones y las divisiones dieron al traste con la primera guerra de independencia. 26 de diciembre / 283

1992

Nunca, ni por un segundo, se olvidarán las ideas y enseñanzas de Martí. 4 de abril / 284

El amor, madre, a la patria, no es el amor ridículo a la tierra. 18 y 20 de abril. / 285

Qué habría sido de la Patria sin el camino emprendido por nuestros antecesores. 30 de mayo / 290

Cuba no anda de pedigüeña por el mundo, anda de hermana, y obra con la autoridad de tal. 23 de julio / 291

Por el papel que jugaría la independencia de Cuba en los destinos de América Latina. 29 de octubre / 291

Aprendió a admirar las virtudes de los hombres y las mujeres que formaban el pueblo norteamericano. 23 de diciembre / 292

1993

José Martí, Apóstol de la independencia de Cuba, propugnó con celo admirable la causa antillana. 15 de enero / 294

Tanto Marx como Martí descubrieron que el trabajo podía ser un gran instrumento de educación. 5 de febrero / 295

Martí es la piedra angular de nuestro concepto de la educación universal. 10 de febrero / 296

Un Partido para hacer y dirigir la Revolución. 15 de marzo / 297

José Martí, que es siempre obligado punto de referencia, decía: Prever es el deber de los verdaderos estadistas. Julio / 298

Martí es uno de los más fervientes defensores de la unidad de América Latina. 24 de julio / 298

La Revolución cubana no anda de mendiga. 13 de octubre / 299

Con los pinos nuevos y los pinos viejos formando un formidable haz. 5 de diciembre / 300

1994

Se fundó un partido para dirigir al pueblo en la lucha por la independencia. 28 de enero / 301

La verdadera identidad latinoamericana y del Caribe, crean una fuerza unida. 14 de diciembre / 301

Martí el más grande de los educadores cubanos. 21 de diciembre / 304

1995

Los revolucionarios nunca estuvieron separados de los que iniciaron las primeras luchas por la independencia. 3 de marzo / 305

Conquistaremos toda la justicia. 19 de mayo / 305

En el fiel de América están las Antillas. 17 de agosto / 312

Hemos recibido siempre amistad, calor y solidaridad del pueblo uruguayo. 14 de octubre / 312

En su lucha por la independencia aspiraba a convertir a Cuba en una trinchera de defensa. 14 de octubre / 313

1996

La libertad costaba muy cara y es necesario resignarse a vivir sin ella o decidirse a pagarla por su precio. 16 de abril / 315

1997

Por los valores luchamos. 28 de enero / 316

Martí enseñó mucho, acerca de cómo debe ser el hombre, el político y el revolucionario. 7 de febrero / 317

La dirección de la guerra no puede fallar porque el precio es impagable 10 de octubre / 317

Déme Venezuela en qué servirla: ella tiene en mí a un hijo. 7 de noviembre / 318

1998

Las tres Antillas han de salvarse juntas, o juntas han de perecer. 22 de agosto / 320

En silencio ha tenido que ser. 24 de agosto / 320

1999

Quién defiende la última trinchera y no permite que nadie se apodere de ella, desde ese mismo instante ha comenzado a obtener la victoria. 3 de febrero / 324

Mirar hacia el futuro y poder decir que nos pertenece, que somos dueños de nuestro destino. 17 de mayo / 327

La inspiradora evocación de Martí que junto a Bolívar fue el más grande integracionista de los pueblos a los que llamó Nuestra América. 15 de noviembre. / 328

2000

Sin cultura no hay libertad posible. 28 de enero / 330

David se ha ido convirtiendo en un gigante moral que no lanza piedras con su honda sino ejemplos, mensajes e ideas. 1 de mayo / 331

La libertad cuesta muy cara, y es necesario resignarse a vivir sin ella o decidirse a comprarla por su precio. 2 de julio / 332

Con ideas verdaderamente justas y una sólida cultura general y política el pueblo puede defender su identidad. 29 de julio / 332

Defender esta Revolución justa, humana, limpia y moral. 28 de septiembre / 334

Del Bravo a la Patagonia no hay más que un solo pueblo. 27 de octubre. / 334

2001

Podemos sentirnos orgullosos de la responsabilidad histórica adquirida por nuestro pueblo en su larga lucha por la libertad y la justicia. 31 de marzo / 336

El pueblo cubano es heredero del pensamiento martiano. 16 de abril / 337

Evitar con la independencia de Cuba que Estados Unidos cayera con una fuerza más sobre nuestras tierras de América. 19 de abril / 338

Nuestro pueblo debe ser ejemplo de justicia social y compartir con el mundo su experiencia. 2 de diciembre / 340

Los sueños de Bolívar y Martí son posibles. 11 de agosto / 341

2002

Héroe Nacional de nuestra Patria, cuyas ideas inspiraron a la generación del centenario, y hoy inspiran cada vez más a todo nuestro pueblo. 30 de marzo / 343

Reina el pensamiento de Martí en el pueblo de trabajadores que somos hoy. 26 de julio / 344

2003

Nada hay hoy más necesario y vital que ese distante y al parecer utópico equilibrio. 29
de enero / 346

Índice onomástico / 351

Anexos / 373